



AL DIABLO LA REALEZA

¡Yo no soy Blancanieves!

LUANA EVIN LINDER



Todos conocemos la historia de la princesa Blancanieves, una chica de inigualable belleza, atormentada por su malvada madrastra, amiga de siete simpáticos enanos y salvada por el príncipe de turno con un "beso de verdadero amor" (si puedes llamar "amor verdadero" a alguien a quien viste solo por cinco minutos).

Pero lo que pocos saben es que existe otra historia en este cuento, una cuya protagonista también es una princesa, pero nadie la reconoció como tal; siendo olvidada por todos, repudiada por su madre, abandonada a su suerte en las sucias calles del reino... obligada a sobrevivir.

Como toda moneda tiene dos caras, toda historia tiene una segunda versión, y ya es tiempo de que ella nos cuente la suya. Les advierto que esta se podría decir que es una mezcla entre los cuentos de hadas y una realidad muy cruda. ¿Son lo suficientemente valientes para escucharla?



t/)
(teta libre)
elaboración

AL DIABLO LA REALEZA

¡Yo no soy Blancanieves!

LUANA EVIN LINDER



Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Ilustración de tapa: Yennifer M. Soledad Linder.
Diseño de interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.

Evin Linder, Luana Belén
Al diablo la realeza : ¡Yo no soy Blancanieves! / Luana Belén Evin Linder. -
1a ed. - Córdoba : Tinta Libre, 2024.
392 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-824-898-1
1. Novelas. 2. Novelas Románticas. 3. Narrativa Infantil y Juvenil. I. Título.
CDD A860.9282

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio,
total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.

Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y
distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad
de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Tinta Libre no se responsabiliza por la corrección textual de la obra ni por los errores ortotipográficos y gramaticales que pudieran leerse.
El presente libro se publica fiel al manuscrito original entregado por el autor, bajo su pedido explícito de respetar la obra textualmente como fue
escrita. El autor se responsabiliza por la corrección del texto de manera independiente y ajena a la editorial.

© 2024. Tinta Libre Ediciones



Para Margarita Inés Linder.

Te quiero, mamá.

1.

Érase una vez, en un magnífico castillo de una tierra muy lejana, una hermosa reina, cuyo único deseo era tener una hija. Después de muchos años, en un frío invierno, dio a luz a una preciosa niña con piel blanca como la nieve y con labios rojos carmín. No había en el reino criatura alguna que igualara su belleza. Pero, poco después de su nacimiento, la reina enfermó y, posteriormente, falleció.

Su padre, preocupado por encontrar una madre para su bella hija, volvió a casarse con una mujer de exuberante belleza y elegancia, pero que tenía el corazón negro cual carbón. Ella, que era una mujer arrogante y celosa, poco después de la muerte del rey, al ver la belleza de la princesa, no tardó en obligarla a usar harapos y forzarla a hacer todo tipo de tareas de servidumbre. ¡Oh, pobrecita y triste Blancanieves!..., Una niña tan pequeña y dulce, con lindas manos suaves y manicura perfecta, obligada a lavar uno que otro plato... Cuántas lagrimitas de cocodrilo debió derramar cuando se rompió una uñita....

Como sea, ya hablamos bastante de ella. Prácticamente, todo el mundo conoce su historia, o sea, hasta tiene su propia película de Disney... Pero ¿quieren saber de quién nunca hablan? ¿A quién omitieron completamente de la historia principal? ¿QUIÉN FUE IGNORADA Y ECHADA A LA CALLE COMO UN PERRO SARNOSO? Cof... cof... cof.... No se preocupen, no estoy molesta por una tontería como esa (sonríe forzosamente).

Como podrán deducir, esta no es la historia de Blancanieves, la bella y querida princesa a la que todo el reino ama, que luego se casó con un guapo burgués, se convirtió en reina y tuvo su «Vivieron felices para siempre».

No... La historia que les contaré es otra: una que muy pocos conocen y el resto ignora. Esta no es una historia con moraleja, canciones ridículas o príncipes que besan cadáveres. Esta es una historia de abandono, de rebeldía, de libertad. Es una historia de supervivencia.

Esta es mi historia. La historia de la segunda princesa, de la media hermana, y de la única hija de sangre de la peor y más horrenda mujer que puede existir... Porque yo SOY la hija de la Reina Malvada.

Mi nombre es AGATHA

2.

El sol nacía en el horizonte e iluminaba el paisaje con sus cálidos rayos. Las aves cantaban alegres las más dulces y adorables melodías. Todo apuntaba a que sería otro día soleado de comienzos de mayo, perfecto para salir a correr por la hierba bañada en rocío o para recoger las miles de flores que crecen en esta época del año. Pero, en ese momento, los pensamientos de cierta reina se centraban en algo mucho más trascendental. En esa espléndida mañana, cuando los rayos del sol se filtraban por las ventanas del cuarto más grande y lujoso de todo el palacio, en una cama donde cabrían fácilmente diez personas, la hermosa reina Grimhilde rompió fuentes.

—Ahhh... ahhhh... esto es horrible... ¡Ya sáquenlo!

—Resista, su alteza; ya veo la cabeza. Falta poco.

—Uu... uuu... Ahhh... ¡Ahhhh! ¡Maldición! ¡Esto duele!

—Ya casi, su alteza. Solo puje una vez más.

—¡Ahhhhhh! —gritó al oír el llanto de la criatura que acababa de nacer—. Ahhhh... finalmente.

—Felicidades, su alteza: es una bebé preciosa y muy saludable.

La partera, exhausta pero sonriente, después de haber limpiado a la pequeña recién nacida con su delantal y calmado su llanto, la acercó lentamente a su madre. Esta, sin embargo, no hizo el menor amago de cogerla y, después de haber tomado un poco de aire, abrió lentamente los ojos para observar a la recién nacida. Tras unos segundos de haberla examinado en completo silencio, sin ninguna emoción, su semblante cansado se volvió duro. Sus bellos ojos verde bosque la miraron de arriba abajo con desprecio y sus labios formaron una fea mueca; un bufido bajo se escapó de entre ellos. «Una niña... —siseó—. ¡Una mísera e inservible niña!».

La mujer, asustada y sorprendida por partes iguales de la reacción de la reina, se apartó despacio de la cama abrazando protectoramente el bultito que tenía entre los brazos. Si bien la reina no era conocida precisamente por ser un alma bondadosa, cualquiera esperaría que mostrara alguna alegría, o al menos una sonrisa al dar la bienvenida a su primer hijo al mundo. Pero Grimhilde no era una persona normal. Desde muy joven había sido considerada una de las mujeres más hermosas que pudieran existir, con su cabello castaño claro que brillaba como el oro a la luz del sol, su cara de corazón con rasgos definidos pero suaves a la vez, sus labios gruesos con tonalidad rojiza, sus pómulos sonrosados naturalmente y sus ojos como finas esmeraldas. Pintores y poetas habían compuesto obras magníficas tomándola como su musa. Y es que nadie podía negar que Grimhilde tenía un aura y presencia que capturaba todas y cada una de las miradas en la habitación. Por ello no fue de extrañar que el rey de Lorh, Enrique, quien había estado viudo durante cuatro largos años, fuera uno de los tantos candidatos en pedir la mano de la joven, hija de un conde del reino vecino. La boda real fue todo un espectáculo. El rey no escatimó en gastos para complacer a su nueva reina, y esta se aprovechó de esto tanto como

pudo. La celebración duro siete días; las calles de todo Lorh se llenaron de crisantemos rosas y blancos, sus flores favoritas; bufones, malabaristas y juglares llegaron de todas partes para demostrar sus habilidades. Los sastres y las modistas apenas tuvieron tiempo de comer por la cantidad de pedidos que tuvieron (ni hablemos de tener tiempo para dormir). Después de todo, cada dama y caballero del reino quería lucir sus mejores galas en la boda. Además, por todas las calles, se podía ver a cientos de comerciantes ofreciendo sus mejores productos.

El palacio del Este, más precisamente la sala del trono (donde se llevaría a cabo la coronación y posterior celebración), fue decorado con finas telas de lino blanco. Los techos y las paredes estaban iluminados por un centenar de velas colocadas en los más intrincados diseños de candelabros de plata y oro. No había ni un solo rincón a oscuras. Las mesas de banquete eran largas; estaban adornadas con mantelería blanca y con platería de oro. Había todo tipo de aperitivos, platillos sustanciosos y postres. Después de la ceremonia de matrimonio, los novios ingresaron al salón haciendo su triunfal entrada por las escaleras, que se encontraban a los lados de los tronos: el rey, por la derecha y la nueva reina, por la izquierda. Al verla, todos los presentes guardaron silencio, asombrados por lo que veían: Grimhilde lucía un vestido blanco platinado con entramados de flores bordadas y perlas intercaladas. La cola del vestido era muy larga e igual de adornada, lo cual daba la sensación de que flotaba etérea en su descenso. Su cabello, iluminado por la luz de las velas, parecía oro puro; estaba recogido en una trenza y enganchado en un fino y transparente velo. Como contaron los presentes más tarde, parecía que un ángel descendía del mismísimo cielo para ser su nueva gobernante. Una vez que el rey Enrique la proclamó como tal y puso la corona en su cabeza, esta mostró a todo el mundo la más radiante de las sonrisas, lo que provocó una interminable ola de aplausos y vítores.

Los días siguientes fueron muy felices, pues el pueblo pensaba que una nueva era de prosperidad, paz y felicidad estaba comenzando. Después de todo, la reina anterior había sido conocida por su bondad, caridad y amor por su pueblo. Entonces, esperaban que Grimhilde, con su apariencia angelical y con su sonrisa pura, fuera todo eso, y más, para Lorh. Pero esa certeza, con el pasar de los meses y de los años, se iría desvaneciendo. En efecto, la nueva reina, si bien al comienzo se mantuvo en su papel angelical y cariñoso, al poco tiempo de la coronación, fue mostrando su verdadera naturaleza, empezando por los sirvientes hasta llegar al propio rey. Y esta, según comentaban todos los que tenían la mala suerte de interactuar con ella, era comparable con la del mismísimo Lucifer...

Lo que había comenzado como un par de comentarios maliciosos se fue convirtiendo gradualmente en reclamo, luego en agresión verbal, hasta llegar a lo físico, pues parecía que todo le molestaba y que nada lograba complacerla. Las que peor la pasaban eran sus doncellas, obligadas a lavar los pisos hasta tener las manos rojas y entumecidas, puliendo la platería tres veces al día (porque, según Grimhilde, esta no estaba lo suficientemente brillante) y ayudándola con sus vestidos y zapatos, tarea que se repetía varias veces al día, ya que usaba cuatro conjuntos diarios, y estos, a pesar de tener solo un par de horas de uso, debían ser lavados, cepillados, planchados y almidonados enseguida, aunque no volviera a usarlos en su vida. Sus damas de compañía tampoco escapaban a sus caprichos, pues no podían usar adornos ni vestidos vistosos mientras trabajaran para ella, aun las que pertenecían a familias de la nobleza. Y su trato no era

mejor que el que les daba a las siervas.

La reina pasaba la mayor parte del día bañándose, pasándose aceites perfumados por todo el cuerpo, recibiendo masajes, probándose diferentes tipos de peinados, joyas o zapatos, además de recibir la constante visita de múltiples comerciantes que le ofrecían todo tipo de mercancías a precios exorbitantes, y consultando a miles de médicos, herbolarios y especialistas para que la aconsejaran sobre tratamientos de belleza, también muy costosos.

El rey, si bien toleró este comportamiento los primeros meses de su matrimonio, con el tiempo se fue enojando y amargando. El cariño inicial que sentía debido a la hermosura de su esposa quedaba opacado cuando se lo comparaba con su personalidad, sumando a esto sus extraordinarios gastos y el mal comportamiento para con todos los que la rodeaban. Esta situación solo empeoró cuando ella quedó embarazada. Si bien el rey en un comienzo estuvo encantado con la noticia (sobre todo ante la posibilidad de al fin tener un heredero), su ilusión y entusiasmo desaparecieron rápidamente. Grimhilde se volvió más exigente con el personal: castigaba duramente a todos sus sirvientes por la menor falta, ya fuera real o inventada. Sus gastos en extravagancias aumentaron aún más; se jactaba de que lo merecía por llevar al heredero del rey en su vientre. El rey, debido a todo esto, empezó a emborracharse cada vez más seguido, en un intento desesperado de soportar a su endemoniada esposa, lo que solo provocó que no cumpliera correctamente con sus deberes reales, delegando todo en sus secretarios y nobles de la corte, los cuales aprovecharon esta oportunidad para enriquecerse a espaldas de él y del reino.

Cuando el vientre de la reina empezó a crecer, también lo hicieron las quejas y los reclamos. Odiaba al bebé por «afearla». Odiaba al rey por haberla puesto en ese estado, odiaba que el personal le llevara la comida que pedía y los odiaba aún más cuando no lo hacían. No paraba de mirarse al espejo y de quejarse de las estrías y de la grasa de más debido al embarazo.

El rey, en este punto, se fue a la guerra con la excusa de tener que ayudar a sus aliados, que se habían visto amenazados por tribus bárbaras, aunque todos en palacio conocían la verdadera razón de su partida. A la reina esto no le importó en lo más mínimo, y siguió como si nada pasara. En el séptimo mes de embarazo, llegó a palacio la noticia de que el rey Enrique había sido herido en el campo de batalla y que, debido a que sus heridas eran graves, no había sobrevivido. El luto se extendió por todo el reino. Las damas y caballeros de la aristocracia vistieron de negro durante dos meses, como lo dictaba la tradición. La reina también lo hizo y, ante todos, parecía una viuda destrozada por la pérdida, lo cual la hizo ganar algo de simpatía entre ellos, cosa que no sucedió con los siervos, pues estos eran testigos de que seguía siendo la misma a puertas cerradas en el palacio. Una vez que el luto terminó, como era costumbre, la posición de Grimhilde se elevó a la de reina interina, lo cual significó que tenía la más alta autoridad y el poder de decisión para gobernar como mejor le pareciera, lo cual encontró sumamente conveniente. «Días oscuros vienen para todo Lorh»... era la frase que más se escuchaba entre los muros del palacio.

Cuando se acercó la fecha del alumbramiento, las esperanzas de todos en palacio se reavivaron, pues esperaban que el nuevo príncipe (o princesa) dulcificara, aunque sea un poco, el carácter de su egoísta reina, como suele suceder con la mayoría de las madres. Una de esas personas era la señora Carlota, la partera de palacio, quien tenía mucha experiencia en el área pues, en sus más

de treinta años de servicio, ya había perdido la cuenta de todos los niños que había ayudado a traer al mundo y sabía de sobra que la mayoría de nuevas madres se convertían en verdaderas dulzuras después del nacimiento. Por eso rogaba todos los días al Altísimo para que el carácter y personalidad de su reina cambiara después del parto. Sin embargo, en ese momento, teniendo a la recién nacida princesita en brazos y viendo cómo su madre la insultaba sin miramientos, un frío le recorrió toda la espina dorsal. Sus oraciones no habían sido escuchadas.

Tardó unos segundos en recuperarse lo suficiente y, con voz muy baja pero resuelta, le dijo:

—Alteza, es una bendición que la bebé haya nacido sana y que el proceso haya tenido lugar sin ningún percance. Este momento es motivo de celebración.

—«Celebración», dices... —contestó con los ojos echando chispas y rabia contenida—. Celebración sería si fuera un heredero, algo que serviría para aumentar mi poder frente a todas esas hipócritas víboras que tengo por consejeros. Esta niña no es más que una moneda de cambio, como la otra mocosa que tuvo mi difunto esposo, ese bueno para nada que se atrevió a dejarme y morir antes de darme un varón.

—Pero...

—Pero nada, y ya cállate, que vas a empeorar mi jaqueca. —Masajeándose la sien con una mano e ignorando a la partera y a su hija, se levantó de la cama y fue directamente, con cierta dificultad, a un gran espejo cercano al balcón. Carlota estuvo a punto de decirle que no era prudente levantarse aún pero, por temor a ella, se mordió la lengua y bajó la cabeza.

Grimhilde se paró recta y dejó caer la bata que llevaba. Contempló con expresión solemne todo su cuerpo desnudo, sin mostrar ni un indicio de dolor después del parto. Su reflejo era lo que se esperaba de una mujer que acaba de dar a luz: estaba llena de sudor por el esfuerzo. Su hermoso cabello estaba pegajoso contra su espalda; tenía ojeras grises y algo de piel colgada en su zona abdominal, además de varias estrías que recorrían su bajo vientre, nalgas y muslos. Examinó cada uno de estos detalles, prestando especial atención a la zona del vientre. Después de varios minutos de haber hecho esto en sepulcral silencio, bufó.

—Nueve meses —empezó a decir despacio—, nueve meses de estar soportando que esa criatura me deformara el cuerpo. Soportando vómitos, dolores de espalda y horrendas contracciones. Todo para traer a una niña insignificante. —Se giró bruscamente para mirar directamente a la partera—. Manda llamar inmediatamente al médico de la corte, y a mi personal de belleza. Requiero un baño, masajes, aceites aromáticos, cremas faciales y una dieta para verme hermosa lo más rápido posible. Apresúrate.

Acostándose nuevamente en la cama, agitó la mano para indicarle a Carlota que se fuera mientras decía esto último. Ella, sin embargo, dudó. Estaba esperando alguna indicación sobre la bebé pero, como la reina no dijo nada más, tomó aire y preguntó:

—Alteza, ¿desea que lleve a la niña a la torre con su hermana y se la dé a una de las niñeras? ¿O quiere mantenerla en esta ala del castillo con una nodriza?

La reina, que estaba examinando sus uñas, apenas levantó su cabeza al escuchar esto.

—¿Te parece que quiero a un bebé llorando todo el día y noche cerca de mí? —Sus ojos duros como piedra observaron fijamente a la mujer—. Ya arruinó mi precioso cuerpo. No dejaré que

interrumpa mis sueños de belleza también.

Carlota tragó saliva.

—Entonces, ¿la-a llevo-vo a la torre... de la princesa...?

Grimhilde explotó.

—¡A la torre, a la cocina, a las caballerizas o, si quieres, títala por el balcón! ¡NO ME IMPORTA! ¡SOLO SAL DE AQUÍ! —La niña, debido a los gritos, empezó a llorar nuevamente. Carlota la meció con manos temblorosas para tratar de calmarla, pero su nerviosismo solo provocó que llorara más fuerte—. ¡Por Dios, ya cállala! ¡Sal de aquí ahora, o llamaré a los guardias y haré que las saquen a patadas!

No lo pensó más. Apretó fuertemente a la princesa contra su pecho, aunque esta siguiera llorando, y salió lo más rápido que pudo del ala de la reina. No se detuvo hasta que sus rodillas le empezaron a doler, lo que la obligó a detenerse. Tratando de recuperar el aliento, se agachó en medio del pasillo y, con el corazón aún amenazándole con salirsele del pecho, descubrió la cara de la niña. Esta había parado de llorar, pero tenía las mejillas todas húmedas y la nariz y la boca llena de mocos. Con cuidado, sacó un pañuelo que siempre llevaba consigo en el bolsillo de su delantal, y empezó a limpiarla. Al contemplar los ojos de la pequeña, un sentimiento de tristeza se apoderó de su corazón al pensar en el futuro de esa niña rechazada.

3.

Después de un rato, Carlota finalmente logró levantarse. Aún le dolían las rodillas, pero no le importó; lo único que tenía en mente era llevar a la pequeña lo más lejos posible de su madre y encontrarle una nodriza adecuada. Tal vez ella no fuera lo que la reina o el reino quisieran, pero seguía siendo una princesa y, más importante aún, un ser humano que necesitaba cuidados y afecto. Tras un largo rato, finalmente llegó a la torre de la princesa, con la garganta algo seca y con el cuerpo bastante sudoroso (después de todo, ya tenía sesenta años). Al llegar, no subió a la recámara de la princesa Blancanieves, sino que se dirigió a una habitación que se encontraba cerca de la escalera; era una habitación más pequeña que las otras del palacio y solo tenía una ventana, una chimenea, una cama, una mecedora y un pequeño tocador. Esa era su habitación personal. Al entrar, una joven criada, que estaba limpiando el piso, la saludó.

—Bienvenida, señora Carlota —dijo mientras se levantaba y limpiaba sus manos contra su delantal—. Imaginé que estaría muy cansada después de haber asistido el parto de su majestad, así que me tomé la libertad de limpiar su cuarto para que estuviera más cómoda. Espero que no le moleste.

Carlota observó los pisos limpios y la cama tendida, mostrando una sonrisa.

—¿Cómo podría molestarme por esto? Realmente te lo agradezco, Agi. Pero no tenías por qué hacerlo.

—Claro que sí. Trabaja muy duro para su edad: necesita cuidarse más —le recomendó mientras se acercaba a ella—. Le pediré al cocinero que le prepare una sopa de verduras y que se la traiga enseguida para que pueda dormir temprano.

La sonrisa de la partera desapareció. En serio estaba agotada y la oferta de Agi sonaba muy tentadora, pero aún no podía descansar. Con un suspiro logró decirle:

—Gracias, pero no será necesario. Aún hay cosas que tengo que hacer —dijo, mirando al pequeño bulto en sus brazos.

Agi, quien al comienzo pensó que solo traía unas mantas, abrió enormemente los ojos cuando se dio cuenta de lo que era en realidad.

—Señora Carlota, ¿este niño... por casualidad... acaso es...?

—Esta niña —corrigió—. Es la nueva princesa de Lorh.

Dicho esto, se la entregó cuidadosamente, y esta la cogió con manos un poco nerviosas e indecisas al comienzo. Nunca había cargado a una princesa. Con cuidado examinó la carita de la pequeña quien, a su vez, le sonrió. Agi no pudo contener su expresión de felicidad; sus ojos brillaban: le gustaban mucho los niños. Uno de sus mayores sueños era casarse y vivir en una casa llena de ellos.

—Es perfecta —apreció mientras ponía un dedo cerca de su manito, y la niña la cerró enseguida, lo que provocó que Agi y Carlota rieran de nuevo—, y muy fuerte para ser tan pequeña.

—Eso es bueno. Necesitaré ser muy fuerte si quiere vivir aquí. —Ese comentario hizo que la doncella levantara la cabeza para mirar a la anciana, cuya cara parecía haber envejecido diez años en unos segundos. Su semblante era triste y tenía la mirada perdida en un punto de la habitación. Tras unos minutos de silencio, continuó—: En estos treinta y tantos años que llevo de partera, pensé que ya lo había visto todo. Padres que maldicen a todo pulmón a sus esposas por haberles dado muchas hijas, pero ningún hijo; partos prematuros; mujeres que abandonan el mundo entre charcos de sangre; nacimientos múltiples; niños deformes; madres deprimidas y madres que brillan de felicidad... —Cerró los ojos con pesar—. Pero jamás pensé que vería tanto desprecio, odio y desentendimiento por parte de una madre primeriza a su primer hijo. —Miró con ojos melancólicos a la joven—. Esta niña es huérfana. —Abrió la puerta detrás de ella y, antes de irse, anunció con un dejo de voz—. Voy por una nodriza; ya vuelvo.

La joven empezó a caminar por la habitación, en parte para aliviar la creciente tristeza que experimentaba en el corazón, en parte para entretener al bebé. Sabía que era imposible para la niña entender las palabras aún, pero le pareció que, cuando Carlota había afirmado que era huérfana, su carita había cambiado a una expresión triste y sus ojos habían brillado con lágrimas contenidas. De alguna forma sintió que ella entendía todo lo que estaba pasando y que eso le dolía. Tal vez no significara nada, pero sentía que debía consolarla de algún modo, así que se acercó a la ventana. Fuera, se podía ver una parte del pueblo: el ambiente era animado. Había muchos transeúntes comprando, paseando, y niños jugando. La vista hizo sonreír a Agi y, mirando a la niña, le dijo:

—Tranquila, la señora Carlota está algo mayor y a veces no sabe lo que dice. —La niña parecía estar prestando atención a lo que decía, así que continuó—: Lo más seguro es que tu mamá esté cansada después de haberte traído al mundo. Es un trabajo difícil. Seguro te vendrá a ver pronto y te llenará de besos y abrazos. —La alzó sobre su cabeza y esta comenzó a reír—. Serás una princesa muy mimada y querida. Ya lo verás —afirmó muy segura.

Agatha Green, a quien todos llamaban *Agi*, era una joven doncella que había llegado al palacio a trabajar hacía pocos meses. Era conocida por ser una persona que siempre veía el lado positivo de la vida y porque siempre mostraba una sonrisa. Creía que, en el fondo, todas las personas eran buenas y que nadie era malo por naturaleza. De cierta forma, sus pensamientos también la volvían algo escéptica cuando las personas a su alrededor criticaban duramente a alguien o hacían circular rumores sobre estas. Para ella, esto era más que nada debido a la envidia que tenían, o la persona que iniciaba el rumor no estaba de buen humor ese día o, simplemente, podía estar aburrida, lo que la llevaría a exagerar mucho las situaciones, incitando a la desconfianza y llevando a todos a juzgar mal a alguien que no lo merecía, creando falacias en torno a ellas. Por esto no creía que la reina fuera tan mala como lo afirmaba la mayoría del personal de palacio. Estaba segura de que ella solamente estaba cansada por el parto y que, tan pronto se recuperara, iría de inmediato a ver a su hijita.

Pensar en la reina sonriente, cargando y mimando a la pequeña que tenía enfrente la hizo sonreír. Sin duda, sería una princesa hermosa y fuerte con un gran futuro por delante, amada y muy querida por todos en Lorh. Después de todo, su madre era una reina, y una madre siempre

les da lo mejor a sus hijos. Pues no hay en el mundo amor más grande que el de una madre por su hijo. (O al menos eso creía).

4.

Los días pasaban con normalidad en el palacio. A simple vista, no había mayores cambios, salvo por el hecho de que la reina ya no tenía un enorme vientre de nueve meses. Para todos, esto fue señal de alegría, pues la mayoría estaba harta de los incesantes berrinches y quejas de Grimhilde. Sin embargo, las murmuraciones y las teorías no se hicieron esperar cuando, a la semana del alumbramiento, no había noticia alguna del bebé. Para la mayoría, resultó evidente que había sido una niña, y no un varón, pues el nacimiento de un heredero al trono se festejaba a lo largo de todo el reino a los dos días del nacimiento y, en caso de que este naciera muerto, se tenía que guardar luto por un mes entero. Esto, no obstante, no ocurría con el nacimiento de una princesa, ya que en estos casos solo se llevaba a cabo una fiesta en el palacio, para la aristocracia más prominente del reino, con motivo de presentar a la nueva princesa real y, si esta nacía muerta, se celebraba un velatorio discreto.

La mayoría del pueblo y la aristocracia creyeron en esto último, y dieron por zanjado el tema. Los sirvientes, sin embargo, tenían otras ideas. Algunas sirvientas decían haber oído llorar a un bebé en el ala de la reina. Otras decían haber escuchado cómo la reina ordenaba a uno de sus guardias que matara al bebé por haber sido una niña inservible. Incluso hubo quienes aseguraron ver a la reina arrojar un bulto desde su balcón. Todo esto solo provocaba terror e incertidumbre entre ellos. La situación se volvió tan delicada que la partera Carlota fue interrogada sin descanso durante varios días. Todos ansiaban saber con detalle qué había ocurrido durante el parto de la reina. Carlota, sin embargo, se excusó todas las veces diciendo que tenía prohibido hablar del tema. Y, cuando estos vieron que todo intento de persuadirla resultaba inútil, finalmente, se rindieron.

Después de un mes sin ninguna noticia, la mayoría aceptó que lo más probable era que la princesa hubiera nacido muerta y hubiera sido enterrada en un muy discreto funeral. Aun así, el ver a la reina actuando como de costumbre, sin ningún indicio de sufrimiento por la muerte de su hija, daba lugar a dudas. Por esto empezaron rumores de que la niña (o tal vez niño) había nacido deforme, y la reina había decidido ocultarlo en algún lugar del palacio. Pero no pudieron negar o confirmar nada, así que, simplemente, se dejó de hablar del tema.

Mientras todo esto sucedía, en la torre de la princesa, en un cuarto pequeño y muy discreto, Agi, que estaba junto a la ventana, mecía en sus brazos a una muy inquieta y obstinada bebé que no entendía que ya era hora de acostarse.

—Ya... ya... ya... —El llanto no se detenía—. Por favor, pequeña. Tienes que dormir...

—No hay caso. Parece que pasaremos otra noche en vela.

Carlota estaba recostada en su cama, tejiendo con pericia una manta azul. A su lado se encontraba una niña de cinco años, ataviada con un hermoso camisón rosa pálido.

—¡Me duelen los oídos! —protestó tapándose los.

—Deberíamos volver a su habitación, princesa. Mañana tiene clases muy temprano y necesita

estar bien descansada.

—Pero, nana, Agi dijo que podía darle el beso de las buenas noches al bebé.

—Creo que tendrá que esperar a mañana, princesa —dijo Carlota sin apartar la vista de su tejido—. Me temo que pasarán varias horas antes de que esta serenata termine.

—¿No tendrá hambre?

Ante el comentario de la pequeña, la anciana detuvo su tejido y, después de un momento de reflexión, preguntó:

—Agi, ¿la nodriza vino entrada la noche para alimentarla?

La joven, quien lucía cada vez más agotada tratando de calmar a la niña, logró decir:

—¿No la recibió usted? Yo me fui un rato a las cocinas. Pensé que la había recibido usted.

Carlota inmediatamente soltó el tejido y, de un brinco, salió de la cama

—Dios mío, no. Iré a buscarla inmediatamente —decidió, al tiempo que se dirigía a toda prisa hacia la puerta.

Unos minutos después, volvió a entrar con una mujer en camión: era evidente que Carlota la había sacado de la cama; su cabello estaba hecho una maraña y en su rostro se podía ver que aún no terminaba de salir del sueño. La sentaron rápidamente en la mecedora junto a la chimenea, y Agi le entregó a la hambrienta niña, quien no tardó ni un segundo en prenderse al pecho de la mujer. Finalmente, la tranquilidad volvió a la habitación.

—Soy una verdadera estúpida —se reprochó Agi mientras se golpeaba la frente con su puño—. ¡¿Cómo se me pudo pasar su hora de comer?! Ahhh, qué idiota...

—No te culpes tanto. Aún estás aprendiendo. El problema es que estos días hemos estado muy ocupadas, sumando el hecho de tener que cuidar a una recién nacida bastante inquieta. —Suspiró—. Ya estoy muy vieja para esto...

—Se ve muy graciosa cuando come —apreció de pronto la pequeña princesa mientras observaba a su hermana—. ¿No te duele? —preguntó a la nodriza.

—Para nada. Todavía no tiene dientes.

—¿No tiene dientes? —la miró preocupada—. Entonces, nunca podrá comer pasteles. Pobrecita...

Agi y Carlota soltaron unas risitas ante tal comentario.

—Tranquila, princesa. Sus dientes aparecerán en unos años y podrán comer juntas todos los pasteles que quieran.

—Ah, bueno. ¿En cuánto tiempo será eso? Quiero ir a tomar el té en el jardín con ella.

—En unos años, princesa. La bebé aún es muy pequeña para ir a una fiesta de té.

Blanca miró a Agi medio molesta, cruzándose de brazos.

—Pero falta mucho para eso. ¿No puede crecer más rápido?

Las damas, simplemente, rieron con el comentario y siguieron platicando. La luna ya dejaba ver sus bellos reflejos plateados por la ventana. Hacía rato que había pasado la hora de acostarse. Al percatarse de este hecho, la niñera real se levantó apresuradamente. Miró a la pequeña princesa y sentenció:

—Es hora de irnos —dispuso dirigiéndose a las otras damas—, la princesa tiene clases de modales, pianoforte y pintura por la mañana. Necesita una buena noche de descanso

—¡No me quiero ir! —exclamó mientras miraba a Agi con ojos de cachorro—. ¿Puedo quedarme un ratito más?... Por favooooor... —Arrastró las últimas palabras, mostrándole una sonrisa encantadora mientras barría sus pestañas.

—La bebé también necesita descansar, Milady —respondió Carlota por Agi, sabiendo que esta era muy blanda y accedería a dejar que se quedara toda la noche si quisiera. No era buena poniendo límites.

—Pero yo no.

—Mañana —insistió cortés, pero con tono autoritario—. Puedes venir más temprano si lo deseas, para pasar más tiempo con la bebé. Ahora es mejor que escuches a tu niñera. No querrás que tu profesor de música te critique por quedarte dormida a mitad de un soneto, ¿o sí?

Blanca suspiró. Con cuidado besó la mejilla de su pequeña hermana, que seguía comiendo y, haciendo una pequeña reverencia rápida, salió de la habitación siguiendo a su niñera. Si Carlota no hubiera mencionado a su profesor de música, habría tratado de convencerlas de que la dejaran quedarse un rato más. Pero Sir Pericles era muy exigente y algo malhumorado de por sí. Definitivamente, no le convenía mostrarse cansada en su clase.

La nodriza terminó su labor poco después y también se fue. Agi continuó meciendo a la pequeña junto a la ventana para que se durmiera, lo cual esperaba que no le llevara demasiado tiempo esa vez.

—La dedicación de la princesa es admirable —comentó mientras miraba el cielo nocturno—. Desde que se enteró de que la bebé se queda en tu habitación, viene cada noche a verla y siempre quiere cargarla. —sonrió—. Esta niña no podría tener mejor hermana.

—Pues es un verdadero alivio, ya que solo se tienen la una a la otra.

—Eso no es...

En ese instante, la puerta se abrió de un portazo, lo cual impidió que Agi pudiera reclamarle a Carlota por su negatividad sobre la situación de las princesas. Pero, fuera lo que fuere lo que hubiera querido decir, se esfumó de su garganta en cuanto vio quién entraba a la habitación. ¡No era posible!

—¿Es aquí donde cuidan a la criatura? —Era una pregunta pero, por el tono tan imperioso y cortante con el que se la había hecho, sonaba más como una sentencia, además de estar acompañada por una mirada de hielo y por un aura que parecía congelar toda la habitación. Un escalofrío recorrió la columna de Agi de la cabeza a los pies, y le cortó la respiración por unos segundos, mientras que Carlota casi se cae de la cama al tratar de ponerse de pie junto a ella—. He hecho una pregunta —insistió la dueña de la voz, elevando el tono con pausa meticulosa.

Agi se puso blanca cual papel y, tratando de recordar cómo había que usar la lengua para hablar, logró decir no muy segura:

—S-sí... ¡Sí, su majestad!

La reina Grimhilde estaba allí.

5.

El corazón de Agi dio un vuelco. Era la primera vez que veía a la reina en persona. Solo había escuchado hablar sobre su inigualable belleza, la cual la mayoría calificaba como sobrenatural. Y, al tenerla tan cerca, no pudo estar más de acuerdo con esa descripción: era la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida. Llevaba un vestido almidonado de seda rojo con encajes en dorado, un collar de rubíes a juego con sus aretes, y su precioso cabello dorado estaba recogido en una producida trenza, coronada por una tiara llena de diminutos diamantes. Su postura regia y su mirada imponente eran propios de la más alta clase. Sin lugar a dudas, su sola presencia dejaba a todos sin aliento. La habitación quedó en el más incómodo de los silencios. Ni Carlota ni Agi tenían las agallas para romperlo. Finalmente, la reina, tras una lenta y evaluadora mirada por toda la habitación que provocó que ambas mujeres se petrificaran, miró intensamente hacia el bulto que sostenía la mujer más joven.

—¿Es esa la criatura que traje al mundo? —preguntó sin emoción y con mirada escéptica.

—Así es, su majestad —respondió Carlota, saliendo del hechizo que la mantenía inmóvil—. Es un gran honor que haya venido hasta aquí para visitarla.

Inmediatamente hizo una reverencia e instó a Agi a que hiciera lo mismo. Esta obedeció enseguida con algo de torpeza. La impresión de tener a su majestad en la pequeña habitación de Carlota no la dejaba pensar ni actuar adecuadamente.

—Ah sí. Supongo que tenía que venir en algún momento.

La reina empezó a caminar lentamente con dirección a la criatura. Con cada paso que daba, se escuchaba el retumbar de sus tacones en el suelo marmolado. Ese sonido lento y rítmico provocaba un creciente sentimiento de terror en el corazón de Agi, lo que a su vez la llevó a recordar todos los rumores y habladurías que se decían por los pasillos sobre el mal genio de la reina y su carácter endemoniado. Temía siquiera pestañar en ese momento. Cuando estaba a solo centímetros de ella, contuvo la respiración. Su majestad ni siquiera la miró; bajó la cabeza para mirar a la pequeña, que se hallaba dormida entre sus brazos, y la examinó de arriba abajo. Ese extraño examen visual la hizo sentir realmente incómoda, sin saber bien por qué.

—Es más grande de lo que recordaba.

—Los bebés crecen muy rápido, su majestad —contestó Carlota.

—Ya veo. —Se apartó bruscamente de las damas y se sentó en la mecedora que se hallaba cerca de la chimenea—. Como no estás haciendo nada útil, ve y tráeme el té y un par de aperitivos. Procura que sean frescos, pero no traigas más de una bandeja: tengo que controlar mi dieta.

Carlota dudó por unos segundos. No le hacía ninguna gracia tener que dejar a la inocente Agi y a la bebé solas con esa mujer. Pero era la reina y, si no la obedecía, su pescuezo estaría en peligro. Entonces, a regañadientes, dejó la habitación lentamente sin dejar de mirar de reojo a su alteza, rogando al Altísimo que su extraña visita fuera por algún sentimiento maternal

recientemente descubierto, y no por algún motivo oculto.

El silencio se hizo presente nuevamente en la habitación, dejando otra vez un ambiente pesado y sepulcral. Agi sentía el impulso de salir corriendo, pero era como si una extraña fuerza invisible la mantuviera pegada al suelo. La reina, totalmente ignorante del sentir de una simple criada, se examinaba las uñas con indiferencia.

—Hace días que los pechos me duelen —soltó de golpe rompiendo el silencio—. Mi médico dice que se debe a la acumulación de leche. —Se giró hacia Agi y por primera vez la miró directamente a los ojos con expresión muy seria—. Me aconsejó que diera de amamantar para aliviar mi malestar.

—¿A-a-amamantar...? —logró preguntar Agi en un tono tan bajo como un susurro.

—Eso dije —respondió tajante—. Dame a la niña —ordenó extendiendo el brazo.

Algo en el interior de Agi le decía que no debía hacerlo, que debían salir de ahí. Pero su mente positiva y racional la tranquilizó enseguida. «No tengo por qué sentirme así», se dijo a sí misma. A pesar de ser una reina intimidante, también era la madre de esta preciosa niña a la que ella había estado cuidado desde su nacimiento, y una madre ama sin límites a sus hijos por naturaleza, ¿verdad? Además, ¿no acabada de venir personalmente a verla a mitad de la noche? ¿No estaba ofreciéndose a amamantarla en este momento? Con estos pensamientos dejó de sentirse tan cohibida y temerosa. Mostrando una leve sonrisa, entregó a la pequeña a su madre. Esta se despertó y miró con curiosidad a la mujer que la tenía en brazos. Para sorpresa de Agi, no lloró ni se movió. Ambas se miraron con idénticos ojos verdes.

—Creía que sus ojos eran marrones. ¿Seguro que esta es la niña correcta?

—S-s-segura, su majestad. Es-s normal que el color de o-ojos y de piel cambie, con el tiempo, en los recién nacidos.

—Ya veo. —Se bajó el corsé, dejando al descubierto su prominente pecho. La pequeña boca de la niña no tardó en penderse de uno de estos.

Por suerte, parecía seguir teniendo apetito. Agi agradeció esto en silencio. Hubiera sido un gran problema que la niña no quisiera seguir comiendo.

—Enciende la chimenea: esta habitación parece un témpano de hielo.

—S-Sí, su majestad.

La joven se apresuró a cumplir la orden y, tras un par de intentos, logró encender una pequeña hoguera, la cual avivó poniendo un par de leños que se hallaban en un montón cercano. Después de un rato de haber estado atizando el fuego con una barra de hierro, el ambiente de la habitación se sintió más ameno. Terminada la tarea, se limpió las gotas de sudor que se habían formado en su frente y se quedó parada junto a la chimenea.

La reina contemplaba en silencio a su pequeña hija, quien la miraba con ojos muy abiertos mientras comía. Después de unos segundos, Agi vio cómo la expresión de la reina se relajaba. Su postura recta y fría parecía más cómoda; su mirada se volvió un poco más cariñosa, e incluso creyó ver que las comisuras de sus labios se elevaban un poco. La imagen de la reina y su hija, tan naturales y familiares en esa posición, hizo que el corazón de Agi se calentara y se conmoviera. Era un paisaje de lo más tierno; era lo que ella quería tener algún día.

—He de admitir que es bastante bonita —murmuró mientras le acariciaba la cabeza—. Teniendo en cuenta que el rey no era para nada atractivo, es una verdadera sorpresa.

Un pequeño rincón en la mente de Agi sabía que debía quedarse callada. Ella no era más que una criada de servicio, y su trabajo consistía en servir y ser, prácticamente, invisible. Pero la imagen tan familiar y amena le hizo responder sin pensar.

—Es porque se parece a usted —comentó conmovida y con mucho cariño—. Sin duda, cuando crezca, será la niña más hermosa que el palacio haya visto. Tal vez incluso la más bella del reino.

—Sí, supongo que esa es una posibilidad. —Dejó de acariciarla y volvió a observarla detenidamente. Esta vez, sus ojos verdes parecían los de un depredador acechando a su presa—. Una niña que se convertirá en una mujer muy hermosa, sin duda.

—Oh, seguro que sí —corroboró Agi sin notar el cambio repentino en los ojos de su reina—. Cuando sea una doncella, tendrá miles de pretendientes a sus pies. Después de todo, ¿qué hombre se resistiría a una dama tan hermosa como su majestad? Además de ser una princesa...

—Sin duda, nadie —confirmó lentamente—. Una mujer tan hermosa como yo. Pero más joven... más fuerte... y más inocente... —En la mente de la reina se estaba formando un montón de imágenes de banquetes y bailes, todos con largas filas de pretendientes, todos y cada uno de ellos con la sola intención de ver a esta niña que tenía en brazos. La más hermosa, seguro. Su cuerpo empezó a estremecerse de rabia. La niña notó enseguida el cambio repentino en su madre. Apartó la boca, y empezó a llorar y moverse como un gusano, tratando de alejarse. Pero la reina la tenía sujeta con fuerza. Agi, quien seguía soñando despierta, al escuchar el llanto, se apresuró a tratar de tomarla. Pero la reina le golpeó la mano, lo que provocó que la mirara consternada. Sus pupilas eran muy pequeñas; sus labios formaban una línea recta y la niña no paraba de moverse, tratando de zafarse de su fuerte agarre—. Ve a traerme el té —ordenó abruptamente.

El instinto de salir corriendo volvió a apoderarse de Agi. Algo estaba muy mal. Sabía que no debía irse sin la niña.

—P-pero la señora Carlota ya fu...

—¡Te dije que te fueras! ¡AHORA!

—P-pero la bebé...

—Yo me encargaré de ella. ¡VETE!

—Pe-Pe-P...

—¡AHORA!

Un sudor frío recorrió su espalda y la hizo salir casi corriendo. Pero, al salir de la habitación, aminoró el paso. No quería irse muy lejos. Estaba muy preocupada por el inminente cambio en la actitud de Su Majestad y tenía mucho miedo por la bebé. No estaba a más de doce pasos de la puerta cuando se detuvo por completo.

«¿Buscar el té? ¡Qué rayos!, si Carlota acababa de ir a buscarlo. Pero ¿qué pasó? ¿No estaba hace solo un minuto alimentando tiernamente a la niña? ¿Por qué ese cambio tan repentino? ¿Está loca? No, no, no. Seguro, solo quiere estar un rato a solas con su hija, ¿no? Cálmate, Agi, lo estás pensando demasiado. Carlota ya vendrá y, entonces, yo yo...».

La línea de sus pensamientos se vio interrumpida por un grito agudo de terror tan fuerte que

podría romper una ventana. Sus pies se movieron más rápido que su mente, abriendo la puerta de la habitación con un portazo. En una fracción de segundo, sus ojos se posaron instintivamente en la niña, que gritaba y pataleaba sin descanso, tirada junto a la chimenea, con una gran quemadura en la cara, de la cual manaban sangre y humo. Junto a ella estaba la encarnación de un demonio hecho mujer, con ojos cetrinos que parecían lanzarle cuchillas. Y, en su mano derecha, una barra de hierro al rojo vivo.

6.

Un instinto en lo más profundo de su ser la hizo abalanzarse y coger a la niña entre sus brazos. Esta no paraba de llorar, gritar y sacudirse. Agi estaba espantada; la quemadura era larga y rectangular. Casi le llegaba al ojo derecho. Por suerte, parecía no haberle tocado el globo ocular, pero le cubría casi toda la mejilla, de la cual no paraba de salir sangre por los bordes y un olor intenso a carne cocida. Le dieron arcadas, pero el terror que sentía por la niña, y aún más por la mujer que tenía a escasos pasos de distancia, se las quitaron de inmediato. La reina la miraba con profundo odio pero, al mirar a la niña, ese odio pareció aumentar exponencialmente. La apuntó con la barra, de la cual aún se desprendían pequeñas virutas de humo.

—Llévatela —ordenó lenta y pausadamente— a un lugar donde nunca más la vea. Si tú o ella vuelven a estar en mi presencia, las mandaré a colgar sin miramientos.

Como si de un resorte se tratara, Agi abrazó más fuerte a la niña, y salió de allí lo más rápido que pudo. Corrió y corrió, pasillo tras pasillo, esquivando guardias, criadas, y cualquier otro ser u objeto que estuviera en su camino. Su corazón desbocado amenazaba con salirse del pecho, y los gritos de la niña no paraban de retumbar en todas las paredes, pero no les hizo caso. Solo corrió desenfundada en la penumbra de esa oscura noche.

Después de lo que le pareció una eternidad (pero que no llegaban a ser más de unos quince minutos), se detuvo. Tenía la garganta seca, y las piernas le dolían. El agotamiento la golpeó, obligándola a agacharse. La pequeña había parado de llorar, pero su cara estaba cubierta de lágrimas y mocos. Sus pequeños ojos verdes parecían exhaustos, tristes y asustados. El corazón de Agi, aún desbocado por el esfuerzo, se contrajo de pena y rabia, y varias lágrimas se escaparon de sus ojos.

Con cuidado se levantó y empezó a caminar rápidamente a su habitación o, mejor dicho, la habitación que compartía con las demás criadas. Esta se hallaba en una de las torres menores del castillo; específicamente, se trataba de la torre del oeste número tres, aunque nadie prestaba atención a esos detalles. Dentro había una multitud de camas, cuyas ocupantes eran puras plebeyas, ninguna con una tarea específicamente asignada, salvo la señora Berta Tabot, quien era el ama de llaves del castillo. Al verla entrar con los ojos llorosos, Abigail, su mejor amiga, se acercó inmediatamente.

—¿Agi? ¿Qué sucede? —preguntó corriendo hasta ella—. ¿Qué te pasó?

—A mí nada, Abigail, pero necesito ayuda urgente —respondió, mostrándole a la pequeña que tenía en brazos.

—¡Altísimo! ¡Rápido! ¡Necesito un paño húmedo!

Abigail tomó a la niña y se apresuró a tratar su herida. Las demás criadas presentes no pudieron evitar intervenir también en el asunto.

—Oh, cielos. Pobre criatura. ¿Quién hizo algo así?

—¿De dónde sacaste a esa criatura? No es tuya, ¿verdad?

—Pero ¿cómo se hizo una quemadura tan grande?

—¿Tienen suficientes vendas?

—¡Ya basta! —gritó la señora Tabot, acallando a todas—. Señorita Green ¿de quién es esa niña y por qué está aquí? Responda ahora.

Agi apenas la miró. Estaba agotada y ya no quería seguir mintiendo ni ocultando la verdad.

—Es la hija de su majestad —informó de un tirón—. Ella la quemó con una barra de hierro.

Todas la miraron con gesto horrorizado, incluida la seria señora Tabot.

—¿La reina quemó la cara de su propia hija? No es posible.

—¡Es una bruja! Sabía que era un demonio, pero esto es demasiado.

—¿Cómo puede hacerle eso a una bebé y más aún, a su propia hija?

—Es un monstruo. Ojalá termine ardiendo en el infierno.

—Señoritas, señoritas. Por favor, cálmense. Necesito hablar con la señorita Green. Las que no estén ayudando pueden retirarse por el momento.

Todas salieron de la habitación, no sin antes haber echado varias ojeadas a Abigail, que seguía tratando a la niña.

—Ahora bien, explícame qué sucede. Tenía entendido que el hijo de Su Majestad estaba muerto. Y ahora vienes corriendo a mitad de la noche, despertando a todo el mundo, con una niña gravemente herida, la cual dices que es la hija de su majestad.

—Es la verdad. La señora Carlota y yo la estuvimos cuidando todo este tiempo. Hoy fue la primera vez que su majestad fue a visitarla y...y... —Las lágrimas empezaron a brotar sin control—... me dijo que no quería volver a verla.

La señora Tabot suspiró cansinamente. Esto era un verdadero lío.

—Bien, por ahora necesitará un lugar para quedarse. Podemos llevarla a una institución de niños por la mañana.

—Yo me haré cargo —dijo Agi enseguida—. No puede terminar en una de esas instituciones. Es una princesa, una noble.

—Es una niña que fue rechazada, abandonada por sus padres. Su lugar está con los demás niños abandonados.

—¡No está abandonada! ¡Y no voy a dejar que termine en un lugar donde será golpeada, utilizada y muy probablemente esclavizada!

—Entonces, ¿qué harás? ¿Vas a criarla por tu cuenta? ¿Qué hay de tu trabajo?

—La señora Carlota y yo nos encargaremos. Lo hemos hecho hasta ahora, y lo seguiremos haciendo.

—La señora Carlota es una anciana que está por retirarse y volver al campo. No creo que quiera quedarse a criar a una niña que no tiene nada que ver con ella.

—Yo la ayudaré —decidió Abigail uniéndose a la conversación. Ya había terminado de tratar a la niña, logrando conseguir que se durmiera—. Y, seguramente, las demás criadas nos darán una mano de vez en cuando. Le aseguro que no va a notar que está aquí.

La señora Tabot pasó su mirada de una joven a la otra y, tras unos segundos de meditación, suspiró.

—Bien, pero procuren que no llore ni despierte a nadie durante la noche. Y supongo que no tengo que añadir que su existencia aquí debe permanecer en secreto.

—Entendido —respondieron ambas al unísono.

Echando una última mirada a las jóvenes y a la niña durmiente, se marchó. Las dos amigas se miraron entre sí, sentándose en una cama próxima de donde dormía la susodicha.

—Gracias.

—Tranquila. Todo saldrá bien —le aseguró Abigail abrazándola—. Todo saldrá bien.

—Eso espero.

Ambas se quedaron un rato contemplándola, cada una en su propio mundo, pensando en todo lo que acababa de pasar y lo que pasaría de ahora en adelante.

—¿Cómo se llama? —preguntó Abigail.

—No tiene nombre —respondió Agi, percatándose por primera vez de este hecho después de haber estado cuidándola un mes—. La reina no le puso ninguno.

—¿Deberíamos elegirle uno?

—No podemos. Es hija de nobles, de la mismísima reina. No tenemos la autoridad de nombrarla. Además, si la reina alguna vez cambia de parecer y decide reconocerla, quién sabe lo que haría con las criadas que osaron nombrar a su hija —dijo, odiando cada palabra.

—Entiendo. Pero, entonces, ¿cómo la llamamos?

—Supongo que «bebé». Tal vez, cuando sea más grande, podamos ponerle un apodo.

—Esperemos que la reina la reconozca antes de eso.

—Ojalá —deseó Agi, no muy convencida.

No podía contarle la verdad: que ella y la niña habían sido amenazadas de muerte si volvían a ver a su majestad, o su profunda certeza de que jamás la reconocería como su hija. El hecho de haber sido quemada o rechazada por su madre no era suficiente motivo para que la descartaran.

Después de todo, existían numerosos casos de niños de familias nobles rechazados o echados a la calle que, después de unos años, volvían a estas y eran reconocidos debidamente como si nada hubiera pasado. Un pequeño rincón en la mente de Agi quería aferrarse a esa pequeña esperanza. Pero, aunque no quisiera admitirlo, ya sabía la verdad. La pequeña niña a la que tanto amaba nunca sería reconocida como hija por su madre biológica.

Las heridas de
la infancia tardan toda una vida
en cicatrizar,
y algunas de estas nunca dejan
de sangrar...

I

7.

Diez años después...

El ambiente era frío durante esa mañana. La nieve llenaba cada rincón del palacio. La primera división de soldados reales estaba a punto de terminar su excursión diaria. Rostros cansados y bostezos eran las expresiones dominantes entre sus filas. Todos ellos anhelaban terminar la última ronda e ir directamente a las cocinas por un desayuno caliente y sustancioso. Pero, al cruzar el umbral de ingreso al patio central, el General Alonso Hasser se resbaló y cayó de bruces, junto con los desafortunados que se encontraban detrás de él.

—¡Maldición! ¿Por qué hay una condenada capa de hielo en el suelo?! ¡Esto es un castillo! ¡No un estúpido lago!

Una pequeña risa aguda se oyó de pronto. El general giró bruscamente su cabeza hacia la dirección del sonido, el cual provenía de un gran árbol cercano. La furia se encendió en sus ojos.

—¡Esa condenada muchacha otra vez! ¡Sal de ahí y muestra tu feo rostro!

Nadie salió, ni se movió. El general dio un paso al frente en dirección al árbol. Tenía las manos en puños. Estaba harto, y la ira lo dominaba.

—Espere, general, no se moleste. Yo me haré cargo de ella —dijo un joven soldado, interfiriendo en su camino.

Este miró al joven con desprecio de arriba abajo. Estaba a punto de empujarlo al suelo y continuar con su cometido, pero lo pensó mejor. Se había levantado mucho antes de que el sol saliera y desde entonces había estado cumpliendo con su deber sin beber tan siquiera un vaso de agua. Lo que menos quería en ese momento era lidiar con las estúpidas bromas de una niña. Con eso en mente, miró al soldado con aire de superioridad y le ordenó casi gritándole:

—¡Esa niña es una amenaza! ¡Encárgate de castigarla con rigor y que no vuelva a cruzarse en mi camino! O tú y ella terminarán muy mal; te lo aseguro, soldado.

—Entendido, General —prometió haciéndole una rápida reverencia.

El general dio la vuelta y se fue pisando fuerte junto con el resto de los soldados, rumbo a las cocinas. La excursión había terminado. El joven soldado suspiró y se dirigió lentamente al árbol, que ahora estaba en total silencio. Apoyó la espalda contra este y miró unos segundos la capa de hielo con la que se habían resbalado su jefe y compañeros. Estaba bien escondida por otra capa más fina de nieve.

—Buen truco. Te superaste esta vez. Solo te recomiendo que, para la próxima, trates de no reírte, o al menos escóndete más lejos de la escena del crimen.

—¡Lo intenté! ¡En serio! Pero la cara roja del general era demasiado graciosa —protestó la voz detrás del árbol.

—Cierto. Tiene una cara de lo más horrenda cuando se enoja. —Se colocó detrás del árbol, agachándose para estar a la altura de la niña escondida—. Pero eso fue muy peligroso. Alguien pudo haberse lastimado.

La niña bajó la cabeza, mirándose los pies en señal de arrepentimiento.

—Lo siento, Leo. No quise meterte en problemas.

—Ya pasó. —Se levantó y extendió su mano hacia ella—. Vamos. Seguramente, Agi te estará buscando.

La niña tomó su mano y levantó la cabeza para mostrarle una pequeña sonrisa. Su largo cabello negro y huracanado estaba suelto y le cubría la mitad derecha del rostro, lo que le permitía ver solo con un ojo. Era molesto, pero ya se había acostumbrado a llevarlo así a diario.

Ella y Leo caminaron juntos hacia los dormitorios de las criadas. Cuando estaban a unos metros de llegar, una preocupada Agi los divisó cerca de la entrada del patio.

—¡Katze! ¡¿Dónde rayos estabas?! ¡Estuve buscándote toda la mañana!

—Lo siento. Solo estaba jugando en la nieve.

Leo se rio. Agi lo miró a él y luego nuevamente a la niña.

—¿Qué hiciste? Te metiste en líos otra vez, ¿no es cierto?

—¡No! —mintió—. Solo estaba jugando con Leo, ¿verdad? —aseguró mirándolo con una sonrisa descarada.

Este dejó de reír y miró directamente a Agi, muy serio.

—Estábamos jugando a las escondidas en el patio. No pasó nada: te lo aseguro.

Agi lo miró con desconfianza, tanto a él como a la sonriente niña a su lado. No sería la primera vez que Leo encubriera alguna de sus travesuras. Cuando se aliaban, era muy difícil hacerles frente. Giró los ojos, y suspiró.

—Bien, más les vale que sea verdad. Ya tenemos suficientes problemas con la señora Tabot por tu travesura con los pescados la semana pasada.

—¿Pescados? —preguntó Leo a Katze con curiosidad. Esta se encogió de hombros.

—Al parecer, la señora Tabot no cree que los pescados sean buenas almohadas.

Leo estalló en carcajadas imaginándose la escena, y esto (aunque no lo quisiera) provocó que Agi también sonriera. Katze era una niña caótica; no paraba de hacer travesuras o de meterse en lugares donde no la llamaban. Pero Leo y Agi, simplemente, no podían estar mucho tiempo enojados con ella: le tenían demasiado cariño.

Los tres empezaron a caminar hacia las cocinas. Ya era tarde, pero ninguno había desayunado. La niña se adelantó corriendo, como siempre lo hacía.

—¿En serio no hizo nada esta vez? —le preguntó a Leo preocupada—. Por favor, sé honesto conmigo. —Leo dudó un momento pero, al ver su preocupación, decidió ser honesto con ella.

—Le jugó una pequeña broma con el hielo al General Hasser. Pero, tranquila, ya lo solucioné.

—Ahh... lo sabía. Esta niña... —Su mente empezó a pensar en miles de formas de castigarla. Esto no podía quedar así: tenía que enseñarle una lección, tenía que hacer que...

—Sabes que te ves muy linda cuando te enojas —la halagó Leo interrumpiendo sus pensamientos.

Esto provocó que se sonrojara al instante. Leo, riendo, la tomó de la mano, alejando todas sus preocupaciones. Siempre era así: él siempre conseguía alejar todas sus dudas y tormentos solo

con tocarla.



Después del desayuno tardío, Katze se dirigió al palacio Este con una cubeta y un par de trapos. Le habían asignado limpiar todo el piso de la sala del trono. Aparentemente, el general le había comentado a la señora Tabot sobre su pequeña travesura y esta, a diferencia de otros, no la iba a dejar sin castigo. Pero eso no le impidió tirar toda el agua con jabón en el piso y jugar a deslizarse de un lado a otro mientras lo hacía.

—¿Has oído lo que le hizo la reina a la princesa? —preguntó en un susurro demasiado alto una sirvienta a otra que, al igual que Katze, se encontraban limpiando la sala.

—No. ¿Qué pasó?

—La reina obligó a la princesa a vestirse con harapos y limpiar toda su habitación como si fuera de la servidumbre.

—¡Qué horror! Eso es despreciable, ¿cómo puede hacerle eso a Milady Blanca? Pobrecita.

—Sí, lo sé. Esa mujer no tiene límites. ¿Cómo puede hacer que la heredera del reino se rebaje a tal nivel? Es inconcebible, ¡qué gran injusticia!

Se escuchó el estruendo de un balde golpear contra el suelo, lo cual alarmó a ambas sirvientas. Estas se giraron de inmediato para ver a una niña, con las ropas y el cabello mojado, salir con prisa de la sala.

—¡Oye tú! Mira el desastre que hiciste. ¡Vuelve aquí y termina de limpiar ahora! —le reclamó una de las sirvientas.

Katze se detuvo un momento para mirarlas con su ojo descubierto.

—Si quieres que el piso quede limpio, mejor deja de perder el tiempo chismoseando y haz tu trabajo —le respondió saliendo rápidamente de la sala, dejando a ambas boquiabiertas.

—¡Esa condenada niña! ¿Quién se cree que es para hablarme así? ¡Estúpida mocosa! Ya verá lo que es bueno —protestó una de ellas.

—Espera —le advirtió la otra, deteniéndola del brazo—. ¿Esa niña desarreglada no era la...? Ya sabes, la *repudiada*. —La última palabra fue apenas un susurro que salía de sus labios.

—Mmm... No creo... ¿Será?

—Pues coincide con la descripción de los rumores. A lo mejor, se enojó por lo que dijimos.

Ambas se miraron un momento con expresiones culpables. Luego, simplemente, continuaron con la limpieza.



«¿Y qué? —pensaba Katze molesta, mientras caminaba de regreso a su habitación—. ¿Qué tiene que la haga vestir de sirvienta y que limpie su alcoba? Yo tengo que hacerlo a diario y también soy una estúpida princesa, ¿o no?».

No podía evitarlo. No sentía ninguna simpatía por su media hermana, la princesa Blancanieves, desde que tenía más o menos unos cinco años. Y recordaba muy bien por qué como si hubiera

sucedido el día anterior.

Ocurrió un día de primavera. Ella se había escapado de la mirada vigilante de Agi, y había terminado en un hermoso jardín que había cerca de la torre de la princesa. Allí estaba ella corriendo y juntando una gran variedad de flores, segura de que, si le llevaba un ramo muy grande, Agi no la regañaría (o al menos eso esperaba). Justo cuando estaba por arrancar una margarita de tallo particularmente resistente, vio por el rabillo del ojo a una niña con un precioso vestido celeste entrando al jardín. Era muy hermosa, con su cabello negro recogido con una preciosa trenza adornada con flores. Iba seguida de un par de niñas, también muy arregladas. Se sentaron a la mesa que se hallaba a mitad del jardín. Unos sirvientes les llevaron el té y varias bandejas con pasteles. Katze sonrió. Además de ella, no había ningún niño con quien pudiera jugar en el castillo. Apartó algunas de las flores más bonitas de su ramo y fue a su encuentro.

—Hola, ¿les gustan las flores? —preguntó mostrándoles su ramo recién hecho—. Hay muchas y son muy lindas, ¿quieren que les muestre dónde?

Las niñas la miraron de arriba abajo: una niña de la mitad de su edad, con el cabello enmarañado, harapos y las manos cubierta de tierra. Normalmente la hubieran ignorado o le hubieran dicho a uno de los guardias que se la llevara. Era la forma correcta de lidiar con plebeyos molestos. Pero, al ver la enorme cicatriz que tenía, no pudieron evitar interrogarla.

—¿Qué te pasó en la cara? ¿Te lastimaste?

—¿Estás bien? ¿Te duele?

—¿Qué? ¿Esto? —Apuntó a su cicatriz—. Siempre la he tenido y no, no me duele.

—Es horrible, da miedo. Deberías cubrirla; vas a asustar a todos.

—Es verdad —confirmó la princesa Blanca—: pareces un monstruo.

—¡No soy un monstruo! —gritó, tirando las flores—. Discúlpate ahora.

—No me voy a disculpar con una plebeya. Y menos con una tan fea y sucia como tú. Lárgate antes de que llame a la guardia. Asustas a mis amigas.

—¡Yo no asusto a nadie! ¡No soy un monstruo!

—¿No te has visto a un espejo? Cualquiera que te mire a la cara diría que pareces un feo monstruo.

—¡No soy un monstruo! —gritó, y se fue corriendo y llorando de allí.

Corrió sin rumbo por los diversos pasillos de palacio sin prestar atención a dónde iba, hasta que terminó chocando con alguien.

—¡Ay! ¿Pero qué diablos? —exclamó la señora Tabot, mientras dirigía su mirada a Katze—. Ah, eres tú. No puedes estar aquí, niña. Vete a la habitación con Agi —le ordenó cansada y sin emoción.

—Señora —le contó llorando—, esa niña mala me llamó «monstruo feo». Dígale que se disculpe.

—Ahh, ¿qué niña te dijo eso?

—Una con vestido celeste y cabello negro. Me lo dijo estando con otras niñas en el jardín.

—Ah, ya veo. Si estabas en el jardín del este, debe de haber sido la princesa Blancanieves.

—Si sabe quién es, debe castigarla. Fue muy mala conmigo.

La señora Tabot la miró despectivamente. Nunca le había agradado demasiado Katze; la consideraba molesta y, tras haber sido rechazada por la reina, le daba igual lo que le pasara. Después de todo, solo seguía en el palacio porque Agi tenía fe de que algún día sería reconocida como la segunda princesa del reino. Pero, para ella (que servía de cerca a su majestad), sabía que esa posibilidad era nula. Estaba cansada, y tener que tratar con ella era lo último que quería hacer.

—Esa niña es una princesa debidamente reconocida; puede hacer y decir lo que quiera. A diferencia de ti. Solo vete a tu habitación y deja de molestar.

—¡Pero ella dijo que soy un monstruo!

—Y tiene razón.

—¿Qué? —Puso los ojos en blanco sin comprender.

—Tal vez no seas un monstruo, pero eres hija de uno. ¿Quién crees que te quemó la cara y te hizo esa fea cicatriz? —Se quedó pensando en esa posibilidad un momento, y no pudo evitar decir sus pensamientos en voz alta—. Aunque tal vez nos hizo un favor a todos. De haberte reconocido, seguro serías igual de horrible que ella. Al menos nos libramos de tener que aguantarte a ti también.

Katze se quedó de piedra. Su mente de cinco años no podía entender bien lo que le estaba diciendo pero, aun así, sabía que era algo horrible. Salió corriendo a su habitación y se quedó llorando todo el día en la cama. Después de muchos intentos de calmarla, Agi finalmente le explicó qué significaban todas esas palabras que le había dicho la señora Tabot. Le contó quién era su madre, por qué estaba con ella, el porqué de su cicatriz y también por qué no tenía un nombre, como todos los demás. Simplemente, la llamaban «Katze» o «gato» por la forma que tenía de escabullirse de sus tareas. Ella tardó un tiempo en entender todo aquello, pero saberlo la ayudó a explicar muchos comportamientos que tenían las personas a su alrededor. Siempre hubo quienes la miraban con lástima; parecía que otros lo hacían con odio; e incluso los distintos aristócratas que visitaban el palacio con regularidad se le acercaban y hablaban con ella de temas que no entendía del todo. Ahora lo sabía: ella era una princesa, la primogénita de su majestad Grimhilde, quien le había quemado la cara y rechazado a los pocos días de nacida. Su existencia era un rumor bien fundado y extendido a lo largo del reino. Al principio se sintió muy triste cuando entendió su situación pero, después de unos años, le dejó de dar importancia.

Sin embargo, un sentimiento de resentimiento y de desprecio empezó a formarse en su interior cada vez que le hablaban de la princesa o de la reina. No pudo evitarlo: empezó a odiar a ambas. A raíz de ese encuentro con la princesa Blanca y con la señora Tabot, Katze no podía evitar mirarse al espejo sin pensar en la palabra «monstruo», por lo que empezó a evitar los espejos y a cubrirse la cicatriz con su cabello todo el tiempo.

Luego de algunos minutos de caminar, Katze llegó al jardín y se trepó al árbol que crecía allí desde mucho tiempo antes de que ella naciera. Quería esconderse y pensar un rato. «Seguro te verás horrible con esos harapos, ¿no, princesa? —decía en voz baja para sí misma—. Espero que también te haya obligado a limpiar todos los escalones de tu estúpida torre».

Una imagen de la princesa, cansada y con las manos rojas por limpiar las escaleras, se formó en

su mente, lo cual la hizo sonreír. Katze podría ser problemática y traviesa, pero no era una mala persona: nunca lastimaría o haría algo para herir a otros. Eso era algo que Agi le había enseñado antes siquiera de aprender a hablar. Pero... de vez en cuando, cuando estaba muy molesta o sentía que quería golpear a alguien, se alejaba e imaginaba cómo esa persona recibía su castigo. Era algo que calmaba su mente y la hacía superar su malhumor. Y no pudo evitar reír ante la imagen imaginaria de su perfecta media hermana, toda sucia y con ropas de criada.

8.

La primavera había llegado a Lorh, trayendo consigo el fin del duro invierno. La tierra reverdecía y florecía en toda su extensión. Era la mañana del siete de mayo y, a diferencia de los otros días, cuando trataba de dormir hasta el mediodía (si Agi no le tiraba agua o la tumbaba de la cama), Katze se levantó con los primeros rayos de sol. Era un día muy importante; hoy cumplía once años.

Rápidamente se levantó, lavó su rostro y se peinó con una coleta, dejando un largo mechón delante para que le cubriera su cicatriz. Además, se puso un vestido rosa y blanco. Era el más bonito que Agi y Abigail le habían regalado, y ese era el día perfecto para estrenarlo. Se dio una rápida ojeada en el espejo solo para comprobar cómo le quedaba, evitando mirar su rostro. Después de haber comprobado que le quedaba perfecto, sonrió y se fue a desayunar. Al llegar a la estancia, todo parecía desierto, y las ventanas estaban cerradas, sumiendo al lugar en la oscuridad. Sin embargo, Katze sonrió y entró sin dudar.

—¡Sorpresa! —gritó un coro de personas al unísono, mientras unos siervos abrían las ventanas, revelando una cocina decorada con manteles y flores recién cortadas.

—¡Feliz cumpleaños, Katze! —exclamó Agi, saliendo por una puerta con un pastel en las manos.

Katze puso su cara de sorprendida, la cual había estado practicando el día anterior.

—Ohhh, ¿todo esto para mí? ¡Qué increíble! No tenían que hacerlo. —Sonrió tímidamente.

—Te dije que no la sorprenderíamos —dijo Leo, cruzándose de brazos—. Seguro que escuchó a alguna de las chicas murmurando sobre la fiesta, ¿no es así, Katze?

—¡Claro que no! ¡En serio no tenía idea!

—Ya, seguro. —Se acercó a ella y le estiró los cachetes—. Eres una pésima mentirosa; se te nota en la cara.

—*Mo lo samía* —respondió, tratando de sacarse las manos de Leo de la cara—. *M-en serio.*

—Bueno, bueno, ya suelta a la cumpleañera. Si sigues haciendo eso, no podrá apagar las velas.

Leo soltó a Katze y esta corrió rápidamente al lado de Agi, escondiéndose detrás de ella y, sin dudar, le sacó la lengua. Este, en lugar de reñirla, le copió el gesto.

—Parece que tenemos dos niños revoltosos aquí en lugar de uno —comentó Abigail riéndose mientras terminaba de acomodar una de las mesas.

—Pues entonces, yo también quiero una fiesta sorpresa para mi cumpleaños.

—No es sorpresa si lo pides, tonto.

—Eso no nos detuvo de hacértela a ti, ¿o sí?

—Tú ya eres muy grande para una fiesta sorpresa.

—Oye, la que se pone más vieja hoy eres tú, señorita. —Se acercó al pastel y embadurnó sus dedos en el glaseado para probarlo. Katze hizo lo mismo.

—¡Ey, no arruinen el pastel! —les regañó Agi, al tiempo que se lo arrebató para ponerlo a salvo de sus pegajosos dedos.

Los implicados no mostraron el menor arrepentimiento y, simplemente, se rieron al ver el ceño fruncido de Agi.

Uno de los sirvientes empezó a tocar la flauta. A este se le unieron un bombo y una lira. El resto de los presentes se dispuso a sentarse en las mesas para comer el desayuno especial de cumpleaños, mientras disfrutaban de la música y de la compañía. Katze sonreía de oreja a oreja. Amaba las fiestas de cumpleaños que organizaban los sirvientes. Siempre había mucha comida, dulces, música y baile. Al ver a todos reunidos ahí para celebrarla, su pequeño corazón se calentó.

Justo cuando estaban a punto de soplar las velas, la puerta de la cocina se abrió con gran estruendo. La música cesó, y todos los presentes se voltearon para ver a una agitada sirvienta que entraba al galope en la estancia.

—¡¿Habéis oído?! —gritó—. ¡La princesa Blancanieves ha escapado!

Una oleada de murmuraciones se extendió por toda la habitación.

—No es posible. ¿Por qué lo haría?

—Seguro, la reina le hizo algo. La pobre princesa nunca se escaparía del palacio sin motivo.

—¿Dónde fue? Nunca ha salido del castillo; puede ser muy peligroso para ella.

—¿Y si la asaltan o la raptan? Hay que hacer algo.

—Manden a la guardia. Hay que encontrarla cuanto antes.

Todos y cada uno de los sirvientes y de las criadas empezaron a salir con prisa. Cada uno con sus teorías o chismes sobre a dónde podía haberse ido la princesa, por qué se había ido o cuál era la mejor forma de encontrarla. En menos de un minuto, todos, salvo Abigail, Agi, Leo y Katze, se habían marchado. La cumpleañera contempló la ahora silenciosa cocina. Las velas de su pastel seguían encendidas. Ni siquiera llegaron a cantarle el «Feliz Cumpleaños» para que pudiera apagarlas. La niña miró a las tres únicas personas que no la habían abandonado. Estas la miraron con lástima y tristeza en los ojos.

«¡Ya no lo soporto!». Katze se levantó bruscamente; chocó con la mesa y tiró el pastel al suelo. Agi trató de detenerla, pero esta la ignoró por completo y salió corriendo con lágrimas contenidas.

«¡Un día! ¡Solo un día! ¡No puedo ser feliz por un solo día! —pensaba mientras se subía a su árbol para esconderse de todo el mundo—. ¡Es mi cumpleaños, maldita sea! ¡¿Por qué tenías que arruinarlo todo hoy!? ¡Estúpida Blancanieves!».



—¡Katze! ¡Ven acá, por favor! —gritó Agi—. Tenemos que hablar.

—¿A dónde pudo haber ido esta vez? —preguntó Abigail, mientras miraba por los alrededores del patio.

Por su parte, Leo solo miraba un punto fijo.

—Vengan: ya sé dónde está.

Ambas chicas siguieron a Leo, hasta que este se detuvo debajo de un gran árbol que había en el patio. Este, como todo a su alrededor, exhibía sus nuevas y deslumbrantes hojas, adornando su gran y hermosa cúspide. De allí provenía un leve quejido. Leo miró hacia ese punto.

—Por favor, baja. Sé que estás ahí, pequeña.

—¡No! ¡Váyanse! ¡Déjenme en paz! —respondió con voz rasposa.

—No vamos a dejarte. Por favor, Katze, es peligroso. Baja de ahí.

—¡No quiero!

—Niña baja de ahí. No me obligues a subir.

—¡Váyanse! ¿O no tienen a una princesa que buscar ustedes también? ¡Solo déjenme sola!

—Katze, por favor, esto no es...

—¡Katze! ¡Katze! ¡Katze! —explotó—, ya estoy harta de oír eso. ¿Es que soy tan insignificante que no merezco ni siquiera tener un nombre de verdad? ¿Toda la vida me van a llamar «gato», «niña» o «mocosa»? ¿Qué tengo que hacer para que me traten como una persona normal? ¿Qué hice yo para que me trataran como basura?

Sus palabras quebradas terminaron en un fuerte llanto, que rompió el corazón de los tres presentes. Ellos siempre trataron de proteger y cuidar de la pequeña princesa rechazada lo mejor que pudieron, pero era cierto que no podían esconderle para siempre la verdad ni impedir que todo el mundo hablara de ella a sus espaldas. Agi, en cierta manera, se sentía muy culpable de todo lo que le pasaba. Al fin y al cabo, ella era lo más parecido que tenía a una madre. Y, como madre, tenía que protegerla y garantizar su felicidad. Aun cuando eso pudiera costarle luego, iba a hacer lo correcto.

—Tienes razón —aseguró firmemente—. Tú no hiciste nada malo y mereces tener una vida plena. —Se acercó más al árbol tratando de encontrarla—. Sobre todo hoy. ¿Qué te parece si vamos a la iglesia a que te bauticen? Solo necesitamos dos testigos, y tú puedes elegir tu nombre.

Abigail y Leo se miraron entre sí. En Lorch, solo la familia directa tenía el derecho de bautizar a sus hijos, sobre todo si se trataba de los hijos de un rey o de una reina. Era una cuestión para afirmar sus lazos y posición en la familia. Por eso, a los niños huérfanos nunca se los bautizaba, a menos que los adoptaran. Entonces, pasarían a formar parte de la familia que los adoptara y, por ende, a tener derechos sobre los bienes de esta. Si Agi bautizaba a Katze, esta pasaría a ser considerada su hija y su heredera, lo cual no tendría nada de malo si no fuera por el hecho de que ella era la hija de Grimhilde, y con esa mujer nunca se sabía que podía pasar. Después de un momento de silencio, Katze, finalmente, dejó ver su rostro. Mostraba entusiasmo, pero también duda.

—¿En serio puedo tener un nombre?

—Sí —sonrió.

—Agi —interrumpió Abigail preocupada—, ¿estas segura de esto? Ya sabes que...

—Está segura —confirmó Leo poniéndose al lado de Agi—. Y yo seré uno de los testigos. ¿Abigail?

La aludida se sonrojó cuando tres pares de ojos la miraron fijamente. No estaba muy segura de

esto. La reina podría tomárselo muy mal si se enteraba de que una plebeya adoptaba a su hija. Pero, al ver la angustia en la cara de la pequeña, no pudo decir que no. Soltó un suspiro y sonrió.

—¿Cuál quieres que sea tu nombre?

Katze sonrió ampliamente y bajó del árbol tan rápido que casi se cae de bruces contra el suelo.

—Agatha —respondió enseguida mirando a Agi—. Quiero llamarme igual que tú.

Los ojos de Agi se llenaron de lágrimas. Estaba sorprendida y muy conmovida. No sabía qué decir.

—Agatha —repitió Leo, pensándolo un momento—. Eso es bueno. Agi siempre pensó que su nombre era muy audaz para ella —se agachó para mirarla a los ojos—. Pero creo que a ti te queda perfecto.

La pequeña niña sonrió de oreja a oreja y salió corriendo hacia la entrada del castillo.

—¡Apúrense! ¡Tenemos que ir a la iglesia! —gritó emocionada, mientras los otros tres se apresuraban a alcanzarla.



—¡Agatha! ¡Agatha! ¡Me llamo «Agatha!» —gritaba muy sonriente la pequeña niña de cabello huracanado a todo el que pasaba por su camino, sin dejar de dar vueltas y bailar al ritmo de una canción que solo existía en su mente.

Agi la miraba con una mezcla de felicidad y culpa.

—Debí haber hecho esto hace mucho tiempo.

Leo le tomó la mano, mirándola tiernamente a los ojos.

—Lo importante es que lo hicimos. Mira lo feliz que está. Esto es lo único que importa ahora.

—Pero yo...

—¿Sabes? Estaba pensando en mudarme al pueblo; hay una pequeña casa que me interesa. Está cerca del palacio. Creo que sería perfecta para los tres.

Agi se paró en seco y lo miró con ojos muy abiertos, sin poder creer lo que escuchaba.

—¿Estás seguro? Porque no quiero que te sientas presionado u obligado por...

—Agi —tomó sus manos entre las suyas y la miró a los ojos—. Te amo, y quiero estar contigo. Y también con la pequeña Agatha. —Miró a la niña de reojo con una sonrisa—. No hay nada que desee más que estar con ustedes. Ya son parte de mi familia.

Y entonces la besó. En ese momento, todas las dudas y miedos que Agi podía tener se desvanecieron en el acto. Estaba feliz. Finalmente, ella y Agatha tendrían un hogar, una oportunidad de tener una familia. Finalmente, serían felices.

... O eso creían.

9.

Ya habían pasado dos semanas desde que Leo le había propuesto matrimonio oficialmente a Agi. Desde entonces, todos los sirvientes del palacio no paraban de cuchichear sobre el asunto. Más de una doncella miraba con recelo a la futura novia. Después de todo, Leo era considerado uno de los solteros más codiciados. ¿Y cómo no iba a serlo? Era guapo, joven y muy caballeroso, además de ser uno de los mejores oficiales de palacio: un príncipe sin corona en toda regla. Por eso, la mayoría no podía entender cómo había hecho Agi para enredarlo. Ella no era más que una simple sirvienta de carácter débil y atractivo común, sin contar el hecho de que ahora era madre adoptiva de la princesa rechazada. Una situación realmente peligrosa y para nada agradable. Sin embargo, la feliz pareja hacía oídos sordos a todas las habladurías. Estaban muy ocupados planeando la boda y la compra de su nueva casa.

—Creo que el rosa sería la mejor opción. Resaltaría tus ojos —dijo Abigail, pasándole uno de sus vestidos—. Podemos ajustarlo en la cintura y agregarle un bordado aquí.

—¡No! Le queda mejor el verde. Es el color favorito de Agi —protestó Agatha, tomando un bello vestido verde oliva con detalles bordados en dorado del viejo cajón que compartían las tres.

—Ese vestido es para una fiesta nocturna, no para una boda al aire libre.

—¡Pero es el más lindo de todos!

—Es muy lindo, sí. Pero no para esta ocasión.

—¿Por qué no? ¿No se supone que la novia tiene que usar el mejor vestido el día de su boda? El verde es el más bonito de todos —destacó cruzándose de brazos.

—Sí, pero no para esta ocasión —volvió a repetirle.

—¿Pero por qué no? El verde le queda mejor.

—Achh... Mira, nena, ¿por qué no vas a jugar afuera? Seguro que hay muchas flores que puedes recoger.

—¡Pero yo quiero ayudar con el vestido!

—También necesito flores para el ramo —interrumpió Agi, tratando de evitar que Agatha le diera un ataque de nervios a su amiga—. Tú tienes un gran ojo para las flores. ¿Podrías buscarme las más bonitas? —le pidió sonriéndole dulcemente.

La niña sonrió y salió corriendo al jardín para cumplir con su tarea asignada.

—Tienes que casarte cuanto antes. Desde que se enteró de tu compromiso, no deja de hablar y de entrometerse en todos los preparativos. El cocinero tuvo que echarla de la cocina porque criticó el decorado del pastel de prueba.

Agi suspiró.

—Parece estar más emocionada por la boda que yo. —Ambas amigas se rieron, y continuaron con la búsqueda del vestido perfecto.

—Bueno, pero es seguro que...

El repentino movimiento de la puerta al abrirse las sobresaltó. Leo entró en la habitación muy pálido y agitado. Parecía que acababa de volver de una carrera. Agi se acercó a él y le tocó la mejilla preocupada.

—¿Estás bien? ¿Por qué estas...?

—¿Dónde está Agatha? ¿A dónde se fue?

—Salió a buscar unas flores ¿Por qué la...?

—La reina pidió verla —añadió repentinamente, lo que provocó que a ambas se le agrandaran los ojos.

—¿L-la l-a rein-na... ¿Ahora? Pe-pero...

—El general me mandó buscarla para llevarla a la sala del trono. No dijo nada más.

—¿Acaso ella va a castigarme? —Los músculos de Agi se tensaron y un sudor frío se extendió por su cuerpo.

—No lo sé... no creo —le respondió Leo para calmar un poco a su novia, tras ver cómo palidecía cual papel—. Si ese fuera el caso, también te habrían mandado llamar, además de a mí y de a Abigail.

—Aun así, ¿por qué la llama? ¿Por qué ahora? No le ha importado su situación en once años. ¿Qué pretende con ella? Además, ya casi oscurece.

—No lo sé —dijo cabizbajo—. Pero una orden es una orden. Tengo que llevarla.

Apenas se dio la vuelta para salir al jardín cuando Agi le tiró del brazo.

—¡Yo voy contigo!

—Agi, por favor, no...

—¡Yo voy contigo! —repitió aún más decidida, tirándole más del brazo para que la mirara a los ojos—. ¡Yo voy!

Leo suspiró. Era una batalla perdida, y ambos lo sabían. Pero no pudo evitar preocuparse al ver la delicada figura de Agi salir de la estancia para buscar a la niña

—Van a estar bien... ¿verdad? —le preguntó Abigail preocupada.

—Eso espero. —Se volteó y la tomó de los hombros—. Yo las protegeré. Lo prometo.

Abigail asintió y se quedó mirando preocupada hacia la puerta por donde habían salido sus dos mejores amigos, además de la pequeña niña más traviesa e intrépida que jamás había conocido...



—¡Ay! —exclamó Agatha apartando la mano de Agi de su cabello mientras caminaban hacia la sala del trono.

—Perdona: solo quería arreglarte el cabello —se disculpó muy nerviosa.

—Tranquila. —Leo tomó su mano—. Todo va a salir bien.

Agi le sonrió, pero aun sentía que las piernas le temblaban. Hacía muchos años que no veía a su majestad en persona y, la última vez que lo había hecho, las cosas no habían salido bien (por decir lo mínimo). Por su parte, Leo trataba de mantenerse sereno para ayudar a Agi. Pero su mente no dejaba de repetirle que algo estaba mal... muy mal. Miró de reojo a la pequeña Agatha.

Esta había estado callada desde que le habían dicho que la reina quería verla, algo para nada común en ella. Su expresión era lejana; parecía que su mente estaba en otro lugar y solo se dejaba arrastrar hacia su destino. Leo la compadecía; la mujer que la había rechazado y herido quería verla, y ninguno de ellos sabía bien por qué. Unos minutos después, llegaron a la antesala del trono, donde unos guardias armados los recibieron con expresiones poco amistosas.

—¡Alto! ¿Quién viene y con qué propósito? —inquirió uno de los guardias.

—Oficial Leo Schäfer. Vengo por solicitud de su majestad, escoltando a la señorita aquí presente —señaló a Agatha—. Su majestad ha pedido verla.

El guardia miró con recelo a la pequeña niña de cabello negro. En todo el palacio era bien conocida la existencia de la princesa rechazada por la reina. La mayoría la describía como una niña muy bonita de cabello negro y rebelde que siempre le tapaba la cara. Al comprobar que esta coincidía con tal descripción, les permitió el ingreso, no sin antes susurrarle a Leo cuando paso junto a él:

—Ten cuidado, chico.

El aludido tragó saliva y siguió su camino con paso firme, mientras que Agatha tomó instintivamente la mano de Agi antes de entrar. Aunque no lo admitiría nunca, estaba muy nerviosa y también curiosa sobre la perspectiva de conocer a su verdadera madre. Sabía bien lo que esta le había hecho pero, aun así, una pequeña parte de ella quería caerle bien. Después de todo, ella la había dado a luz.

La sala relucía como vajilla recién pulida. Los enormes candelabros estaban todos encendidos, y el piso no presentaba la menor mota de polvo. Al entrar, lo primero que vieron fueron los dos tronos dorados: el del rey, el más grande, a la derecha, y el de la reina, a la izquierda. Grimhilde se encontraba sentada en el trono del rey, con expresión seria. Estaba verdaderamente hermosa con un vestido naranja ligero con detalles dorados que hacían juego con su corona de oro. Cuando estuvieron a unos seis metros de ella, se detuvieron. Agi no quería soltar a la niña, pero Leo le hizo una seña para que se colocara un poco más adelante, a lo que la niña obedeció, aunque algo reticente. Esta miró de reojo a la reina y bajó la cabeza. No sabía qué debía hacer en esa situación y, en cierto modo, le tenía miedo. Su majestad era una mujer tan hermosa como intimidante para cualquiera. Esta la miró de arriba abajo y torció el ceño.

—¿Están seguros de que esta es la niña que busco? —preguntó con desconfianza a sus dos consejeros.

—Seguros, su majestad. Los testigos ya lo confirmaron. Es ella —afirmó el de la izquierda, parcialmente calvo.

Grimhilde la miró con escepticismo: una niña con un vestido rosa barato, cabello desordenado y pésima postura. Aquí debía de haber un error, sin lugar a dudas...

—¿Cómo te llamas?

—A-Agatha, Su Majestad.

—Agatha. Qué nombre tan común... —comentó, restándole importancia.

Tras un incómodo silencio, bajó del trono y camino hasta llegar al lado de la niña. Se paró en seco frente a ella y le levantó la barbilla para verla a los ojos, arañándole el cuello con sus uñas

en el proceso. El mechón que le cubría la cicatriz se deslizó por su mejilla, lo que dejó su rostro completo al descubierto. Un destello de reconocimiento pasó por sus ojos esmeralda y las comisuras de sus labios se levantaron.

—Ya veo. Por un segundo pensé que ya no servía, pero ahora lo entiendo —dijo pensando en voz alta. Acto seguido, la soltó bruscamente, dándole la espalda. Caminando lentamente de regreso al trono, ordenó—: Mátenla. Ya terminé con ella.

—¡NOOOO! —gritó Agi corriendo hacia la niña, que había quedado inmóvil tras la declaración de la reina.

En unos segundos entraron los guardias armados de la entrada, seguidos de otros cuatro en igualdad de condiciones con sus espadas desenvainadas. Leo estaba a punto de hacer lo mismo con la suya, pero Agi lo detuvo.

—¡Llévatela! —gritó pasándole a la pequeña que seguía en estado de shock—. ¡Eres más rápido! ¡Váyanse lejos!

—¡Pero...!

Agi no lo dejó terminar. Corrió para frenar el camino de dos de los guardias, sirviéndoles de escudo. Leo, al ver esto, soltó una maldición en voz baja y empezó a correr hacia la puerta esquivando los espadazos de los guardias. Agatha estaba aterrada; no podía hacer nada más que mirar sobre el hombro de Leo; vio cómo una espada penetraba el pecho de Agi, bañándose esta con su sangre y drenándole la vida. Quería cerrar los ojos. Quería que todo fuera un mal sueño. Pero no lo era. Lo último que vio antes de perder de vista la escabrosa escena fue a Grimhilde sentada en el trono con una sonrisa.



En cuestión de minutos, Leo llegó a una de las entradas para la servidumbre del castillo, una de las más alejadas y poco usadas. Cuando estuvo seguro de haber perdido a los guardias, bajó a Agatha para recobrar el aliento. Parecía que su corazón iba a estallar en cualquier momento y su rostro estaba húmedo por las lágrimas que había derramado sin darse cuenta. Miró a la pálida niña, que lo miraba con terror y miedo a los ojos, e inmediatamente sacó una pequeña bolsa de cuero de su cinturón.

—Toma esto y huye. —Colocó la bolsa en sus gélidas manos y la miró con una sonrisa hueca y extraña—. Tengo que buscar a Agi. Te encontramos en el pueblo, ¿de acuerdo? —Le dio un beso en la frente y se fue corriendo.

Agatha seguía inmóvil; tenía ganas de gritarle a Leo que no se fuera, pero no pudo. Tras unos segundos, dejó caer la bolsa, y sus piernas empezaron a correr, tratando de alcanzarlo, mientras su visión se volvía borrosa por las lágrimas. Siguiendo el ruido de metal contra metal, llegó hasta donde estaba él, peleando contra tres de los soldados como si estuviera loco. Leo era hábil, pero lo superaban en número. Estaba a punto de gritar su nombre cuando una de las espadas penetró su hombro y otra, su estómago. «¡Ahí está! —gritó uno de los guardias apuntando a Agatha mientras sacaba su espada del cuerpo de Leo—. ¡Atrápenla!».

Horrorizada, se dio media vuelta y empezó a correr sin ninguna dirección en mente, mientras se

escuchaban los gritos y el crujir del metal de las armaduras que la perseguían. Sus pasos la llevaron a al jardín oeste y, sin pensarlo, se subió a su árbol. Sus músculos temblaban y le costaba coordinarlos, pero logró subir hasta una de las ramas que tocaba uno de los muros del castillo. Se trepó a esta y, al ver un montón de heno al otro lado, saltó. «¡Ay!», chilló: se había raspado la pantorrilla. Pero no le importó.

Salió inmediatamente del montón y, mientras escuchaba a los guardias gritar y maldecir dentro de los muros, empezó a correr nuevamente con destino al pueblo. Ya no tenía nada ni a nadie. Lo único que podía hacer ahora era correr. Correr en esa fría noche de verano. Sin hogar, sin dinero, y sin esperanza... solo correr...

En diablo
te convertiste porque padres nunca tuviste...

II

10.

El presente

S —¡uéntenme, malditos desgraciados! ¡Voy a matarlos! ¡Se lo juro! — gritó Agatha, al tiempo que intentaba patear a los dos guardias que la llevaban a rastras por los brazos.

Lamentablemente, el armazón y la gran falda del vestido azul que vestía no la ayudaban mucho en su cometido. La llevaron a un pequeño cuarto poco iluminado, bastante alejado de la sala del trono donde se estaba llevando a cabo el baile anual de las manzanas, evento en el cual Agatha había logrado colarse para cometer sus robos. Aprovechando que ese año se trataba de un baile de máscaras y que venían nobles de otros reinos, no le costó demasiado conseguir una máscara que le cubriera el rostro y un traje acorde a la ocasión.

Uno de los guardias acercó una silla al centro del cuarto y entre los dos la ataron de pies y manos. Estaba a punto de maldecirlos otra vez cuando la puerta se abrió, y ambos se arrodillaron ante la mujer que ingresaba.

—¡Salve a su majestad, la reina Blancanieves! —, recitaron a coro.

La reina de Lorh lucía un exquisito vestido dorado que combinaba con su antifaz y resaltaba su bellissimo cabello negro, al igual que sus ojos de color avellana. Después de haber evaluado la situación, despachó a los guardias, quedando las dos mujeres solas en el cuarto.

—Bueno, bueno —dijo Agatha en tono sarcástico—, me va a interrogar la mismísima reina de Lorh: Blancanieves. Qué honor. Lamento no poder hacer reverencia pero, como verá, me encuentro algo impedida.

Blancanieves se acercó hasta quedar frente a ella y le sacó la máscara, lo que dejó al descubierto su hermoso rostro bronceado, marcado por su cicatriz. La miró de arriba abajo.

—En serio te pareces mucho a ella.

—Como si no lo supiera... —respondió mordaz.

Odiaba que su rostro y el de la difunta reina Grimhilde fueran tan idénticos, pero odiaba aún más que se lo recordaran. Afortunadamente, la mayoría de las personas con las que convivía nunca habían conocido a la difunta reina como para poder dar fe sobre este hecho. Después de un momento de silencio, Blanca continuó:

—¿Cómo lograste colarte al palacio? Hay guardias por todos lados.

—Sí, bueno... digamos que necesitas contratar otro entrenador y de paso despedir al actual. Realmente, fue muy fácil. Hasta yo me sorprendí —comentó mostrando una sonrisa relajada.

—¿Tus compañeros están aquí?

—¿Qué compañeros? Si los tuviera, serían un gran estorbo. Es más fácil trabajar sola. Sobre todo, cuando se trata de suplantar a la aristocracia.

Blanca le sonrió descaradamente.

—Aparentemente, no es tan fácil; si no, no estarías aquí. ¿O sí?

—Oye, ¿sabes lo difícil que es moverse con estas cosas altas que ustedes usan como zapatos?
—Golpeó el suelo con sus tacones dando énfasis a sus palabras—. Si tuvieran a alguien apuntándoles una espada al cuello, estarían muertos. ¿Y todo por qué? Por sus ridículamente decorados e incómodos zapatos —protestó.

—Usualmente no tenemos a alguien apuntándonos una espada al cuello.

—Sí, verdad. Sus vidas, en serio, son muy aburridas.

Después de un rato de haber estado evaluándose la una a la otra sin decir nada, Agatha se estiró lo más que pudo en la silla y dijo:

—Vaaale, ya preguntaste. Ahora me toca a mí. —Sonrió.

—¿Perdón? —preguntó la reina, extrañada, sin comprender.

—No es justo que solo tú preguntes. Ahora es mi turno.

—¿Crees que esto es un juego? Tú no...

—Apapa, ya dijimos que es mi turno de preguntar. —Le sonrió nuevamente.

Blancanieves apretó los dientes. Hacía más de diez años que nadie se atrevía a interrumpirla, y mucho menos a hablarle tan descaradamente. No le agradaba para nada. Sin embargo, la necesitaba, así que relajó su expresión y le siguió el juego.

—Está bien, ¿qué quieres saber? Imagino que tiene que ver con joyas o con tu liberación.

—Naaa, eso lo puedo descubrir yo solita. Gracias. —La miró con gesto inocente y, tras un segundo de haber estado pensándolo, preguntó—: ¿Por qué manzanas?

—¿Qué? —Blanca no sabía qué esperar de toda esa pantomima pero, definitivamente, no era una pregunta sobre frutas.

—Manzanas —repitió—. ¿Por qué manzanas?

—No te entiendo.

—¿Por qué creaste un festival de manzanas, además de colocarlas como símbolo de tu reino?
¿Acaso no es con lo que intentaron matarte?

—Pues sí... pero ¿a dónde quieres llegar con eso?

—Nada más me resulta interesante e incomprensible —insistió inclinándose más hacia atrás—. Creo que una persona normal a quien hubieran tratado de matar con una manzana envenenada trataría de evitarlas a toda costa en el futuro. Tú, sin embargo, las convertiste en tu símbolo. Es como si trataran de ahorcarme y yo convirtiera la soga en el símbolo de mi familia. No es muy común que digamos, ¿no te parece?

—No es lo mismo.

—Yo creo que sí. Mmm... a menos que seas de esas. —La observó con cara de sorpresa mientras le lanzaba una mirada cómplice—. Vaya... quién hubiera pensado que una reina tuviera tales fetiches.

—No entiendo.

—De tu esposo lo hubiera esperado. Después de todo, tengo entendido que le gustan las mujeres... tiesas... ¿Pero tú? —emitió un silbido—. Sus noches de pasión deben de ser muy interesantes.

A Blanca se le subieron los colores al rostro y apretó los puños.

—Eres tan... tan...

—¿Hermosa? ¿Inteligente? ¿Perspicaz?

—Irritante. Y tu falta de decoro y de modales es alarmante.

—Sí, bueno, lo primero me lo dicen seguido. En cuanto a lo segundo, mmm... creo que lo tienen muy sobrevalorado. Además, de donde vengo, es más importante la subsistencia que las clases de etiqueta. Pero creo que eso lo sabes bien.

«Otra vez esa mirada penetrante y petulante —pensó Blanca—. Es una ladrona corriente y sin educación. ¿Quién se cree que es? Esto no funcionará. Si tan solo...»

—A todo esto, ¿cuándo sirven la cena? Lastimosamente, no pude llegar a los aperitivos del banquete antes de que me atraparan. —Sonrió.

Blanca bufó, algo para nada aceptable en una reina. Pero era eso o perder los estribos y, si quería que esta ladronzuela la ayudara, necesitaba ganársela. Ella era la única que podía resolver el dilema en que se encontraba. Contó hasta diez en su mente. Juntó sus manos y, con una sonrisa dulce, le preguntó:

—Tu nombre es «Agatha», ¿verdad?

—Sí —respondió mirándola con desconfianza. ¿A qué venía ese cambio de actitud?

—Agatha. La hija de la difunta reina Grimhilde, ¿verdad?

—Esa mujer. Nunca... fue... mi madre —aseguró casi escupiendo las palabras.

—Aun así —continuó sin inmutarse—, su parecido es innegable. Es una verdadera tragedia lo que te hizo... Debió haber sido muy difícil para ti... Lo siento mucho. —Agatha no le respondió. Algo no cuadraba; esta situación era demasiado extraña—. Pero ¿sabes?, yo podría ayudarte. —La miró con una sonrisa aún más grande—. Puedo ponerte en el lugar que te corresponde por derecho. Puedo nombrarte segunda princesa de Lorh. ¿No sería eso maravilloso? Al fin estarías en el lugar que siempre debió haber sido tuyo. Al fin seríamos hermanas. ¿Qué dices?

El cuarto quedó en completo silencio; podía escucharse una aguja caer. Blanca se sintió incómoda; estaba a punto de decir algo para aliviar su tensión cuando, de la nada, Agatha empezó a reírse a carcajadas. Después de unos segundos de ininterrumpida risa, se calmó de golpe y mirando fijamente a la reina, le dijo:

—NO.

—¡Pe-pero tendrías todo! —empezó a tratar de convencerla, nerviosa—. ¡Una familia, posición, riqueza! ¡Solo un idiota rechazaría algo así!

Agatha la miró un momento y sonrió.

—El hecho de que sea unos años menor que tú no significa que sea imbécil, ¿sabes?

—Y-yo no creo eso. ¿Por qué estas...?

—¿Sabes? Desde que me metieron aquí y apareciste, me estuve preguntando por qué no me llevaban directamente al calabozo. Pero ahora lo entiendo. —Le sonrió descaradamente—. Quieres utilizarme, ¿verdad?

—Yo no... ¿Qué estás...?

—Debí suponerlo. Oí el rumor de que el rey quería casar a su pequeña hija de diez años con un noble extranjero para formar una alianza que favorecerá el reino. —La miró directamente a los ojos—. Un hombre mayor, ¿no es así, reina? —Blanca palideció. ¿Cómo una ladrona de baja monta podía saber algo así? Era estrictamente confidencial—. Parece que tengo razón —afirmó recostándose otra vez en la silla—. ¿Desde hace cuánto eres la reina de Lorh? Serán unos once años, ¿verdad? Después de todo ese drama tuyo con el príncipe y con la reina, a quien sentenciaron a bailar hasta la muerte con zapatos de hierro. Son una pareja verdaderamente morbosa, ¿sabes?

La piel de Blanca estaba tan pálida como su nombre. No recordaba cómo mover su lengua para protestar. La firmeza en las palabras de Agatha, su postura relajada y sus perspicaces ojos esmeralda la intimidaban. Estaba esperando encontrarse con una sucia ladrona que haría lo que fuera para obtener dinero, alguien fácil de convencer y de manipular para que tomara el lugar de su hija en la alianza de su marido. Su única hija, Sara, era demasiado joven para algo así, pero su marido no escuchaba razones. Y ella estaba decidida a hacer lo que fuese con tal de que se quedara a su lado.

—Por favor —logró decir con un atisbo de voz—. Es solo una pequeña niña inocente. Esto le arruinará la vida.

Después de un segundo de haberlo pensado, Agatha le respondió:

—¿Sabes quién más era una pequeña niña inocente? —La miró con ojos centelleantes—. Yo. Solo tenía once años cuando mataron a mi familia y me obligaron a escapar en plena noche sin nada. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Hace mucho tiempo eres la reina de Lorh. Sabías perfectamente de mi existencia y jamás me buscaste... hasta ahora, claro. No pretendas hacerme un favor cuando lo único que te importa es usarme para resolver tus conflictos. Princesa, mi trasero. Resuelve tus propios problemas.

Después de un momento de haber reflexionado sobre lo que le había dicho, Blanca sonrió. Ella tenía razón: era una reina. Y una reina siempre se salía con la suya. Necesitaba que su media hermana, la princesa rechazada, con una cicatriz en el rostro e idéntica a la difunta Grimhilde, tomara el lugar de Sara, y lo iba a conseguir, de un modo u otro.

—Debes de estar muy cansada, querida. Te dejaré pensarlo bien esta noche. Mañana volveremos a hablar. —Se acercó hasta unos centímetros de su rostro—. Y espero que tu respuesta sea otra, hermanita. —Le volvió a sonreír y se fue, sin dejar de cerrar la puerta con llave.

«Ufff... En serio me cae mal», dijo en voz baja, cortando la última soga que amarraba sus brazos. Las de sus pies ya estaban cortadas desde hacía rato. Lo hizo mientras se reclinaba contra la silla. Con rapidez, se frotó las muñecas y luego cortó de un tajo la falda de su vestido, quedando solo en enaguas y corsé. Si alguien la viera, se escandalizaría, pero no podía trepar muros y escapar con semejante vestido. Por último, se quitó los zapatos y los arrojó a un lado, quedando descalza. «Mucho mejor. Ahora veamos si encontramos algo interesante en el cuarto de la reina». Abrió la pequeña ventana del cuarto y salió.



Agatha Green

Una mujer de agudeza mental excepcional, impulsiva y con una mirada feroz. Es la media hermana de la reina Blancanieves y la única hija biológica de la anterior reina, Grimhilde, a quien profesa un profundo rencor. Se destaca como una ladrona perteneciente al grupo de "Los Aciagos". La cicatriz en su mejilla derecha y su cabello huracanado conforman su sello personal



11.

La música se oía lejana en el pasillo con dirección a la habitación de la reina. Agatha se mantenía pegada a las paredes, agudizando la vista y los oídos por si se encontraba con compañía no deseada. Aparentemente, todos los guardias de palacio se encontraban vigilando la entrada principal pero, aun así, estaba por llegar al aposento real de su majestad. ¿No debería haber siempre guardias para resguardarlo? Era muy extraño que no hubiera nadie. Por un momento, se planteó la posibilidad de marcharse pero, al tocar el pequeño morral en su cintura (que contenía las pocas joyas que había logrado robar a los nobles en el baile), decidió seguir: no había corrido tantos riesgos para volver con las manos vacías. Se pegó más a la pared y con cuidado dobló la última esquina del pasillo. Ya podía ver la puerta de la alcoba principal. Estaba completamente desierta. Raro, muy raro... Los pisos estaban llenos de polvo, e incluso había enredaderas y telarañas por las paredes. Parecía que nadie había ido por allí en mucho tiempo. Se quedó analizando la situación un momento. Era evidente que la reina ya no utilizaba la alcoba oeste, pero ¿por qué? Era la más grande y lujosa de todo el palacio, además de tener un balcón que daba directamente al pueblo. ¿Por qué la había abandonado?

«Ahh... —suspiró—. No me digas que se llevaron todas las joyas a otro lado, ¿y ahora qué hago?».

Volvió a mirar la puerta: era realmente grande, de madera y con hermosos tallados. Pero vieja

y, aparentemente, hacía años que la mantenían cerrada. Forzar la cerradura sería pan comido.

«Bueno. A lo mejor encuentro algo que valga la pena», pensó.

Caminó por el pasillo con confianza; sus pies descalzos se sentían fríos contra el mármol. Cuando estuvo frente a la puerta, sacó uno de los tantos ganchos que Lía había usado para hacerle su peinado. Lo puso en la cerradura y, tras unos segundos, esta cedió abriendo la puerta.

La alcoba estaba apenas iluminada por la luz de la luna, que se filtraba por el balcón, lo que daba lugar a un ambiente misterioso y oscuro. Todos los pisos y muebles estaban hasta el tope de polvo. Agatha cerró la puerta tras sí por si acaso alguien decidía dar un paseo por allí (aunque veía esa posibilidad muy remota, era mejor estar prevenida). Caminó por la habitación evaluando cada rincón. A simple vista, no parecía haber nada más que muebles y polvo... hasta que le pareció ver algo que brillaba en una mesita. Se acercó y lo tomó. Era un cepillo para el cabello pequeño, con incrustaciones de lo que parecían ser diamantes. Hizo una mueca. No era mucho, pero era mejor que nada. Lo puso en su morral y, cuando se disponía a dar la vuelta para seguir explorando, una ráfaga de viento sopló, agitando una tela que tenía enfrente. Parecía que estaba cubriendo algo en la pared. La curiosidad le ganó y de un tirón apartó la tela, quedando al descubierto un enorme cuadro.

Los ojos de Agatha se agrandaron al verlo; se trataba de un retrato a escala real de la difunta reina Grimhilde. Era exquisito; parecía como si fuera a salir del cuadro en cualquier momento. Estaba sentada contra un árbol, usando un hermoso vestido blanco y con el cabello suelto, sonriendo suavemente. Parecía un ángel. «Shh...—siseó Agatha cerrando los puños—. Bella como un ángel, sí, pero tan podrida por dentro como un demonio». Sacó el cuchillo que llevaba escondido en una ranura de su corsé y lo clavó sobre la cabeza de Grimhilde. Hizo un tajo enorme hacia abajo. Al contemplar su trabajo, sonrió. «Supongo que nadie extrañará esta pintura, después de todo».

Guardó el cuchillo nuevamente en su corsé y, al ver nuevamente la zona donde había abierto la pintura, notó algo inusual: parecía como si, en lugar de pared, hubiera una puerta de madera. Rápidamente se subió a la mesita y descolgó el cuadro, dejándolo caer al suelo con un golpe seco. No era nada prudente hacer ruido, pero no tenía la menor intención de ser cuidadosa con esa pintura, pero, al ver lo que tenía enfrente, se olvidó completamente de ella. Era una puerta. Tenía el tamaño exacto del cuadro y estaba un poco elevada del suelo como si fuera una ventana. No tenía cerradura, ni candado, así que solamente tenía que empujar. Al hacerlo, descubrió unas escaleras que descendían a la oscuridad.

¿Acaso la difunta reina tenía un calabozo personal? No sería nada raro, considerando su personalidad. Sin embargo, descartó la idea enseguida. El estilo de Grimhilde era mandar a todos a la orca, no torturarlos por diversión, al menos hasta donde ella sabía. Que fuera un escondite secreto para sus riquezas era una posibilidad más factible. Sonrió ante esa perspectiva y fue corriendo hasta el pasillo para buscar una antorcha. Volvió rápidamente a la puerta y, tras haber estado por un segundo contemplando la oscuridad, empezó a descender lentamente.

Era una escalera caracol bastante angosta y, de vez en cuando, chocaba con una que otra telaraña abandonada. Pero no le importaba. Después de unos diez minutos de haber estado descendiendo (en los cuales empezaba a pensar que llegaría al centro de la tierra), finalmente

llegó a una puerta. Era de hierro, bastante oxidada. Un escalofrío trepó por su espalda.

¿En serio la difunta reina tenía un calabozo? La idea de ver esqueletos colgados de paredes o algo peor casi la hizo salir corriendo escalera arriba. Sin embargo, su curiosidad siempre fue más fuerte que su miedo, así que apretó los dientes y, dejando la antorcha en la pared, forzó la cerradura. Al escuchar la traba correrse, suspiró y, tomando nuevamente el único haz de luz en ese lugar tan tenebroso, empujó la puerta.

Ante ella se reveló un cuarto oscuro que, a simple vista, no parecía nada inusual. Suspiró aliviada: no era un calabozo o un cuarto de torturas después de todo. En realidad, parecía un cuarto bastante simple; solo tenía una cama, un tocador, un espejo mediano y un baúl grande. Agatha esbozó una mueca; definitivamente, no parecía ser un lugar donde alguien escondería grandes riquezas. Sin embargo, el hecho de que estuviera tan escondido evidenciaba el hecho de que trataban de esconder algo. Después de todo, ¿de que serviría un cuarto secreto si no escondía algún secreto? Animándose un poco más, dejó la antorcha colgada en la pared y empezó a buscar.

Primero se dirigió al baúl: dentro había muchas botellas de cristal con líquidos de diversos colores y lo que parecían ser plantas marchitas. Esto le causó extrañeza; no parecían ser perfumes o algún remedio milagroso para la piel. Tomó uno pequeño de forma irregular con un líquido medio azul y negro y lo acercó a su nariz. «¡Puaj!», exclamó, alejándolo de inmediato. Era un olor rancio y ácido muy fuerte, que le dañó las fosas nasales. No pudo identificar de qué se trataba. Rápidamente volvió a taparlo y lo puso en su lugar. Después de eso, decidió dejar de lado todas esas botellas raras y buscar algo más. Además de las botellas, había un par de pergaminos muy manchados y viejos con símbolos raros, que no comprendía. Trató de ver si había algo escrito que entendiera y le explicara que eran todos esos símbolos, pero no encontró nada. Parecían estar escritos en una lengua extranjera. También los dejó en su lugar. No necesitaba porquerías viejas o escrituras manchadas y confusas: necesitaba joyas. ¿Dónde rayos estaban? Al ver que en el baúl no había nada más, lo cerró enojada.

«¿Por qué tengo tanta mala suerte hoy? —se dijo mientras se dirigía al tocador—. Más vale que aquí haya algo», deseó, abriendo uno de los cajones. Allí tampoco había joyas o monedas: solo un par de pergaminos en blanco y unas plumas. Lo cerró con fuerza y abrió el de más arriba; estaba impacientándose. Dentro de este, no había nada más que una peineta y un collar. Hizo una mueca, tomando el collar. «Ay... ¿no podías tener algún rubí o una esmeralda? Eres demasiado simple», se lamentó.

El collar, en realidad, era un relicario: una pequeña cadena de oro, con un dije redondo con el grabado de un árbol. Cuando lo abrió, no tenía nada adentro: solo un espejo tan pequeño como el tamaño de su pulgar. No era el tipo de collar que las damas considerarían llevar puesto. Sin embargo, a ella le encantó. Era simple, pero consideraba que tenía más personalidad que muchos collares que había robado, así que no tardó en colocárselo alrededor del cuello. El único otro objeto en el cajón era la peineta. Al tomarla, notó que era bastante pesada. A diferencia del collar, esta estaba llena de incrustaciones con distintos tipos de diminutas piedras preciosas: rubí, esmeralda, ópalo, zafiro, y algunas otras que no logro identificar. Sonrió complacida. «Bueno, parece que venir aquí no fue un desperdicio, después de todo».

La peineta no era de su gusto. Era demasiado cargada, demasiado pesada, demasiado ostentosa. Pero seguro le pagarían mucho por ella, así que decidió enganchársela al cabello y salir de ahí. Justo cuando se aproximó al espejo para ponérsela, en el momento en que el primer diente de la peineta tocó su cabello, una voz masculina le advirtió:

—Yo no me pondría eso si fuera tú.

Agatha se sobresaltó. Soltó la peineta y sacó inmediatamente su cuchillo examinando toda la habitación. Estaba sola.

—¿Quién es? —preguntó con voz firme, pero nerviosa—. ¡Sal ahora! ¡Cobarde!

Un silencio se propagó por la habitación. ¿Lo había soñado? No, definitivamente había escuchado a alguien advertirle sobre la... ¿peineta? Sin bajar el cuchillo, la tomó y la examinó de nuevo. No parecía tener nada extraño, salvo por las puntas de los dientes, que tenían un color negro. En un principio, creyó que se debía al óxido, pero la peineta era de bronce, y el óxido del bronce era de color verde, no negro. Esto la alertó. Si no era óxido, entonces, ¿qué era el negro de las puntas? Lo acercó a la nariz y aspiró: tenía un olor tenue a ácido. Seguramente, ya no era tan efectivo por el pasar del tiempo, pero era evidente que se trataba de alguna clase de veneno. Giró la cabeza hacia el baúl. ¿Acaso todas esas botellas extrañas eran diversos tipos de veneno?

—Te diste cuenta —dijo nuevamente la voz extraña.

Agatha se paró de repente con el cuchillo apuntando hacia todas direcciones. ¿De quién rayos era esa voz?

—¡Muéstrate ahora! —Otra vez silencio. Esto ya era demasiado. ¿Acaso era un fantasma? ¿Un espectro invisible?

Fuera lo que fuere, no quería quedarse más tiempo en ese extraño y tenebroso lugar para averiguarlo. Miró hacia la puerta abierta preparada para salir corriendo en su dirección pero, en el instante en que su pie dio un paso adelante, una luz blanca la cegó, obligándola a cerrar los ojos.

—Tú no eres Grimhilde. ¿Quién eres?

Los ojos de Agatha se agrandaron de la impresión al tiempo que se caía al suelo. Delante de ella, el espejo que ahora le mostraba una máscara blanca inexpresiva le estaba... ¿hablando?...

12.

Los dos se miraron el uno al otro durante unos segundos que parecieron ser horas. Agatha, aún en el suelo, no salía de su estado de shock. Miles de preguntas se formaron en su mente, sumándose a ellas sentimientos de miedo, asombro y curiosidad. Quería decir tantas cosas... pero su lengua permanecía inmóvil en su boca. El espejo (o, mejor dicho, la máscara blanca en este) se movía de forma etérea en lo que parecía ser una nebulosa negra y violeta. Tenía una expresión permanentemente seria. Solo se movían sus labios blancos al hablar.

—Oye, ¿vas a quedarte medio desnuda mirándome hasta que me agriete o me vas a decir quién eres? —preguntó el espejo, rompiendo el silencio.

La extraña pregunta impertinente la sacó del estado de trance. Los colores se le subieron a las mejillas, al tiempo que se miraba las enaguas. De donde venía, siempre usaba pantalones de hombre, así que para ella las enaguas eran algo similar. Sintiendo irritada, se paró y le contestó:

—Estoy con pantalones, no medio desnuda.

—Hasta donde sabía, eso es ropa interior.

—Pues sí... Pero no son diferentes a los pantalones de hombre, así que, ¿qué tiene? No es como si no tuviera nada puesto.

—Primero, esos no son pantalones: son enaguas o ropa íntima de mujer, por si aún no lo sabes. Segundo, los pantalones son de hombres. Deberías ponerte un vestido.

—¿Quién eres tú para decirme lo que puedo o no puedo usar?

—Pues... ¿un espejo? Y uno que aparentemente tiene mejor sentido del decoro y elegancia que usted... ¿señorita...?

—Agatha —respondió mientras volvía a esconder el cuchillo, para contener el impulso de clavarlo contra el espejo—. Y usted, señor espejo fastidioso, ¿tiene algún nombre? —Lo miró frunciendo el ceño, con una sonrisa falsa muy mal disimulada.

—Le ruego me disculpe, señorita Agatha, por si la he ofendido. No pretendía importunarla.

—Ya... seguro que voy a creerle. —Se cruzó de brazos.

Los dos se miraron sin decir nada por unos segundos. Agatha no sabía muy bien cómo sentirse con la situación. Si bien ya no sentía miedo por el espejo, todo eso le resultaba muy extraño. ¿Una habitación secreta, un baúl lleno de venenos y un espejo parlante que criticaba su ropa? ¿Acaso había tomado demasiado vino en la fiesta o estaba alucinando? Esto era demasiado irreal y ridículo para ser verdad.

—¿Eres pariente de Grimhilde? Te pareces mucho a ella. Pero... ¿no eres de la nobleza o sí? Además, ¿qué te pasó en la cara? Si no te molesta que pregunte, claro.

Su corazón se estrujó al oír todas esas preguntas y la rabia creció en su interior.

«¡Suficiente! Vine aquí a robar, no a escuchar a un espejo criticón e impertinente. Ya tuve suficientes interrogatorios por hoy». Con paso firme fue hasta la peineta, la tomó y la golpeó

fuertemente contra la esquina del tocador. Los dientes se rompieron; quedando solamente la parte superior con todas las pequeñas piedras incrustadas.

—No tengo nada que ver con esa mujer —empezó diciendo mientras guardaba en su morral lo que quedaba de la peineta—. No soy de la nobleza, y... —Mirando directamente al espejo, se aproximó hasta quedar a solo centímetros de él—. Mi cicatriz es lo último que verás si no cierras la boca, ¿entendiste? —Sonrió amenazante.

El espejo se calló. No era su intención ofenderla pero, aparentemente, eso había hecho. Tenía la mala costumbre de expresar su opinión, aunque no se la pidieran, además de hablar más de la cuenta. Pero no pudo evitarlo. Hacía muchos años que estaba encerrado en ese pequeño cuarto sin que nadie apareciera. Anhelaba volver a palacio y poder admirar la belleza de este, los bailes y las bellas artes. Su anterior dueña, la reina Grimhilde, solo lo sacaba algunas horas al día cuando necesitaba sus servicios. Y, después de varias semanas de no haber vuelto a verla, comprendió que lo más probable era que hubiese muerto. Después de todo, ella no podía vivir sin que él le confirmara que ella era la mujer más hermosa del reino, pregunta que le hacía cada noche sin falta. Este hecho lo deprimió; solo ella conocía la habitación secreta. Aun así, esperaba que, cuando finalmente abrieran la puerta, se tratara de la nueva reina Blancanieves, la mujer más hermosa, amable y benevolente que había podido observar en todos sus años como espía de Grimhilde. Deseaba ofrecerle sus servicios, además de su fina opinión a cambio de que ella lo sacara de allí y le diera un espacio en palacio. Sin embargo, cuando finalmente la puerta se abrió, quien había aparecido era esta extraña ladrona. Idéntica a su anterior dueña, pero mucho más salvaje y rebelde de lo que esta alguna vez había sido. Ella lo miró de arriba abajo, haciéndolo sentir muy cohibido por su inesperado análisis.

—Tu marco es de plata, ¿verdad? —preguntó repentinamente Agatha.

—Mi-mi... ¿qué?

—Tu marco —repitió— es de plata, ¿o no? —Tocó su marco suavemente—. Es muy bonito.

—Sí —respondió algo nervioso—. Es de plata. De la mejor calidad, además. ¿Pero por qué te interesa eso?

—Simple —le sonrió dulcemente—. Porque pienso venderte

—¿Que tú qué?!

—Venderte. Un espejo de plata (que, además, es mágico) debe valer mucho en el mercado negro.

—¡Estás loca! ¡No puedes hacer eso!

Agatha fue hasta la cama, quitó las sábanas y volvió con estas ante el espejo.

—¿Y quién va a detenerme? —lo desafió, subiéndose al tocador para descolgar al espejo. Luego de que lo bajó, lo cubrió con la sabana para llevárselo envuelto.

—¡Ey, bájame! ¡No puedes hacerme esto! ¡Alguien que me ayude! ¡Esta loca está robándome!

—Grita todo lo que quieras. Todos están disfrutando de la fiesta al otro lado del palacio. Nadie va a escucharte —le dijo, ignorando sus gritos mientras subía las escaleras.



Era una noche muy estrellada y sin luna. Agatha sonrió mientras contemplaba las estrellas. Una noche perfecta: sin la luna, era más fácil ocultarse y completar sus robos sin inconvenientes.

—¡Oye, al menos quítame esta sábana de encima! ¡No puedo ver nada!

O casi...

—Esa es la idea, por si no te habías dado cuenta.

—¡Por favor! ¡He estado años encerrado! Al menos déjame ver el mundo antes de venderme a tus amigos maleantes.

Agatha hizo una mueca mientras le quitaba la sábana.

—No son maleantes. Son personas que hacen lo posible por sobrevivir y ganarse la vida.

—Ya... seguro.

Estaba por decir algo más, pero se distrajo al ver las estrellas. Grimhilde nunca lo sacaba de noche. Era la primera vez que las veía desde su primer dueño. Estaba afuera. Tal vez no en las mejores condiciones. Pero al fin era libre de ese oscuro cuarto. Un ruido a su costado lo distrajo. Agatha silbó y, entonces, un gancho enganchado a una sogá cayó cerca de ella. Lo tomó y lo amarró en una de las columnas del balcón.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó preocupado. La situación no pintaba nada bien para él.

—¿No es obvio? Vamos a bajar. Tengo que salir de aquí antes de que aparezca la guardia.

—¡Estás loca! ¡No puedo bajar por una cuerda! ¡Voy a romperme en mil pedazos!

—No seas dramático. No te pasará nada. Confía en mí.

—¡No voy a confiar en quien está robándome!

—Bueno, tienes un buen punto. Pero lamento decirte que no tienes opción. —Le sonrió dulcemente.

«Esta loca psicópata quiere romperme», pensó.

—Bien —dijo mientras ponía el espejo bajo su brazo—. Es hora de irnos. —El espejo profirió varias maldiciones mientras Agatha empezaba a bajar por la sogá—. ¡Cállate de una vez! ¡Vas a hacer que los dos nos caigamos!

Ante esas palabras, decidió cerrar la boca: ya podría maldecirla cuando llegaran al suelo. Al llegar cerca de este, Agatha saltó dentro de una carreta llena de paja.

—¡Ya era hora! ¿Por qué tardaste tanto?

—¡AHHHHH!

—¡Pero qué demonios! —exclamó Dahs, tapándose los oídos.

—¡Oye, ya cállate, espejo estúpido! ¡Vas a hacer que nos maten! —reclamó Agatha.

—¡Hay un monstruo gigante aquí! ¡Y tú me dices que no grite!

—¡Ey, soy mitad troll, no un monstruo! ¡Ten más respeto tú... ¿espejo? —Dahs miró a los dos bastante confundido—. Agatha, ¿qué carajos es esa cosa? —preguntó, apuntándolo.

—Larga historia —le dijo mientras tomaba las riendas de los caballos—. Después te cuento.

—¡Después nada! —gritó el espejo, bastante asustado por tener a un enorme troll verde junto a él—. ¡Auxilio! ¡Me están secuestrando! ¡Guardiasss!

—¡Cállate! —le ordenó Agatha entre dientes—. ¡Nos van a...!

—¡OIGAN! ¡ALTO AHÍ! —gritaron unos guardias mientras corrían hacia la carreta.

—Genial —reclamó Dahs, mientras le arrebatava las riendas a Agatha y apuraba a los caballos—. Más vale que calles a tu amigo si no quieres que lo aviente de la carreta.

—Eso si no lo hago yo primero —respondió, mientras hundía al espejo gritón en la paja.



Cariel

Es un espejo mágico con un elegante marco de plata. Su apariencia se asemeja a una máscara teatral blanca e inexpressiva. Posee la capacidad única de trasladar su esencia a diversos espejos dentro de un rango específico, además de contar con un amplio conocimiento en las artes mágicas. Sin embargo, su personalidad crítica y soberbia suele llevarlo a ser malinterpretado y, en ocasiones, odiado por quienes lo rodean.



13.

E —¿scapó? ¿Cómo que escapó? —preguntó la reina Blanca a sus guardias, conteniendo sus ganas de gritarles.

—Le ruego que nos disculpe, su majestad. No sabemos cómo ocurrió. Había dos guardias junto a la puerta. Pero parece que escapó por una pequeña ventana. No tenemos idea de cómo hizo para no matarse en la caída.

—Ah... —Blanca suspiró, apretando los puños y los dientes—. Está bien. —Sonrió—. Por favor, búsqenla. No podemos permitir que una criminal como ella quede libre. Es muy peligrosa para todos.

—¡Sí, su majestad!

—¡La encontraremos antes del amanecer!

Ambos hicieron una reverencia rápida y salieron enseguida. Blanca se dirigió a su tocador, tomó una estatuilla y la tiró con fuerza al suelo, rompiéndola.

—¡Malditos incompetentes! ¡¿Qué tan difícil es vigilar a una sola prisionera?! ¡Idiotas!

Respiró hondo varias veces. Necesitaba a Agatha. La necesitaba para que ocupara el lugar de su hija en el acuerdo matrimonial que el rey había hecho con el reino de Chrysia. Desde hacía varios meses, su esposo, el rey Florián, había acordado la unión de su única hija con el primogénito del rey de Chrysia. La unión garantizaría seguridad y paz, además de abrir

numerosas rutas comerciales entre ambos reinos, que hasta entonces habían tenido una relación tensa (todo debido al mal manejo de gobierno de la anterior reina). El único problema era que el hijo del rey tenía veintiséis años y su pequeña hija, Sara, solo diez. Blanca se había enterado del acuerdo un par de meses después de que lo habían firmado, por lo que ya no podía hacer nada para evitar que la boda se llevara a cabo. Aun así, había gritado, llorado y suplicado a su esposo que anulara el acuerdo, pero este se había mostrado irreductible. Desde entonces, la relación con él se volvió fría y distante, pero ambos aparentaban que todo estaba bien. A ninguno de los dos les convenía mostrar que la pareja real tenía problemas y que se filtraran rumores maliciosos.

Ella había pasado semanas analizando el acuerdo firmado, tratando de encontrar alguna cláusula que pudiera usar para impedir que Sara se casara con ese príncipe. Y, después de un tiempo y de haber consultado a algunos nobles que estaban de su lado, la encontró. El acuerdo decía expresamente que “El príncipe de Chrysia se casaría a finales de año con la princesa de Lorh”. Solo hablaba de los títulos, pero no especificaba ningún nombre según el análisis literal de lo estipulado. En el momento en que se dio cuenta de esto, Blanca recordó a la que debió haber sido la segunda princesa de Lorh en su tiempo: la hija no reconocida de Grimhilde y su media hermana. No había pensado en ella en años, pero ahora la veía como la solución a todos sus problemas. Siendo ella la reina, podría reconocerla como su hermana, y hacerla princesa. Así, ella podría tomar el lugar de Sara, y no se rompería el acuerdo, ya que, efectivamente, la princesa de Lorh se casaría con el príncipe de Chrysia.

Desde entonces, Blanca había preguntado a numerosos sirvientes y nobles que la habían conocido, para hallar su paradero. Se enteró de que su madre trató de matarla poco después de que ella huyera del palacio, pero logró escapar y, desde entonces, nadie sabía que había sido de ella. Esto la desanimó, pero siguió buscándola en secreto. Luego de un tiempo, se enteró de un interesante rumor. Aparentemente, existía una ladrona muy conocida y habilidosa en el pueblo, una que se destacaba por sus hermosos ojos esmeralda, cabello negro ondulado y una cicatriz en el rostro. Se hacía llamar «Agatha», y pertenecía a un grupo de delincuentes que se autodenominaban «Los Aciagos»¹. La descripción de esta chica era igual a la de su media hermana, así que trató de encontrarla por meses para confirmarlo, pero hasta esa noche su búsqueda no había dado ningún resultado.

Blanca sonrió amargamente. La había encontrado pero, a diferencia de lo que ella había pensado, esta ladrona no se había arrodillado ni le había agradecido la oportunidad que le estaba dando de ser de la realeza: simplemente, la había rechazado. «Qué mujer más terca y tonta», pensó.

—¿Mamá? —Sara entró a la habitación, lo que hizo que Blanca dejara de lado todos sus malos pensamientos y le sonriera.

—Mi Sarita, ¿qué haces aquí? —Se acercó a ella y la abrazó—. Deberías estar en cama. Ya es muy tarde.

—Lo sé, pero escuché en el baile que había ladrones en el palacio, y me dio miedo. No quiero dormir sola. —Miró a su madre con ojos acuosos.

—Tranquila, mi niña: los ladrones ya no están. Los guardias los atraparon. El palacio es seguro.

—Aun así... ¿puedo dormir contigo?... Solo por hoy —suplicó.

Blanca miró a su pequeña hija de ojos avellana y cabello rubio. Era muy parecida a su esposo. Tan linda... Tan pequeña en su camisón blanco... Tan vulnerable... Un nudo se formó en su corazón al imaginarla casada con ese príncipe mucho mayor que ella. Era su bebé, su única hija, su vida misma. Jamás permitiría que la apartaran de su lado.

—Claro que sí, mi niña —dijo alzándola y llevándola hasta su cama—. Hoy, y todas las noches que quieras. —Le acarició el cabello—. Yo siempre voy a protegerte. Siempre.

Le dio un beso en la frente y la pequeña se durmió con una sonrisa en sus labios, mientras su madre planeaba su siguiente movimiento...



—¿Qué es este lugar? Parece un cuchitril. ¿En serio viven aquí?

—Pues sí. Vivimos en este cuchitril. Y, si no te callas, espejo refinado, dormirás con los cerdos esta noche —le advirtió Dahs, visiblemente molesto, mientras bajaba al espejo.

El lugar de destino era una taberna de madera no muy cuidada, que en esos momentos no tenía muchos clientes. Los tres entraron, y subieron las escaleras hacia la planta superior. Caminaron por un pasillo hasta llegar a una sala común con sillones bastante viejos, que a su vez se conectaba con otros pasillos que conducían a las distintas habitaciones. Dahs colocó el espejo en uno de esos sillones, y Agatha tiró todo el contenido de su morral en la pequeña mesa de café frente a ella: era tiempo de calcular las ganancias. Dahs comenzó a contar las monedas, mientras ella clasificaba las joyas.

—Parece que han tenido una buena cosecha —exclamó un troll azul entrando a la estancia, seguido por una mujer de cabello castaño y un niño con cornamenta.

—Hubiera sido mucho más si alguien no hubiera alertado a la guardia —reclamó Dahs molesto, mirando al espejo.

El aludido ni siquiera lo miró: estaba muy ocupado analizando a los recién llegados.

—Dos humanas, dos troles y un fauno. Menudo circo en el que me han metido.

—Woow... ¿Ese espejo habla? —preguntó el niño, acercándose a él—. Increíble. ¿Cómo funciona? —Empezó a tocar su superficie con los dedos—. ¿Puedo quedármelo?

—¡Ey, niño!, aleja esas sucias manos de mí. Vas a empañarme.

—Tal vez sea una buena idea —dijo Dahs mientras seguía contando las monedas—. A lo mejor, el pequeño Timothee le puede enseñar algunos modales a tu nuevo amigo.

—No es mi amigo. Solo lo traje porque creo que obtendremos un buen precio por él —respondió Agatha.

El medio troll azul y la chica también se acercaron para examinar al espejo.

—Impresionante —apreció el troll—. Hace años que no veo un objeto mágico. —Tocó su marco para analizar de qué estaba hecho—. Debe valer mucho.

—¿¡Pueden parar de una buena vez!? ¡Dejen de tocarme y de ponerme un precio! ¡Esto es indignante! ¡Haré que los arresten a todos por esto!

Todo el grupo se quedó sin palabras mientras se miraban los unos a los otros, hasta que Dahs rompió el silencio con una fuerte carcajada.

—Vaya. Parece que nuestro amigo tiene agallas. —Extendió su brazo alrededor de él—. Déjame darte un pequeño consejo, ¿sí? ¿Ves este lugar? —Señaló la habitación—. Esto es una taberna, donde se reúnen asesinos, bandidos y ladrones de la peor calaña a tomar un trago y planear sus ataques. Y ellos —dijo señalando a todo el grupo— son de los peores ladrones que existen por aquí. Si fuera tú, pensaría dos veces antes de abrir la boca. ¿Entiendes a lo que me refiero? —Le sonrió amenazante.

—Vamos, Dahs, no seas así. Vas a hacer que se rompa del susto —bromeó el troll azul, tomando el espejo y acomodándolo nuevamente en el sillón—. Me disculpo por mi hermano: suele tener mal temperamento. Lo heredó del lado equivocado de la familia. —Sonrió—. Vamos a empezar de cero, ¿de acuerdo? Mi nombre es «Drake» y el que se parece a mí, pero más verde, es mi hermano Dahs. El pequeño fauno es Timothee; la hermosa chica a mi lado es mi novia Lía y... supongo que ya conoces a Agatha. —Agatha y el espejo se miraron unos segundos. Ella puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para volver a clasificar sus joyas—. Es muy simpática cuando llegas a conocerla. —Sonrió, no muy convencido—. En fin, los cinco somos algo así como una familia y socios comerciales —le informó mientras abrazaba a Lía por los hombros—. Y tú, mi amigo, ¿cómo te llamas?

El espejo se quedó callado unos segundos observando al variopinto grupo. Después de un suspiro, contestó:

—Soy un espejo. Los espejos no tienen nombre.

—¿No tienes nombre? Eso es muy triste —respondió Timothee—. Agatha dice que todos merecemos tener un nombre.

—Sí... bueno... Soy un espejo. Nunca necesité uno.

—Entonces, tenemos que ponerte uno. —Sonrió inocente—. Veamos, ¿qué nombre le queda bien a un espejo? Mmmm... Algo como «Juan», «Elm», «Silas»...

—¿Qué tal «Gruñón» o «Molesto»? —interrumpió Dahs—. Creo que esos le quedan bien.

—Dahs, cálmate. En serio, ya madura —le advirtió Drake.

—Ach... podría estar durmiendo en una celda por su culpa, y tú quieres que me calme.

—Tal vez «Agni», «Asher» o «Bazil» —continuó Timothee, sin prestar atención a los dos troles— o, si no, algo más significativo como...

—«Cariel» —respondió Agatha sin apartar la vista de su tarea—. Se llamará «Cariel».

El grupo se quedó en silencio intercambiando miradas entre el espejo y Agatha, esperando a que alguien dijera algo.

—Cariel —dijo el espejo reflexionado—. Significa «hombre libre», ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Agatha mientras analizaba una amatista.

—Ja. Es irónico que quien me secuestro me llame así. —Hizo una pausa—. Pero es un buen nombre... Me gusta.

—¡A mí también! —coincidió Timothee.

—Bien. Ya quedó —dijo Drake sonriendo—. Bienvenido a la familia de Los Aciagos, espejo

Cariel. A partir de hoy, eres de los nuestros.

—Espera, ¿no era que íbamos a venderlo? No quiero tener a esa cosa molesta en la casa.

—Vamos, Dahs, uno más, uno menos no hace gran diferencia. Además, ya tenemos más que suficiente con lo de los últimos robos, y un espejo mágico es demasiado valioso para cambiarlo por algo tan común como el dinero.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y mi opinión aquí no cuenta? —preguntó Cariel algo molesto.

—No —respondió Timothee sonriéndole—. Drake ya lo dijo: eres parte de la familia. Y esta familia nunca se separa.

Cariel se quedó callado tras sus palabras. Una extraña sensación lo invadió. No era que quisiera convivir con ladrones, sobre todo con un grupo tan diverso y extraño como ese. Pero, al ver la sonrisa de ese pequeño fauno, no pudo negarse. Miró de reojo a Agatha: le pareció que por un segundo sus miradas se habían cruzado antes de que ella volviera a ignorarlo.

«Una familia... Tal vez, esta situación no sea tan mala después de todo», pensó.

14.

Unos días después...

O —¡ye, ten cuidado! ¡Vas a resbalar!
—¡Eso intento!
—¡Nos vamos a matar!

—¡Cállate de una vez! ¡Tengo todo en orden! —gritó Agatha al espejo en su collar, el cual no paraba de gritarle.

Resulta que Cariel no solo servía para criticar el aspecto y estilo de todo el mundo, sino que tenía la habilidad de ver y escuchar en cualquier lugar donde hubiera un espejo, en un determinado rango de alcance con su cuerpo original. Una habilidad verdaderamente útil, que tan pronto la descubrieron, no dudaron en aprovechar. En realidad, no era algo que Cariel hubiera querido revelar en un primer momento, pero Timothee lo bombardeó con preguntas una noche, y él, ya bastante cansado, terminó revelando esa información suya sin darse cuenta. Así que, a la mañana siguiente, el grupo entero se puso a debatir sobre cómo utilizarla para su beneficio. Decidieron que lo más ventajoso sería que cada uno llevara un pequeño espejo para poder comunicarse entre ellos, además de que Cariel miraría por todos los espejos disponibles en una determinada zona, para guiarlos por terreno desconocido. Sin embargo, por el momento, Agatha era la única que contaba con un pequeño espejo en su collar con grabado de árbol, así que, hasta que el resto consiguiera los suyos, solo ella podía llevar a Cariel consigo, situación que no le agradaba demasiado... a ninguno de los dos.

—¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir! ¡VAMOS A MORIR!

Agatha se agachó un poco hacia adelante y empezó a resbalar por el techo de una de las casas del pueblo. Esa mañana habían entrado a la mansión de un conde, quien recientemente había adquirido un buen botín de joyas para su nueva esposa. Dahs escuchó ese dato de un comerciante en la taberna, y planearon el robo al amanecer cuando no había mucha actividad en las calles. Esta era la primera vez que Cariel se les unía, y la verdad que resultó muy útil; revisó todas las habitaciones de la casa donde hubiera espejos, y logró localizar fácilmente el escondite de las joyas, además de avisar a tiempo de la entrada del conde a la habitación, para que Agatha pudiera esconderse. Sin embargo, cuando ella trató de salir de la mansión por una ventana, uno de los guardias del conde la vio, y comenzó una persecución sobre los techos de la ciudad. Al llegar al borde de un tejado, Agatha saltó y se aferró al cartel de una panadería; logrando caer de pie, como un gato en el suelo.

—¿Ves?, te dije que tenía todo bajo control. No hay de qué...

—¡AHÍ ESTÁN! —gritó un guardia a sus compañeros, mientras intentaba alcanzar a la ladrona.

—Mierda...

Agatha empezó a correr por la calle principal de la ciudad. Las personas que estaban ahí

haciendo sus compras se apartaban rápidamente de su camino y del de la «jauría» de guardias que tenía detrás. En un momento le arrebató a un vendedor su canasta de naranjas y, corriendo hacia atrás, empezó a lanzárselas a sus perseguidores.

—¡Mira al frente! ¡Te vas a tropezar!

—¡Para eso estas tú! ¡Busca la carreta ya!

—¡Deja de darme órdenes!

—¡Entonces, ayuda en algo!

—¡Ahhhh!

Cariel transfirió su esencia hacia su cuerpo original, que estaba atado a unos fardos de heno en una carreta al mando de Drake y Dahs.

—¡Oigan, hay problemas! ¡Dirijan la carreta a la salida principal!

—¡Enseguida! —gritó Dahs tirando las riendas de los caballos.

Cariel volvió al collar de Agatha. Ya se le habían terminado las naranjas y ahora estaba corriendo en zigzag entre la gente del pueblo.

—¡Ve hacia la salida!

—¡Bien! —gritó, cambiando su dirección.

Al llegar a la salida, Dahs estiro las riendas parando la carreta.

—¡Ahí están! —gritó Drake apuntando a Agatha—. ¡Apúrense!

—¡Alto ahí en nombre del rey! ¡Están bajo arresto!

Agatha saltó a la carreta, y Dahs apuró los caballos. Salieron como alma que lleva el diablo, dejando a los soldados cubiertos de polvo.

—JAJAJA. Eso fue alucinante. Bien hecho, chicos —los felicitó Dahs.

—Sí, lo hicieron fenomenal —coincidió Drake, palmeando la espalda de Agatha.

Esta, jadeante después de semejante carrera, no pudo hacer más que sentarse en el heno al lado del espejo. Los dos se miraron el uno al otro.

—Necesitas un baño. Estás llena de sudor, y tu cabello es un desastre.

Agatha lo miró, exhalando con los dientes apretados. Sus ojos verdes estaban encendidos con llamas de odio.

—CÁ-LLA-TE —le ordenó pausadamente.

—Oye, solo intento ayudar. Hasta tienes heno enganchado en el pelo. Sé que no eres fan de vestirte bien, pero al menos deberías tratar de no enfermarte.

Agatha tomó el mango de su cuchillo en su cinturón. Era suficiente; no importaba lo útil o no que pudiera ser: iba a destruirlo.

—Chicos, chicos —intervino Drake, sentándose entre los dos, y poniendo una mano sobre la de Agatha para que dejara el cuchillo en su lugar—. Ha sido una mañana muy larga, ¿no? Creo que todos necesitamos un respiro. —Miró significativamente a Agatha.

Esta suspiró estirando sus manos en señal de rendición, y se quedó callada. Drake sonrió; el resto del viaje a la taberna transcurrió sin el menor incidente. Al llegar, Agatha se bajó rápidamente sin mirar a nadie. Al entrar a la sala —donde se encontraba Timothee jugando con

Lía—, tiró el morral con todas las joyas que había conseguido en la mesa de café y se encerró en su habitación. Los dos se miraron sin decir nada, hasta que Drake y Dahs llegaron con el espejo al lugar.

—¿Qué pasó? Agatha parecía enojada —les advirtió Timothee mientras Lía ayudaba a Drake a colocar el espejo en el sofá.

—¿Estaba enojada? —preguntó Dahs, juntando las joyas esparcidas por el suelo junto con Timothee—. Ni me di cuenta.

—Siempre está enojada. No sé por qué les sorprende —acotó Cariel, desentendiéndose del asunto.

Drake y Lía lo miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué?! Yo no hice nada.

—Ajá, sí, claro. —Drake suspiró—. Mira, amigo, no sé cómo habrán sido las cosas en el palacio. Pero, por aquí, a las mujeres no les suele gustar que critiquen su apariencia o su forma de vestir, ¿entiendes?, sobre todo, después de una carrera como esa.

Lía asintió y empezó a hacer formas con las manos. Drake la miraba atentamente, mientras que Cariel no entendía nada.

—Eh... ¿Qué está haciendo?

—¿No lo sabías? —habló Timothee, levantándose del suelo con las manos llenas de joyas—. Lía no puede hablar; por eso se comunica con las manos.

Cariel la miró sorprendido. No había pasado mucho tiempo desde que se unió al grupo. Ni siquiera había pasado una semana. Pero hasta entonces no se había percatado de que Lía no hablaba, ni de que se comunicaba de esa forma tan particular.

—Yo... no sabía. No me di cuenta. —Se sintió algo culpable—. No pensé que fuera sordomuda.

—Y no lo es —añadió Dahs—. Puede escucharnos perfectamente, solo que no puede hablar.

—Timothee, ¿podrías ir a buscarnos una jarra con agua? —interrumpió Drake—. Estamos muertos de sed.

—¡Enseguida!

El niño salió corriendo hacia la cocina, ubicada en el piso de abajo. Drake esperó hasta escuchar que había llegado al final de la escalera, y miró seriamente a Cariel.

—Mira. Te digo esto solo porque eres de los nuestros. —Puso sus manos sobre los hombros de Lía, y esta lo miró con una triste sonrisa—. Verás... ninguno aquí la ha tenido fácil en la vida.

—Por decir lo mínimo —agregó Dahs mientras se probaba unos anillos.

—Sí... bueno —suspiró—. La verdad es que nuestras vidas han sido una verdadera mierda, ¿de acuerdo?

Drake se sentó en el sillón largo y Lía se colocó a su lado. Dahs seguía ocupado con las joyas mientras Cariel los miraba atentamente. Después de unos segundos, Drake continuó:

—¿Has conocido a algún troll aparte de nosotros, Cariel?

—No. Siempre he estado tras los muros de palacio.

—Eso significa que no sabes nada de la vida, amigo. —Le sonrió tristemente—. El mundo puede ser un lugar despiadado, ¿sabes? Y lo es mucho más con aquellos que no son... lo que otros esperan. Ser un mestizo no es fácil, y nunca lo fue. Los trolls viven en comunidades, en valles montañosos y odian a los humanos. Pero, a veces, hay excepciones. Nuestra madre, por ejemplo, se enamoró de un humano. Aunque, al final, las cosas no funcionaron, y ella terminó volviendo sola a su comunidad, embarazada. Nunca nos aceptaron; sufrimos muchos maltratos y humillaciones por parte del resto de trolls. Al principio, ella trató de protegernos, pero después se casó con uno de ellos y nos dejó de lado. Entonces, nos fuimos. Éramos unos chamacos robustos de solo siete años contra el mundo. Y, después de haber viajado mucho, finalmente, nos quedamos aquí.

—El único lugar donde no nos amenazaron con espadas apenas llegamos.

—Sí.

—Eso es muy duro —murmuró Cariel, terminando de digerir la historia.

—Sí. Pero no es lo peor. —Drake puso un brazo alrededor de Lía, quien se recostó en su pecho—. Lo que te estoy diciendo se queda aquí, ¿de acuerdo? Estas historias no son para los oídos de un niño. —Cariel asintió en silencio. Si las historias de los demás eran tan terribles como la suya, era mejor que el pequeño Timothee nunca las supiera—. ¿Sabes algo de la cultura de los faunos?

—No.

—Criaturas curiosas, la verdad. Protectores de bosques, rebaños y de las criaturas que habitan allí. Pero con una cultura social muy estricta. Las uniones entre ellos son de por vida; tienen que llevarse a cabo en una ceremonia de unión en lo más profundo del bosque, en un momento específico del año.

—¿A dónde quieres llegar con todo eso?

—¿Cómo tratan los humanos a los niños nacidos fuera del matrimonio?

—Ellos son hijos ilegítimos.

—Ya... olvidaste mencionar la parte en que son despreciados, ocultados y que, en la mayoría de los casos, terminan regados por el mundo pidiendo limosnas a cualquiera que pase. —Lo miró seriamente—. Con los faunos sucede lo mismo, con la leve diferencia de que esos niños son llevados a las orillas del bosque apenas nacen, para que sean devorados por la primera bestia que los vea.

Si Cariel hubiera tenido un rostro real, este habría palidecido en ese momento. Se sintió mal al pensar en el terrible pasado del pequeño niño que lo bombardeaba a preguntas casi todas las noches.

—¿Qué hay de Lía? —preguntó sin muchos ánimos.

Drake miró a la mujer que tenía en brazos. Esta le sonrió y asintió despacio. Tomó aire y, cerrando los ojos, comenzó a hablar nuevamente.

—Deudas. Sus padres se llenaron hasta el cuello de estas y decidieron hacer el acto más cobarde e inhumano que pueda existir —dijo, levantando la voz para contener su creciente rabia—: la vendieron como esclava.

Lía le tomó el rostro para que la mirara. Este se calmó al mirar sus bellos ojos marrones y la

abrazó más fuerte. La historia de su amada era la que más le costaba contar y aceptar. Al ver que su hermano no iba a continuar, Dahs decidió terminar el relato.

—La vendieron más o menos cuando tenía doce años a la dueña de un burdel. Por lo que sabemos, trató de defender a una de las chicas que eran maltratadas ahí y, como castigo, le cortaron la lengua. Un día, cuando trataba de escapar, se cruzó con nosotros, y decidimos ayudar. El resto es historia.

Todos se quedaron en silencio. Cariel revivía una y otra vez en su mente los relatos que acababa de escuchar. En su vida dentro de palacio, creía que conocía todo lo que se podía conocer, que sabía los secretos e historias de todos, hasta las maquinaciones y deseos más terribles y locos. Pensaba que nada podría sorprenderlo. Pero aquí estaba, en este nuevo y sombrío mundo, con personas que tenían que hacer hasta lo imposible para sobrevivir, cosas que él jamás hubiera imaginado. ¡Qué ignorante e inocente había sido!

—¿Qué hay de Agatha? —preguntó con voz monótona para ocultar un creciente sentimiento de miedo y nerviosismo que no sabía bien de dónde provenía.

Si las historias de todos habían sido tan duras y crueles, ¿cómo sería la suya? Esperaba que no fuera tan terrible como la de Lía. Pero, al recordar la cicatriz en su rostro, se le formó un nudo en la garganta. ¿Cómo se la había hecho? ¿Cómo había vivido hasta ahora? ¿Por qué tuvo que convertirse en ladrona? ¿Tenía familia? ¿La habían abandonado o vendido? Esas y un montón de otras preguntas empezaron a formarse y a atormentarlo. Quería saber, pero también le daban miedo las respuestas. Drake, Lía y Dahs se miraron unos a otros. Después de unos segundos, Dahs le respondió:

—Tendrías que preguntárselo a ella. Es muy reservada con su pasado. A nosotros apenas si nos contó algo cuando la conocimos, y de eso ya pasaron más de diez años.

—¡Traje el agua! —exclamó Timothee entrando a la habitación con una jarra grande en una mano y con una bandeja con varios vasos en la otra.

—Justo a tiempo, camarada. Estaba por morirme deshidratado —expresó Drake sonriendo, mientras lo ayudaba a dejar la bandeja en la mesa.

—La próxima, mejor, voy yo. Tardas demasiado —le reprochó Dahs.

—¡No es mi culpa! Hay demasiados clientes abajo, y la señora Helge me hizo ir hasta el pozo a buscar el agua.

—Y te lo agradecemos mucho. —Sonrió Drake—. No le hagas caso a este tonto verde: ya sabes que siempre está de mal humor en las mañanas.

Dahs soltó un bufido, lo que provocó que Timothee se riera. Entonces, este empezó a contarles a los demás sobre su travesía al pozo de agua, donde aseguró que había visto un hada de alas plateadas. Todos estaban absortos en el relato, excepto Cariel. Por algún motivo que ni él se explicaba, no podía dejar de pensar en el pasado de Agatha.

15.

Ya casi era media mañana. El sol alumbraba todo el cielo sin nubes. Era un día perfecto para estar al aire libre y tomarse un día de ocio. Pero, a pesar del expandido paisaje que tenía delante, el humor de Agatha era muy sombrío.

Después del robo, se encerró en su habitación. Habitualmente, no le importaban las opiniones o comentarios de la gente; simplemente, los descartaba y seguía adelante. Ya estaba acostumbrada a que le dijeran cosas horribles por su *trabajo*, su ropa o su cicatriz. Pero, por algún motivo, las palabras que le dijo Cariel en la carreta no salían de su mente. Se quedó un rato sentada en su cama, tratando de pensar en otras cosas, pero era en vano. Sus pensamientos siempre volvían a ellas: «Necesitas un baño. Tu cabello es un desastre. Sé que no eres fan de vestirme bien».

«Maldito espejo», susurró, apretando los dientes y lanzando su almohada al suelo.

Después de unos momentos, suspiró dirigiéndose al espejo que tenía en su habitación. Era un espejo de cuerpo completo de madera, casi siempre cubierto con una sábana. Este hecho no tenía nada que ver con la habilidad de Cariel para transmitir su esencia a otros espejos: ella lo mantenía tapado por otro motivo. Alzó el brazo y retiró la sabana; ahí estaba: una mujer hermosa de piel bronceada, ojos verde bosque, cabello negro ondulado y su característica cicatriz. Cuando era más pequeña, siempre la mantenía oculta: era algo que la avergonzaba. Pero, desde que había comenzado a vivir como ladrona, aprendió a quererla. Y ese mérito se lo debía a sus hermanos. Agatha lo recordaba muy bien. Fue el día que los conoció...

Llevaba tres días sin comer, deambulando por las calles del centro de la ciudad, tapándose la cara con una bolsa de arpillera para que no la reconocieran. Estaba tan hambrienta que, cuando vio unas peras maduras en un puesto de frutas, no dudó en ir por estas. Cuando logró tomar una, un niño robusto y verde se la arrebató.

—Este es mi lado del pueblo. Búscate otro lugar donde robar.

—¡Dámela! ¡Es mía!

—¡No, es mía!

—¡Dámela!

Los dos comenzaron a pelear. La pera pasaba de las manos de uno a otro, cada vez más magullada. Agatha le mordió el hombro, y él le tiró del pelo, arrancándole algunos cabellos en el proceso.

—¡Ey, niños! ¿Qué hacen? ¡Esas son mis peras! —gritó el dueño del puesto, con un palo en la mano.

Al verlo, ambos pararon y empezaron a correr. El señor los persiguió por la calle principal. Al no poder perderlo, Agatha se trepó a un montón de cajas, las cuales se balancearon hacia atrás cuando saltó; todo su contenido se dispersó por el suelo. Un batallón de patatas y cebollas provocaron que tanto su perseguidor como un puñado de transeúntes desafortunados resbalaran. El robusto niño logró esquivarlas por poco. Después de eso, entró a un callejón, y Agatha lo

siguió. Una vez alejados de la calle principal, ambos se detuvieron y se miraron para recuperar el aliento.

—Parece que tienes algunos trucos bajo la manga. —La voz provenía de un niño con piel azul, que salió de entre las sombras del callejón—. Eso fue increíble.

—Yo también lo hubiera hecho, pero había mucha gente tapándome el paso —reclamó Dahs, recuperado de la carrera.

—Sí, claro. Eres muy tonto como para pensar en algo tan brillante como lo que ella hizo.

—Es solo una niñata hambrienta. No la alabes tanto. Morirá en una semana.

Los dos niños miraron a la niña de arriba abajo. En su experiencia, los humanos, sobre todo las niñas, solían ser muy débiles, tontas y lloraban por todo. El niño de piel verde no tenía duda de que su comentario la haría salir corriendo. Pero ella no solo no lloró, sino que le sostuvo la mirada con su único ojo descubierto. Su postura era amenazante, para ser solo una niña.

—El único que se morirá de hambre eres tú. Un troll feo y tonto que seguramente ni sabe contar hasta tres.

—¡Pero qué...tu eres la que...!

—Ey, ey, ey. Tranquilícense los dos —el otro niño se interpuso entre ambos—. Miren, no hace falta pelear, ¿sí? Hay suficiente espacio para un ladrón más por aquí, ¿de acuerdo?

—¡Claro que no! ¡Este es nuestro lado! ¡No voy a compartirlo con una humana!

—Dahs, por favor, piensa un poco: ella es más pequeña y más rápida que nosotros. Además, a una humana le resultará mucho más fácil distraer a las personas. Nos convendría mucho tenerla con nosotros.

—¡No quiero! ¡No la necesitamos!

—Sabes que cada vez nos resulta más difícil conseguir comida. Necesitamos ayuda, y lo sabes.

El niño se calló. No le gustaba admitir la derrota, pero su hermano tenía razón. Ambos llamaban mucho la atención, y ya habían discutido la posibilidad de encontrar a alguien que se les uniera cuanto antes. Miró a la niña de nuevo. No se había movido ni un centímetro. Cruzó los brazos y se dio la vuelta, irritado.

—Haz lo que quieras —le dijo a su hermano y se fue por el callejón.

El niño azul sacó unas galletas del morral que llevaba y se las dio a la niña, quien empezó a comerlas con renovadas energías.

—Te pido disculpas. Él puede ser muy tonto a veces, pero no es tan malo cuando lo conoces.

—Le sonrió—. ¿Cómo te llamas?

La niña se limpió las migas de la boca, enderezó su postura y lo miró fijamente a los ojos.

—Agatha.

—Agatha. Un nombre muy lindo. Yo me llamo «Drake», y el amargado que se fue es mi hermano Dahs. Somos medio trolls intentando sobrevivir.

—Y quieres que me una a ustedes, ¿no?

—Ya entendiste todo. Se nota que eres inteligente. ¿Qué dices?

Agatha lo miró por unos segundos. No tenía nada ni a nadie y estaba muriéndose de hambre.

Unirse a ellos era la única opción que le quedaba si quería continuar con vida.

—Bien. Pero quiero una parte justa de lo que ganemos.

—Entendido. No podría ser de otro modo. Por cierto...

Drake se acercó, agachándose para estar a su altura. Con una sonrisa, acercó la mano hasta su rostro y trató de apartarle el mechón de pelo que le cubría el ojo. Agatha atajó su mano, para impedir que lo hiciera. Pero él la miró con una sonrisa tierna, haciéndola sentir pequeña y a la vez segura. Lentamente bajó el brazo y dejó que le descubriera el rostro.

—Mmm. Has tenido una vida muy dura, ¿eh? —Ella asintió cabizbaja.

—Es muy fea, ¿verdad? Parezco un monstruo.

—Yo no diría eso. La verdad, creo que te hace lucir amenazante. Y muy fuerte. ¿Te cuento un secreto? Los trolls más fuertes y respetados siempre tienen muchas cicatrices y les encanta contar las historias de cómo las consiguieron. Estas demuestran lo valientes que son.

Drake sacó unos ganchos de su cinturón y, peinándola con pericia, le hizo una coleta, dejando su rostro completamente descubierto. Examinó su obra y, al estar conforme con su aspecto, le sonrió.

—De ahora en más, deja que te vean. Si quieres sobrevivir aquí, tienes que demostrarles lo fuerte que eres.

—Y tú tranquila. Si alguien te llama monstruo, yo te ayudo a romperle los dientes —prometió Dahs caminando hasta ellos. Había escuchado y visto todo desde su escondite—. Ahora eres de los nuestros.

Agatha sonrió al mirar su cicatriz en el espejo. Ellos tenían razón: la hacía ver más amenazante, más valiente. Si no hubiera sido por esa cicatriz, probablemente, nunca habría logrado ser una ladrona tan temida y respetada como lo era ahora. Pero, aun así, no le gustaba lo que veía. No era su cicatriz ni su cabello: era todo lo demás lo que le molestaba. Porque, aparte de esos dos atributos, el resto de su cuerpo era igual al de Grimhilde. Por eso detestaba tanto su reflejo, ya que, al verlo, no quedaba lugar a dudas del parentesco que compartían. Rápidamente meneó la cabeza para tratar de no pensar en eso y se concentró en su cabello. Para su desgracia, Cariel tenía razón. Había varias hebras de heno enganchadas entre sus ondas, y su camisa no tenía mejor aspecto. Colocó la sabana nuevamente en el espejo, y sacó de su baúl una muda de ropa limpia: era momento de tomar un buen baño...



Ya en el río, Agatha no tardó en despojarse de sus ropas y lanzarse a las cristalinas aguas. Estas aún estaban frías, pero no le importó. Necesitaba eso; necesitaba despejarse y sacarse esos molestos comentarios de su mente. Se sumergió varias veces, dejando que la corriente se llevara todo el sudor y polvo que tenía encima. Cuando terminó, nadó hasta la orilla y comenzó a secarse. Pero, entonces, las palmas de las manos empezaron a picarle. Las miró preocupada. Extraño: no había nada. El picor parecía provenir desde dentro de su piel hacia afuera. Se frotó varias veces con la toalla, pero el picor no cesaba, sino que, al contrario, parecía aumentar. Ya bastante alarmada, fue a buscar su ropa pero, antes de que pudiera tomarla, un extraño humo

negro y gris salió de sus manos, envolviéndola.

«¡Ayyyyyyy!», gritó. Se cayó de espaldas en la arena. Asustada, apretó los puños, y el extraño humo desapareció al instante. Tardó unos segundos en volver a la realidad. Cerró y abrió las manos lentamente varias veces: ya no le picaban, y no había ningún rastro extraño en estas. «Debo estar volviéndome loca», se dijo lentamente.

Se levantó del suelo y, después de haberse sacudido toda la arena del cuerpo, se vistió. Decidió que lo que acababa de pasar era una alucinación por el sol de media mañana. Entonces, sin darle más vueltas al asunto, tomó el camino de regreso a la taberna.



—¡Timothee! Más te vale que no hayas jugado en la despensa —gritó la enana Helge, barista y dueña de la taberna—. ¡Te dejé bien claro que, si lo volvías a hacer, te iba a colgar en la pared como trofeo!

—¡Yo no estuve allí! ¡Estaba jugando a los piratas en el patio!

—Y, entonces, ¿por qué tienes los cuernos cubiertos de harina? —El niño sacudió la cabeza, dejando caer toda la harina blanca en el suelo—. ¡Mira lo que hiciste! ¡Acabo de barrer el piso! ¡Ya verás, condenado chamaco!

Timothee se rio, y salió corriendo a la planta alta. Helge empezó a perseguirlo. Era una enana de cincuenta años, así que no tenía muchas probabilidades de alcanzar a un joven fauno de siete años, por lo que, al llegar al pie de las escaleras, solo pudo gritarle a la nada:

—¡Te juro que, si vuelves a poner una maldita pezuña en mi almacén, voy a cazarte y a servirte como cena a los clientes!

Pateó fuertemente el suelo y volvió a la barra muy molesta. Lía, que había estado clasificando las botellas de ron, tomó rápidamente la escoba y se puso a barrer la harina. Helge, habitualmente, era una persona afable y conversadora pero, cuando se ponía de malas, no había fuerza de la naturaleza que pudiera con ella. Todos, salvo Timothee y Dahs, evitaban meterse con ella en esos momentos.

—Es solo un chamaco de siete años; no te exaltes tanto. También tienes hijos, ¿o no? Deberías saber cómo es —lo defendió Dahs mientras terminaba su jarra de cerveza.

—¡Mis hijos están en edad de casarse! ¡Y ellos nunca se metían en semejantes problemas a su edad! Deberían reeducar a ese sinvergüenza antes de que sea tarde.

—Ya... seguro —añadió sin darle demasiada importancia— Y hablando de sinvergüenzas... —Agatha entró a la taberna y se dirigió a las escaleras. Él noto enseguida su cambio de ropa. Sonrió—. ¡Eh, Agatha, ven acá! —gritó.

Ella se giró. Lía, Helge y Dahs, la estaban mirando con curiosidad. Después de lo del río, se sentía demasiado asustada. No quería que los demás se dieran cuenta de su estado y le hicieran preguntas. ¿Qué iba a decirles?, ¿que un extraño humo había salido de sus manos y después se había ido? Ni ella misma creía lo que había pasado, así que decidió dar una vuelta por el pueblo para calmarse. Pero, por alguna razón, había muchos soldados allí, y tuvo que esconderse. Solo cuando llegó la tarde pudo regresar.

—Te perdiste un almuerzo de lujo. Lía preparó un estofado increíble.

—Te guardé una porción —añadió Helge—. Dame un segundo. Ya te la traigo.

Helge se fue a la cocina. Agatha suspiró. No tenía ganas de socializar, pero no había comido nada en todo el día, así que, sonriendo, se sentó junto a Dahs y a Lía en la barra. Helge volvió con un gran plato lleno de estofado.

—Ten. Necesitas comer más, ¿de acuerdo? Ya estás muy delgada; si te saltas más comidas, vas a desaparecer.

Agatha le agradeció y empezó a comer a grandes cucharadas. Dahs tenía razón: el estofado estaba increíble. Este la miró un momento, tomando su último sorbo de cerveza y le dijo:

—Ese vestido te queda bien. Hace mucho que no te veo vestida con uno.

Estaba usando un vestido de día liso, color borgoña. Era uno de los pocos que tenía. Habitualmente, solo usaba pantalones holgados y camisas. Eran mucho más cómodos y le facilitaban el movimiento en caso de que tuviera que salir corriendo. Solamente se ponía vestidos en ocasiones especiales o cuando tenía que infiltrarse en algún lugar que lo requiriera.

—¿Qué dices? —objetó sin darle importancia—. Usé uno hace pocas semanas en el baile. ¿Es que tienes tan mala memoria?

—Sí, me acuerdo. Era ese hermoso vestido azul que terminaste cortando y tirando como un trapo. A pesar de los horrores que nos costó conseguirlo —destacó mirándola seriamente.

—Ya... te conseguiré otro de tu talla, si tanto te molesta.

—Pues estoy seguro de que conmigo al menos durará más de una noche.

Se quedó callada. Era cierto: a Dahs y a Drake les había costado bastante conseguir todo el disfraz para que ella pudiera infiltrarse en el baile. Y, al final, no sirvió de mucho y terminó rompiéndolo.

—¿Fuiste a ver a alguien? —indagó Helge mirándola de reojo—. Estuviste fuera mucho tiempo y estás muy linda.

Lía la miró expectante, y Dahs mostró una sonrisa cómplice. Agatha sintió cómo enrojecían sus mejillas. Además del detalle del vestido, se había hecho una trenza y colocado algunas joyas muy simples. No estaba demasiado arreglada. Pero, a comparación de cómo solía vestirse siempre, se veía mucho más linda. La verdad era que esa mañana, después de lo de la carreta, sintió la necesidad de probarle a Cariel que ella sí tenía buen gusto para vestir. No iba a decirle nada; solo quería que la viera y luego lo ignoraría totalmente. Pero ahora, teniendo a estos tres mirándola, se sentía muy avergonzada.

—No es nada; solo tenía ganas de usarlo —aclaró tomando una jarra de cerveza y cambiando de tema—. Por cierto, últimamente, la guardia está más activa. ¿Tienen idea de qué pasa?

—No estoy segura, pero algunos clientes me estaban comentando que van a empezar a cobrar impuestos por aquí. Parece que va en serio.

—¿Aquí? —preguntó Agatha incrédula.

La zona en donde estaban era conocida como los «barrios marginales de Lorh» o, simplemente, «la Fleck». Los que vivían allí solían ser mendigos, huérfanos, ladrones, maleantes, mestizos y rechazados. En otras palabras, eran la «basura» de la sociedad. Tenían que arreglárselas para

sobrevivir tomando los peores trabajos habidos y por haber para poner algo de pan en sus mesas. Además, casi nadie les daba trabajo y eran terriblemente discriminados. Si empezaban a pagar impuestos, morirían de hambre.

—Parece que sí. Voy a tener que aumentar los precios muy pronto.

—¡Esto es ridículo! —reclamó Agatha, golpeando la mesa—. La gente de aquí no tiene ni para comer, y mucho menos para pagar impuestos.

—Pues ve a decírselo al Rey. Según sé, se trata de una orden real. Empezarán a cobrar pronto.

Agatha se levantó furiosa y se fue a su habitación. Lía miró a Helge, preocupada.

—

¿En serio vendrán aquí?

—(¿En serio vendrán aquí?).

—Me temo que sí, querida —respondió tristemente, mostrándole una sonrisa—. Voy a la bodega. Espero que ese niño no la haya desordenado demasiado.

Lía miró a su cuñado.

—

¿Qué haremos?

—(¿Qué haremos?).

Este le sonrió y la tomó por los hombros. Ellos no tenían que preocuparse por los impuestos: eran ladrones, después de todo. Su problema real eran los guardias. Si empezaban a venir, tendrían que esconderse. Pero, para el resto de los que vivían en la Fleck, sí era un gran problema. ¿Cómo conseguirían tanto dinero para pagar?

—Tranquila, querida. Hemos enfrentado cosas peores. Lo resolveremos y ayudaremos en lo que podamos.

Se abrazaron. Los habitantes de aquí eran muy unidos. Al ser todos marginados y rechazados, encontraron entre ellos la unión y afecto que tanto necesitaban. Todos allí se conocían y ayudaban a quien lo necesitara. La lealtad entre todos, a pesar de no tener casi nada, era verdaderamente admirable. Por eso, su pequeño grupo no tenía nada que temer. Los de la Fleck jamás los delatarían. Además, ellos eran uno de los grupos que más alimentos, ropa y cobijo proporcionaban. Eran indispensables para la comunidad. Sobre todo, Drake y Agatha. Aunque ellos no querían admitirlo, ambos eran vistos como líderes sin título por allí.

16.

Ya habían pasado tres días desde que habían anunciado oficialmente el inicio de los impuestos en la Fleck:

Por orden de Su Majestad, el Rey Florián II De Zavala, a partir de hoy se empezarán a cobrar los siguientes impuestos:

Alfarda: pago por el aprovechamiento del agua: serán 3 onzas de bronce o su equivalente.

Herbaje: pago por aprovechamiento de los pastos: serán 4 onzas de bronce o su equivalente.

Cuatropea: impuesto sobre la venta de ganado. 1 marco de plata o su equivalente.

A quienes no paguen al final de cada semana se les cobrará una multa adicional equivalente a 1 marco de plata. Quienes pasen más de tres semanas sin pagar alguno de los impuestos serán reprendidos con pena de prisión.

Así lo ordena Su Majestad, el Rey de Lorh.

Agatha bufó cuando el oficial real terminó su anuncio. Estaba usando una túnica con capucha para pasar desapercibida entre la gente del pueblo. Lía y Drake estaban a su lado, usando túnicas similares.

—Tres malditas onzas de bronce solo por usar agua... qué ridiculez... La mayoría en la Fleck apenas si gana una a la semana —susurró enojada.

—Parece que vamos a tener que aumentar nuestra cantidad actual de robos, sobre todo, si queremos ayudar a los nuestros.

—Que así sea. Si el rey quiere cobrarles a los mendigos, tendrá que enfrentar la pérdida de las arcas del estado.

—¿Acaso planeas robarte todo el tesoro real?

—Si tengo la oportunidad, lo haré.

Drake y Lía la miraron preocupados. El tesoro real estaba custodiado en algún lugar secreto del palacio, resguardado las veinticuatro horas del día, según los rumores. Intentar robarlo era un suicidio asegurado.

—Lo solucionaremos de alguna forma. No hace falta llegar tan lejos.

—¡Van a quedarse con lo poco que tenemos! ¡No podemos dejarlos salirse con la suya!

—Baja la voz. Recuerda que estamos encubiertos —la regañó.

Agatha suspiró. Estaba muy enojada, pero Drake tenía razón: no podía hacer nada ahora, y no le convenía que los guardias los reconocieran. Los únicos del grupo que podían pasar

desapercibidos eran Lía y Timothee, ya que ellos nunca habían participado en los robos. Al menos no de forma directa. El trabajo de Lía consistía más que nada en conseguirles la ropa o las herramientas que necesitaban, mientras que Timothee solamente se encargaba de entregar mensajes en sectores determinados. Los otros tres eran ladrones bastante conocidos; toda la guardia sabía muy bien cómo se veían. Después de todo, no era muy difícil recordar a dos semitrolls, uno azul y otro verde, y a una mujer de cabello negro con una cicatriz en la cara.

—Voy a dar una vuelta por los alrededores —decidió, alejándose del grupo.

—¡Olvídalo! —Drake la agarró del brazo—. Hay muchos soldados aquí. Nos vamos ahora.

—¡Solo es un pequeño paseo! ¡Nadie va a reconocerme!

—¡Agatha!

—Tendré cuidado, ¿sí? —insistió zafando de su agarre—. Ya no soy una niña.

Les dio la espalda, alejándose por un callejón. Lía la miró marchar, preocupada.

«A veces parece que sí lo fueras», murmuró Drake para sí mismo.

—Vamos a casa, hermosa. Hay que ver si Helge no mató a Timothee aprovechando nuestra ausencia. —Tomó la mano de Lía, y volvieron juntos a la taberna.



—¡Ahí está! ¡atrápenla!

—¡Rodéenla! ¡Que no escape! —gritaron unos soldados persiguiendo a Agatha.

La habían descubierto mientras trataba de tomar una bolsa de monedas del cinturón de un noble en plena plaza. Inicialmente, solo iba a dar una vuelta por los callejones y volvería a la taberna. Pero, al ver un carruaje lujoso entrar a la plaza, no pudo evitar espiar quién se encontraba dentro. Era un viejo canoso y barrigón, con pésimo gusto para vestir. Su cinturón tenía un bulto bastante grande lleno de monedas. Al pensar en eso, no se resistió, y se lanzó a la carrera. Lamentablemente, fue muy negligente, y no vio a los dos guardias que iban escoltando al hombre.

«Maldita sea. Si Drake descubre lo que hice va a matarme», pensó. Giró por una calle menos concurrida para tratar de perderlos. Desgraciadamente, los soldados eran jóvenes y fuertes: no era fácil dejarlos atrás. Si no hacía algo, iban a alcanzarla pronto. Su corazón empezó a latirle más rápido; la situación no pintaba nada bien. En ese momento, las palmas de sus manos empezaron a picarle; la sensación era mucho más fuerte que la otra vez. «Por favor, otra vez no. No ahora», rogó.

Por el rabillo del ojo diviso un callejón oscuro. Giró rápidamente en su dirección, casi resbalando. Los guardias también cambiaron de dirección. Agatha ya no podía más; tenía que parar. Sentía que los pulmones le iban a explotar y el hormigueo en sus manos no paraba de aumentar. Ya sin aliento, pegó su cuerpo contra una pared, y se mantuvo en cuclillas para tratar de ser lo menos visible posible. Puso las manos en sus muslos, casi arañándolos, para aliviar un poco el picor, y recuperar el aliento. «Maldición. Me van a encontrar; ya no puedo esconderme», razonó.

Era un callejón sin salida. Los soldados estaban por llegar a su escondite; podía oír sus pesados

pasos contra el suelo. «¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago?».

Ya no había escapatoria. Iban a atraparla. La iban a llevar a prisión o, peor, la matarían allí mismo. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al pensar en eso. De repente, el picor en sus manos se hizo más agudo. Estiró los dedos instintivamente sobre sus muslos y, de repente, todo su cuerpo desapareció. Los guardias llegaron unos segundos después, solo para ver un callejón vacío.

—¿Adónde se fue?!

—¡No lo sé! ¡Es imposible que no esté aquí! ¡No tenía a dónde ir!

—¿¡Pues por qué no está aquí entonces!? ¡Claramente se fue por otro camino!

—¡Es imposible! ¡Este callejón no tiene salida!

—¡Díselo a esa malnacida! ¡Vámonos! ¡Tenemos que encontrarla!

Los dos se fueron corriendo de allí. Unos segundos después, Agatha se materializó en la mitad del callejón, con una expresión de desconcierto en el rostro.

«¿Qué diablos acaba de pasar?», susurró para sí. Sus piernas flojearon, y cayó de espaldas al suelo.



Cariel estaba en la sala del primer piso, observando a Timothee mientras jugaba con unos barcos de madera. Pero la verdad era que apenas si le prestaba atención: sus pensamientos iban y venían en una misma dirección: Agatha. Desde el incidente en la carreta, no habían cruzado palabra. Él había intentado hablarle en múltiples ocasiones, pero ella, simplemente, lo ignoraba. Además, le había entregado su collar a Lía, así que tampoco podía hablarle por ese medio. También estaba el espejo de su dormitorio pero, el primer día que ella se había enterado de su habilidad, había amenazado con tirarlo por la ventana si llegaba a usarlo.

Aun así, tenía que hablar con ella cuanto antes. Necesitaba saber quién era ella, cuál era su pasado y si tenía o no una relación de parentesco con su anterior dueña. Desde que Drake les había contado sobre el pasado de todos (menos el suyo), Cariel estuvo indagando y haciendo suposiciones sobre el tema. Llegó a una conclusión que lo tenía bastante preocupado: ella se parecía demasiado a Grimhilde: los mismos ojos, la misma postura, la misma aura amenazante. Eran demasiadas coincidencias para ser casualidad. Entonces, recordó un viejo rumor que había en el palacio acerca de que la reina tenía una hija a la que nunca había reconocido, pero que seguía en el palacio como una sirvienta. Él nunca pudo ver a esa supuesta hija, pero sí recordaba el tiempo en que Grimhilde estaba embarazada. Era un verdadero fastidio; no pasaba una noche sin que ella no bajara a verlo para quejarse sobre su apariencia, maldiciendo al rey y al niño que llevaba dentro por haberla puesto en tal estado. Pero eso no era lo importante ahora. Tenía que comprobar si Agatha era su hija o no. Porque, si, realmente, lo era, entonces, ella...

—¡Agatha, viniste! —gritó Timothee alegremente—. ¿Quieres jugar a la guerra pirata? Necesito que me ayudes a derrotar al capitán Cara de Bagre Smith.

—Tal vez luego, pequeño. Ahora tengo cosas que hacer.

—¿Estás bien? Parece que hubieras visto un fantasma.

Cariel también lo notó: Agatha estaba muy pálida y tenía los ojos muy abiertos. Se notaba que algo la había alterado mucho. Aun así, ya habían pasado demasiados días, y Cariel necesitaba asegurarse y contarle lo que le iba a pasar si realmente era la hija de su anterior dueña.

—No es nada. Estoy bien; solo algo cansada. Iré a acostarme un rato.

—Agatha, espera. Tengo que hablar contigo. Es urgente.

—Ahora no, Cariel. Estoy cansada.

Entró en su habitación y cerró la puerta, ignorándolo otra vez.

«¡Suficiente!», decidió Cariel, transfiriendo su esencia al espejo de su habitación. Si iba a romperlo, que así fuera. Ya estaba harto de ser ignorado.

—¡Agatha! ¡Tenemos que hablar ahora! —gritó entre las sábanas que lo cubrían.

Al escucharlo, Agatha retiró rápidamente las sábanas, mirándolo muy molesta.

—¡Te dije que no podías usar este espejo! ¡Vete ahora!

—¡No! ¡Ya me cansé de esto! ¡Tengo que hablar contigo y lo voy a hacer ahora!

Sus palmas empezaron a picarle de nuevo.

«No, no, no. Que esto pare ya, por favor», rogó en su mente.

—No es un buen momento ahora. En serio, vete ya.

—Es importante. Necesito saber qué relación tenías con la reina Grimhilde.

—¿Por qué mencionas a esa mujer?! ¿Quieres que te tire por la ventana ahora?

El enojo hizo que el hormigueo aumentara. Sus manos estaban cada vez más calientes.

—Es importante. Si ella era tu madre, entonces tú...

—¡Esa mujer nunca fue mi madre! ¡Ella mató a mi madre! ¡Te prohíbo que tú...! ¡Ahhhh!

Un extraño humo negro empezó a salir de sus manos, y llenó toda la habitación, como había ocurrido en el río.

—¡Ay no, otra vez no! ¿Por qué me pasa esto?

—¡Es lo que intentaba decirte! —gritó Cariel entre el humo.

Agatha lo miró sorprendida. Apenas podía ver su máscara blanca entre el humo.

—¿Tú sabes qué es esto? ¿Por qué me pasa esto? —Cariel la miró ceñudo, sin decir nada por un momento—. ¿Qué es lo que sabes? ¡Dímelo ahora!

—¡Ah... ahora sí quieres hablar conmigo, ¿no?! ¡Después de haberme ignorado y de haberme dado la espalda por días!

—¡Tú empezaste al decirme que me visto mal! ¡Es tu culpa!

—¡Solo quería ayudarte!

—¡Nunca pedí tu ayuda! ¡Lo que me dijiste me dolió en serio!

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste en lugar de ignorarme todos estos días? ¡Yo me habría disculpado!

El humo no paraba de salir; apenas si podían verse el uno al otro. El miedo empezó a invadirla nuevamente.

—¡Está bien, lo siento! ¡No debí ignorarte! ¡Pero, por favor, haz algo con esto!

Cariel suspiró. Quería seguir discutiendo, pero Agatha estaba muy asustada y no sabía lo que le

pasaba, así que decidió dejar la discusión para después.

—Escucha. Solo piensa en un cielo despejado y tranquilízate. Relaja el cuerpo y empieza a cerrar las manos lentamente.

Agatha hizo lo que le pidió. Respiró hondo varias veces pensando en un bello día de primavera, cerrando las manos despacio. Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación estaba nuevamente despejada. No había ni rastros de ese extraño humo. Miró a Cariel perpleja.

—¿Q-qué p-asa?

—Fuiste tú. Es tu magia.

—¿M-mi qué?

—Tu magia. Es lo que he tratado de decirte. Eres una usuaria de magia de sombras, Agatha. Eres una bruja.

—¡...!



Blancanieves

Una soberana con la tez tan
blanca como la nieve y
labios tan rojos
como el carmín.
Es conocida por ser una
reina benevolente y
devota hacia su pueblo:
Lorh.
Su principal preocupación
es su hija Sara, a quien
cariñosamente llama Sarita.
Está dispuesta a cualquier
cosa para salvarla.



17.

La habitación relucía. Las paredes tenían tonos en dorado y blanco, y los candelabros labrados en las paredes le daban un aire de superioridad y elegancia. La larga mesa estaba repleta con una amplia variedad de platillos diferentes, ajustados a los paladares del rey y de la reina. Sin embargo, la atmósfera entre ambos dejaba mucho que desear. Solo se escuchaba el chocar de los cubiertos contra los platos.

—Mi secretario me informó algo muy interesante hace un rato —habló de pronto, y se detuvo para tomar un sorbo de vino. Blanca ni lo miró; solo siguió cortando el filete que tenía en su plato. El rey suspiró: Hablar con su esposa ese último tiempo era igual que hablar con una pared—. Parece que, por la mañana, algunos oficiales decretaron algunos impuestos nuevos. En mi nombre. —Levantó su copa y empezó a agitarla un poco. Enseguida un sirviente cercano la volvió a llenar—. Lo curioso es que no recuerdo haber autorizado ninguno de estos. ¿Sabes algo de eso, querida?

Blanca dejó los cubiertos en el plato y se limpió la boca con una servilleta.

—Gracias a los numerosos bailes y remodelaciones del palacio, el tesoro real ha estado disminuyendo considerablemente. Pensé que era un buen momento para reanudar los impuestos. Después de todo, hemos sido muy generosos todos estos años, ¿no te parece?

En efecto, desde que ambos fueron coronados, habían abolido una gran cantidad de impuestos

exagerados aprobados por la anterior reina, y conservado solo aquellos esenciales para garantizar un buen curso económico. Este era uno de los muchos motivos por los que el pueblo los amaba tanto.

—Sí, lo sé. Dentro de poco tendría que haberlo hecho, de todos modos. Sin embargo, pensaba en empezar con un leve aumento en los impuestos que ya tenemos. No establecer nuevos, y mucho menos con precios tan elevados como esos.

—Mientras más rápido recuperemos lo perdido, mejor. Después podremos bajarlos nuevamente.

El rey la miró frunciendo el ceño. El tesoro real estaba bastante bien, a pesar de las recientes pérdidas. Sin duda, con un aumento leve, se recuperarían en un par de años. Con ello en mente, observó a su esposa cansado. Ella nunca se había interesado en asuntos como esos. Además, tenía una asignación mensual bastante generosa que nunca gastaba por completo. Sin dudas, su reciente interés no tenía nada que ver con el tesoro.

—Aun así, me molesta que los hayas autorizado en mi nombre. Me haces quedar como el villano.

—Te aseguro que esa no es mi intención. Pero no podía utilizar mi nombre. Sabes bien que, de los dos, a mí me consideran una reina generosa y benevolente. Mi imagen se hubiera visto más afectada que la tuya.

Florián se recostó en la silla suspirando. No le gustaba pelear con ella. Tampoco le gustaba la distancia que se había generado entre ellos. Él sabía muy bien que eso era su culpa. Después de todo, él había sido el que había firmado el acuerdo matrimonial de su hija sin decirle nada. Pero no esperaba que reaccionara tan mal. De todas maneras, Sara no era más que una princesa que no tenía derecho al trono. Por lo tanto, su deber era casarse para asegurar las alianzas con otros reinos. Ese era su destino. Lamentaba que tuviera que hacerlo tan pronto pero, al no tener un hijo varón, las cosas se habían complicado. El nacimiento de Sara fue muy difícil y, en el proceso, la reina casi perdió la vida. Afortunadamente, los médicos habían logrado salvar a ambas, pero la reina quedó incapacitada para darle más hijos. Hasta el momento, había logrado mantener las cosas en orden, pero ya habían pasado once años, y aún no existía ningún sucesor. Los nobles de Lorh lo habían presionado en multitud de ocasiones para que consiguiera una concubina que le diera un heredero, pero él se negó rotundamente: amaba demasiado a Blanca y no quería que ella sufriera por las habladurías y el escarmiento de los nobles al traer a una concubina a palacio. Pero esto provocó que algunos nobles lo consideraran débil y se aliaran en su contra. Querían poner a un nuevo rey al mando, uno que les diera más poder y seguridad. Esos últimos meses, las cosas habían empeorado: los rumores de una rebelión contra los reyes de Lorh empezaban a ser cada vez más reales. Florián temía que, tarde o temprano, terminaran lastimándolo a él o a su familia. Por esto empezó a buscar soluciones y, finalmente, la encontró: si casaba a su hija en una alianza, además de los beneficios que esto brindaría a los dos reinos, los hijos de esa unión tendrían derecho al trono de Lorh. Esto reafirmaría su poder y, de esta forma, no sería necesario que él consiguiera una concubina para mantenerse en el trono. Además, los nobles se calmarían, y la rebelión no ocurriría. Sara tendría que casarse tarde o temprano de todos modos: solo adelantaría las cosas. Él no veía ningún problema en ello. La verdad, no entendía por qué su

esposa estaba tan en contra de esa idea. Después de todo, lo estaba haciendo por ella, para que no tuviera que competir con otra mujer por su atención. Debería estar agradecida por que la quisiera tanto.

—Bien. Haz lo que quieras. Pero al menos avísame la próxima vez. —No le gustaba que hiciera cosas a sus espaldas, pero conocía a su esposa. Solo estaba haciendo esto para molestarlo. Ella nunca haría nada que perjudicara al reino irremediablemente. Solo tenía que esperar a que se le pasara el enojo.

Habiendo dicho eso último, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Solo recuerda que el rey aquí soy yo. Si haces algo que me perjudique, no me voy a quedar de brazos cruzados.

La dejó sola en el comedor. Blanca apretó los dientes. Ella no entendía cómo podía estar tan calmado en esta situación. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que estaba haciéndoles a ella y a su pequeña hija? ¿Dónde estaba el hombre amable y bueno con el que se había casado? ¿Es que acaso la corona era más importante que la vida de su hija?

Conteniendo su ira, tomó su copa de vino y la terminó de un sorbo. Al menos él no se entrometería en sus planes; ella sabía que él no consideraba que fuera capaz de hacer sufrir a otros o que utilizara su estatus para conseguir lo que quería. Después de todo, ella era la amable y benevolente reina Blancanieves, la mujer más buena, hermosa e inocente de todo Lorh. Blanca amagó una sonrisa chueca.

«Es cierto, soy todo eso. Pero, antes que nada, soy la madre de Sara y, si tengo que hacer arder todo Lorh para protegerla, pues que así sea», pensó suspirando, acomodando su sonrisa a una más suave y tierna, antes de salir de la habitación.



Agatha caminaba de un lado a otro de la habitación, hablando consigo misma y moviendo las manos. Cariel la observaba en silencio. Al principio, decidió esperar a que se calmara. Después de todo, descubrir que posees habilidades mágicas impresionaría a cualquiera. Pero llevaba veinte minutos de la misma forma. El hecho de verla caminar en círculos lo estaba poniendo muy nervioso.

—¿Puedes parar de una vez? Vas a hacer un agujero en el piso si sigues caminando así.

Agatha se detuvo, y lo miró sorprendida: se había olvidado por completo de él. Caminó rápidamente a su encuentro, deteniéndose a escasos centímetros de él. Estaba tan cerca que su aliento se impregnaba en su superficie. Cariel tragó saliva. Si hubiera tenido un cuerpo, se habría caído de espaldas por la sorpresa.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que era una bruja? ¿Cómo pasó esto? ¿Y cómo es que sabes sobre magia? ¿Por qué pasó esto ahora? ¿Se puede revertir? ¿Acaso van a colgarme o a quemarme en una hoguera?

El espejo se empañó completamente después de sus preguntas.

—Primero que nada, aléjate un poco quieres. Ya ni siquiera puedo verte —se quejó.

Agatha lo limpió rápidamente con la manga de su camisa. Cariel la observó ceñudo sin decir

nada.

—Lo siento, es que... estoy muy emocionada... y nerviosa. Esto es increíble... y aterrador.

Cariel suspiró.

—Sí, sí. Es muy genial. Pero te tienes que calmar, ¿de acuerdo? Hay un par de cosas que tengo que preguntarte primero y después te contestaré todas las preguntas que quieras, ¿estamos?

—Agatha asintió rápidamente, sonriendo y colocó una silla delante del espejo para sentarse, mirándolo fijamente. Estaba abrumada, pero también muy emocionada. Siempre había escuchado historias sobre la magia de las hadas, sirenas y brujas. Y ahora ella también podría hacerlo. Era como un sueño muy loco—. Para empezar, creo que es evidente. Pero, aun así, tengo que confirmarlo. ¿Eres tú la hija de Grimhilde de la que tanto se rumoreaba en palacio?

Su sonrisa se desvaneció, recostándose en la silla, irritada. De todas las preguntas que podía hacerle, ¿tenía que elegir esa para comenzar? Sin mirarlo, respondió:

—Ella me dio a luz. Pero nada más. Yo nunca fui su hija.

—Entiendo. No sé qué pasó para que la aborrezcas tanto, pero tenía que saberlo para explicarte lo que te está pasando. —Ella lo miró, esperando a que continuara. Cariel tomó aire—. Mira, la cosa es así: en este mundo, la magia es entendida como un arte y una ciencia; requiere bastantes estudios y práctica, con el objetivo de producir resultados sobrenaturales. Para esto se recurre a rituales, conjuros, etc. Esta se divide en dos ramas distintas, las cuales son magia de luz y magia de sombras. Y, estas, a su vez, se subdividen en tres tipos de magias específicas. La magia de luz puede ser Magia Dádiva, Magia Curativa o Magia Ilusoria. La magia de sombras puede ser Magia Hechicera, Magia Venenosa o Magia Velada.

—Sí que sabes bastante del tema. Entonces, ¿a qué categoría pertenezco yo?

—No me interrumpas. Ya llegaremos a esa parte.

Agatha hizo una mueca cruzando los brazos, pero se calló.

—Bien. Otro dato importante es la afinidad mágica. La afinidad mágica es la capacidad que un individuo tiene para crear y controlar magia. Esta es heredada por genética, como lo son el color de ojos o el del cabello. Si los dos padres poseen afinidad mágica, el hijo de estos tendrá una afinidad mágica alta; si un padre tiene afinidad mágica y el otro no, el hijo de estos poseerá una afinidad mágica menor y, si este hijo tiene descendencia con alguien que no tenga afinidad mágica, el hijo de estos no poseerá afinidad mágica.

—Eso quiere decir que Grimhilde...

—Ella también poseía afinidad mágica. Sus padres eran usuarios de magia de sombras. Por ende, ella también la tenía.

—Entonces... todos esos frascos extraños en esa habitación, esos venenos...

—Eran creaciones de Grimhilde. Su magia era de tipo venenoso. Pero no era muy buena en ello. Por eso te dije que la magia requiere estudios y práctica. Ella poseía una afinidad muy alta, pero nunca la practicaba. Por eso sus creaciones eran deficientes. Si quieres ser realmente bueno en la magia, es necesario el estudio y, sobre todo, la práctica.

—Ya veo. Entonces, ¿cuál es el grado de mi afinidad mágica?

—Medio. Porque el rey no tenía afinidad mágica.

—¿Qué significa tener afinidad mágica media?

—Que puedes usar y crear magia, pero en un grado mucho menor que quienes tienen afinidad alta. Es decir que, por más que practiques, tus habilidades jamás serán tan duraderas o fuertes como las de aquellos que tengan mayor afinidad mágica.

—Veo... Pero supongo que eso es mejor que nada, ¿no?

—Sí. La mayoría de los humanos tiene afinidad mágica media, como los faunos. Las sirenas y hadas son las que poseen mayor afinidad mágica.

—Increíble. Ya quiero contárselo a Timothee. ¡Le va a encantar!

Agatha se levantó de un salto y se dirigió a la puerta. Quería contárselo a todos enseguida.

—¡Ey, alto! ¡Aún no terminamos!

—Agatha se giró para mirarlo.

«Cierto, cierto. Mejor espero a me cuente todo y luego les digo», pensó.

Volvió a sentarse obediente. Cariel la miró por unos momentos y suspiró. Este iba a ser un día muy largo...



—Veinticinco onzas de plata por un libro. Tienen que estar bromeando... —se quejó Agatha mientras salía de una tienda extraña, con un gran libro bajo el brazo.

—Bueno, no hay muchos humanos con habilidad mágica. Es normal que sus precios sean altos.

—Es un robo. Con razón hay tan pocos brujos; es un gasto demasiado alto aprender magia.

Ya casi anocheía. Después de haber pasado toda la tarde hablando sobre magia, Agatha y Cariel establecieron que era necesario que ella empezara a aprender cuanto antes. Ya que su magia se había despertado, necesitaba aprender a controlarla. Aparentemente, la que ella poseía respondía inicialmente a su estado de ánimo. Se trataba de la Magia Velada, entendida como la magia de esconder u ocultar cosas del sentido de la vista, y comprendía habilidades como el camuflaje, la invisibilidad y la bruma o el humo. El tipo de magia principal era heredada; si tus padres eran usuarios de magia de luz o de sombras, tú tendrías el mismo tipo de magia que ellos; en cambio, el subtipo era algo que se adaptaba a cada individuo en particular. En otras palabras, la magia de sombras que más se adaptaba a ella era la Velada. Cuando Agatha se enteró de ello, se rio. A una ladrona, la magia de ocultarse le venía como anillo al dedo. Después pensó en Grimhilde. Definitivamente, la magia venenosa iba bien con ella. Cariel le aconsejó que lo mejor sería que comprara libros y empezara a estudiar, además de pedirle que guardara el secreto por un tiempo. Esto la molestó, pero él tenía un punto: no sería conveniente que todo el mundo se enterara de que era una bruja cuando ni siquiera ella lo entendía bien, además del hecho de que aún no controlaba sus habilidades. Entonces, fue a pedirle a Lía su collar, y los dos se fueron a una tienda de artefactos mágicos y extraños en el mercado negro. Allí encontraron miles de artefactos, libros, calderos, hierbas, animales y un montón de otras cosas que nunca había visto, pero que, aparentemente, servían para realizar diferentes tipos de magia. Pero todo tenía precios desorbitantes. Al final, por recomendación de Cariel, solo compró un gran libro que explicaba todos los tipos de magia. Ella hubiera preferido comprar alguno que solo hablara de la magia

velada pero, en vista de que este mundo era nuevo para ella, pensó que era mejor ir primero por lo general.

—Es un buen libro. Mi maestro Elies lo usaba bastante. Te será muy útil para comprender todo el mundo de la magia.

—¿Maestro Elies? —preguntó curiosa mientras entraban a la plaza central.

—Sí. Fue quien me creó. Era un conde con magia hechicera. Uno de los brujos más famosos y habilidosos que he conocido. Su dedicación a la magia era admirable.

—Parece que le tenías aprecio.

—Pues sí, supongo. Además de ser muy bueno en lo que hacía, era un hombre muy bueno y justo. Tú te le pareces mucho.

—¿Yo? Debes estar bromeando. ¿Cómo podría yo parecerme a un conde?

—Bueno... supongo que es así porque eres su nieta.

Agatha frenó en seco ante sus palabras. El enojo y la ira empezaron a apoderarse de ella, y las palmas de sus manos empezaron a picarle. No quería pelearse con Cariel después de haberse apenas reconciliado, pero él se lo ponía muy difícil.

—Mira. En serio, no quiero que tú...

—¿Qué pasa? —la interrumpió Cariel.

Un grupo de personas se estaban reuniendo alrededor de una pared, donde solían colgar los nuevos anuncios. Agatha suspiró; era mejor dejar las cosas aquí. Se acomodó bien la capa, cubriendo su rostro y se acercó al grupo.

—¡Vaya, es increíble!

—¡Creo que la he visto! ¡Suele venir mucho por aquí!

—¡Esa maldita! ¡Sé que fue ella la que robó mi collar en el baile real!

Las personas hablaban muy animadamente junto a la pared. Agatha sintió aún más curiosidad y se acercó hasta quedar al frente del grupo. Enseguida se arrepintió de ello. Frente a ella, había un cartel oficial que rezaba: «Se busca», con un dibujo de ella, su nombre y una recompensa extraordinaria de cien onzas de plata.

18.

Era un joven muy alto y de largo cabello rubio. Estaba vestido de punta en blanco con ropas que se veían muy finas, pero pasadas de moda. Aun así, le quedaban muy bien. Estaba en lo que parecía ser una fiesta, rodeado de personas que también estaban muy bien vestidas; se notaba que eran nobles. Pero solo podía verle la espalda mientras conversaba con ellos.

—Es un verdadero placer verlo, Lord Meyer. Me preocupaba que no pudiera venir.

—Para nada; un hombre necesita tomar un respiro del trabajo de vez en cuando.

—Debería aprovechar la ocasión para bailar con las damas. Estoy seguro de que su presencia las emocionará mucho.

—El señor Schneider tiene razón. Debería aprovechar para encontrar esposa.

—Seguro, eso no le supondrá ningún problema. Después de todo, ¿qué dama podría negarse a casarse con un hombre tan guapo, joven y rico como usted?

—Me halaga, señor, pero no creo que sea fácil encontrar a la dama que será mi esposa.

—¿Y eso por qué? A mi parecer, es bastante sencillo. Solo mire a la más bonita y pídale casamiento. No es tan difícil. Cualquiera de ellas se moriría por casarse con usted.

—En efecto. Pero no quiero simplemente a la más bella. Después de todo, la mujer con la que me case será duquesa. Por lo tanto, debe reunir ciertos requisitos para ser una posible candidata para mí.

—Se ve que es un hombre que sabe lo que quiere. ¿Y entonces? ¿Cuáles son esos requisitos, si se puede saber? Tal vez podamos ayudarlo a seleccionar a las candidatas.

—Bueno... Primeramente, debe ser una mujer de deslumbrante belleza. Después de todo, si voy a tener que pasar el resto de mi vida durmiendo en la misma cama que ella, preferiría que sea una experiencia placentera.

—Es lo mínimo que uno busca a la hora de casarse. —El grupo entero se rio—. Pero ¿eso es todo lo que busca, Milord?

—En absoluto. Además de bella, debe ser versada en las artes. Una mujer que realmente se considere noble debe tener talento para la pintura, el piano, el canto y, excepcionalmente, el arpa. También debe saber algún idioma como el francés, el alemán o el griego. Tener una buena educación y gustarle la lectura. A fin de cuentas, no deseo que una dama inculta sea la madre de mis hijos.

—Eso es nuevo. La verdad, a mí solo me importa que sea bella, y que no sea muy tragasantos, si saben a lo que me refiero. —El grupo volvió a reírse mientras seguían tomando vino.

—Le doy la razón en eso. Y debo agregar un requisito más que, creo, es, seguramente, el más importante de todos.

El grupo de hombres guardó silencio y lo observó. Estaban muy curiosos por saber cuál era ese requisito tan indispensable que debía tener la esposa ideal de Lord Meyer.

—La mujer con la que me case deberá ser muy respetuosa y de modales delicados. Su conducta debe ser ejemplar. Espero que sea una dama bondadosa y fina, que cuide su apariencia y, sobre todo, que sea compasiva.



—¡Agatha, despierta! ¡Se supone que teníamos que empezar nuestra clase hace cuatro horas! ¡Ya levántate! —Agatha bufó, despertando de su extraño sueño, y miró con ojos entrecerrados al molesto espejo de su habitación—. ¡Arriba! ¡Y péinate, por el amor de Dios! Tu cabello parece una maraña.

Ella lo miró furiosa, mientras apretaba los dientes. En un segundo tomó su almohada y la tiró con fuerza contra el espejo.

—¡Lárgate! ¡Te dije que no ocuparas mi maldito espejo! ¡Sal de mi habitación!

—¡Es tarde! ¡Ya todos desayunaron! ¡Eres la última de nuevo! ¿Es que te cuesta tanto cumplir con un simple horario?

—¿Y a ti te cuesta tanto mostrar un poco de amabilidad? Espejo arrogante y pervertido...

—¿A quién llamas «pervertido»? Claramente, soy lo más decente y culto que hay por aquí.

—Pues también eres el único que entra a la habitación de una mujer soltera y sin permiso cuando solo está usando un camisón.

Agatha se paró y lo cubrió con una sábana.

—Vete ya. Me voy a cambiar.

Cariel apretó los dientes y se fue a su espejo original, el cual ahora se encontraba colgado en la sala de estar del piso superior. Allí estaban todos relajándose después del desayuno. Era un sábado por la mañana, así que no había mucho por hacer.

—¡Esa mujer me va a enloquecer! ¡Llevo esperando horas que se levante para nuestra clase! ¡Y todavía tiene el descaro de llamarme «pervertido»!

—¿No estás siendo muy dramático? Es sábado. Ni los gallos se levantan temprano hoy —acotó Dahs mientras bebía su café.

—Ese no es el punto. Establecimos que tendríamos clases desde las ocho hasta las once todos los días. Lo mínimo que podría hacer es estar lista a tiempo. ¡Estoy haciendo esto por ella! ¡Y me trata así!

—En su defensa, fuiste tú el que se metió en su espejo cuando ella te dijo específicamente que no lo hicieras —observó Drake mientras pasaba las páginas de un libro.

—¡Es su culpa por no despertarse a tiempo!

—¿Qué significa «pervertido», Lía? —preguntó inocentemente Timothee, mientras jugaba a los barcos con ella.

Esta enrojó, sin saber cómo responderle.

—Es cómo se llama a los que entran sin permiso a la habitación de una chica. Cariel es un pervertido —declaró Dahs tranquilamente—. No seas como él en el futuro, ¿de acuerdo, Timothee?

El niño sonrió. Y, poniéndose muy serio, le dijo:

—Prometo que jamás seré un perverso como el tío Cariel.

Los dos hermanos y Lía comenzaron a reírse a carcajadas tras semejante declaración. Cariel, por su parte, estaba furioso.

—¡Que no soy un perverso! En primer lugar, tendría que gustarme Agatha para querer entrar en su habitación, lo cual es remotamente imposible. ¿Quién iba a querer estar con una chica tan desastrosa y poco agradecida como ella?

—Pues el sentimiento es mutuo —respondió Agatha, saliendo de su habitación con su libro de magia en la mano—. ¿Quién iba a querer estar cerca de un narcisista, arrogante, criticón y gritón como tú? Preferiría comer piedras.

—Ah, piedras... En la aldea hacían unas muy buenas piedras calizas al guiso. ¿Te acuerdas, hermano? Extraño esos guisos.

—Creo que hay un local cercano que tenía piedras calizas. Podemos pasar y comprar un par.

—

ap dōdōp dōdōdōdōp dō dōdōp
dōdōp dōp dōdōdōdōdōp dōdōp dō
dōdōp dōdōp dōdōp dōdōp dōdōp
dōdōp dōdōp dōdōp

—(Yo puedo preparar el guiso, pero voy a necesitar que me expliquen cómo hacerlo con piedras).

Dahs se levantó y abrazó a Lía entusiasmado.

—Eres la mejor cuñada que existe. ¡Vamos, hermano! ¡Consigamos esas piedras y el resto de los ingredientes!

—¡Yo también voy! —saltó Timothee.

—Es una buena idea. Hace tiempo que no salimos los cuatro juntos. Dejemos a estos dos seguir con su riña a solas.

Los cuatro salieron enseguida, y dejaron a Cariel y a Agatha mirándose en un silencio incómodo. Ella suspiró y se sentó en uno de los sillones, abriendo el libro en la mesa de café.

—Bien. Vamos a comenzar, ¿o qué?

Cariel suspiró, empezando la lección de magia de ese día. Ya habían pasado dos semanas desde el incidente del cartel. Afortunadamente, apenas se dio cuenta, Agatha se fue caminando tranquilamente sin levantar sospechas, y volvió a la taberna. Apenas llegaron, el grupo entero la rodeó. Se habían enterado de la recompensa por medio de uno de los clientes; estaban muy preocupados cuando se dieron cuenta de que había salido al pueblo. Si no hubiera vuelto enseguida, habrían salido de inmediato a buscarla. Esa noche discutieron sobre el asunto; se decidió que, por el momento, Agatha se quedaría escondida en la taberna. Si bien confiaban en las personas de la Fleck, con los nuevos impuestos y con una recompensa tan grande sobre su cabeza, podría resultar muy tentador traicionarla. Ella no se tomó bien esta orden pero, viendo lo preocupados que estaban, accedió a quedarse escondida un tiempo. Después de eso, ella y Cariel decidieron explicarles a los demás sobre sus poderes. Todo el grupo se sorprendió bastante al

principio y terminaron conversando hasta muy tarde. Se sintieron algo ofendidos por el hecho de que Agatha nunca les hubiera contado sobre el hecho de ser una bruja pero, después de haberles aclarado que ella tampoco lo sabía y que estaba igual de sorprendida, se rieron. En un momento, Cariel intervino diciéndoles que era su culpa el hecho de que sus poderes se manifestaran ahora. En ese momento, ella lo miró sorprendida. Aún no le había dicho por qué estaba experimentando todos esos cambios mágicos. Aparentemente, la afinidad mágica solía presentarse en la adolescencia pero, en la mayoría de los casos, los hijos de los brujos estaban expuestos a la magia y a los instrumentos mágicos de sus padres, que ayudaban a estimularla desde temprana edad. Como Agatha nunca había estado expuesta a la magia o a instrumentos mágicos de otros brujos hasta entonces, se podría decir que su potencial mágico estaba *dormido*. Pero, con la llegada de Cariel, las cosas cambiaron. Al ser él un instrumento mágico, y al ella tener afinidad mágica latente, su potencial mágico había despertado por el simple hecho de interactuar juntos. Eso fue lo que les explicó a todos, sin añadir más detalles. Sin embargo, más tarde le explicó a Agatha en privado que el hecho de que él hubiera sido una creación de su abuelo hizo que su potencial se despertara antes. Debido a que la magia era genética, los instrumentos y magia de familiares estimulaban mucho más que la magia o instrumentos de otras personas. Básicamente, los unía de una forma especial. Agatha no dijo nada al respecto; simplemente, le agradeció la información y se fue a dormir: aún no estaba lista para hablar sobre su familia biológica. Tenía curiosidad sobre la magia y su origen, pero a la vez no quería escuchar nada que tuviera que ver con Grimhilde. Aún le dolía mucho hablar sobre el tema.

A la mañana siguiente, establecieron que, como ella tenía que permanecer oculta, sería un buen momento para que estudiara y practicara sus habilidades mágicas. Cariel se ofreció a ayudarla, y establecieron que estudiarían cada mañana, y después ella se dedicaría a ayudar a Helge en los quehaceres de la taberna, ya que no podría salir a robar por un tiempo. En esas dos semanas, logró numerosos avances: ya podía hacer invisibles objetos pequeños, y la bruma negra solo salía cuando ella lo deseaba; sin embargo, el camuflaje era otro tema. Cariel le explicó en reiteradas oportunidades que lo tenía que hacer como un camaleón, mimetizando objetos o personas con el ambiente, pero no le salía nada bien.

—Bien. Ahora trata de hacer que el collar se mimetice con la mesa. Tienes que concentrarte en que sea del mismo color y textura que la madera.

Agatha suspiró, poniendo su mano sobre el collar con grabado de árbol. Cerró los ojos y trató de visualizarlo convertirse en madera. Sintió un cosquilleo salir de su palma y abrió los ojos. Delante de ella, el collar ahora tenía un color marrón y manchas negras, pero no se parecía en nada a la madera de la mesa. Cerró sus manos fuertemente, y el collar volvió a la normalidad.

—Es inútil. Ya lo intenté miles de veces. Simplemente, no puedo camuflarlo.

—Lo lograrás; solo tienes que seguir practicando.

—¡Estoy harta de practicar! ¡Llevo dos semanas encerrada haciéndolo o limpiando el piso de la taberna! ¡Quiero salir ya!

—Sabes que no puedes hacerlo. Es por tu seguridad.

—¡Estoy en un lugar seguro! ¡Los de la Fleck me respaldan; no van a delatarme! ¡Necesito

salir, o voy a enloquecer aquí!

—No es tan malo. Podrás superarlo.

—¡Claro que no! Dime, ¿quién puede soportar el encierro tanto tiempo sin volverse loca?

Cariel no dijo nada. Solo la observó en silencio. Agatha lo miró y enseguida se arrepintió de lo que había dicho.

—Yo-o lo siento... no quería... perdóname.

—Está bien. A nadie le gusta estar encerrado.

Un silencio incómodo se propagó en la sala, lo que hizo que Agatha se sintiera aun peor. Mordiéndose el labio inferior, cerró el libro de magia que tenía enfrente. Se levantó y se puso el collar que seguía en la mesa.

—Vamos. Hay que ir a dar un paseo.

—Pero Drake te dijo que...

—No me importa lo que él haya dicho. Necesitamos cambiar de aires. Yo asumo la responsabilidad si algo va mal, ¿de acuerdo?

Cariel lo pensó por un momento. Él tampoco había salido en todo ese tiempo. No porque no pudiera, sino porque le preocupaba que ella hiciera algo tonto si no estaba presente. Después de todo, Agatha era una mujer intrépida que no medía las consecuencias de sus actos. Sin embargo, si ella iba a salir, era mejor que él estuviera junto a ella para alertarla si aparecían guardias. Al haber llegado a esa conclusión, transportó su esencia al collar. Ella le sonrió a la pequeña máscara blanca que se reflejaba en el dije, lo cual lo hizo sentir avergonzado.

—Solo un paseo rápido... y lejos de la ciudad.

—¡Entendido!

Tomó la capa de su habitación y bajó corriendo las escaleras emocionada.



Dahs de Tudcum

Es el trovador del grupo,
siempre acompañado de su
cítara, envolviendo a todos
con su voz grave y
melodiosa.

Es el hermano menor de
Drake, solo que su piel es
más verdeada.

Su temperamento se torna
áspero con los desconocidos,
a menos que tenga una jarra
de cerveza en la mano.

Puede presentar una
fachada dura en la
superficie, pero en el fondo
es un romántico
consumado.



19.

T—¡e dije que vigilaras que no saliera! ¿Y qué haces? ¡Vas con ella a dar un paseo! ¿Es que no tienes sentido común, espejo vagabundo?

Lo regañó Drake, muy molesto, dirigiéndose al collar que sostenía a centímetros de su rostro. Mientras Agatha y Cariel estaban dando una vuelta cerca del río, se toparon con el grupo, que estaba transportando suministros a los miembros de la Fleck. Eran más que nada mercaderías que habían comprado con la venta de todos los artículos robados. Cuando ella los vio, enseguida se les unió: tenía muchas ganas de ayudar a los suyos. Sin embargo, Drake no estaba para nada contento con eso pero, después de una discusión donde aseguró que, si la seguían dejando encerrada, haría que todas las botellas del bar fuesen invisibles (lo que provocaría que Helge los echara a todos), permitió que ambos los acompañaran.

—Como si pudiera detenerla... Sabes bien que ella hace lo que quiere siempre.

Drake suspiró, colgando el espejo en una de las esquinas de la carreta para que pudiera ver su entorno.

—Lo sé —concordó cansado—. Y eso es lo que más me preocupa.

Se sentó en la carreta junto a su hermano, quien estaba cantando una vieja copla a la par de los acordes de su cítara.

Una vieja historia hoy te contaré

De tiempos perdidos, esta historia es

La historia que yo canto de dos hermanas es.

Una amaba el bailar, la otra el leer...

La voz gruesa y melódica de Dahs pacificó el ambiente, mientras observaban los tres juntos a Agatha: estaba junto a Lía charlando con una mujer mitad fauna, mientras repartían las bolsas de trigo que habían llevado. Timothee estaba corriendo de un lado a otro con otros niños. Mientras los veía, Cariel recordó la recompensa, y las muchas veces que habían escapado de los guardias, lo que lo hizo sentir muy culpable.

—Lo siento. Si hubiera sabido que se preocuparían tanto, hubiera tratado de que se quedara.

—No es tu culpa, espejito —le dijo Dahs, dejando de tocar—. Ella es así: habría salido de cualquier forma. En todo caso, es una suerte que la hayas acompañado.

—Sí, es cierto. Me disculpo por lo de recién. Es solo que Agatha es como nuestra hermana pequeña. Y... bueno, nos preocupamos mucho por ella.

Cariel sonrió. Sin duda, debía ser muy difícil cuidar a alguien tan inquieta y problemática como ella. Aun así, lo tranquilizaba saber que tenía a dos trolls que la respaldaban. En ese momento pensó que él jamás podría respaldarla de esa forma. No era más que un espejo, después de todo. No podía hacer gran cosa para ayudarla. Un sentimiento extraño lo invadió. Era... ¿tristeza? Sacudió la cabeza, descartando la idea. Qué ridiculez... él era un espejo mágico. Era más inteligente y más increíble que unos simples humanos. ¿Por qué se sentiría triste por eso?

—Eh, mira quién está ahí —dijo Dahs, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿No es ese el «Romeo» de nuestra hermana? Parece que todavía no se ha rendido.

Cariel miró en su dirección inmediatamente; un chico bajito y con barba estaba junto a Agatha, hablando animadamente.

—Ya lo creo. Parece que finalmente volvió de su travesía por el mar —respondió Drake con una sonrisa—. Supongo que aún no la ha olvidado.

—¿Quién es él? —preguntó Cariel sin pensar.

—Se llama «Félix». Es el hijo mayor de una de las familias de por aquí. A comienzos de año consiguió trabajo como grumete en un gran barco de la corona. Cuando eran adolescentes, Agatha y él estuvieron liados por un tiempo. Pero las cosas, simplemente, no resultaron entre ellos.

—Era de esperarse. Él quería formar una familia con una mujer que solo se dedicara a él y a sus hijos, lo cual no es malo, pero Agatha no es de esas. Honestamente, dudo que alguna vez se case.

—¿Quién sabe? Siempre nos sale con sorpresas. A lo mejor, en unos días nos enteramos de que se casó con él, como el día que nos dijo que era una bruja.

—Eso, sin dudas, sería aún más sorprendente.

Ambos hermanos se rieron ante el comentario. Pero Cariel se quedó callado, mirando a la pareja. Definitivamente, no se veían bien juntos; él era unos centímetros más bajo que ella, estaba muy mal vestido, su barba era demasiado larga y su cabello lucía desgredado. Además, para ser un marinero, se veía a la legua que no estaba en forma. ¿Cómo iba a poder estar a la par de una mujer que corría carreras con guardias armados sobre los techos de toda la ciudad si ni siquiera tenía algo de músculo? Por algún motivo, mientras más los miraba, más se molestaba. Deseó estar en el cuello de ella para saber qué se estaban diciendo. No le agradaba que ese tal Félix la estuviera haciendo reír. ¿Qué podía estar diciéndole ese tipo que fuera tan gracioso? Mientras estaba concentrado mirándolos, no se percató de las sonrisas cómplices que se estaban compartiendo los mellizos mientras lo observaban muy callados. Al final, Dahs siguió tocando, y Drake se acostó a tomar una siesta en la carreta, sin decir ni una palabra.



—Es un regalo del cielo tenerlos aquí. No sé qué haríamos sin ustedes.

—No es nada, Mitla. Ya sabes que siempre pueden contar con nosotros.

—



—(*Estamos para ayudar*).

Mitla sonrió al escuchar sus palabras. Desde que se habían declarado los nuevos impuestos, estaba muy preocupada por su familia. Tenía tres hijos, y su esposo solo ganaba cuatro onzas de bronce a la semana; jamás podrían subsistir solos. Por suerte, la Fleck contaba con personas como el grupo de Los Aciagos. Para la mayoría de la población, eran vistos solamente como maleantes, ladrones o estafadores. Pero lo que no sabían era que esos «indeseables» a los que tanto maldecían y odiaban eran los únicos que verdaderamente ayudaban a las personas en tiempos de crisis. Por este motivo, todos allí siempre los animaban y los admiraban. Ellos eran sus héroes, sus líderes y también sus iguales.

—En todo caso, me encantaría retribuirles de alguna forma. —Mitla sacó una pequeña tarta de moras que llevaba en su canasta—. No es mucho, pero espero que les guste.

—No hace falta, en serio. —Agatha se sonrojó al recibir la tarta: no estaba acostumbrada a que le dieran regalos.

—Tonterías. Es lo mínimo que puedo hacer. Además, estoy segura de que a Timothee le vendría bien comer algo dulce.

Agatha se quedó callada, sin saber cómo rechazar su regalo después de esas palabras. No es que no quisiera la tarta, pero no le parecía bien recibir algo tan bueno de una mujer que tenía tres hijos que alimentar. Pero tampoco quería que se sintiera rechazada. En ese momento, Lía tomó la tarta y le sonrió a Mitla. Esta le devolvió la sonrisa y se fue. Lía miró a Agatha un momento mientras dejaba la tarta sobre una de las bolsas de trigo.

—



—(No deberías rechazarla).

—¡No quería rechazarla! ¡Tiene hijos que alimentar! ¡¿Qué querías que hiciera?! —Lía señaló a Timothee, quien estaba de los pies a la cabeza cubierto de barro, al igual que los otros dos niños con los que estaba jugando—. Sabes que es diferente. Timothee está con nosotros. Podemos robarle tantas tartas como quiera. Los hijos de Mitla no —dijo cruzándose de brazos.

—



—(Necesitaba expresar su gratitud de alguna forma) —dijo Lía, mostrando una hermosa sonrisa

—



— (Déjate consentir).

Agatha se sonrojó nuevamente, sintiéndose cohibida. Ella ayudaba a los de la Fleck porque sentía que eran los únicos que verdaderamente la aceptaban tal cual era, no porque quisiera alguna compensación o reconocimiento. Es más, en el fondo se sentía culpable por nunca haberles contado la verdad sobre su origen. Tenía miedo de que la juzgaran por su pasado o por su familia, si lo llegaban a descubrir. No quería que la trataran como lo hacían las personas de palacio. Una parte de ella estaba segura de que eso jamás pasaría; de que, princesa o no, la seguirían tratando solamente por lo que era ella: una simple persona rechazada al igual que todos ellos. Pero, aun así, tenía miedo de decirles la verdad y de que la vieran de forma diferente.

Mientras estaba perdida en sus pensamientos, Lía le dio un codazo sacándola de su ensoñación. Agatha se giró molesta solo para verla hacerle señas con los ojos, así que miró en esa dirección y suspiró cansada poniendo mala cara. Félix iba a su encuentro. Lía se rio con su reacción; tomó la tarta de Mitla y empezó a marcharse. Agatha tuvo el impulso de sujetarla del brazo para que no la dejara sola, pero la muy descarada le guiñó el ojo y se fue. «Ya verás cuando estemos en casa. Esta me la vas a pagar».

Mientras pensaba en las diferentes opciones que tenía para estrangular a su amiga, un hombre bronceado de largo cabello y barba café se paró frente a ella, a escasos centímetros.

—¡Hola, Agatha! ¡Cuánto tiempo! Me alegra verte. Luces muy hermosa hoy.

Agatha dio un par de pasos hacia atrás.

—Ahh... sí... gracias, Félix, yo... digamos que me esforcé un poco hoy. —Le sonrió falsamente—. Veo que al fin regresaste del mar.

—Sí, atracamos hace dos días. Es impresionante lo mucho que puedes aprender en un barco.

Imagínate: entré como un simple grumete que solo sabía limpiar la cubierta y ahora soy el segundo timonel al mando —dijo sonriendo con orgullo—. El capitán Beyle me ha dicho que, si sigo así, dentro de un par de años podré estar al mando de mi propio barco.

—Eso es muy admirable —respondió con una sonrisa sincera—. Me alegro mucho por ti. Lograste algo que muy pocos pueden, y en muy poco tiempo.

Félix se ruborizó ante su elogio, y con una tos fingida giró su rostro para que ella no lo viera.

—Estaba pensando —dijo mirando hacia el suelo, tratando de cambiar de tema— en la posibilidad de llevar a Timothee uno de estos días a dar un recorrido por el barco, ya que le gusta tanto jugar a ser un pirata. Imaginé que conocer un barco real le encantaría. Claro, si ustedes están de acuerdo con ello... —Miró de reojo a Agatha para ver su reacción. Ella estaba con los labios fruncidos mirando al aludido de la conversación jugar a la distancia—. Sería un recorrido corto. No más de dos horas —añadió nervioso, tratando de convencerla—. Además, la carraca² *La condesa* es una embarcación muy segura con una capacidad impresionante de doscientas toneladas, y todos los marineros a bordo son muy educados y respetuosos. Estoy seguro de que a los chicos les encantará conocer a un amante del mar. Pero, si no estás muy segura, podrías venir también. Digo... por si quieres asegurarte de que esté bien. Además, estoy seguro de que te encantará el barco. Puedo mostrarte algunos mapas, tal vez algunas herramientas de...

—Gracias, Félix —lo interrumpió Agatha—. Creo que es un muy lindo gesto de tu parte, pero las cosas ahora están algo complicadas. Tal vez puedas llevarlo en otro momento.

Agatha lo miró con una sonrisa de disculpa y de incomodidad en el rostro, juntando las manos. Félix suspiró algo avergonzado al darse cuenta de que estaba hablando de más. Hacía mucho tiempo que no hablaba con ella, por lo que no sabía muy bien qué debería decir. Además, como apenas había vuelto de su viaje, recién se había enterado de todo lo que había pasado (y estaba pasando) en el reino de Lorch, y en la Fleck en particular. Para él, tantas noticias devastadoras el primer día de su llegada lo habían derrumbado emocionalmente. Pero, aun así, no tardó en ponerse al día y ayudar en todo lo que podía en la comunidad.

—Me alegro de que estés bien —expresó con sinceridad y con algo de preocupación—. Yo... supe lo de la recompensa. Debe de haber sido muy duro para ti.

—Más o menos —dijo restándole importancia al tema—. Solo tengo que ser más precavida de ahora en adelante. No es un gran problema, comparado con los impuestos.

La sonrisa de Félix desapareció. Ese tema era el que más afligía a todos por allí, incluyendo a su familia y a sus amigos.

—La verdad, me alegra mucho que tú y tu grupo hayan ayudado tanto hoy. Las cosas no pintan nada bien.

—¿Por qué? ¿Tan malo es? —preguntó preocupada.

—Sí. No voy a mentirte: parece que la amenaza de prisión no es ninguna broma. Por lo que me enteré, los soldados tienen muy bien fichados a los que aún no han pagado. Un amigo mío me dijo que está en su lista. Creo que la semana que viene empezarán a venir aquí. Tienes que tener cuidado.

—Y eso no es todo —agregó un hombre barrigón y musculoso acercándose a ambos—. He

escuchado rumores muy malos estos días. Parece que la Fleck es blanco de numerosos rumores maliciosos.

—¿Qué tipo de rumores?

El hombre apoyó su ancha espalda contra las bolsas de trigo, tomándose su tiempo mientras bebía un trago de la cantimplora que llevaba en el cinturón. Al percibir un leve olor etílico proveniente de esta, le quedó claro que el contenido no era agua. Cuando terminó, los miró a ambos un momento, cruzándose de brazos.

—Están hablando de una extraña enfermedad. Algo que causa fatiga y tos con sangre. Dicen que el origen tiene que ver con el arroyo cercano a la Fleck, lo cual es ridículo, porque nadie aquí tiene esos síntomas. Pero ya saben cómo es la gente; cuando hay miedo, toda lógica pasa a segundo plano. Sin lugar a dudas, nos aguardan días muy oscuros. Tendremos que esforzarnos si queremos subsistir.

—Por favor, Jack, esos son simples chismes. No la alarmes más de la cuenta.

—Es la realidad, marinerito. Una vez que las cosas empiezan a ir mal, todo el mundo empezará a perder la cabeza. Tenemos que cuidarnos. —Miró a Agatha de arriba a abajo—. Sobre todo tú, chicuela. Parece que tienes un blanco muy grande sobre tu cabeza. Será mejor que cuides bien tu espalda.

Dicho eso, el hombre se fue, dejando a ambos en una atmósfera de preocupación palpable. Jack Schwindler era un estafador y embaucador muy conocido por sus sucios tratos y por su mente fría, por lo cual era temido y a la vez admirado. No era alguien a quien se lo pudiera considerar «confiable», pero sus secuaces eran todos de la Fleck, por lo cual su opinión y la de su grupo Los esbirros de Schwindler era siempre tenida en cuenta.

Félix empezó a parlotear para tratar de animar el ambiente, pero Agatha solo sonreía y asentía sin prestarle atención. Estaba muy ocupada en su mundo, analizando toda la información que había recibido; si quería proteger a los suyos, no podía seguir escondida. Era momento de salir a probar sus nuevas habilidades.



—¿Ya te vas a dormir? —preguntó Cariel viendo que Agatha se dirigía a su habitación.

—Aún no. Pensaba ir al techo a tomar algo de aire.

Ambos se miraron por un momento, esperando a que el otro dijera algo. Cariel se aclaró la garganta y, mirando al suelo, le preguntó:

—¿Puedo... ir contigo?

Ella lo miró por un segundo, pensando que se trataba de una broma. Al ver que hablaba en serio, se sorprendió. Esto era nuevo; a menudo él se quejaba de su compañía durante todas las clases que tenían juntos, así que el hecho de que le estuviera pidiendo pasar más tiempo con ella era algo sin precedentes.

—Em... sí. ¿Por qué no? Supongo que me haría bien hablar con alguien.

Cariel sonrió, lo cual la hizo sentir algo extraño en el pecho. Inmediatamente carraspeó y, sin mirarlo, se puso el collar de árbol que estaba sobre la mesa.

—Vamos, entonces.

Ya en el techo, ambos miraban el cielo estrellado sin decir una palabra. Era una hermosa noche sin luna. La ciudad estaba en penumbras, lo que hacía que las estrellas fueran las únicas protagonistas. Agatha había subido allí con la intención de idear estrategias con respecto al tema de los rumores, los arrestos, las deudas y la enorme recompensa que pesaba sobre su cabeza. Pero, viendo el hermoso manto azul oscuro titilante, se olvidó de todo aquello. Era como si la noche le estuviera dando un respiro. Se sentía tranquila y en paz. En un momento, su mirada se posó en la silueta del castillo a lo lejos.

—¿Crees que me parezco a ella? —dijo con un dejo de voz, a la vez sorprendida por lo que acababa de decir.

Era la primera vez que expresaba sus pensamientos sobre la difunta reina en voz alta. Cariel no le contestó. Ella pensó que no la había entendido pero, cuando estaba por decirle que olvidara lo que acababa de decir, él le respondió.

—No. Te puedo asegurar que no.

Tras un momento de silencio, ella puso el collar en la palma de su mano para que pudieran hablar cara a cara. Este era un tema del cual le costaba mucho hablar, además de que hasta ahora no conocía a nadie que conociera a Grimhilde lo suficiente como para preguntar sobre ella. Cariel también tenía sus preguntas respecto del tema. Quería saber por qué Agatha no le había contado a nadie sobre su verdadera identidad, sobre por qué despreciaba tanto a Grimhilde, pero también sabía que era un tema delicado y que tenía que ser cuidadoso para que ella no se cerrara nuevamente, así que le mostró una leve sonrisa y empezó a hablarle suavemente.

—Como te mencioné alguna vez, yo era el espejo del conde Dunkel, el padre de Grimhilde, desde antes que ella naciera. La vi crecer entre lujos y riquezas, rodeada de miles de personas que la alababan por su extraordinaria belleza.

—¿Tú... la querías?... Es decir, como a mí o a Timothee o a cualquiera de los otros.

Cariel la miró por un momento. Parecía preocupada y nerviosa por la respuesta; por algún motivo esto lo hizo sonreír.

—No —respondió decididamente—. Yo solo la observaba, así como también observaba a la mayoría de las personas. El conde no me la presentó oficialmente hasta que estuvo por casarse con el rey. Él era un buen hombre, que lastimosamente no sabía disciplinar a su hija, por lo que esta creció siendo egoísta, arrogante y muy mimada.

—Por decir lo mínimo —añadió Agatha entre dientes.

—En cualquier caso, él amaba a su hija y me entregó como regalo de bodas. Pensó que a una reina le sería muy útil un espejo mágico, aunque la mayor parte del tiempo solo me usó para asegurarse de ser la mujer más hermosa de todo el reino. Si te soy sincero, nunca me cayó bien. —Agatha se rio con ese comentario. Por algún motivo se sentía complacida al ver que a Cariel tampoco le agradaba la difunta reina. Él la miró por un momento; su cabello negro huracanado se mecía levemente con la brisa; sus ojos verdes parecían brillar con el reflejo de las estrellas y esa sonrisa suya era verdaderamente encantadora—. Eres la mujer más hermosa y especial que haya conocido. De eso puedes estar segura —dijo sin pensar.

La cara de Agatha enrojeció. Bajó instintivamente el rostro para que él no la viera. ¿Ella? ¿La mujer más hermosa? Qué ridículo... Y era aún más ridículo que quien lo dijera fuera Cariel, justamente el espejo que se encargaba de catalogar y calificar a todas las mujeres del reino. Con esto en mente, se rio para aliviar el extraño ambiente.

—Ya. Seguro. Se nota que te has convertido en un experto mintiendo. Te felicito; te será muy útil estando con nosotros.

Cariel la miró extrañado, y también algo molesto.

—¿Perdona? ¿Crees que miento?

Su pecho empezó a acelerarse, y las palmas de las manos empezaron a picarle.

«¿Qué demonios? ¿Por qué estoy tan nerviosa? Es Cariel. Es obvio que me está tomando el pelo», pensó.

—Evidentemente. Me vas a decir ahora que soy hermosa, cuando te la pasas diciendo que me visto mal y tengo el cabello hecho un lío. Además, ahí fuera hay miles de mujeres hermosas. Solo mira a Lía, o a la perfecta reina Blancanieves. ¿No era que ella era la más hermosa en todo el reino?

Ese último comentario fue como si le tirara un balde de agua fría. ¿Qué acababa de decir? Por un momento, se perdió en sus ojos verdes y se olvidó de la realidad. Era obvio que él nunca podría considerar a Agatha como la mujer más hermosa. Era demasiado alta, desaliñada, no tenía la mejor educación, además de no ser más que una ladrona con escasos modales. Ella, al igual que su cabello, era un huracán: impulsiva e impredecible. Una mujer así no podría nunca llegarle a los talones a la bondadosa y hermosa Blancanieves. Era ella a quien él debería considerar la más hermosa. Era ella a quien él debería querer servir el resto de su vida. Pero entonces... ¿por qué en ese momento se sentía tan mal? ¿Por qué quería rebatir todo lo que Agatha había dicho y confirmarle que era ella la mujer más hermosa que pudiera existir? Agatha no cumplía con casi ninguno de sus parámetros para calificar a la que él consideraba la mujer ideal. ¿Acaso se había vuelto loco? Por un momento, le pareció estar teniendo un *déjà vu*; recordó vagamente estar ante una situación similar hacía muchos años. En ese momento, Agatha le sonrió, haciéndolo volver a la realidad. Ese extraño sentimiento se volvió a apoderar de él, lo que provocó que no pudiera decir ninguna palabra

—Oh, vaya, ¿acaso hay otra mujer más hermosa que Blancanieves en Lorh y no me lo has dicho? —Le lanzó una sonrisa cómplice. —Cariel no respondió. Por un momento, temió que ella le pudiera leer la mente. Agatha se sintió curiosa y, a la vez, extraña por su silencio—. ¿Acaso... te enamoraste de esa mujer hermosa y por eso no quieres decirme quién es?

Si fuera un humano, en ese momento su cara se habría vuelto completamente roja.

—¡Pero por supuesto que no! ¡Soy un espejo! ¡Sería ridículo enamorarme!

Agatha lo miró sorprendida y, por algún motivo, también se sintió dolida. No esperaba que él fuera tan reactivo a enamorarse, pero ¿podía culparlo? Más bien, ¿por qué siquiera le importaba que Cariel pudiera enamorarse o no? Él era un artefacto mágico, un objeto. Como él decía, sería ridículo que pudiera enamorarse. Al darse cuenta de esto, su corazón se estrujó.

—Cariel... tú... ¿alguna vez has pensado... cómo serías si fueras... humano?

Ella se lo preguntó muy lentamente. Por algún motivo, sentía pena por él. A lo mejor se sentía muy solo, y la entristecía el hecho de que él se considerara solo un objeto. Cariel la miró por un momento a los ojos. ¿Cómo llegamos a esto? No le gustaba hablar sobre sus sentimientos pero, por algún motivo, al ver la preocupación en sus hermosos ojos, sintió la necesidad de sincerarse con ella. No sabía bien por qué, pero confiaba en ella. Tras un momento de haberlo pensado, decidió ser honesto.

—Yo... sí. La verdad, creo que me gustaría experimentar tener un cuerpo de verdad. A veces... veo cómo disfrutan de la comida y me pregunto cómo sabrá o, cuando Timothee juega con Lía, quisiera poder unirme a ellos. —«O también me gustaría poder abrazarte como lo pueden hacer cualquiera de ellos». Este último pensamiento, que no se atrevía a decir en voz alta, lo apesadumbró. Después de que terminó de hablar, Agatha lo miró con ojos acuosos, lo que provocó que ese extraño sentimiento se intensificara—. En cualquier caso, es ridículo pensar en esas cosas. Yo... la verdad soy muy feliz siendo un espejo. No necesito comer, ni dormir y, además, tengo habilidades increíbles y puedo aprender miles de cosas. —Le sonrió confiadamente—. La verdad, soy mejor que cualquier humano en muchos aspectos. —Agatha le sonrió tristemente, lo que provocó que él se sintiera como un tonto por lo que acababa de decir. «¡Qué rayos estoy diciendo! ¿Y por qué ella me sonríe así? ¿Acaso enloquecí de verdad?»—. Pero...tú sí necesitas dormir —dijo medio tartamudo, tratando de evitar sus ojos—. Mañana tenemos clase, y será mejor que esta vez llegues a tiempo.

Ella se rio. Él tenía razón: ya era muy tarde. Deseaba seguir hablando un rato más, pero era evidente que Cariel ya no quería seguir con el tema, así que se fue a su habitación, y se despidió del espejo antes de cerrar la puerta.

—Buenas noches, Cariel.

Este no pudo responderle. Era la primera vez que Agatha le deseaba buenas noches. Ese extraño sentimiento que no lograba identificar se apoderó de él durante toda la noche.

20.

El hombre de largo cabello rubio bailaba con gracia alrededor de la pista de baile con una mujer de cabello corto y vestido rosa pálido que no le quedaba muy bien. En un momento, ella le pisó los pies, pero él no dijo nada. Simplemente, terminó la pieza y, tras una reverencia, se alejó de ella hacia un grupo de hombres que lo miraban con burlonas sonrisas.

—¿Están sus dedos intactos, Milord? ¿O deberíamos pedirle al médico real que le examine el pie? —ofreció uno de ellos.

Los hombres empezaron a reírse. Él solo hizo una mueca y tomó la copa de vino que le ofreció uno de ellos. Cuando las risas terminaron, el hombre que hizo el comentario prosiguió.

—La verdad, me sorprende que esa joven sea una princesa. Es verdaderamente torpe, además de tener pésimos modales. Para colmo, está bastante subida de peso. El rey y la reina deberían hacer algo al respecto.

—Sí, tiene razón. En verdad, ensuciará el nombre de la familia real si no aprende a comportarse como es debido. Me sorprende que el rey la haya dejado venir a la fiesta en primer lugar.

—Seguramente terminará rompiéndoles los pies a todos aquí con su pésimo baile. ¿No lo cree usted, Milord? —preguntó uno de los hombres mostrándole una sonrisa torcida.

El hombre de cabello largo terminó su copa, mirando a la mujer con la que acababa de bailar. Después de evaluarla unos segundos, suspiró.

—Sin lugar a dudas. Entiendo que haya sido elevada de posición hace poco, pero al menos debería saber caminar sin tambalearse por todos los pasillos. A este paso, el prestigio de la familia real quedará por los suelos.

El grupo entero se rio. La nueva princesa era un verdadero desastre por haber sido criada toda su vida con plebeyos. Pero no había mucho que ellos pudieran hacer. El rey la había reconocido como su hija, así que no tenían más remedio que tolerar su presencia.

—Hablando de mujeres sin modales, ¿qué opinan de la nueva esposa del conde Dunkel?

El grupo entero posó su mirada sobre una mujer de cabello castaño claro con un deslumbrante vestido negro. Estaba sentada a un lado de la pista con expresión seria y con la espalda muy recta. No se podía negar que era hermosa, pero tenía un aura muy extraña. Además, siempre se vestía con prendas oscuras. Se sabía que era una mujer excéntrica y que no era cordial con nadie, salvo su esposo. Incluso circulaban rumores de que era una bruja que había hechizado al conde para obtener poder y riqueza. El duque Meyer la examinó un momento. Sin duda, era hermosa, pero una mujer tan antisocial y apática nunca podría considerarse una buena esposa o condesa. ¿En qué habría estado pensando el conde al casarse con una mujer así?

—Se nota que el conde tiene gustos... particulares.

—¿No le gustaría casarse con una mujer así, milord? —preguntó uno de los hombres medio borracho—. A lo mejor, es de esas que parecen inaccesibles en público, pero que en la intimidad

son una verdadera fiera. Tal vez deberíamos preguntárselo al conde.

El grupo volvió a reírse, mientras el duque volvió a mirar a la nueva esposa del Conde. Tras un momento de silencio, suspiró.

—Buena en la cama o no, eso no es suficiente. Esa mujer tiene pésima fama y modales desagradables. Si tuviera algo de decencia, no se presentaría aquí. Sin lugar a dudas, nunca podría considerar casarme con una mujer así. Tiene suerte de que el conde haya sido tan estúpido para casarse con ella.

El grupo quedó en silencio. El conde Dunkel era un hombre muy respetado y reconocido por su inteligencia y por su perspicacia. Cuando se trataba de tomar decisiones importantes para el reino, él era una de las primeras personas a las que los reyes acudían. Sus opiniones eran siempre muy requeridas. Que el duque lo llamara «estúpido» por haberse casado con una mujer así y señalara tan abiertamente los defectos de ella era grave. Si él llegaba a enterarse, lo retaría inmediatamente a duelo.

—Buenoo... —empezó a decir uno de ellos, tratando de aliviar el ambiente con una sonrisa muy mal disimulada—. Creo que se terminó el vino. Deberíamos ir a buscar más, ¿no creen?

—¡Sí!

—¡Por supuesto! La noche aún es muy joven. Hay que disfrutar hasta caer al suelo.

El grupo empezó a dispersarse por el salón. Mientras el duque de cabello largo se dirigía hacia una de las mesas con aperitivos, un hombre con ropas oscuras, a quien no se le podía ver la cara, salió de detrás de un pilar cercano.

—Criticas a mi esposa por sus modales, pero no eres más que un pretencioso arrogante.

El extraño hombre sonrió maliciosamente en su dirección.

—Tal vez necesites que te enseñen una lección...



—¡Agatha, mira el desastre que estás haciendo! —le gritó Helge mientras corría a su lado para limpiar el mostrador donde acaba de volcar una jarra de café—. ¿Tienes idea de lo difícil que se ha vuelto conseguir granos de café estos días para que tú desparrames todo por el suelo?! ¡Baja de las nubes de una vez!

—Perdón. Perdón. No volverá a ocurrir.

Agatha le arrebató el trapo y terminó de limpiar el enchastre que había hecho bajo las miradas burlonas de los pocos clientes que había en la taberna tomando su desayuno.

—¡Esta chica esta cada día peor! —refunfuñó Helge antes de volver a la cocina.

Agatha suspiró cansada. Estos días estaba bastante agotada; la situación estaba cada vez peor. Ya habían empezado a encarcelar a los deudores y, gracias a los rumores de la enfermedad, estaban despidiendo a todos los que vivían en la Fleck. Jack tenía razón; días oscuros los aguardaban. Lo podía ver con claridad en los ojos de todos los ciudadanos en Lorh: odio, resentimiento, miedo y asco. Era como si quisieran atravesarlos con un cuchillo cada vez que uno de ellos paseaba por el pueblo. Incluso muchos comerciantes se negaban a tener contacto con cualquiera que viniera de la Fleck, y los pueblerinos los evitaban como la peste. Esta

injusticia hacía que la sangre de Agatha hirviera «¡Idiotas! ¡No existe esa enfermedad! ¿Están ciegos o que les pasa? ¡Aquí nadie está enfermo!».

Pero, por más que ellos aseguraban que no existía esa extraña enfermedad, nadie les creía. No tenían más remedio que aceptar la situación y tratar de salir adelante. Los únicos que parecían no tenerle miedo a la enfermedad eran los guardias de palacio: iban todos los días para llevar bajo arresto a todo aquel que no cumpliera con los impuestos. La situación se estaba volviendo insostenible. Agatha y su grupo habían aumentado sus robos para tratar de ayudar con los impuestos. Sin embargo, a causa de los despidos, la mayoría procuraba utilizar la ayuda para comprar alimento a sus familias, por lo que no les alcanzaba para pagar también los impuestos. Agatha suspiró otra vez. Estaba muy cansada: la noche anterior no había dormido porque se había quedado hasta el alba husmeando en cada rincón de la mansión de un marqués en busca de joyas. Solo consiguió dormir un par de horas cuando había regresado, y ahora solo podía pensar en esos extraños sueños que estaba teniendo desde hacía varias semanas. Ese extraño hombre rubio, a quien nunca lograba verle la cara, aparentemente, era un duque de apellido «Meyer» o algo así, muy importante y sobre todo arrogante. Agatha lo consideraba bastante desagradable y no lograba entender por qué lo veía tan seguido en sus sueños. Sin embargo, ese último sueño la tenía muy intranquila; ese extraño hombre que había aparecido detrás de él antes de que se levantara, sin duda, iba a hacerle algo. Agatha sacudió su cabeza tratando de olvidarse del asunto.

«Solo es un tonto sueño ¿Por qué me pongo así?», se preguntó.

—(¿Estás bien?).

A Lía no se le había pasado por alto el extraño comportamiento de Agatha durante toda la mañana. Quería ayudarla de alguna forma. Ella la miró un momento. Deseaba poder hablar con alguien sobre sus extraños sueños, pero temía que pensarán que era una tonta por preocuparse por algo así. Aun así, tenía que decírselo a alguien, o enloquecería.

—Bueno...—Empezó mordiéndose el labio—. ¿Cómo empiezo? Yo... este... He estado soñando con un hombre.

Lía abrió muy grande los ojos. No sabía qué esperar pero, definitivamente, no era esto.

—¡No se trata de esa clase de sueños! —agregó rápidamente poniéndose como un tomate—. No sé quién es, ni tampoco le veo el rostro, pero últimamente aparece cada vez más seguido. Y yo... no sé qué pensar.

Lía la miró un momento. No sabía qué decir, pero era obvio que esos sueños estaban preocupando a su amiga. Además, tenía un poco de curiosidad sobre ese «hombre de sus sueños».

—(¿Seguro que no sabes quién es?).

—Seguro. Créeme: recordaría fácilmente a un tipo como ese.

Agatha bufó y se cruzó de brazos. Esa reacción hizo que Lía sintiera aún más curiosidad sobre esos sueños.

—



—(¿Es tan malo?).

—Ja... «malo» se queda corto. Es verdaderamente detestable; se cree mejor que todos, más inteligente, más apuesto, más rico. Es insufrible. Además, se la pasa criticando a todas las mujeres. Que si no sabe bailar, que si sus modales no son refinados, que si es suficientemente hermosa. Ay... es un tipo desesperante.

Lía se largó a reír, lo que hizo que Agatha se sintiera incómoda. Ella no solía criticar tan duramente a las personas, y mucho menos a personas que su cabeza imaginaba. Pero ese duque, o lo que fuere, la estaba volviendo loca.

—Oye, no te rías de mí. Es verdaderamente molesto soñar con alguien así.

Lía se limpió un par de lágrimas por la risa, moviendo la mano para que la disculpara.

—



—(Se parece a Cariel).

Agatha pensó un momento en sus palabras. Era cierto: ese hombre de cabello rubio y Cariel se parecían bastante en cuanto a su personalidad (al menos la personalidad que tenía Cariel antes de vivir con ellos). Pero eso no tenía ningún sentido. ¿Por qué ella estaría soñando con un hombre que se parecía a Cariel? Y peor aun, ¿por qué estaba tan preocupada por lo que le pasara a ese hombre?

—



—(¿Todo bien con él?).

Agatha suspiró ante su pregunta. Desde esa noche en el techo, su relación con Cariel estaba algo... ¿extraña? A la mañana siguiente de eso, ambos empezaron las clases de magia como de costumbre, pero el ambiente entre ambos era diferente; Cariel casi no la miraba a la cara y, después de un tiempo, empezó a ser algo cortante con ella. Unos días después de esto, el grupo discutió sobre la situación que estaban viviendo. Para todos resultaba claro que lo mejor era que ella volviera a robar; era necesario obtener más ganancias cuanto antes, por lo que pospusieron sus clases por un tiempo. En un inicio, pensó que Cariel se negaría e insistiría en que tenía que seguir estudiando pero, cuando Drake se lo propuso, él, simplemente, dijo que estaba de acuerdo con eso. En ese momento, ella tenía sentimientos encontrados; por un lado, estaba feliz de poder volver a la acción, pero por otro estaba muy molesta con Cariel. ¿Acaso ya no quería pasar más tiempo con ella? Si era así, ¿por qué no se lo decía a la cara? Frunció el ceño, molesta; hacía días

que ninguno de los dos se dirigía la palabra y ella no sabía por qué. Pero era demasiado orgullosa como para ser la primera en hablar.

—No es nada. Es solo que...

Su respuesta se vio interrumpida por la llegada de dos enanos de unos veintitantos años que irrumpieron en la taberna.

—¡Mis niños! —gritó Helge emocionada—. ¡Hace tanto que no los veo! ¿Qué los trae por aquí? ¿No es temporada de recolección?

En efecto, era temporada de recolección de cuarzos y amatistas, por lo tanto, los mineros de Lorh estaban muy enfocados en esa tarea. La mayoría se quedaba a acampar cerca de las minas para poder recolectar la mayor cantidad de piedras preciosas posible, antes de la llegada de la temporada de lluvias. Los dos hijos de Helge llevaban trabajando allí, bajo el mando de los siete enanos de la reina Blancanieves, desde que tenían quince y dieciséis años respectivamente.

—Hola, ma —dijo uno mostrando una sonrisa triste—. Qué gusto verte.

—Sí, ya te extrañábamos.

Los tres se abrazaron por unos minutos. Agatha los miró impaciente; esta situación no pintaba bien. Los mineros nunca volvían a casa antes del período de recolección.

—Ya no tenemos trabajo —contó el más joven—. Nos despidieron.

Helge los miró desconcertada. Sus hijos eran de los mejores mineros de todo el reino.

—¿P-pero por qué?

Los dos se miraron entre sí, encogiéndose de hombros.

—La epidemia.

—Tenían miedo de que pudiéramos contagiar al resto.

Helge abrió mucho los ojos, apretando fuertemente los puños.

—¡No existe esa maldita enfermedad! Y, si así fuera, ¡mis hijos jamás pudieron haberla contraído! Han estado en las minas desde hace meses. ¡Malditos bastardos! ¡Voy a matar a esos siete idiotas y les cortaré sus dedos para servirlos como aperitivos!

Helge se dispuso a salir de la taberna enfurecida, pero sus dos hijos la detuvieron tratando de calmarla mientras esta lanzaba miles de improperios al aire. Agatha miraba la escena con una mezcla de rabia y tristeza. Más despidos injustos, más familias con hambre. ¿Cuándo iba a terminar todo esto?



—¡Manden llamar al general Hasser de inmediato! —ordenó la reina, mientras caminaba de un lado a otro de su habitación nerviosamente.

Después de unos minutos, ingresó un hombre armado sin casco: su cabello empezaba a tener un par de canas, pero aún se notaba que era un hombre fuerte y decidido. Tenía un tahalí³ rojo y dorado en honor a los colores del imperio, sobre el cual estaba incrustada una insignia de oro con la imagen de una manzana (señal de su posición como general de las tropas armadas) La saludó cortésmente arrodillándose frente a ella.

—Salve a la gran reina de Lorh. Que su vida sea próspera y el sol siem...

—Suficiente —lo interrumpió Blanca—. No tengo tiempo para tanta palabrería.

El general se enderezó nervioso y miró a la reina.

—¿Para qué me ha mandado llamar, su alteza?

—¿Para qué? —repitió molesta—. ¿Por qué cree usted, general? ¡Hace más de dos meses que le pedí que encontraran a esa ladrona y hasta ahora no hay resultados!

—Lo que pasa, su majestad, es que...

—¡No quiero más excusas! ¡Falta solo un maldito mes para que el año termine! ¡Necesito que la traiga ahora!

Estaba desesperada: la boda real tendría lugar la última semana de diciembre. Necesitaba que Agatha tomara el lugar de su hija antes de esa fecha, o la perdería para siempre. Durante los dos últimos meses había hecho de todo para tratar de encontrarla; impuso nuevos impuestos, puso un alto precio a su cabeza para que alguna persona le diera, aunque sea, información sobre ella. Hasta ordenó que se esparcieran rumores sobre una extraña enfermedad que provenía de ese basurero de la Fleck, con la esperanza de asustarla y hacerla salir de su maldito escondite. Pero esa estúpida no aparecía por ningún lado. Se estaba quedando sin ideas y, cada día que pasaba sin tener noticias sobre su captura, sentía que perdería la cabeza.

—Su majestad, si me permite opinar sobre el asunto...

—Dilo —ordenó impaciente.

El general sonrió maliciosamente, mientras se tomaba un momento para elegir sus palabras.

—Esa ladronzuela es muy querida entre todos esos sucios engendros de la Fleck. La ven como su heroína. Por lo tanto, si su plan era que alguno de ellos la entregara, me temo que no lo conseguirá.

Blanca lo miró muy molesta.

—¿Entonces qué debo hacer para que esos inútiles me la entreguen?!

El general Alonso volvió a sonreír, haciendo que ella se sintiera incómoda.

«Qué tipo más espeluznante», pensó.

—Eso no será necesario, majestad. Puedo hacer que ella venga a usted por su propia voluntad.

—¿Cómo planea hacerlo? —preguntó impaciente, viendo muy difícil que esa obstinada chica viniera por su propia cuenta.

—Déjemelo a mí. Sé cómo hacer que los rebeldes como ella cooperen. Pero voy a necesitar su autorización para realizar algunas... actividades

Blanca lo miró extrañada.

—¿Qué clase de actividades?

Él se aproximó hasta quedar a escasos centímetros de ella y le susurró al oído. La reina quedó blanca como el papel y se alejó abruptamente de él.

—¡Imposible! ¡Yo jamás permitiría algo así!

El general la miró un momento con ojos tan dilatados que eran casi completamente negros y una mirada tan aterradora que le puso la piel de gallina.

—¿Ni siquiera por el bienestar de la princesa?

El alma de Blanca cayó a sus pies cuando mencionó a su hija. Ella sería capaz de pelear contra todo un ejército con tal de protegerla. Pero hacer eso... ¿no era ir demasiado lejos?

—Ni siquiera necesitaría usar su nombre. Puede usar el del rey. ¿Acaso no es él el causante de esta penosa situación? Me parece justo que sea él quien tenga que pagar si llegara a haber alguna consecuencia. ¿No le parece, su majestad?

El general hablaba suavemente, mirándola con una leve sonrisa de suficiencia. Era una vil y astuta serpiente; eso estaba claro. Pero lo que decía era muy convincente.

—¿Estás seguro... de que tu plan funcionará?

—Lo juro por mi vida, su excelencia. Solo deme dos semanas. Esa maldita rata vendrá arrastrándose a sus pies —prometió, haciendo una reverencia exagerada.

Blanca lo miró no muy convencida. Era un plan demasiado arriesgado y vil, además de que era muy posible que el rey se viera perjudicado. Pero, por otro lado, estaba en juego la vida de su preciada Sara. Lo pensó por unos minutos, pero no encontró una mejor solución, así que, cerrando los ojos, dio la orden.

—Hágalo, general. Haga lo que tenga que hacer, pero oblíguela a cooperar conmigo.

El general se enderezó, mostrando una desagradable sonrisa.

—Como usted ordene, su amada y bondadosa alteza.



Velazco Meyer

Duque del reino de
Pervez.
Destaca por su brillante
intelecto y su apariencia
refinada, además de
estar respaldado por una
considerable fortuna.
Es el hombre de los
sueños de Agatha
(literalmente), aunque en
su opinión resulta
verdaderamente
"detestable".
Su actitud insufrible y
arrogante lo ha llevado a
ganarse varios enemigos.



21.

U—stedes entrarán por la ventana lateral izquierda, y nosotros distraeremos a los guardias cuando estén adentro. No más de dos horas, y salen de ahí, encuentren algo o no, ¿entendido?

—Entendido —aprobó el espejo en el cuello de Agatha, mientras esta se cruzaba de brazos.

—Agatha. Solo dos horas, no más.

—Bien —respondió cortante.

—Hablo en serio; si demoras más, entraremos a buscarte —le aclaró Drake muy serio.

Agatha lo miró por un momento. Dos horas era muy poco tiempo para poder recorrer todo el palacio buscando monedas y joyas. Al menos le hubiera gustado que fueran tres, pero esta vez no estaba sola; también tenía que tomar en cuenta la seguridad de Drake y de Dahs, así que estaba obligada a hacerles caso. Lanzó un suspiro de rendición, y asintió.

—Bien. Andando.

El grupo se dividió; los dos semitrolls se dirigieron hacia uno de los puestos de vigilancia mientras Agatha trepaba por una soga hasta llegar a la ventana. Una vez dentro, empezó a correr muy pegada a las paredes, evitando todas las antorchas que estuvieran encendidas. Al estar frente a la puerta de una habitación, Cariel transportó su esencia hacia un espejo dentro de esta. En un

minuto volvió a estar en su cuello.

—Despejado.

Inmediatamente Agatha entró en la habitación revolviendo todos los cajones, estanterías, roperos y cofres que hubiera en ella, tomando todos los objetos valiosos que encontrara, metiéndolos en su morral. Repitieron esta operación en siete habitaciones más, sin intercambiar más de dos palabras entre ellos. Para ese momento ya había pasado una hora y su morral estaba hasta la mitad de objetos robados. Definitivamente, robar en el palacio era mucho más productivo que hacerlo en cualquier mansión.

—Creo que ya tenemos suficiente. Deberíamos irnos —indicó Cariel observando el morral—. Es mucho más de lo que normalmente obtenemos

—No. Todavía nos queda una hora, y podemos conseguir mejores cosas.

—Pero ya estuvimos en todas las habitaciones de esta planta; las demás están más lejos y, seguramente, tendrán más guardias.

—Mientras más custodiadas estén, más grande es el tesoro que ocultan.

—¡Agatha! ¡No! —susurró exasperante.

Ella hizo caso omiso a sus súplicas y caminó con paso rápido por las escaleras hasta la planta superior. Ya arriba, empezó a caminar por un pasillo más angosto, pegada a la pared.

—Agatha, por favor. Si alguien viene por aquí, nos van a descubrir. Tenemos que irnos ahora. —Agatha lo ignoró. Sabía que tenía razón, pero no lo admitiría nunca. En realidad, seguía molesta por la falta de interés que él mostraba en hablar con ella, además de que hasta ese momento no había mencionado nada de sus clases de magia. ¿Es que tanto le molestaba su presencia? Pensando en eso, se molestó aún más y empezó a caminar más rápido—. ¡Escóndete, viene alguien! —Cariel casi le gritó al escuchar a dos sirvientas hablando por el pasillo. Ella se paró en seco cuando las divisó delante. «Maldición», pensó. Se había distraído pensando en lo molesta que estaba con el espejo, y no le había prestado atención a su entorno. Miró a su alrededor desesperadamente; vio una pequeña puerta de madera a su derecha y se metió allí sin pensarlo. Una vez pasado el peligro, Cariel ya no pudo contenerse—. ¡Pero qué estupidez hiciste! ¡Entrando en una habitación que no tienes la menor idea de si hay alguien dentro o no! ¡Cuando dije que te escondieras, era para que te hicieras invisible! Si no, ¿para qué estuviste practicando todo este tiempo?

La paciencia de ella se rompió. Ya estaba harta de toda esta extraña tensión con él. Se quitó su collar y lo levantó a la altura de su rostro.

—¡Tal vez, si alguien no hubiera cancelado mis clases, no hubiera olvidado que puedo hacer eso!

—¡Eso no es excusa! ¡¿Por qué tienes que ser tan imprudente siempre?! ¡¿Acaso quieres terminar en una celda el resto de tu vida?!

—¡¿Y qué te importa eso?! ¡Es mi problema, no el tuyo!

—¡Claro que es mi problema! ¡Somos familia!, ¿recuerdas? ¿Por qué no le haces caso a Drake? Él se preocupa mucho por tu seguridad.

—Así que es eso. ¿Piensas que soy una niña molesta a la que tienes que cuidar? ¿Acaso él te

pidió ser mi niñera o algo así?

—¿Qué? No, claro que no. Solo digo que deberías tratar de hacerle caso alguna vez.

—¡Él no es mi jefe! ¡Yo puedo cuidarme y hacer lo que quiera!

—¡Pero hay personas que se preocupan por ti! ¿No crees que estás siendo muy desconsiderada con todos ellos?

—¿Quién eres tú para decirme eso? ¿Eh? ¡Yo no te importo en lo más mínimo!

Los dos se miraron fijamente por unos minutos. Agatha tenía lágrimas contenidas en los ojos. Cariel la miraba fijamente, sintiendo que ella le acababa de dar una bofetada con sus palabras.

«¿Cómo llegamos a esto?», se preguntaba.

—Yo...—empezó a decir muy bajo sin poder mirarla a los ojos—. Tú... sí me importas ¿de acuerdo?... Me importas mucho. Por eso no sé qué hacer cuando estoy contigo. Siempre te metes en problemas y después estás como si nada, y eso me desespera mucho.

Agatha dejó escapar el par de lágrimas que estaba conteniendo, y su corazón empezó a latir muy rápido.

—¿Es por eso que has estado evitándome?, ¿porque me meto en muchos líos?

—Yo no te he estado evitando —respondió a la defensiva.

—No me mientas. Hace semanas que me evitas y no quieres hablar conmigo; incluso cancelaste las clases de magia.

—Eso fue porque te necesitaban en los robos y, además, supuse que querías volver a hacerlo.

—Pues sí... pero también quería seguir con las clases. —Agatha se limpió las lágrimas y lo miró fijamente—. Aún no respondiste mi pregunta. —Lo miró un par de segundos y, armándose de valor, volvió a preguntarle con una mirada cansada y triste—: ¿Por qué me estas evitando?

Cariel se quedó callado, mirando esos bellos ojos que ahora lo miraban tan triste... esos ojos en los que no paraba de pensar desde esa noche sin luna. «¿Cómo puedo decírtelo? ¿Cómo puedo decirte que deseo estar contigo más que cualquier otra cosa en el mundo?», pensó.

Desde esa noche, él había estado repitiendo la escena en el techo una y otra vez en su mente, tratando de negar lo que ahora le era tan evidente: se había enamorado. No sabía por qué, ni sabía cómo, pero se había enamorado de Agatha. Era tan absurdo... Había pasado la vida entera calificando a las damas del reino, midiendo sus talentos musicales, criticando hasta el más mínimo detalle en su forma de caminar, su conducta, su educación. Incluso sus gustos alimentarios. Toda eso con la meta de encontrar a la mujer ideal. La más hermosa de todas ellas. Pero ahora... solo podía pensar y considerar perfecta a una: Agatha. Justamente la única mujer a la que no había logrado encasillar en ningún lugar. La que no cumplía con casi ninguno de sus parámetros. Esa noche, cuando llegó a esa conclusión, se dio cuenta de que había enloquecido; no sabía si largarse a reír o a llorar. Estaba enamorado. ¿Un espejo enamorado? ¿Cómo era posible que un espejo se enamorara? Y justamente de ella. Después de haberlo reconocido finalmente, se sintió terriblemente triste hasta el amanecer; él era solo un espejo. Aunque lo quisiera, él jamás podría estar junto a ella. No era nada más que un estúpido objeto que deseaba algo que jamás podría tener... Por eso la había estado evitando. No soportaba verla y saber que nunca podría estar a su lado. Le dolía demasiado. Pero no podía decírselo. Si lo hacía, ella solo

sentiría pena por él, y eso era algo que no estaba dispuesto a soportar.

—Yo no lo haré más. Lo prometo. Y... lo siento.

Agatha lo miró, pero él no la miró a ella. Lo que acababa de decir no respondía a su pregunta, pero era lo único que él le diría al respecto. Si hubieran estado en la taberna, ella habría insistido en que respondiera, pero ya habían perdido mucho tiempo y Cariel se veía bastante decaído, así que decidió terminar con la conversación por el momento.

—Bien. Yo... lamento haberte gritado y... pensar que no te importo. Tendré más cuidado de ahora en adelante. Lo prometo. —Agatha le mostró una leve sonrisa, y él le respondió el gesto. Volvió a poner el collar en su cuello y continuaron su camino.

Después de haber entrado en un par de habitaciones más, el morral se llenó. Las habitaciones de esa planta pertenecían a nobles de alto rango, por lo que la mayoría de sus cajones estaban repletos de objetos valiosos. Agatha cerró la puerta con cuidado al salir, mirando el morral con una sonrisa triunfal.

—Creo que nadie pasará hambre por un tiempo.

—Sí. Y seguramente tampoco habrá más arrestos. Al menos por ahora.

Agatha lanzó un bufido bajo. Era cierto: podrían evitar que muchos de los de la Fleck fueran arrestados esa semana, pero solo momentáneamente.

—Como sea, ya es hora de...

Unos fuertes gritos interrumpieron su conversación. No muy lejos de donde estaban, se escuchaban pasos metálicos muy apresurados: los guardias habían dado la alarma.

—¡Rápido! ¡Están en el piso superior! ¡Hay que atraparlos!

—¡Rayos! —exclamó ella entre dientes.

Amarró el morral lleno a su cintura y, recordando sus habilidades, esta vez extendió su mano hacia su cuerpo. En un instante, había desaparecido completamente. Los guardias pasaron corriendo por el pasillo, y ella se pegó a la pared evitando que la golpearan al pasar. Era un grupo de unos diez hombres armados hasta los dientes y con expresiones para nada agradables. Agatha agradeció en silencio que no hubieran podido verla, mientras contenía el aliento y trataba de calmar los rápidos latidos de su corazón, pegándose aún más contra la pared.

—Cuando atrape a esos malditos intrusos, voy a cortarles los dedos uno por uno. Luego se los daré de comer a los perros y los obligaré a mirar el espectáculo. —Agatha tragó saliva. El hombre que acaba de hablar parecía ser el jefe del grupo. Estaba caminando a paso rápido detrás de ellos, pero sin apurarse demasiado. Al observarlo más detenidamente, pudo recordar quién era: el general Alonso Hasser. Ese hombre temperamental al que a ella le gustaba gastar bromas cuando era niña. Solo que esta vez no era una niña, y esta situación no era ninguna broma. Él se veía aún joven, pese a tener un par de canas. Pero su mirada era diferente; sus ojos estaban negros, su mirada y postura eran amenazantes. Se notaba a la legua que no estaba jugando; iba a matar a cualquiera que se le cruzara por delante—. Espero que esa maldita ladrona esté con ellos. Así, puedo entregarla y sacarme de encima todo el trabajo extra —bufó.

Cuando, finalmente, no había nadie más en el pasillo, Agatha cerró su mano, y se materializó al instante. Miró por unos segundos en la dirección en la que se había ido el general; luego giró

sobre sus talones y se fue en la dirección contraria. «Así que él está a cargo de mi captura. Pero ¿de qué trabajo extra estaba hablando? ¿Acaso se trata de los arrestos? Pero ¿qué tiene que ver mi captura con los arrestos?», se preguntó.

Lo pensó durante unos momentos, pero no llegó a ninguna conclusión. Ella, claramente, no figuraba como ciudadana en Lorh. Si alguna vez la encontraban, la encarcelarían de inmediato. Era ilógico que quisieran cobrarles algún impuesto a los ladrones. Pero, si no eran los arrestos, ¿qué clase de trabajo extra se terminaría con su captura? «Acaso... ¿la reina le pidió que me capturara para ocupar el lugar de su hija otra vez?», se cuestionaba.

Eso tendría sentido. La última vez que se vieron, le dijo que una reina siempre obtenía lo que quisiera. Y ella la quería a ella. O, mejor dicho, quería utilizarla como herramienta política en lugar de su amada hija. «¿Será posible que los impuestos tengan que ver con eso también?», pensaba. Negó rápidamente con la cabeza. Eso era ridículo. La reina no se atrevería a encarcelar y empobrecer a cientos de personas solo para encontrarla a ella. Sería un acto demasiado egoísta y ruin de su parte. Además, fue el rey quien había declarado los impuestos, y no ella.

—Emm... Agatha, ¿a dónde vamos?

La pregunta de Cariel la hizo parar en seco y mirar a su alrededor. Estaba tan ocupada pensando en lo que había dicho el general que no se había dado cuenta de hacia dónde se dirigían. Era un salón muy amplio y a oscuras. Apenas se podía ver algo gracias a los débiles rayos de la luna que entraban por las ventanas. Después de unos segundos, su vista se adaptó a la oscuridad; pudo distinguir los distintos muebles que allí había. Su vista se posó rápidamente en uno de estos, lo cual provocó que la piel se le erizara y su corazón dejara de latir; frente a ella se alzaban dos tronos que parecían mirarla en la oscuridad. Estaba en el salón real.

22.

Sus ojos no lograban apartarse del gran trono de la derecha: el trono del rey. El mismo trono donde estaba sentada Grimhilde cuando había ordenado matarla en esa misma habitación hacía más de diez años. Su mente volvió a ese fatídico día, aunque ella trató de impedir que lo hiciera; imágenes de la reina que la miraba como si fuera un insecto, los soldados, Agi, Leo, espadas y sangre invadieron su mente. Las lágrimas empezaron a salir a borbotones, aunque ella trataba de evitarlo cerrando fuertemente los ojos. En un momento, terminó agachándose y aferrándose a sus rodillas; no soportaba estar en ese lugar, no soportaba esos recuerdos. Tenía que salir de ahí cuanto antes, pero su cuerpo no le hacía caso. Solo se quedó ahí, pegada a sus rodillas, llorando sin poder moverse. Las imágenes de espadas que atravesaban el pecho de Agi y Leo la hacían temblar como una hoja arrastrada por el viento.

—¡Agatha! ¡Agatha! ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¡Respóndeme! —La voz de Cariel se escuchaba muy lejana, como si estuviera debajo del agua—. ¡Por favor, responde! ¡Agatha! ¡Respóndeme! —Después de unos segundos, logró escuchar claramente su voz. Instintivamente colocó el collar frente a ella para ver a Cariel. Sus manos seguían temblando y aún continuaba en cuclillas sin poder moverse. La máscara en el espejo la veía con ojos muy abiertos; estaba muy preocupado por ella: nunca había visto algo igual—. Agatha —dijo despacio—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras? —Ella no respondió; solo lo miraba sin dejar de llorar y temblar. Estaba muy asustada. A él se le rompió el corazón al verla así, y lo peor de todo era que no tenía idea de cómo ayudarla. Ni siquiera podía tocarla—. Agatha, estoy aquí ¿de acuerdo? No voy a dejarte, ¿sí? Solo estamos tú y yo; no hay nadie más. —No le respondió. Seguía exactamente igual; su mirada parecía nublada como en una tormenta. Era como si estuviera teniendo una pesadilla que él no podía ver. Pensó que lo mejor que podía hacer era tratar de distraerla de alguna manera—. ¿Te conté alguna vez sobre mi maestro? —empezó a relatar lentamente—. Él era tu abuelo. Creo que nunca hablamos mucho de él. Él era un conde muy famoso en el Reino de Pervez. Los reyes de allí siempre le pedían consejo. Era muy inteligente, al igual que tú. Lo que no sabían era que también era un brujo increíblemente poderoso. Era un usuario de magia hechicera; podía conjurar toda clase de criaturas increíbles y lanzaba hechizos verdaderamente poderosos. Todo lo que sé sobre la magia lo aprendí gracias a él.

—¿Cómo se llamaba? —logró preguntar ella muy bajo. Sus ojos parecían estar recuperando su luz habitual y ya no temblaba tanto.

—Elies Dunkel —dijo con una débil sonrisa al notar ese cambio favorable en sus ojos—. Era un hombre muy bueno. Estoy seguro de que te habría querido mucho. —El nombre de su abuelo hizo que su mente se apartara un poco de sus terribles recuerdos. Le pareció haberlo escuchado en algún lugar, solo que no se acordaba de dónde. Aun así, trató de aferrarse a eso para salir del estado en que se encontraba. Después de unos segundos, consiguió dejar de temblar y pudo pararse—. ¿Puedes caminar? —preguntó Cariel preocupado.

—Sí. Tenemos que salir de aquí.

Tan pronto como terminó su oración, salió corriendo hacia la primera puerta que vio. Seguramente, ya habían pasado más de dos horas, y el palacio seguía en alerta. No podía arriesgarse a volver a caer paralizada. Tenían que irse ya.



—¿¡Qué demonios estabas pensando!? ¿Querías que nos atraparan? ¡Dijimos dos horas! ¿Por qué rayos tardaron tanto en salir? —gritó Drake muy enojado a Agatha cuando estuvieron a salvo en la taberna.

Habían tardado media hora más de lo acordado pero, por suerte, no habían descubierto a ninguno de ellos. Ambos grupos habían logrado conseguir muy buenas ganancias esa noche, pero eso no excusaba el retraso de Agatha.

—Yo...

—Fue culpa mía —la interrumpió Cariel—. Yo le dije que en la planta superior se hospedaba la nobleza más pudiente del reino y que podríamos conseguir mejores cosas.

Agatha miró sorprendida a Cariel, que ahora estaba en su cuerpo original. Lo de robar en la planta alta había sido idea suya, pero él se estaba echando toda la culpa. Drake miró con mala cara al espejo y luego de nuevo a Agatha.

—¿En serio fue su idea, y no tuya?

—Sí... —respondió débilmente.

Drake la miró durante unos minutos sin decir nada. Ella no apartaba su vista del suelo. Después de un incómodo silencio, Drake lanzó un sonoro suspiro.

—Si alguno de los dos vuelve a tener una idea estúpida como la de hoy, no volverán a salir de la taberna. ¿Entendido?

—¡Sí! —respondieron al unísono.

—Bien. Ahora váyanse a dormir.

Drake se fue a su habitación, y golpeó fuertemente su puerta al cerrarla. Agatha y Cariel se miraron el uno al otro durante unos segundos. Él estaba por decir algo cuando ella apuntó hacia la puerta de su habitación.

—Tenemos que hablar —dijo en voz baja.

Él asintió y trasladó su esencia al espejo de la habitación de Agatha. Una vez dentro, cerró la puerta con llave, quitó la manta que cubría su espejo y se sentó en una silla frente a él. Ambos se miraron un momento, lo que provocó que ella se sintiera avergonzada y desviara la vista hacia el suelo.

—Gracias por decir que fue tu idea. No tenías que hacerlo. Aunque creo que no se lo creyó. Aun así, gracias.

—No tienes que agradecerme. No fue nada.

—Y también por ayudarme allá. Yo... supongo que me asusté. —Le mostró una sonrisa triste.

Cariel no dijo nada. Eso no había sido un simple susto, y ambos lo sabían. Algo la había

perturbado sobremanera y él deseaba desesperadamente saber por qué. Pero no sabía si le correspondía enterarse del asunto. Aun así, tenía que intentarlo. Cuando ella finalmente lo miró a los ojos, le preguntó con un dejo de voz:

—¿Qué fue lo que pasó? Tú... me asustaste en serio. No me escuchabas y yo... no sabía qué hacer.

Agatha apartó su mirada para que no viera las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos. Nunca había hablado con nadie sobre ese día, o sobre lo terrible que se sentía al recordarlo. Pero él la había visto y la había ayudado como había podido. Lo menos que podía hacer era darle una explicación. Se sorbió la nariz y cerró los ojos conteniendo las lágrimas—. Tú... sabes que yo vivía en el palacio, ¿no?

—Sí... lo sé.

Había cientos de rumores sobre la hija rechazada de la reina en palacio; era imposible que alguien no supiera sobre ella. Aunque él nunca la había visto porque su espejo original estaba en el lado opuesto del palacio donde ella se encontraba, y su rango de alcance no llegaba tan lejos.

—Bueno. El punto es... que, cuando vivía allí, había alguien que me quería mucho. —Lo miró con tristeza—. Se llamaba «Agatha», pero todos le decían «Agi». Ella fue quien me crio. Me enseñó a leer, escribir y también labores domésticas. Ella era muy buena. Un tiempo después, cuando yo tenía unos ocho o nueve años, conoció a Leo, un joven soldado muy divertido y apuesto. Se enamoraron poco después de haberse conocido. Hacían una pareja muy hermosa. Eran el uno para el otro.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Cariel deseaba poder hacer algo para limpiarlas, pero lo único que podía hacer era observarla callado, con el corazón afligido, mientras ella reunía fuerzas para continuar con su historia.

—El día de mi decimoprimer cumpleaños, recibí el mejor regalo del mundo: Agi me bautizó. Me dejó elegir mi nombre. Y desde ese día, oficialmente, me convertí en su hija. Recuerdo que estaba tan feliz que corrí por toda la plaza del pueblo, gritándole a todo el mundo mi nuevo nombre. Seguramente, todos pensaron que estaba loca —recordó riéndose para tratar de contener el llanto. Cariel la miró con ojos muy abiertos, al tiempo que recordaba un episodio del pasado, uno que casualmente se parecía demasiado a lo que ella le estaba contando como para ser una coincidencia. Cuando se dio cuenta de eso, un terrible presentimiento se apoderó de él. «No, eso no puede ser posible. No puede ser verdad», pensó—. Ese día —continuó Agatha sin percatarse de la preocupación con la que él la estaba observando muy callado, mientras ella miraba hacia otro lado—. Leo le propuso matrimonio. Agi me lo contó cuando volvimos al palacio. Estaba tan feliz... Me dijo que los tres nos mudaríamos al pueblo después de la boda, y que yo podría dejar de ser sirvienta y hacer muchos amigos allí. Era un sueño hecho realidad: al fin iba a tener una familia. —Hizo una pausa mirando al suelo. Cariel se estaba desesperando; necesitaba saber qué había ocurrido después, pero a la vez tenía mucho miedo de la respuesta—. Unas semanas después —continuó ella con la voz en un susurro—, me llamó la reina a la sala del trono. No tenía idea de por qué. Recuerdo que tenía curiosidad y miedo por conocerla, pero yo no quería ir. La mayoría pensaba que, si en algún momento me llamaba, sería para reconocermé y convertirme en princesa, y yo, cuando era más pequeña, soñaba con que llegara ese día. Pero,

cuando finalmente llegó, yo no quería ir. Yo quería vivir en el pueblo, con Agi y con Leo. Por eso, mientras caminaba con ellos a su encuentro, estaba pensando cómo decirle que no quería que me reconociera. Pero, cuando llegue allí, ni siquiera sabía quién era yo. Solo me reconoció cuando miró la cicatriz que ella misma me había hecho; me dijo cosas que no entendí y después... después... —Las lágrimas empezaron a correr nuevamente, pero no hizo ningún esfuerzo por limpiarlas. Era muy difícil, pero estaba decidida a terminar con el relato. Necesitaba decírselo a alguien. Necesitaba que al menos él conociera su historia—. Ella ordenó que me mataran. —Cerró fuertemente los ojos—, sin ninguna explicación. Solo ordenó que me mataran. Los guardias se aproximaron a mí con sus espadas, y yo me paralicé de miedo; no pude hacer nada. Fueron Agi y Leo los que me salvaron, pero ellos no pudieron salvarse. Yo... vi cómo los soldados les quitaban la vida con sus espadas. La sangre, los gritos. Fue lo más horrible que vi en mi vida. Esa noche, yo solo salí corriendo. No tengo idea de cómo pero, a la mañana siguiente, estaba llorando debajo del puente de la Fleck, escondiéndome de todo. —Agatha miró a Cariel con impotencia. Él no dijo nada; verla en ese estado, tan vulnerable, tan rota era demasiado para él. Una enorme culpa se apoderó de su consciencia. Deseaba confesar todos sus pecados allí mismo, implorar perdón, pero no lograba emitir ningún sonido; solo podía mirar en silencio a la mujer que más amaba, con la única con la que deseaba estar y también, a la que más daño le había hecho. Ella se limpió las lágrimas y lo miró con la más triste de las sonrisas—. El resto es historia, como dicen por ahí. —Agatha se tapó la boca, para contener un bostezo—. Creo que ya es bastante tarde; será mejor que me vaya a dormir.

Cariel no dejaba de mirarla. Tenía que decirle algo; deseaba desesperadamente animarla, pero sentía que no tenía el derecho de hacerlo.

—Agatha... yo... lo siento —logró decir. Si hubiera podido llorar, lo habría hecho hasta el amanecer. Esto era demasiado. Demasiado injusto, demasiada culpa que lo carcomía, y de la que no sabía cómo empezar a explicar—. De verdad lo siento... por todo.

Agatha lo miró extrañada. Nunca había visto a Cariel así. Tal vez su historia lo afectó más de lo que ella había supuesto en un principio. Se aproximó al espejo, y tocó su marco con ternura. Era un gesto muy tonto porque él no podía sentir nada, pero era lo único que podía hacer.

—Oye. Tranquilo, ya estoy bien —dijo con una pequeña sonrisa—. Además, ahora tengo una familia aquí. Y tú también formas parte de ella, ¿recuerdas? —«No lo entiendes. No merezco que me consueles con esa hermosa sonrisa tuya. Todo es mi culpa», pensaba—. Me voy a ir a dormir ¿Está bien? Ya es muy tarde.

—Sí...

Cariel no levantaba la vista del suelo, lo que provocó que ella se sintiera muy culpable por haberle causado ese estado de ánimo. Así que, sin pensarlo, le dio un beso a la máscara en el espejo, mostrándole una sonrisa. Este la miró anonadado por el gesto, sin poder decir nada.

—Que descanses... espejito.

Agatha se volteó y rápidamente se metió bajo las sábanas, dejando a Cariel con la boca abierta, tratando de digerir lo que acababa de pasar...

23.

Habían pasado dos días desde la noche del robo, dos días desde que finalmente había contado su historia. Desde entonces, Agatha se sentía más ligera, como si se hubiera sacado un gran peso de encima. Incluso estaba de mejor humor y sonreía más a menudo, pero de a ratos también se la veía distante y algo apagada. En cuanto a Cariel, estaba más callado que de costumbre; por algún motivo, los dos parecían estar evitándose. El grupo notó esto enseguida, pero nadie comentó nada. Sabían de sobra que Agatha no les diría nada, ni siquiera si se lo preguntaban, y lo mismo ocurriría con Cariel. Aun así, cada quien tenía sus sospechas sobre lo que estaba ocurriendo, pero preferían esperar a que fueran ellos quienes confirmaran o negaran las especulaciones. Aun así, no se privaban de lanzarles una que otra mirada de vez en cuando.

—Yo creo que el mejor momento sería la última noche de la semana, ya que ese día habrán traído nuevos deudores.

—Tiene razón. Sería el mejor momento para liberar a la mayor cantidad posible.

—Pero, seguramente, ese día habrá más seguridad de la habitual. Es demasiado riesgo.

—Yo opino que deberíamos hacerlo mañana mismo. Siempre es mejor actuar cuando menos se lo esperen.

—¡Eso es ridículo! Aún tenemos que reunir a más personas. ¡Necesitamos más tiempo!

—¿¡A quién llamas «ridículo»!?

—¡Cálmense, por favor! ¡Así no podremos llegar a ningún acuerdo!

Cuando finalmente todos se callaron, Drake dejó escapar un suspiro audible y volvió a sentarse. Llevaban más de una hora debatiendo con los representantes de los distintos grupos de la Fleck. La situación había alcanzado un punto crítico: las distintas personas del lugar empezaron a acercarse y a formar grupos para compartir comida, suministros y para protegerse de los arrestos. También ayudó el hecho de que la mayoría estaban desempleados gracias al rumor de la enfermedad. De esta forma, en menos de una semana, se formaron distintos grupos, y varias personas se convirtieron en los portavoces de estos.

Hasta ese momento, los más de doscientos miembros de la Fleck pertenecían a alguno de los cinco grupos. En primer lugar, estaban los líderes que ya todos conocían y en quienes confiaban, Drake y Agatha, como representantes de «Los Aciagos», los más influyentes entre la gente. Jack, como líder de «Los Esbirros de Schwindler», estaba en segundo lugar, apoyado siempre por sus admiradores y por sus subordinados. Helge, con el apoyo de sus hijos, y al ser una de las únicas propietarias de un negocio propio, pasó a ser también una de las portavoces. Denominaron a su grupo como «Los Taberneros». Uno de los más recientes en adquirir reconocimiento fue Félix, quien consiguió ser uno de los líderes gracias a las numerosas personas que había logrado esconder de los guardias. Su grupo pasó a ser llamado «Los Guardianes». Y, finalmente, estaban Mitla y su esposo, quienes estaban al cuidado de los numerosos niños que habían quedado solos

debido al arresto de sus respectivos padres. Su grupo era conocido como «Los Garantes».

En esos momentos estaban planeando un asalto a la prisión de Lorh para liberar a sus compatriotas. Pero cada uno tenía sus propias opiniones y no lograban llegar a un acuerdo. Drake los observó uno a uno hasta fijar la mirada en Agatha, que no había dicho nada en un buen rato.

—¿Tú qué opinas, Agatha?

—¿Eh? ¿Yo? —respondió distraída.

Drake soltó un bufido. Ya estaba bastante cansado por tener que liderar esta reunión, mientras que ella ni siquiera estaba presentándole atención. Se tocó el puente de la nariz, para tratar de contener la migraña que le estaban ocasionando todos ellos.

—Mejor continuamos esto mañana. Ya es muy tarde.

Nadie se negó. Todos estaban bastante cansados, y querían volver a sus casas. Tras unas breves despedidas, solo quedaron en el salón de la taberna ellos dos.

—Estás muy distraída últimamente.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí —la espetó cruzándose de brazos—. Mira, sé que no te gusta que se metan en tus asuntos, pero estamos atravesando una crisis, así que, sea lo que sea que te esté pasando, resuélvelo rápido. Necesitamos el apoyo y colaboración de todos aquí, y el tuyo es uno de los más importantes. Recuerda eso.

—Sí, lo sé.

Agatha miraba al suelo, con las manos en puños. Al verla así, Drake suspiró, y se apiadó de ella.

—Vamos a dormir, ¿de acuerdo? —La tomó por los hombros, dándole ánimo—. Nos espera un largo día mañana.

Ella asintió; él se fue a su habitación en la planta superior, y la dejó sola en la taberna. No se movió hasta escuchar sus pasos en lo alto de la escalera. Cuando comprobó que estaba totalmente sola, se apresuró a ir hacia un de las estanterías donde Helge guardaba el licor. Eligió una de las botellas que, según sabía, tenía mayor cantidad de alcohol. Luego se dirigió a una de las mesas más apartadas y empezó a beber de a pequeños sorbos, ya que le quemaba demasiado la garganta. Después de un par de tragos, las lágrimas empezaron a salir. «Maldición... ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué ahora? Debo de estar loca», pensó.

Permaneció allí un rato, sola, llorando y bebiendo mientras observaba la radiante luna por una de las ventanas. No sabía qué más hacer. Drake tenía razón: estaba muy distraída, algo que no era propio en ella, y que la hacía menos confiable. Sabía que tenía que solucionarlo cuanto antes; los problemas no dejaban de crecer, y ella tenía una gran responsabilidad con los suyos. Necesitaba pensar en ellos; necesitaba darles alguna solución, alguna esperanza. Pero ahora... no lograba hacerlo. No lo lograba porque su mente no dejaba de pensar en él. No podía dejar de pensar en Cariel desde esa noche donde la consoló en la sala del trono y, después, cuando escuchó su historia, y ese beso que le había dado sin pensarlo. Esa noche, no logró pegar un ojo, recordándolo una y otra vez. Dio mil vueltas en la cama pero, a pesar de estar muy cansada, no logró dormir hasta que salieron los primeros rayos del sol. Y, cuando finalmente despertó, volvió

a pensar en él. Al principio trató de negarlo, pero no era tonta: sabía que lo que le estaba pasando tenía nombre, y ese nombre era «amor». Se había enamorado de Cariel. «Qué irónica puede ser la vida a veces —pensó— Odio mi reflejo, y terminé enamorada de un espejo».

Agatha sonrió con tristeza a la luna, mientras volvía a tomar un largo sorbo de la botella. Si hubiera sido de otra manera, a lo mejor habría estado muy feliz de haberse enamorado. Pero no podía estarlo, porque ella jamás podría estar con él: era imposible. Él era un espejo, un objeto, y ella era humana. Era ridículo pensar que podían tener una relación. Seguro que él pensaría lo mismo si se lo decía. En los últimos días, no sabía qué pensar o qué hacer al respecto; solo lo evitaba porque no soportaba sentirse así. No soportaba verlo y saber que él jamás podría corresponderle de la forma que ella quisiera, por lo que llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era olvidarlo. Necesitaba olvidarse de él, olvidarse de lo que sentía, pero era muy difícil. No era algo que pudiera arrancarse del pecho solo porque quisiera hacerlo: los sentimientos no funcionan así. En ese momento, empezó a ver borroso: el alcohol estaba haciéndole efecto. Trató de pararse, pero sintió mareos y volvió a sentarse de inmediato, apoyando la cabeza en la mesa.

—Tonto espejo... —chilló en voz baja—. ¿Por qué eres un espejo? ¿Por qué no puedes ser un humano? ¿Por qué eres tan malo conmigo?

Después de llorar un poco más, se quedó dormida.



Era de noche. Por el pasillo del palacio se podía ver a un hombre con una capa oscura caminando y mirando por los alrededores. Parecía estar buscando algo... o a alguien. Después de un rato, una de las puertas de las habitaciones se abrió, lo que hizo que el hombre se ocultara sorprendido detrás de un pilar. De la habitación salió el hombre de cabello largo; estaba desnudo, con una botella de vino en la mano. Dentro de la habitación se escuchó la voz aguda y soñolienta de una mujer que le pedía volver a la cama. Pero él no le hizo caso. Quería quedarse un rato afuera para tomar aire y, así, aliviar un poco su embriaguez. El hombre de la capucha, tras haberlo observado por un momento, salió detrás del pilar y se acercó a él. Al haberse percatado de su presencia, este dejó la botella a un lado para saludarlo.

—¡Ja! ¡Pero miren nada más a quién tenemos aquí! —dijo mostrando una gran sonrisa—. ¡Conde Elies Dunkel!, ¿qué lo trae por aquí?

El conde se quitó la capucha mirándolo de arriba abajo, con mala cara. Era alto, parcialmente calvo, con ojos verdes muy brillantes y amenazantes. Pero el hombre estaba demasiado borracho como para notarlo.

—Eres muy descarado, muchacho, haciendo este tipo de actividades en pleno palacio.

—¿Esta celoso, conde? —Se rio de él hoscamente—. Porque, si quiere, puedo presentársela —apuntó hacia la habitación—. Es bastante buena en lo que hace.

—Seguro que sí. Pero no me interesa. Parece que se le olvidó que soy un hombre casado ahora.

—Sí... claro. Como si eso fuera importante... —dijo ignorando sus palabras mientras tomaba otro trago de la botella—. Debería aprovechar. Ella es una mujer muy cálida, seguramente,

muchísimo más que su fría esposa... ¿Lorena se llamaba?

—Lorelay. Y, al contrario de lo que dice, ella es muy importante para mí.

—Ja. Es usted un hombre muy honrado, ¿verdad? Tan galante... su esposa tiene mucha suerte.

—Diría que yo soy el de la suerte. Hoy día es muy difícil encontrar a una mujer tan especial como ella. Tengo suerte de que se haya querido casar conmigo.

—Jajaja... ¿Habla en serio? Es evidente que se casaría con usted. Podrá ser una mujer frígida, antipática y de baja cuna, pero es inteligente. Llegar a ser condesa es lo mejor que logrará en esta vida.

El rostro del conde se tornó rojo. Su cuerpo empezó a temblar para contener la cólera que sentía. Antes de ir allí, se estaba debatiendo sobre si era prudente o no probar uno de sus nuevos hechizos sobre el duque, o si era mejor, simplemente, darle un pequeño susto y olvidar los comentarios que había hecho en el baile. Pero, ahora, estaba decidido. Seguramente, nadie extrañaría a un tipo como él.

—Le puedo asegurar que mi esposa es mucho más que una simple condesa... al igual que yo.

En ese instante, extendió su mano hacia él. Una extraña energía verde oscura lo atrapó; lo levantó dos metros del suelo y luego lo estampó contra la pared. Él aspiró fuerte, tratando de recuperar el aliento, mientras miraba al conde con una mezcla de miedo y asombro en los ojos.

—Brujo... —logró decir en voz baja, aún sin poder creerlo.

El conde le mostró una sonrisa espeluznante, mientras lo volvía a retener en el aire con esa extraña energía que le salía de las manos.

—Ya que eres tan buen observador, te daré un buen uso de ahora en adelante.

—¿¡Qué está diciendo!?! ¡Bájeme! ¡Está loco! ¡Ayuda!

El conde lo bajó hasta su altura, mirándolo fijamente a los ojos. Este lo miraba con terror, mientras él le sonreía como si se tratara de un juego que acababa de ganar.

—A partir de ahora, serás mis ojos y mis oídos.

Acto seguido, lanzó con fuerza al hombre a un espejo mediano que había en el pasillo. Este, en lugar de romperse, lo absorbió en una masa negra y gris, mientras él gritaba desesperado. Un segundo después, el pasillo volvía a estar en calma, y el espejo seguía intacto.

—Adiós, señor Velazco Meyer.



—¡Agatha, Agatha! ¡Despierta! —le gritaba Timothee mientras la sacudía.

Ella se levantó de un salto, lo que causó que él se cayera hacia atrás. Lía, que estaba a su lado, lo ayudó a levantarse enseguida. Ambos miraron a la chica recién levantada, muy preocupados. Estaba mirando a la ventana con una expresión rara. Era como si hubiera visto un fantasma.

—Agatha, ¿estás bien?

Ella los miró un momento sin decir nada. En un instante, su expresión cambió, y salió corriendo escaleras arriba. Timothee y Lía la vieron alejarse y luego se miraron el uno al otro con expresiones confusas.

—Está loca —comentó el niño muy serio, a lo que Lía asintió.

24.

Después de ese extraño sueño, tardó un tiempo en volver a la realidad. Su cuello y su espalda estaban adoloridos por haber dormido sobre la mesa la noche anterior, pero no les dio importancia. Su único interés era ver a Cariel. Necesitaba contarle... necesitaba decirle lo que había acabado de ver. Pero, al subir las escaleras, el espejo no estaba. Asustada, volvió a bajar corriendo; casi cayó de cara al suelo cuando saltó el último peldaño. Al llegar junto a Lía y a Timothee, les preguntó desesperada:

—¿Dónde está Cariel? ¿Dónde está?

—Drake y Dahs lo llevaron para explorar. Dijeron algo de una misión secreta. Yo quería ir, pero no me dejaron.

El niño se cruzó de brazos muy molesto. Lía trató de animarlo haciendo unos gestos. «Debieron de haber ido a la prisión. Seguro es para investigar el número de guardias y sus movimientos», supuso. Agatha suspiró cansada. La prisión quedaba al otro lado de la ciudad; era de día, y ella aún tenía pedido de captura. No podía ir tan descuidadamente a la boca del lobo solo por un sueño. Además, ¿qué iba a decirle?, ¿que, en realidad, era un duque?, ¿que su abuelo lo había encerrado en un espejo por haber criticado a su abuela y que se había enterado por medio de un sueño que había tenido estando ebria? Seguro pensaría que estaba loca. Necesitaba confirmarlo; necesitaba algo que le confirmara que Cariel era ese duque llamado «Velazco» y que estaba bajo un hechizo. En ese momento, una idea se cruzó por su mente.

—Necesito salir. No me esperen. —Volvió a subir corriendo a su habitación.

—Si esa chica daña mi escalera, se las voy a cobrar —refunfuñó Helge a Lía.

—Ya, mamá. No exageres —le reprochó su hijo menor mientras afinaba una guitarra.

—¡Que no exagere! ¿¡Tienes idea de cuánto cuesta la reparación de una escalera hoy en día!? ¡Niño insolente! —le gritó, golpeándolo en la cabeza repetidas veces con un cucharón de madera, mientras Agatha salía del local vestida con una túnica marrón y con su morral lleno de monedas, sin que nadie se diera cuenta.



Ya le faltaba poco para llegar a la periferia de la ciudad y tomar el camino del bosque que conducía al mercado negro. Agatha trataba de pasar desapercibida entre el resto de la gente, pero su impaciencia hacía que su caminar pareciera más bien un intento desesperado por ganar alguna carrera, y el sonar de las monedas al chocarse unas contra otras dentro de su morral tampoco la ayudaban mucho en su cometido. Algunas personas, al verla, se apartaban rápido de su camino para no ser atropelladas y, cuando esta pasaba sin siquiera disculparse, se la quedaban viendo, murmurando entre ellos. El general Hasser, que se encontraba tomando unos tragos con otros dos soldados en un bar de allí, no tardó en notar a ese extraño y sospechoso personaje. Por eso, tomando el último trago a su jarra, le hizo señas a sus subordinados para que lo siguieran en

silencio. Unos cuantos pasos más adelante, cuando estaba por salir de la ciudad, el general les gritó a los guardias que custodiaban la entrada:

—¡Detengan a ese encapuchado! ¡No le permitan salir hasta que confirme su identidad!

A su orden, los dos soldados bajaron sus espadas en diagonal, cerrando el paso. Agatha se paró en seco frente a ellos, ajustándose más la capucha al reconocer la voz del general a su espalda.

—Disculpe, señor. No podemos dejarlo salir hasta que verifiquemos su identidad —le advirtió uno de ellos—. Por favor, quítese la capucha y exprese los motivos por los cuales desea salir al bosque.

Ella los miró medio inclinada, mordiéndose el labio inferior, mientras giraba lentamente la cabeza hacia atrás: el general estaba a unos cuatro metros, yendo directo a su encuentro con dos soldados armados a su espalda. «Mierda. Mierda», pensó mientras se echaba a correr en dirección a una calle estrecha de la ciudad.

—¡Atrápenlo! ¡Que no escape! —gritó el general apuntando hacia ella.

Sus dos escoltas y los guardias de la puerta empezaron a perseguirla con las espadas desenvainadas, mientras el general tomaba otra dirección.

—¡Alto en el nombre del rey!

—¡Deténgase ahora, o será llevado a prisión de inmediato!

Agatha corrió empujando a todo transeúnte que tuviera la mala suerte de cruzarse por su camino, hasta que logro subirse al tejado de una pequeña casa. Saltando a un callejón detrás de esta, extendió sus manos, y se volvió invisible. Al llegar, los soldados empezaron a revisar todo el perímetro sin encontrar nada. Negando con la cabeza entre ellos, salieron corriendo del callejón hacia otra dirección. Agatha suspiró aliviada mientras se volvía a materializar pegada a una de las paredes que daba a la calle. Cuando estaba a punto de salir de allí, un hombre corpulento saltó del techo, quedando justo frente a ella. Este aprovechó su segundo de desconcierto; la tomó del cuello, golpeándola contra la pared.

—Parece que hoy es mi día de suerte. Al fin nos encontramos de nuevo, pequeña gatita... ¿O debería decir «pequeña bruja»? —habló sonriendo maliciosamente—. No sabes lo mucho que te estuve buscando.

—No sabía que me extrañabas tanto, Alonso. —Apenas podía hablar por la falta de aire—. Me hubieras mandado una carta.

—No me malinterpretes. Tú eres la última persona a quien echaría de menos. Pero la reina sí que te extraña mucho. Hasta emapeló tu cara por toda la ciudad para encontrarte.

—Qué considerado de su parte —ironizó mientras trataba de hundirle las uñas en el brazo que la tenía sujeta, sin mucho éxito—. Es una lástima que yo no quiera volver a verla.

El general apretó más su agarre, lo que hizo que Agatha empezara a quedar azul, mostrando un gesto de dolor. Esto lo hizo sentir eufórico y, sonriendo, le susurró al oído:

—Me temo que no tienes otra opción... princesita.

Con esa última palabra, la ira se extendió por todo su cuerpo. Concentró las últimas fuerzas que le quedaban en uno de sus pies y le dio una fuerte patada en sus partes nobles. Sorprendido, el general la soltó, protegiéndose instintivamente su entrepierna con ambas manos, momento que

Agatha aprovechó para sacar la daga que llevaba en su cinturón y cortar la parte del tahalí donde estaba su insignia. En un movimiento rápido, la tomó y se subió al techo, mirándolo hacia abajo con cara burlona.

—Gracias por el regalo. Lo cuidaré bien —dijo agitando el paño con la insignia—. Y dile a Blanca que gracias por su invitación, pero no puedo aceptarla.

—¡Maldita ladrona! ¡Voy a matarte! ¡Voy a matarlos a todos!

—Tendrás que encontrarnos primero. —Agatha le sonrió con suficiencia mientras guardaba su trofeo en el morral. Estaba por irse cuando el general empezó a reír histéricamente, lo que hizo que esta lo mirara con una mezcla de curiosidad y confusión. La risa no se detuvo por un minuto entero, lo que la hizo sentir muy incómoda y nerviosa—. ¡¿De qué te ríes?! —preguntó molesta.

El aludido guardó silencio enderezando su postura. La miró con una sonrisa sádica y se recostó contra la pared, tomándose todo el tiempo del mundo antes de contestar. Agatha observaba fijamente cada uno de sus movimientos con un creciente nerviosismo en su interior.

—Dime, Agatha. Las personas en la Fleck son muy importantes para ti, ¿verdad? —Esta pregunta hizo que sus pupilas se dilataran y su expresión seria se quebrara por unos segundos, pero logró controlarse y mantenerse firme sin decir nada—. Me dan pena, ¿sabes? Esa pobre gente que no tiene nada para comer teniendo que pagar todos esos impuestos, además de tener que enfrentar tan terrible enfermedad. Debe ser muy duro.

—¡¿A dónde quieres llegar con esto?!

Él le sonrió nuevamente, haciendo que su nerviosismo se convirtiera en ira contenida nuevamente.

—Oh, a ningún lado, en realidad. Solo tenía curiosidad por saber cómo se siente ser la causa de todo ese sufrimiento. —Le mostró una sonrisa de suficiencia. Agatha se quedó helada ante sus palabras. «¿La causa? ¿Yo soy la causa de los impuestos? No es posible. Está mintiendo», quiso autoconvencerse—. Oh, ¿no lo sabías? Qué pena, ya que la reina se esforzó mucho en ello. Pensó que, si hacía sufrir un poco a ese grupo de inadaptados, tú saldrías de tu escondite enseguida para protegerlos. Pero ya veo que ese no es el caso.

—¿De qué carajos estás hablando? El rey fue quien decretó los impuestos. La reina no tiene nada que ver.

—¿Estás segura de eso? —Se apartó del muro mirándola directamente a los ojos—. Dime, querida, ¿por qué el rey se interesaría en arrestar a unos pobres diablos que no tienen ni dónde caerse muertos? ¿Qué interés podría tener en ello?

«Ninguno», pensó. Una ola de comprensión golpeó la mente de Agatha. Sus sospechas sobre la intromisión de su media hermana eran acertadas. Todos los impuestos, la recompensa sobre su cabeza y, posiblemente, los rumores sobre la enfermedad estaban destinados a un único fin: hacer que ella tomase el lugar de su hija. Realmente, la reina había sido capaz de lastimar a tantas personas con tal de convertirla en una herramienta política. La repulsión y el asco se apoderaron de ella, lo que le causó arcadas en la garganta.

—¡¿Qué más sabes?! —La pregunta sonó más como una orden mientras apuntaba al general con su daga.

Este se encogió de hombros mirándola con gesto aburrido.

—Solo sé que está dispuesta a hacer lo que sea con tal de que te conviertas en su princesa. Yo que tú consideraría la oferta antes de que las cosas se pongan más feas. —Sonrió gentilmente—. Después de todo, vivir en un castillo rodeada de lujos y sirvientes no suena mal, ¿verdad?

Agatha lo miró con repugnancia. Esa mal fingida cordialidad con la que intentaba convencerla era más detestable que su personalidad normal. Realmente, prefería que intentara matarla antes de que la mirara con esa sonrisa. Sin querer perder más tiempo, tomó una decisión:

—Dile a mi *hermanita* que mi respuesta es esta —dijo extendiendo el brazo derecho y levantando el dedo medio.

—¿Qué carajos significa eso?! —le gritó molesto.

No entendía el significado de ese gesto en particular pero, viniendo de una ladrona inmunda y mediocre como ella, estaba seguro de que no podía significar nada bueno. Ella copió su sonrisa gentil y le respondió:

—Es un gesto muy usado en los barrios marginales. Significa «Vete a la mierda».

Habiendo dicho eso, saltó del techo, dejando solo en el callejón a un muy encolerizado general, que juró matarla la próxima vez que la viera.

25.

V—aya. Vaya. Qué sorpresa verte nuevamente. Pensé que no volverías —dijo una mujer de largo cabello oscuro detrás del mostrador de la tienda de magia. Tenía unos extraños ojos dorados y la nariz muy respingada. Destilaba una vibra muy inquietante; no parecía humana, pero tampoco parecía ser de alguna otra raza que ella conociera.

—Sí, bueno. Necesito algo y este es el único lugar donde puedo conseguirlo —le confesó bajándose la capucha.

Después de la persecución por la ciudad y de la posterior revelación que había tenido por parte del general, Agatha estaba indecisa sobre si lo mejor que podía hacer era volver a la taberna a informar a sus hermanos o seguir con su plan inicial. Como ya estaba tan cerca del bosque, optó por la segunda opción. Además, la incertidumbre que sentía sobre la situación de Cariel era demasiado grande como para dejarla para otro día.

La tienda era muy pequeña y estaba muy apartada del resto de las tiendas del mercado negro. Ella conocía muy bien el lugar, puesto que siempre iba para vender sus mercaderías, pero era muy peligroso ir sola. La única otra vez que lo había hecho, estaba con Cariel, quien la había llevado a esa extraña tienda para comprar su libro de magia. A ella todo le había parecido demasiado costoso, y se había jurado no volver nunca más. Pero era el único lugar que conocía donde podía confirmar si su sueño era real o no.

—Dime, querida, ¿qué necesitas de mí?

La mujer le mostró una gran sonrisa, lo que la hizo sentir incómoda.

«Se parece a un gato. Y no uno bonito», pensó. En efecto, sus ojos parecieron brillar como si estuviese viendo a una jugosa presa.

—Yo... —se aclaró la garganta—... necesito respuestas. Tú sabes mucho sobre magia, ¿o no?

—Más que la mayoría. Pero me temo que mi memoria suele fallar a veces —dijo mirando el morral en su cintura.

Agatha bufó mientras ponía un par de monedas en el mostrador. La mujer las tomó inmediatamente y se las guardó en su pecho.

—Chica lista. —Sonrió complacida—. Me agradas.

«Desearía poder decir lo mismo», se dijo.

—Bien. ¿Qué sabes sobre hechizos y sobre objetos mágicos?

—Qué pregunta más interesante... Bueno, para empezar, como seguro ya sabes, la magia de hechizos es el tipo de magia de sombras que sirve para transformar o someter a otra persona. Al igual que todos los otros tipos de magia, no puede durar para siempre y, generalmente, el que los lanza emplea una contramedida para que puedan romperse antes de tiempo debido a su gravedad. Pero algunos hechiceros, sobre todo los humanos, prefieren no hacerlo. —Sonrió.

—¿Por qué no?

—¿Porque son ruines tal vez? No lo sé. Depende de cada quién lanzar una contramedida que

permita romper su hechizo antes de tiempo, o dejar que se agote con el tiempo.

—¿Cómo son esas contramedidas?

—Mmm... déjame ver... lo tengo en la punta de la lengua. —Agatha le pasó otro par de monedas que ella volvió a guardar inmediatamente—. Ah, ya me acordé. Suelen ser frases cuando terminan de lanzar el hechizo. Algo como «No podrás despertar a menor que te bese un príncipe» o «No volverás a ser humano hasta que encuentres una flor en invierno».

Ella recordó su sueño; el conde no había dicho nada como eso cuando terminó de lanzar su hechizo contra el duque.

—No hay una contramedida —dijo en voz baja, muy decepcionada.

La mujer examinó su expresión por un tiempo, sonriendo. Esta situación era verdaderamente divertida para ella.

—Parece que quieres romper la maldición de ese simpático espejo que tenías en el cuello.

Agatha la miró sorprendida.

—¿C-cómo tú...?

—Eres muy obvia, querida. Si no querías que lo descubriera, debiste ocultar mejor tu expresión.

Se le subieron los colores al rostro, y tuvo que apartar la mirada avergonzada. «¿En serio soy tan obvia? ¡Diablos!», se reprochó.

—En todo caso, ¿cómo estás tan segura de que es una maldición, y no un objeto encantado?

Esto era importante. Cariel estaba seguro de ser un simple espejo creado para cumplir los deseos de su dueño. Pero, en su sueño, él era un hombre que había sido encarcelado en un espejo. Si, realmente, era un humano, ella podría intentar romper el hechizo. Pero, si no lo era, tendría que aceptar el hecho de que nunca podrían estar juntos. La vendedora se quedó callada mirándola. Agatha bufó mientras sacaba otras dos monedas de su morral y se las tendía.

—Es muy sencillo —respondió guardando las monedas nuevamente—. Los objetos mágicos, por muy inteligentes que parezcan, no tienen sentimientos. —La mujer se apoyó en la barra hasta quedar a escasos centímetros de su rostro. Mirándola con ojos fijos y con una sonrisa muy aguda, le dijo—: Ese espejo tiene muchos sentimientos. —Agatha retrocedió un par de pasos para alejarse de los extraños ojos brillantes de la mujer. En ese momento pensó en todas sus interacciones con Cariel desde el día que se conocieron: sus quejas, su incomodidad, sus gritos, sus disculpas por ser tan entrometido, sus risas, su mirada de preocupación cuando la había consolado en el palacio.

«Es humano —concluyó sonriendo—. Cariel es humano. Tenía razón». Tuvo que tocarse la cara para evitar que un par de lágrimas de felicidad escaparan por sus ojos.

—Si no hay una contramedida —dijo la mujer interrumpiendo sus pensamientos—, tendrás que esperar a que el hechizo se rompa por sí mismo.

Ella la miró estupefacta.

—¿Cuánto tiempo? —se aproximó desesperadamente al mostrador mirándola fijamente—. ¿Cuánto tiempo tarda en romperse un hechizo?

—Mmm... depende de la habilidad del hechicero. Si es realmente bueno y tiene una fuerte

conexión mágica, puede tardar muchos años. Tal vez unos... ¿sesenta o setenta? —Con esas últimas palabras, a Agatha se le cayó el alma a los pies. Cariel llevaba más de veinte años encerrado en ese espejo, y aun ni siquiera llegaba a la mitad de esos números. Le había dicho que su abuelo era uno de los mejores brujos que existían en su tiempo, así que era obvio que el hechizo tardaría mucho más en romperse—. Pero puede ser que haya una alternativa. —La mujer la miró nuevamente con su extraña sonrisa—. Aunque puede ser muy peligrosa. Dime, querida, ¿hasta dónde estás dispuesta a llegar para romper ese hechizo?

Agatha tragó saliva. No le gustaba para nada la dirección en la que estaba yendo su conversación. Si hubiera sido una persona precavida, habría seguido su instinto de salir corriendo de allí. Pero se trataba de Cariel, y ella no se destacaba por ser una mujer precavida.

—Hasta el final —respondió muy decidida.

La mujer sonrió complacida.

—Sabía que me caías bien. Solo espero que hayas llenado ese morral antes de salir de casa.



Era de noche cuando finalmente logró volver a la taberna. Los chicos habían llegado un par de horas antes. Estaban en la sala discutiendo sobre las posibles entradas y estrategias para salvar a los deudores encarcelados. Agatha los miraba desde el hueco de la escalera con las manos, estrujando su morral casi vacío. Si los mellizos llegaban a enterarse de que había ido sola al mercado negro y cuánto había gastado por un solo artículo, la colgarían allí mismo. Sacudió la cabeza alejando esos feos pensamientos. Era por algo importante: era para ayudar a Cariel. Seguramente, lo entenderían. Aun así, no pensaba decírselo hasta más adelante. Esperó un rato más en la escalera hasta que los mellizos terminaron de hablar y se fueron a sus respectivas habitaciones, dejando a Cariel solo en la sala. Ella se aproximó a él muy lentamente. Hacía un par de días que se evitaban, por lo que estaba algo nerviosa. Pero eso no importaba ahora: tenía que decirle la verdad.

—Cariel... ¿podemos hablar?

Él la miró un momento sin decir nada. Un silencio incómodo se apoderó de la habitación. Cuando estaba por volver a preguntárselo, él le respondió:

—Sí... yo... también tengo algo que decirte.

Eso la sorprendió un poco. No esperaba que él también tuviera algo que decirle. Pero, seguro, no era nada comparado con lo que ella tenía que decirle.

—Bueno, entonces... tal vez te sonará extraño, pero ¿puedo llevar tu espejo original a mi cuarto?

—¿Qué? —Él la miró muy extrañado—. ¿Por qué quieres hacer eso?

—Es importante, ¿de acuerdo? Solo será un momento.

Él la miró sin poder creerlo. Normalmente le gritaba si usaba el espejo de su habitación sin su consentimiento. Pero ¿ahora quería llevar su espejo original también? Eso lo confundió, pero no le quedó más remedio que aceptar. Después de todo, tenía que decirle la verdad antes de echarse para atrás.

Una vez dentro de la habitación, ella lo colocó sobre su cama, y lo apoyó contra la pared. Después dejó su morral en su mesa de noche y empezó a caminar en círculos por la habitación.

—Bueno... ¿Por dónde empiezo? —No paraba de frotarse las manos, nerviosa—. Yo fui hoy al mercado negro. A la tienda de magia.

—¿Qué? Espera, ¿fuiste tú sola allá?

—Sí, lo que pasa es que...

—¡Sabes lo peligroso que es que vayas tú sola a ese lugar! ¡Y más aún a esa tienda! ¿Tienes idea de lo que te pudo haber pasado?

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero era urgente. Necesitaba ir.

—¿Qué puede ser más importante que tu seguridad?!, ¿eh?!

—¡Tú! ¡Eres tú! ¡Tu vida es más importante!

—¿Qué? —Él la miró sorprendido—. Pero ¿te volviste loca o qué? ¿De qué vida me estás hablando? Soy solo un espejo.

—Eso no es cierto. No eres solo un espejo. Tú eres un humano. Eres como yo. Tu vida es importante para mí.

Se miraron por un momento en silencio. Cariel no podía creer lo que le estaba diciendo. ¿Él?, ¿humano? Claramente, debía estar alucinando o haber tomado más de la cuenta.

—Mira, Agatha. No sé de dónde sacaste eso. Pero te puedo asegurar...

—¡Es cierto! —lo interrumpió—. Lo vi en mis sueños, y esa espeluznante señora en la tienda de magia me lo confirmó: tú eres un humano.

Esto era demasiado. Cuando fuera de día, le diría a Helge que guardara bajo llave todas sus botellas de alcohol.

—Agatha, yo no soy más que un objeto mágico, creado para servir a mi amo. Esa es mi utilidad, esa es mi razón de existir.

—No. No lo eres. —Se aproximó a él, tocando su marco con los ojos acuosos—. Los objetos mágicos no tienen sentimientos... y yo sé que tú sí los tienes. No eres un objeto. A ti te encerraron en este espejo. —Cariel estaba por rebatir sus palabras nuevamente, pero un extraño dolor punzante le impidió hacerlo. Era la primera vez que le pasaba, como si se tratara de un fuerte dolor de cabeza. Agatha no pudo notarlo. Solo siguió hablando mientras acariciaba su marco—. Fue... mi abuelo. El conde Elies Dunkel... tú lo hiciste enojar, y el decidió maldecirte por eso, encerrándote en este espejo.

El dolor se volvió más agudo. Sus palabras parecieron abrir su mente. Un montón de imágenes de una vida que hasta ahora había olvidado se apoderaron de él. Eran demasiadas, y el dolor se volvía cada vez más insoportable.

—Agatha, para —le pidió en voz baja tratando de detenerla, pero ella no le hizo caso.

—Eras un duque en otro reino. En otra época.

—Por favor, para.

—Y tu nombre era «Velazco Meyer».

—¡AHHHH! ¡YA CÁLLATE!

Agatha se cayó al suelo sorprendida cuando una extraña luz blanca empezó a brillar fuertemente en el espejo. Cariel gritaba aterrorizado sin poder parar el flujo de imágenes que lo invadían. Imágenes de su vida: sus padres, su niñez, sus clases de música, su educación, los bailes a los que había asistido, el funeral de su padre, su nombramiento como duque, las mujeres a las que había cortejado, la sonrisa del conde Dunkel cuando lo había maldecido y el momento en que había vuelto a abrir los ojos dentro del espejo sin recordar nada. Era demasiado. En un momento, comenzó a resquebrajarse, lo que le provocó terribles dolores. Agatha estaba parada frente a él. Apenas podía verla. Estaba gritando, pero no lograba escucharla. Se veía muy asustada tratando de evitar que las grietas se extendieran. Después de unos segundos que parecieron ser horas, la luz empezó a apagarse. En un parpadeo, la habitación volvía a estar en calma. Agatha lo miraba con ojos muy abiertos sin decir una palabra; estaba pasmada.

—¿Agatha? —preguntó despacio, sorprendido a la vez de lo extraña que se escuchaba su voz. Ya no era una extraña voz disonante y con eco. Ahora se escuchaba grave y firme. Era la voz de un hombre—. ¿Estás bien?

—Tu... tu rostro... Tienes un rostro.

—¿Tengo un qué?

Agatha se levantó rápidamente y arrastró su espejo para ponerlo frente a él. Después de unos segundos de estar observándolo sin poder creerlo, quitó la manta. El rostro de un joven hombre de mandíbula fuerte, ojos azules y largo cabello rubio le devolvió la mirada. Era su rostro, el rostro que había olvidado, el rostro que no había podido ver durante más de veinte años. Para Agatha también fue una sorpresa verlo. En todos sus sueños nunca había llegado a verle el rostro completamente. Había tratado de imaginar muchas veces cómo sería el rostro de ese extraño duque y ahora lo tenía enfrente. Tuvo que admitir que era mucho más atractivo que cómo lo había imaginado.

—Agatha.

—¡Sí! —respondió sobresaltada.

Era muy extraño ver a ese hombre en el espejo y también escuchar su voz. No se parecía en nada a la máscara blanca o a la voz a la que estaba tan acostumbrada a ver y a escuchar.

—¿Qué más te dijo la señora de la tienda?

26.

W—oow. ¿Eres rubio? Siempre pensé que serías pelirrojo —apreció Timothee mientras observaba entusiasmado al espejo roto, que ahora mostraba el rostro de un hombre.

—¿Eso es lo único que te sorprende? Yo sigo sin creer que sea un hombre —comentó Drake.

—Y encima se nota que es uno de esos tipos petimetres de alta cuna. La máscara blanca me caía mejor —dijo Dahs cruzándose de brazos.

—



—(*Es muy guapo*).

—Está pasable. Pero, seguro, no puede ni levantar un saco de harina —añadió Drake, celoso por el comentario de Lía—. Se nota que es de los que se la pasan encerrados leyendo libros.

El hombre en el espejo se rio por el comentario, y todos lo miraron muy callados. Aún no podían creerlo. Esa mañana, se habían encontrado con que el espejo en la sala estaba todo resquebrajado y, en lugar de la máscara blanca a la que estaban tan acostumbrados, estaba este extraño hombre de ojos azules mirándolos. No sabían cómo sentirse al respecto con toda la situación. Tanto Agatha como Cariel les habían contado toda la historia, pero aún no podían creerlo. Era difícil de digerir que todo ese tiempo habían estado hablando y conviviendo con un duque de la nobleza. Tipos como él, normalmente, los despreciaban y los menospreciaban todo el tiempo. Aunque se trataba de Cariel, era una situación extraña. Agatha los miraba a todos mordiéndose los labios. «Si están así de incómodos por haberse enterado de que Cariel es un duque, ¿cómo reaccionarían si se enteraran de que soy una princesa?». En ese momento, negó con la cabeza. No tenía que preocuparse; después de todo, ella nunca les contaría sobre eso y estaba segura de que Cariel tampoco lo haría.

—Vamos, chicos. Soy el mismo de siempre. Solo que... algo más humano.

El rostro en el espejo les sonrió con una mezcla de tristeza y alegría en los ojos. Le dolía un poco que lo miraran y trataran tan diferente ahora, pero no podía culparlos. Para él también era algo difícil de aceptar. Durante más de una década había pensado que era un objeto: un espejo destinado a ser los ojos y oídos de su dueño. Pero ahora sabía la verdad. Le habían arrebatado su vida, lo habían encerrado, y obligado a ser un simple sirviente de un brujo y, luego, de la despiadada hija de este. Había vivido engañado durante años. En ese momento, tenía muchos sentimientos encontrados y contradictorios. Se sentía traicionado por el conde Dunkel. Si este aun estuviera vivo, sin duda le lanzaría mil insultos y blasfemias. Lo injuriaría hasta quedarse sin voz. Pero eso ya no importaba: ese hombre ya no existía. No había nada que él pudiera hacer. Se sentía estúpido por haber considerado al conde como un hombre justo y bueno durante todo ese tiempo. Pero, de cierta manera, podía entenderlo. Y la razón era sencilla: Agatha. Si había algo que él podía recordar muy bien del conde era el intenso amor y devoción que sentía por su

esposa, la condesa Lorelay, la mujer a la que él había ofendido y criticado fuertemente. Si alguien le hubiera dicho las mismas palabras sobre Agatha, seguramente, el también habría reaccionado como el conde, si hubiera podido. Por ese motivo, no podía culparlo del todo. Él había sido, de cierta forma, el causante de su propio maleficio.

—Y, ahora, ¿cómo debemos llamarte? ¿«Cariel?»», «¿Milord Meyer?»», «¿Velazco?» —preguntó Dahs mirándolo de reojo.

El espejo se quedó callado mientras todo el grupo esperaba ansioso su respuesta. Desde que había recuperado la memoria, lo único que había hecho había sido pensar en su pasado como noble y en que quería recuperar su humanidad cuanto antes. Pero ¿después qué? Agatha le había dicho que podía romper su hechizo cuando él quisiera. Pero él decidió postergarlo hasta el día siguiente. En realidad, no tenía ni la menor idea de qué haría después de volver a ser humano. Sabía muy bien que era imposible retomar su vida anterior: después de todo, había desaparecido por más de veinte años. Obviamente, muchas de las personas de su vida pasada ya no existían, o estarían demasiado ancianas para recordarlo. A lo mejor podría volver y presentarse como su propio hijo o nieto perdido, pero no había garantía de que le creyeran. Además, no estaba seguro de querer regresar a esa vida. Se sentía muy a gusto donde estaba ahora, pero no tenía el derecho a quedarse. No sin antes decirle la verdad a ella. Pero, si había algo seguro para él en ese momento, era que Velazco Meyer había dejado de existir hacía mucho tiempo.

—Cariel. Solo Cariel está bien. —El hombre en el espejo les sonrió un tanto incómodo—. Seguimos siendo una... especie de familia después de todo, ¿o no? —Él los miró nervioso esperando su respuesta.

—Claro que sí. —Agatha fue la primera en hablar—. Eres de los nuestros. Eres un Aciago.

—Supongo que sí. Aunque no pienses que te vamos a tratar mejor solo porque antes eras un noble. Aquí somos todos iguales —recalcó Dahs poniendo especial énfasis en sus últimas palabras.

—Es cierto. Si quieres seguir siendo de los nuestros, humano o no, tendrás que trabajar como todos, ¿entendido?

—¡Entendido! Ya verán. Seré mucho mejor que todos ustedes juntos en poco tiempo —respondió confiado, mostrando una sonrisa de suficiencia.

Los demás se miraron los unos a los otros, volteando los ojos.

—Ya. Podrá verse diferente, pero sigue siendo el mismo odioso presuntuoso de siempre.

—Sin duda. Tal vez no deberíamos sacarlo del espejo después de todo —respondió Drake mientras se rascaba la barbilla.

Cariel lo miró inmediatamente sorprendido y algo asustado por partes iguales. Esa reacción lo hizo sonreír, pero su sonrisa no duró mucho cuando Agatha lo miró a él con evidente intención asesina.

—¡Era broma! No me mires así; ya sabes que me gusta bromear con el espejito.

Ella bufó mientras negaba con la cabeza, y Cariel, finalmente, pudo relajar su expresión. A ninguno de los dos les había parecido divertido el comentario.

—Pero... ¿cómo lo van a sacar del espejo? —preguntó Timothee mirando a Cariel.

—Con un contrahechizo —respondió Agatha, lo que provocó que todos la miraran.

Puso el libro que tenía en las manos sobre la mesa y empezó a pasar las páginas. El resto se acercó con curiosidad. Después de unos segundos, se detuvo en una página que mostraba un extraño dibujo; era un círculo con extraños pictogramas de diversas formas geométricas en su interior, además de tener unas extrañas letras alrededor de su circunferencia y en su centro.

—Ya que el conde Dunkel no puso una contramedida cuando te encerró en el espejo, solo tenemos dos formas de sacarte de ahí: o bien esperar a que el hechizo se rompa solo, lo que podría demorar años, o podemos hacer un contrahechizo. Este de aquí sirve para romper maldiciones. Solo hay que dibujarlo en el suelo exactamente igual al del libro, poner el espejo en el centro, y un brujo hechicero debe recitarlo. Así, la maldición se romperá.

Agatha los miró con una sonrisa de suficiencia. Todos guardaron silencio por unos segundos mirándose entre ellos preocupados, y sin entender por qué se mostraba tan confiada.

—Pero, Agatha, tú eres una bruja velada, y no una bruja hechicera. No puedes hacer hechizos.

—Claro que sí —les dijo muy segura, mientras rebuscaba en su morral. Los demás miraron curiosos cuando extrajo una extraña piedra disforme de color cetrino y lo puso sobre la mesa. La piedra parecía tener una extraña luz titilante en su interior—. Esto es una piedra de conversión. Permite a un usuario de magia incrementar su afinidad o cambiarla por un corto periodo de tiempo. Con esto puedo liberar a Cariel.

Todos miraron maravillados la extraña piedra. Para todos ellos, el mundo de la magia y de los objetos mágicos era algo que nunca habían experimentado antes, así que cada cosa nueva que descubrían los sorprendía. El único que no parecía emocionado era Cariel, que los miraba con el ceño fruncido y con los brazos entrelazados.

—Creo que será mejor encontrar a un brujo hechicero que lo haga. Utilizar un tipo diferente de magia al propio es riesgoso, sobre todo si eres un novato.

Ella lo miró molesta, al tiempo que se acercaba hasta que sus rostros estuvieron a solo centímetros de tocarse.

—Yo fui la que buscó el contrahechizo. Yo compré la piedra. Fui yo la que descubrió sobre tu maleficio, así que seré yo la que lo rompa, ¿entendido?

Cariel suspiró mientras se llevaba la mano a la frente y la miraba de reojo. Pensó en discutir con ella, pero ya sabía que, cuando se ponía así, esa era la peor estrategia. De este modo, optó por un enfoque más diplomático.

—Mira, Agatha, la hechicería es el tipo de magia más poderosa y a la vez la más difícil de aprender. Los pentagramas deben ser exactos, la pronunciación de los hechizos debe ser perfecta y la afinidad mágica debe ser la suficiente para que un hechizo sea eficaz. Hay muchos factores a tener en cuenta, sin mencionar que no es un tipo de magia a la que estés acostumbrada. Si algo sale mal, puedes resultar muy herida.

—Por eso te tengo a ti. Fuiste el ayudante del conde Dunkel por años. Conoces todos y cada uno de sus trucos. Si tú me ayudas, seguramente, lo lograremos.

—Agatha, por favor, es peligroso. No quiero que salgas lastimada por mi culpa.

—¡No me importa! ¡Yo quiero hacerlo!

—¡Agatha!

Los dos se miraron fijamente apretando los puños. Ninguno iba a retroceder. El ambiente se volvió pesado; el resto los observaba incómodos contemplando la batalla de nervios que estaban librando.

—Agatha... —Drake fue el primero en intervenir con un tono bajo, pero firme—. Es mejor que lo escuches. Si es peligroso, es mejor esperar y encontrar a alguien más apto para sacarlo del espejo.

—Es lo mejor —añadió Dahs apoyando las palabras de su mellizo—. No queremos que salgas herida.

Ella los miró conteniendo la respiración y apretando más los puños. Era cierto: lo más razonable era esperar y encontrar a algún usuario de magia hechicera que pudiera hacer el contrahechizo sin riesgos. Pero no podía aceptarlo, no podía quedarse de brazos cruzados y esperar. Porque a Cariel ya no le quedaba mucho tiempo. Tomó aire y relajó las manos. «Hubiera preferido no tener que explicar todo para no preocuparlos, pero parece que no hay otra forma de convencerlos», pensó.

—Tengo que hacerlo. —Una solitaria lagrima rodó por su mejilla derecha sin que se diera cuenta, mientras miraba los ojos azules del hombre del espejo—. Ya no te queda mucho tiempo. La vendedora de la tienda mágica me lo advirtió. Me dijo que, si el espejo se resquebrajaba cuando te dijera la verdad, no habría mucho tiempo para sacarte de este.

—¿Qué quieres decir?

—Que el hecho de que hayas recuperado la memoria afecta directamente al hechizo. Se supone que no recordarías nada hasta que se rompiera por sí mismo pero, gracias a que recordaste, el hechizo se rompió a medias. Si no lo rompemos por completo pronto, el espejo colapsará en un par de días, y tu alma permanecerá atrapada en este para siempre.

Todos la miraron consternados. El rostro de Cariel palideció, y sus labios temblaron sin poder decir nada. Dahs miró a Agatha furioso y, poniendo sus manos sobre sus hombros, la sacudió con fuerza.

—¿¡En qué estabas pensando!? Si lo que dices es cierto, ¡¿por qué carajos le dijiste la verdad?! ¡Hubieras esperado a encontrar a otra persona que rompiera el hechizo sin que él lo supiera!

—¡No lo pensé! —le gritó zafándose de su agarre—. ¡No pensé que se rompería cuando le dijera la verdad! ¡Solo quería convencerlo para que me dejara hacer el hechizo! ¡Yo solo quería ayudarlo!

—¡Sabías que podía pasar y, aun así, lo hiciste! ¿Eres idiota o qué? ¡Cariel está en peligro por tu culpa!

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos sin parar. Ella estaba muy arrepentida de haber actuado de forma tan impulsiva. Sabía qué podía llegar a pasar, pero se había confiado tontamente en que, si se lo explicaba a Cariel con calma, él lo entendería, y el espejo no se resquebrajaría. No quería romper el hechizo; solo quería convencerlo, para que ya no pensara que era solo un simple objeto. Quería que supiera que él era tan humano como ella. Cuando lo vio por primera vez con su aspecto humano, se sorprendió mucho, pero se sorprendió aún más

cuando vio que el espejo estaba roto. Sabía que había actuado de forma impulsiva y lo había puesto en peligro pero, como tenía el contrahechizo y la piedra de convergencia, trató de convencerse de que todo saldría bien al final. Agatha agachó la cabeza y se limpió las lágrimas con la manga de su camisa. Era obvio que todos estaban enojados con ella, y con mucha razón, pero no tenían tiempo que perder.

—Lo siento. En serio. No quería que nada de esto pasara, pero ya no hay vuelta atrás. Tengo que hacer el contrahechizo lo antes posible. No sabemos cuánto tiempo le queda a Cariel.

—¡Esto es increíble! ¡Increíble en serio! —Drake suspiró mirando al techo. Sabía que Agatha era impulsiva y que nunca pensaba en las consecuencias de sus acciones, pero no esperaba que pusiera la vida de alguien en riesgo—. Bien, de acuerdo, ahora escúchenme muy bien. Viendo la situación actual no hay más opciones: Agatha tiene que hacer el hechizo, contrahechizo o como le llamen. Cariel, tú le enseñarás y la guiarás para que lo haga lo más perfecto posible. Los demás ayudaremos en lo que podamos. ¿Alguna objeción? —Toda la sala quedó en silencio—. Bien. Entonces comencemos. Cariel, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

Todo el grupo miró hacia el espejo, expectante. Cariel los miró uno a uno con una mezcla de emociones encontradas. Su mirada se detuvo en Agatha; estaba con la cabeza inclinada y con los ojos aún rojos, jugando con sus manos, nerviosa. Se veía pequeña e indefensa en esa posición. Nada propio de ella. Después de una larga exhalación, empezó a guiarlos.

—Lo primero es dibujar el pentagrama. Tiene que ser exacto, así que miren bien el dibujo del libro y replíquenlo exactamente. Tienen que prestar atención a los...

27.

Era entrada la noche cuando Agatha finalmente terminó el trazo de su cuadragésimo quinto o cuadragésimo sexto pentagrama del día. Desde la mañana, todo el grupo estuvo dibujando pentagramas sin parar, pero no era una tarea sencilla. El dibujo tenía que ser más grande que el espejo, además de ser dibujado perfectamente sin un solo error durante todo el proceso de dibujo. Y solo funcionaría si era dibujado por la misma persona, por lo que no podían turnarse para hacer un mismo dibujo.

En la hechicería no importaba quién dibujara los pentagramas. Podía hacerlo cualquiera, poseyera afinidad mágica o no; lo importante era que fuera la misma persona quien lo dibujara. Por esa razón, había muchos hábiles pintores que vendían pentagramas en el mercado negro a los brujos hechiceros. Ellos eran los únicos que podían activarlos de todas formas. Drake y Dahs lo habían intentado varias veces, pero sus trazos siempre terminaban siendo demasiado gruesos. A Timothee le salía mejor, pero nunca podía escribir correctamente las letras. Agatha y Lía eran las que mejor lo hacían pero, aun así, siempre cometían algún error en el proceso.

En esos momentos, Agatha y Cariel eran los únicos en la sala. Los demás ya se habían ido a dormir desde hacía rato, después de un millón de intentos no exitosos. Él la miraba dibujar sin decir nada. Al principio estaba molesto con ella por haber creado toda esta situación y por haberlo puesto en peligro pero, después de muchas horas de haber estado viéndola dibujar en el suelo y practicar la entonación correcta del hechizo, su ira se esfumó. Ella, realmente, quería ayudarlo. Recordando su conversación anterior sobre su verdadera identidad, entendió que ella debió haberse sentido muy mal cuando le había dicho que solo era un objeto y que su vida no valía nada. Ella lo apreciaba como parte de su familia y quería que él también pudiera apreciar su vida y estar con ellos. Pensando en eso, sonrió sin darse cuenta. Agatha podía no pensar antes de actuar a veces, pero no era mala persona.

—¡Ach... Maldición! —exclamó cuando rompió su cuarto pincel.

Inmediatamente tomó otro de la mesa y buscó de la esquina un enorme pergamino nuevo. En la mañana, Lía y Drake había ido a la tienda a comprar un montón de pinceles, tinta y pergaminos de dos metros para hacer el contrahechizo. Ahora, el piso superior de la taberna de Helge estaba tapizada de enormes pergaminos con pentagramas, y había manchas de tinta hasta en las paredes. Cuando, durante la tarde, ella pasó a revisar, casi se cayó desmayada por las escaleras de la impresión. Después de haber discutido acaloradamente con Drake sobre la limpieza, los gastos en pintura y tapizado nuevos, y de haber prometido que ellos harían todo el trabajo y dejarían el piso como nuevo, se tranquilizó. Cariel miró cómo Agatha se frotaba los ojos y contenía un bostezo; su cara, sus manos y su ropa estaban llenos de manchas de tinta.

—Deberías ir a dormir —le aconsejó en un tono bajo. Aunque él ya no le guardaba ningún rencor, todavía no habían aclarado las cosas entre ellos—. Puedes seguir mañana.

Ella lo miró por un segundo. Luego volvió a sumergir su pincel en la tinta y continuó sus

trazos.

—Aún no —se negó sin mirarlo mientras terminaba una de las letras del centro—. Todavía puedo hacer unos dos o tres de estos. —El silencio se apoderó de la habitación. El único sonido audible era el fino trazo del pincel sobre el pergamino. El hombre del espejo seguía observando sus movimientos, rebanándose los sesos para encontrar un tema del que pudieran hablar y, de paso, arreglar su relación—. Lo siento —se disculpó Agatha de repente dejando el pincel en el aire—... yo, de verdad, no quería que esto pasaba. Es solo que... yo...

Él la miró sin decir nada por unos segundos. Al notar cómo se mordía el labio sin saber cómo continuar, decidió ayudarla.

—No querías que pensara que era solo un objeto sin valor, ¿verdad?

Ella lo miró directamente con ojos tristes y enrojecidos por el cansancio. Este le respondió con una sutil sonrisa.

—Sí, yo... en serio, lo siento, Cariel. No quería que las cosas salieran así. Es solo que, cuando dijiste que tu vida no importaba, yo... yo...

Las lágrimas empezaron a salir por el rabillo de sus ojos. Se frotó las manos tratando de limpiarlas, pero se manchó aún más la cara de tinta sin haberlo notado.

—Estaba enojada. A mí me importas y... me duele que tú te desprecies así. —Después de haber tomado un poco de aire, apretó los puños y lo miró directamente—. ¡Así que no vuelvas a decir que tu vida no vale nada! —sentenció seriamente—. Porque vale, y mucho. Eres mi familia, y yo protejo a mi familia con mi vida. ¡Si vuelves a menospreciarte así, te juro por Dios que voy a golpear tu cabezota hasta que lo entiendas!

En ese momento, su postura erguida y sus ojos fijos la hacían ver como una pantera a punto de saltar sobre su presa. A Cariel le dio la impresión de que intentaba matarlo, y no exactamente protegerlo, pero no se lo iba a decir. Ya había aprendido que, cuando ella se ponía así, la mejor estrategia era estar de acuerdo.

—Ahora lo sé. Y yo también lo siento por preocuparte. No pensé que te sentirías así. Tú también me importas... mucho. —Los colores se le subieron a las mejillas con esas últimas palabras que fueron casi un susurro. Agatha, al notarlo, sonrió involuntariamente, mordiéndose un poco el labio inferior para tratar de parar los crecientes latidos de su corazón—. Creo que es mejor que te laves y te acuestes. Te ves muy cansada. En serio.

Agatha suspiró. Él tenía razón. Estaba verdaderamente cansada, pero aún no quería ir a la cama.

—Solo uno más por favor. Te prometo que, si este último no sale bien, lo dejaré para mañana, ¿sí? —Cariel soltó un bufido bajo antes de asentir. Ante su aprobación, Agatha volvió al suelo, sumergiendo otra vez su pincel en el tintero. Después de haber contenido un bostezo, trazo la última «A» del conjuro en el centro. Luego tomó el libro que tenía el pentagrama original y los comparó detalladamente. Unos segundos después, abrió los ojos enormemente. Volvió a compararlos prestando aún más atención al detalle, pero no encontró ningún error. Todo parecía perfecto—. Este... Cariel —anunció eufórica—. Creo... ¡Creo que lo logré!

Una gran sonrisa se dibujó en sus labios cuando le mostró ambos pentagramas para que él

también lo analizara. Después de unos minutos, Cariel le devolvió la sonrisa.

—Es perfecto. Lo lograste.

Agatha pegó un par de saltitos en su lugar y soltó una carcajada de felicidad. Cariel no pudo evitar copiar su reacción. ¡Al fin iba a salir de su acristalada prisión después de más de veinte años!

—¿Dónde está la piedra? —preguntó corriendo hacia la mesa—. Solo necesito la piedra para sacarte ahora. ¿Dónde diablos está?

Agatha empezó a tirar todos los artículos que estaban sobre la mesa y a buscar por todo el suelo para encontrar la piedra.

—Agatha, está bien. Solo guarda ese pentagrama y vete a descansar. Es mejor hacerlo mañana.

Agatha lo miró como si estuviera loco (aunque era ella la que tenía apariencia de loca en esos momentos).

—¿Qué dices? ¡Voy a sacarte ahora! ¡No voy a esperar hasta mañana!

—Agatha, por favor, ya es tarde y necesitas dormir. En serio, podemos esperar hasta mañana.

—¡No! ¡Lo voy a hacer ahora! ¿Crees que voy a poder dormir sabiendo que podrías morir en cualquier momento, cuando puedo sacarte ahora mismo? ¡Voy a hacer el contrahechizo ahora!

Cariel se masajeó las sienes cansado. Era evidente que no iba a convencerla de hacerlo mañana. Pero estaba muy preocupado por su estado en esos momentos. La tranquilidad y la concentración eran fundamentales en la magia, sobre todo en la hechicería. Si lanzaba un hechizo en ese momento, por más perfecto que fuera el pentagrama y su pronunciación, existía una alta probabilidad de que saliera mal.

—Si realmente quieres hacerlo, entonces ve a lavarte primero. Además, tienes que ir a la despensa y comer algo. Aunque sea pan y leche. Necesitas estar tranquila y bien despierta si quieres lanzar el contrahechizo. Sin discusiones.

Ambos quedaron mirándose fijamente, librando una batalla de nervios, esperando a ver quién se rendiría primero. Al final, fue Agatha quien suspiró y asintió ante el razonamiento de Cariel. Si iba a hacer esto, lo iba a hacer bien.

—De acuerdo. Enseguida vuelvo.

Dicho eso, bajo las escaleras para ir a lavarse y buscar comida. Cariel sonrió satisfecho viéndola bajar la escalera: se sentía bien ganarle de vez en cuando.



—Bueno entonces... ¿Así está bien?

—Muéveme un poco más a la derecha. Tengo que estar lo más en el centro posible.

Después de media hora, ambos se encontraban en la habitación de Agatha. Era mejor hacer el contrahechizo en un lugar que no estuviera lleno de tinta. Ella se encontraba con ropa limpia y con el cabello aún mojado. Su cara estaba limpia, y sus ojos ya no estaban rojos. Definitivamente, Cariel tenía razón en decirle que se lavara y comiera algo; ahora, de verdad se sentía lista para liberarlo.

—Muy bien. El espejo está listo; ahora solo debes pronunciar el contrahechizo utilizando la piedra de conversión.

Agatha tomó la piedra que había dejado en su mesa de noche. Al final, siempre había estado allí, solo que no lo había recordado hasta después de bañarse. Con la piedra en su mano derecha, se paró frente al espejo, perfectamente colocado en el interior del pentagrama del suelo.

—Bien. Ahora escucha. La hechicería es diferente a la magia velada. La vas a sentir diferente de tu magia habitual, más caliente. No te asustes y solo continúa: es normal. No sueltes la piedra hasta terminar de recitar y no pienses en nada más, ¿está bien?

Agatha tomó aire y espiró un par de veces. Ahora que era el momento crítico, estaba muy nerviosa. Tenía que hacerlo bien a la primera. Las palmas le sudaron y su corazón latía desbocadamente en su pecho. Cariel la miró preocupado: este contrahechizo no solo ponía en riesgo su vida, sino también la de ella. Lo mejor era estar tranquilo.

—Agatha, mírame.

Ella lo miró instintivamente, apretando fuertemente la piedra en su mano.

—Lo harás bien. Confío en ti.

—¿Y si no? ¿Y si lo hago mal y termino arruinándolo todo? ¿Y si...?

—Agatha, está bien. Eres una bruja muy talentosa. Solo concéntrate en el hechizo; no debes pensar en nada más.

—Pero... yo... no soy tan buena. Yo... seguro que me desconcentro a la mitad y termino arruinando todo de nuevo.

La voz de Agatha se quebró. Cariel notó cómo su rostro se ponía cada vez más pálido. Esto lo preocupó mucho; no quería que se petrificara otra vez, como le había ocurrido en el palacio.

—No vas a arruinar nada. Hagámoslo como lo hicimos durante toda la tarde. Yo pronuncio el hechizo, y tú me copias, ¿de acuerdo? Solo mírame a mí y no pienses en nada más.

Agatha suspiró y lo miró a los ojos. Estaba aún algo nerviosa, pero podía hacerlo. No. Tenía que hacer esto. Tenía que liberarlo de ese espejo de una vez por todas. Cuando él vio su cambio de expresión, sonrió. Era ahora o nunca.

—Repíte después de mí: «**Rompendiu finithe**».

—**Rompendiu finithe.**

En un instante, sintió cómo una oleada de calor invadía su cuerpo, desde la mano que sostenía la piedra hasta los dedos de sus pies. Su magia, usualmente, se sentía como pequeños pinchazos de electricidad, pero esta magia se sentía más intensa y caliente. Era como si una llamarada de fuego le atravesara la columna vertebral. Aun así, no se movió ni un centímetro de donde estaba. La habitación apenas iluminada resplandeció con un intenso color rojo brillante. Las letras en el pentagrama se iluminaron instantáneamente y el espejo parpadeó con una luz blanca segadora. Agatha no pudo evitar cerrar los ojos ante tanta luz. Todo sucedió en unos segundos, pero para ella fueron los segundos más largos que había experimentado en su vida. Su corazón parecía querer estallar dentro de su pecho.

Después de que las luces se fueron y la habitación volvió a la normalidad, parpadeó repetidamente para adaptar su mirada nuevamente. Primero lo vio borroso. Luego pudo

diferenciar bien su contorno, hasta que, finalmente, su mirada se enfocó perfectamente en el hombre que tenía enfrente: era más alto de lo que había imaginado. Su largo cabello rubio le llegaba hasta la espalda baja y tenía un cuerpo bastante definido y fibroso. Además... estaba completamente desnudo. Agatha se mordió los labios sin poder apartar la vista del hombre que tenía adelante. «Definitivamente, es mejor que cómo lo había imaginado», pensó. Cariel, al sentirse avergonzado por la descarada mirada de Agatha, no pudo evitar sonrojarse y darse la vuelta.

—Eeee... Agatha, ¿podrías... por favor...?

—¿Eh? ¡Ahh! ¡Sí, claro! —Dándose cuenta tardíamente de lo que acababa de hacer, se dio la vuelta y le lanzó la capa que tenía sobre su cama—. Yo no... lo... no fue...

—Tranquila... no pasa nada.

Agatha se sonrojó de inmediato, y un silencio incómodo se propagó por la habitación. Definitivamente, esta no era la forma en la que ambos habían planeado este primer encuentro.

—Bueno, yo... voy a ir a ver si Dahs o Drake tienen algo de ropa... vuelvo enseguida.

Salió inmediatamente de la habitación, y cerró la puerta detrás de ella. Luego se dejó caer sobre sus rodillas con el rostro superacalorado entre sus manos. «Ahhh... idiota. ¿En serio tenías que quedarte ahí mirándolo? ¿Qué va a pensar de mí ahora? Soy una estúpida», se reprochó. Se golpeó en la cabeza un par de veces antes de soltar un largo suspiro. «Bueno, lo importante es que lo logramos. Ahora todo estará bien... espero...».

Se paró y dio un par de pasos con dirección a la habitación de Dahs y Timothee: tenía que encontrar ropa para Cariel. Él no era tan grande como sus hermanos, pero seguro podrían prestarle algo hasta la próxima vez que visitaran el mercado. Al pensar en tamaños, se le vino nuevamente a la mente la imagen de Cariel. Él trató de cubrirse enseguida con las manos, pero... digamos que sus dos manos no eran suficientes para ocultar toda su masculinidad. Al pensar en eso, volvió a sentir calor por todo el cuerpo. Rápidamente negó con la cabeza para tratar de olvidar lo que acaba de presenciar. Pero, después de haber dado un par de pasos más, el calor no disminuyó. De repente se sintió mareada y se tambaleó; luego cayó al suelo. Su visión se volvió borrosa; sus párpados estaban pesados. «No me siento bien», pensó antes de desvanecerse por completo.

28.

D —Eja que me quede un rato más. Me iré cuando despierte.
—...
—Lo sé, lo sé. Lo prometo.

—...

—No necesito nada. Gracias, Lía.

—...

Un punzante dolor de cabeza se apoderó de ella, al tiempo que intentaba descifrar quién estaba hablando en ese momento con Lía. La voz le parecía muy familiar y a la vez le era extraña. Cuando abrió los ojos, bizqueó varias veces para acostumbrarse a la luz, pero los cerró nuevamente.

—Ahhh... mmm...

Inmediatamente se llevó las manos a la cabeza, masajeándose las sienes para tratar de aliviar un poco la jaqueca que estaba sintiendo.

—Toma. Necesitas beber algo.

La persona a su lado le apoyó un vaso de agua en los labios. Cuando las primeras gotas tocaron su lengua, se dio cuenta de lo seca que estaba. Instintivamente, tomó el vaso y bebió de un sorbo todo el contenido.

—Eh, despacio. Vas a terminar escupiendo todo si tomas así. Sé más cuidadosa, ¿quieres?

Una pequeña risa se escapó de entre sus labios; solo conocía a una persona capaz de regañarla en esta situación.

—Cállate, ¿quieres? Tu voz es muy molesta —le dijo apoyándose en el respaldo de la cama y abriendo lentamente los ojos. Cariel estaba sentado a su lado, observándola detenidamente con sus bellos ojos azules. Ahora estaba vestido con ropas dos tallas más grandes que la suya, lo que le daba un aspecto austero y muy poco digno para un duque. Su cabello estaba atado en una coleta baja y su expresión pálida y preocupada indicaba que no había comido bien últimamente. Ambos se quedaron mirándose mutuamente sin decir nada por unos minutos. Pero, a diferencia de las otras veces, este silencio no era incómodo, sino más bien reconfortante. Como si fuera la calma que precede a la tormenta—. Te ves horrible —dijo Agatha, rompiendo el agradable momento.

—Se nota que no te has visto en el espejo últimamente. Espantarías a toda la Fleck con esa escaramuza que tienes por pelo —respondió, alzando la mano para tomar uno de sus rebeldes mechones entre sus dedos. Agatha contuvo la respiración ante su gesto; por la forma en que lo acariciaba, era bastante obvio que la opinión que tenía sobre su cabello era completamente diferente a lo que acaba de afirmar. Ella copió su gesto, tomándole el mechón suelto que se mecía en su frente. Cuando estaba dentro del espejo, parecía que el tono era blanco, casi plateado. Pero ahora era de un color entre el rubio y el castaño, muy parecido al oro, además de

ser envidiablemente liso. Seguramente, miles de mujeres nobles matarían por tener un cabello como ese, y Agatha no era la excepción.

—Desearía que mi cabello fuera como este. El color es hermoso... y es tan fácil de manejar... —Miró a Cariel con el ceño fruncido—. La vida es muy injusta.

Cariel soltó una sonora risa, no pudiendo evitar abrazarla fuertemente, sin dejar de reír. Ella se sorprendió, pero no pudo evitar abrazarlo también, al tiempo que sus pálidas mejillas adquirirían un saludable tono rojizo. En un instante, la risa de él se convirtió en un leve llanto apenas audible.

—Estaba muy asustado —confesó en un susurro—. Tenía tanto miedo de que no despertaras...

—No seas tonto —respondió en voz baja, apretándolo más contra su cuerpo—. No pienso dejarte solo... Después de todo, no podrías sobrevivir aquí sin mí.

Él se rio por lo bajo.

—Más te vale recordar lo que dices... Porque te aseguro que ya no soy capaz de vivir sin ti.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas ante sus palabras, mientras una amplia sonrisa de alivio y paz se dibujaba en su rostro, y en su corazón una certeza se decretaba: estaba profundamente enamorada de ese hombre.

—Agatha... Yo hice... hay algo que yo... que yo...

En ese instante, la puerta se abrió con un estruendo, lo que hizo que la pareja se separara abruptamente de su cálido abrazo.

—¡Agatha! —gritó Timothee con una sonrisa saltando a sus brazos.

—¡Eh! Ten cuidado, pequeño. Todavía no se ha recuperado del todo.

Dahs y Drake entraron a la habitación, seguidos por Lía, quien traía un gran cuenco de sopa. Al ver a ambos sonrojados y con los ojos enrojecidos, el ambiente se tornó incómodo. Siendo Timothee el único en no leer la situación.

—¿Estabas llorando? ¿Estás triste?

—No, este... yo no.

—Mejor volvemos luego —ofreció Dahs mientras se daba la vuelta para salir inmediatamente.

—¡No! Está bien, en serio. No necesitan irse —respondió limpiándose las lágrimas con la manga de su camisón.

Lía dejó el cuenco en su mesa de noche y la abrazó sonriéndole; seguidamente, Dahs y Drake hicieron lo mismo.

—Me alegra que estés bien —Drake comenzó a hablar—. Nos asustamos mucho cuando te vimos desmayada frente a tu habitación. No sabíamos qué había pasado.

—En serio, eres experta creando problemas —le recriminó Dahs—. Todos estábamos durmiendo cuando de pronto alguien empezó a gritar tu nombre desesperadamente en medio de la noche. Nos levantamos alarmados, ¿y qué encontramos?, un extraño hombre apenas cubierto, junto a nuestra pequeña hermana inconsciente en medio de la noche —enfaticó especialmente la última oración, mirando directamente a Cariel. Este apartó su mirada, avergonzado—. Afortunadamente, Lía lo reconoció. Si no, quién sabe lo que hubiera pasado. —Esto último la hizo sentir culpable. Dahs y Drake podían ser muy sobreprotectores con ella a veces. Si Lía no

hubiera estado ahí para intervenir, definitivamente, Cariel habría estirado la pata⁴ esa noche—. Como sea. Lo importante ahora es que ambos están bien —concluyó Dahs pasándole el cuenco—. Ahora come algo. Llevas un día y medio sin despertar. No quiero volver a verte en ese estado. —Agatha le sonrió y empezó a sorber la sopa. Estaba algo caliente, así que tuvo que soplar un poco mientras comía. Los mellizos empezaron a contarle sobre lo que había pasado cuando estaba inconsciente, y Timothee los interrumpía de vez en cuando para agregarle alguna que otra aclaración a sus relatos; en un solo día los soldados habían aprehendido a diez miembros de la Fleck por las deudas acumuladas debido a los impuestos, había habido más despidos, los robos por parte de aficionados habían aumentado y los rumores sobre la extraña enfermedad se seguían propagando. El panorama general no dejaba de empeorar, y la gente se estaba desesperando. Necesitaban hacer algo con urgencia, pero no había mucho que pudieran hacer en esa situación—. Yo... estuve hablando con Helge ayer; pensé en la posibilidad de hacer una fiesta en la taberna —propuso Dahs mientras se frotaba las manos—. No muy grande, solo una pequeña reunión con música y con comida para levantar los ánimos.

—



— (*¿Será buena idea?*).

—Es lo único que se me ocurre para animar a la gente. Mañana por la noche es el asalto a la prisión, y todos debemos estar preparados y motivados. No será una movida fácil. Pensé que, si hacíamos esto hoy, serviría de algo.

La habitación se silenció nuevamente. Era una situación complicada. Hacía muchos meses que nadie en la Fleck participaba en ningún evento o recibía noticias alentadoras. La idea de la fiesta no era mala pero, con tanta gente encerrada y despedida, no podían asegurar que quisieran asistir o que tuvieran ánimo de festejar.

—Yo creo que es una buena idea —dijo Cariel de pronto, lo que provocó que todos lo miraran—. Cuando se viven tiempos difíciles, lo mejor es darle a la gente algo de esperanza. Creo que a la mayoría le gustaría disfrutar algo de paz y de diversión. Aunque sea por un momento.

Todos se quedaron sopesando sus palabras.

—Yo pienso igual. —Agatha fue la primera en hablar—. Vivimos estresados y preocupados últimamente. Apenas si hablamos entre nosotros sobre cosas que no tengan que ver con la cárcel, enfermedades, falta de alimento o despidos. Yo creo que necesitamos una noche de ocio para variar.

—¡Yo quiero ir a la fiesta! —gritó Timothee saltando en la cama.

—



—(*Haré aperitivos*).

—Yo les pediré a los hijos de Helge que toquen algo. Será una velada muy divertida.

Todos se mostraron de acuerdo con la idea, excepto Drake. Él no estaba del todo convencido

en que fuera una buena idea. Pero, ante la mirada emocionada de todos, no tuvo más remedio que aceptar, asintiendo con un suspiro.

—Está decidido —declaró Dahs mostrando una gran sonrisa—. Hay que propagar la noticia. ¡Tendremos fiesta en la Fleck!



Ya se había hecho de tarde. Faltaban un par de horas para que comenzara la fiesta improvisada. En la taberna, todos estaban ocupados moviendo mesas, decorando sillas o preparando la comida. Los hijos de Helge estaban afinando sus guitarras con la ayuda de Dahs; Timothee ya había terminado su tarea y estaba jugando con sus barcos en el patio, mientras Drake y Cariel habían salido a propagar la noticia y, de paso, presentarlo como el nuevo miembro de Los Aciagos. Agatha había querido ir con ellos, pero ambos se lo habían prohibido. Querían que se quedara en cama y se recuperara del todo, así que se quedó el resto del día allí, aburrida, sin nada que hacer.

Después de un rato, empezó a rebuscar en sus cajones para encontrar algo que usar en la fiesta; tenía varias camisas y pantalones que siempre usaba, y un par de vestidos de diario, pero nada especial. Pensó en ir a ver si encontraba algo entre los objetos robados que le sirviera, pero todas las vestimentas que robaban siempre eran muy llamativas y cargadas, justamente para que pudieran venderlas a un alto precio, así que decidió esperar a que Lía se desocupara para pedirle ayuda, lo cual sucedió muy cerca de la hora acordada para el evento.

La habitación que ella y Drake compartían era la más grande del piso. Al igual que la suya, tenía un mobiliario simple, pero estaba decorada con alfombras y caminos de mesa que Lía se encargaba de confeccionar. Ese era su principal pasatiempo. Tanto Drake como ella le habían propuesto que instalara una mercería en el pueblo, pero se negó. Sus trabajos eran algo muy personal para ella. Solo confeccionaba para sí misma o para las personas que apreciaba. No quería comercializar su talento. Agatha pensaba que era una pena, ya que era muy buena en lo que hacía, pero era su elección al final del día.

Cuando entró, la encontró haciéndose una trenza frente al espejo. Llevaba un bello vestido celeste con bordados blancos en las mangas y la falda. Era uno de los tantos que había modificado; se veía muy hermosa. Sin dudas sería una de las mejor vestidas esa noche. Al verla, no pudo evitar sentir una punzada de celos. Lía la miró por el espejo y le sonrió. Al terminar su trenza, dio un par de vueltas frente a ella.

—



—(¿Me queda bien?).

—Te ves hermosa. —Agatha le sonrió, alejando los malos sentimientos que la habían invadido—. Sin duda, serás la mujer más linda esta noche.

Lía se sonrojó, negando con la cabeza gacha. Esto hizo que Agatha se riera. Su amiga era muy tímida cuando le hacían algún cumplido, pero eso la hacía aún más tierna. Aunque no lo quisiera

admitir, a veces deseaba parecerse un poco más a Lía. No podía evitar pensar que, si fuera un poco más tierna, se preocupara más por su aspecto y no fuera tan cabezota, ella también podría tener una relación tan bonita como la de ella y su hermano.

Cuando Lía recuperó su color normal, le preguntó qué necesitaba. Esta se paseó por la habitación distraída, tratando de encontrar las palabras que quería decir.

—Bueno yo... Este. Estaba pensando... La verdad es que...

Lía la miró con curiosidad. No era normal en Agatha estar tan nerviosa, pero tenía una leve sospecha sobre el motivo de su visita. Sin embargo, decidió esperar a que ella se lo dijera. Agatha suspiró exasperada después de sus intentos fallidos de explicarse y decidió simplemente decirlo.

—Necesito un vestido. ¿Tienes alguno que me puedas prestar? —le preguntó mientras jugaba con sus manos.

Lía le mostró una sonrisa de suficiencia.

—



—(Cariel, ¿verdad?).

—¡No! ¡Claro que no! ¿Por qué me iba a importar lo que pensara ese odioso espejo? Digo... hombre. Digo... Cariel, o como sea. —Agatha se cruzó de brazos y se sentó en la cama sin mirarla. Lía la miró semiagachada con los brazos en jarra. Así se quedaron un par de minutos. Al final, fue Agatha la que se rindió. Bajando los brazos y suspirando, dijo—: Está bien. Sí me importa. ¿Podrías ayudarme? —Lía se rio y Agatha la miró enojada. Odiaba que se burlaran de ella pero, como necesitaba su ayuda, decidió aguantar. Cuando terminó de reírse, la llevó hasta su baúl y empezaron a sacar varios vestidos; había de varios modelos y colores, algunos más simples y otros más vistosos. Después de un rato, Agatha apartó tres posibles opciones: uno naranja con detalles en dorado, uno verde azabache de gran escote y uno violeta con encajes negros que parecían hojas—. Creo que este es el que más me gusta —dijo apuntando a uno de estos. Estando conforme con su elección, tomó los otros dos vestidos no elegidos y los llevó al cajón para guardarlos. Pero, antes de que pudiera hacerlo, una bolsa de arpillera en el fondo de este llamó su atención. Sin poder aguantar la curiosidad, dejó los vestidos a un lado y se dispuso a ver qué había en la bolsa—. Woow. Es muy hermoso, Lía.

Agatha sacó un vestido de la bolsa y se lo mostró con una sonrisa. Era un vestido todo blanco de encaje, con entramados en espiral y perlas intercaladas. No había duda de que se trataba de un vestido de novia. Antes, las mujeres en Lorh se casaban con vestidos de cualquier color que no fuera negro (ya que este se utilizaba exclusivamente para el luto). Pero, desde la boda de la reina Blancanieves (quien había utilizado un vestido blanco), ese color acromático se hizo tendencia entre las novias. Lía se sonrojó e inmediatamente le arrebató el vestido, guardándolo de nuevo en la bolsa. Agatha la miró mordiéndose el labio. Ya habían pasado más de tres años desde que Lía y Drake habían comenzado su relación. Lo normal era comprometerse a los pocos meses de iniciado el cortejo, por lo que un retraso como el suyo preocuparía a cualquiera. Lía casi siempre

evadía el tema, pero nunca faltaba quien comentara que Drake solo estaba jugando con ella y que nunca se le declararía formalmente. Para Agatha, era obvio el amor sincero que su hermano sentía por ella, por lo que nunca le daba mucha importancia al tema. No tenía dudas de que Drake y ella se casarían tarde o temprano. Pero, viéndola ahora tratando de ocultar ese hermoso vestido y recordando todas las veces que ella hacía oídos sordos a los comentarios sobre su falta de compromiso, se le hizo un nudo en el estómago. Estaba claro que había sido muy insensible respecto de los verdaderos sentimientos de Lía sobre el tema. Dándose cuenta de ello, tomó las manos de su amiga, mirándola a los ojos. Ella evadió su mirada, bajando su rostro al piso—. Lía, Drake te ama. Y sé que tú también a él. Estoy segura de que para el verano serás una mujer casada.

Ella la miró no muy convencida, con los ojos acuosos.

—



—(¿Y si no quiere casarse conmigo?).

—¡No pienses estupideces! La situación ahora es... difícil. Pero, cuando esto pase, él te hará la propuesta más deslumbrante de todas. Y tú, amiga, serás la novia más hermosa de todo Lorh.

Lía la miró con una mueca.

—



—(Tarda demasiado).

Agatha la abrazó y ella le devolvió el abrazo.

—Ya sabes que los hombres son lentos en estos temas. —La apartó y la obligó a mirarla a los ojos—. Eres una persona increíble, ¿sí? Y, si él no lo ve, yo misma le compraré unos lentes y, de paso, le daré unos buenos golpes a esa cabeza dura que tiene.

Lía rio, mientras asentía en señal de acuerdo con Agatha. Luego se apartó y fue hasta su cómoda por un cepillo para peinarla.

—



—(Quedarás hermosa).

Agatha le sonrió mientras la miraba por el espejo. Y luego, cuando Lía terminó con su arreglo, por primera vez en mucho tiempo, su reflejo le pareció bello.

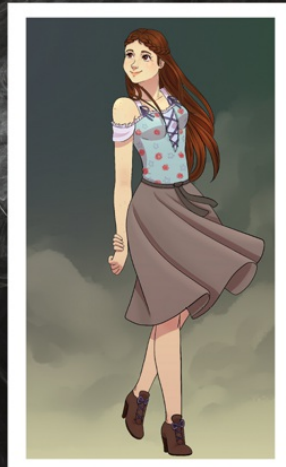


Lia Faden

Una joven de origen humilde,
muestra una delicadeza innata
pero revela una valentía
excepcional al defender a
quienes ama.

Su corazón late
apasionadamente por su
novio, Drake, anhelando
fervientemente que él le
proponga matrimonio antes
de que ella alcance el siglo de
vida.

Apasionada por la costura y
las manualidades, encuentra
en estas artes una fuente de
expresión y creatividad.



29.

La música proveniente de un par de guitarras, flautas, bombos y la voz profunda de Dahs llenaban la taberna de Helge. A pesar de sus dudas sobre la asistencia de la gente, el lugar se había llenado apenas abrieron las puertas. Todos estaban muy emocionados y con ánimo de festejar. Algunos bailaban en el centro del salón, otros se encontraban sentados en grupos charlando y bebiendo, y unos pocos se pusieron a jugar a las cartas. La fiesta había empezado hacía media hora, pero Agatha seguía en el primer piso caminando de un lado a otro, aproximándose de vez en cuando a la escalera, sin animarse a bajar. Se había puesto unos zapatos de tacón alto que había encontrado entre los objetos robados, lo que, combinado con su caminata nerviosa, estaba haciendo que le empezaran a doler los pies. Cuando empezó a considerar quitárselos y, simplemente, ir a la cama, Drake apareció por la escalera. Estaba usando una camisa azul oscura con un chaleco negro y unos pantalones del mismo color muy pulcros. Su cabello negro estaba peinado hacia atrás. Se notaba la mano de Lía en su arreglo.

—La fiesta es abajo, por si no te diste cuenta —dijo aproximándose a ella.

—Lo sé. Lo sé. Solo estaba... tomando aire.

—¿Caminando de un lado a otro como un animal enjaulado? Tus pisadas se escuchan desde abajo, y debo decir que esos zapatos no son muy silenciosos. —Agatha se mordió el labio y apartó el rostro. Tenía ganas de ir a su cuarto y encerrarse hasta que la fiesta terminara, lo cual no

era normal teniendo en cuenta su personalidad extrovertida. Ella amaba las fiestas; las pocas veces que había tenido oportunidad de asistir a alguna, siempre terminaba exhausta de tanto bailar, comer y beber. Pero ahora ni siquiera conseguía bajar la escalera. Tenía un extraño nudo en el estómago que no se lo permitía, sumado a su creciente nerviosismo, del cual no era capaz de explicar de dónde venía, o más bien no quería admitir quién era el causante. Drake la miró de arriba abajo y le sonrió—. Estás realmente muy hermosa. ¿No crees que es hora de dejar a toda la Fleck sin aliento cuando te vean? —Agatha se ruborizó de inmediato. Sabía que su hermano tenía razón. Cuando Lía había terminado de arreglarla, no podía dejar de mirarse en el espejo. El vestido que había elegido era el violeta. Era un vestido pegado al cuerpo con escote en pico y con tirantes en lugar de mangas. La prenda realzaba sus curvas con la ayuda de los encajes negros que habían sido colocados estratégicamente para lograr ese efecto. Además, llevaba el cabello recogido hacia atrás, lo que dejaba al descubierto su clavícula y su cuello. Definitivamente, era un atuendo que ninguna dama noble o casta debería llevar, pero a una mujer como ella le quedaba como anillo al dedo. La primera vez que se vio en el espejo, no pudo reconocerse. Parecía una mujer diferente la que le devolvía el reflejo, una mujer hermosa, segura y sin miedo a nada. No se parecía en nada a la imagen angelical e inocente que proyectaba su amiga Lía. Su imagen era más fiera, más salvaje e imponente. Ya no veía a la reina Grimhilde por ningún lado. Esta era ella: era Agatha. Era la imagen de una ladrona, de una sobreviviente y... a ella le encantaba. Sin embargo, en ese momento, no creía ser esa mujer segura que había visto antes. Estaba muy nerviosa de que las demás personas la vieran así... especialmente alguien en particular. «¿Le gustará? ¿Pensará que soy bonita o tal vez odie que me vea tan feroz?». Esos pensamientos la estuvieron atormentando desde que había terminado de arreglarse. Ella sabía, por los sueños que había tenido antes, que Cariel buscaba un tipo de mujer dulce y delicada, lo cual era exactamente lo contrario a lo que ella era e insinuaba. Sin embargo, creía que él había cambiado su forma de pensar desde entonces, pero no podía estar del todo segura—. Ven —le dijo Drake enganchando su brazo con el suyo—. Voy a ayudarte a bajar.

Agatha suspiró tratando de calmarse y asintió con la cabeza. Caminaron juntos por el pasillo y, con cuidado para no tropezar con los zapatos altos que llevaba, bajó la escalera prendida a su brazo. Al llegar a la mitad, pudo vislumbrar el salón completamente lleno sin poder evitar sonreír: Dahs estaba en el medio del escenario cantando a todo pulmón. Los hijos de Helge tocaban sus guitarras detrás de él, junto con un par de personas que tocaban la flauta y el bombo. Una gran cantidad de personas estaba bailando; algunas damas esperaban que alguien las invitara a bailar al costado de la pista. Había grupos reunidos entre las mesas bebiendo y algunos niños correteando entre la gente. Su mirada encontró enseguida a Cariel como si de un imán se tratase. Él estaba con Timothee y Lía, sentados en la barra, hablando en lenguaje de señas. Este último hecho la tomó por sorpresa.

—¿Desde cuándo Cariel sabe lenguaje de señas? —preguntó mirando al trío.

—¿Qué? ¿No te lo dijo? Lleva aprendiéndolo prácticamente desde que se enteró de que Lía no podía hablar. Todavía es algo torpe para hacer las señas, pero las entiende perfectamente.

—Yo no... sabía nada.

—Sí, bueno, supongo que se sentía culpable de ser el único que no podía entenderla, así que le

pidió a Timothee que le enseñara antes de irse a dormir cada noche. Él accedió enseguida. Supongo que le gustó la idea de ser su maestro. —Agatha observó cómo Cariel estaba tratando de decir lo que supuso que era un «*Esta fiesta es divertida*» con las manos. Sus gestos, algo torpes y lentos, provocaron la risa de su amiga y del pequeño niño, quien tomó sus manos y empezó a mostrarle cómo se hacía correctamente. Cariel miró concentrado los gestos del niño frunciendo las cejas, tratando de repetirlas. En ese momento, el extraño sentimiento que hacía días se estaba haciendo más presente y continuo en su pecho apareció con más fuerza, y le provocó una sonrisa involuntaria, que Drake notó enseguida—. ¿Sabes?, cuando me enteré de que ese espejo era en realidad uno de esos «nobles», pensé en echarlo. —Agatha detuvo su caminata, mirando a su hermano estupefacta. Este le sonrió, acariciando su brazo para tranquilizarla—. Sin embargo, después de haber visto su preocupación cuando te desmayaste, cómo te cuidó después... Incluso hoy, interactuando con la gente... me di cuenta de que lo prejuzgué mal. —La tomó de las manos, mirándola directamente—. Creo que has encontrado a un muy buen hombre que te ama de verdad, Agatha.

Ella apartó su mirada avergonzada, soltándole las manos y cruzándose de brazos de espaldas a él.

—No hay nada entre nosotros. Cariel es... solo un amigo... Además, no ha pasado mucho tiempo desde que nos conocemos —respondió a la defensiva.

Drake suspiró negando con la cabeza, al tiempo que volvía a tomarla del brazo.

—Mira, no quería ser yo el que te lo dijera, pero ya todos nos hemos dado cuenta de que, en efecto, sí hay algo entre ustedes. Sus peleas, la forma en la que se evitan a veces, la forma en que tratas de llamar su atención, o la forma en la que se miran y se preocupan el uno por el otro. Un simple *amigo* no hace esas cosas.

Agatha enrojeció quedándose callada. Esta vez no tenía forma de refutar nada de lo que Drake le había dicho porque, claramente, tenía razón. Pero ese hecho la hizo sentirse más avergonzada. Ella creía que estaba ocultando bien lo que sentía por Cariel y ahora se daba cuenta de que eso no era así en absoluto.

—¿Se me nota tanto?

—Como si lo tuvieras escrito en la frente —le respondió burlándose de ella—. Pero está bien porque a él le pasa exactamente lo mismo. Creo que forman una pareja muy bonita. Si de algo sirve, tienes mi bendición para estar con él. Además, espero que mi primer sobrino sea una niña. Aunque tampoco me molestaría que fuera varón.

El rostro de Agatha pasó de un leve enrojecimiento a tener un color semejante al jitomate. Y su corazón parecía estar corriendo una carrera a campo traviesa. Tuvo el impulso de golpear a su hermano en el estómago, pero se contuvo. En su lugar, optó por contraatacar.

—No hay problema, siempre y cuando mi hija o hijo pueda tener varios primas y primos mayores con los que jugar. Por cierto, ¿no crees que ya va siendo tiempo de que pienses en eso, hermanito? —Esta vez le tocó el turno a Drake de apartar la mirada. Agatha le sonrió con suficiencia, pero no había terminado con él—. ¿Sabes?, justo estuve hablando sobre el matrimonio con Lía hoy. Me dijo que sería genial poder estar casada antes del verano.

—¿Lía dijo eso?

Drake la interrumpió, y se paró en seco frente a ella, mirándola atentamente con los ojos muy abiertos y con una postura rígida, esperando su respuesta. Agatha lo miró extrañada por su comportamiento y, tomándose unos segundos para pensar, le respondió francamente.

—No exactamente —empezó—, pero sería lógico pensar así, ¿no? Después de todo, ustedes llevan juntos casi cuatro años. La etapa de coqueteo y de noviazgo terminó hace mucho tiempo. La verdad, es raro que todavía no estén casados. ¿O es que acaso no planeas casarte con ella? —Se cruzó de brazos esperando su respuesta. Drake se tomó su tiempo en responder, lo que empezó a preocupar e irritar a Agatha. ¿Realmente, no tomaba en serio su relación con Lía? Si esto era así, estaba decidida a matarlo sin importar qué tan buen hermano pudiera ser—. Drake, si tú de verdad...

—Yo la amo —la interrumpió—. Es la mujer más hermosa, dulce e inteligente que conozco y... para mí sería un honor casarme con ella. Pero... yo... no sé si ella querrá aceptarme.

Esta confesión la sorprendió tanto que la dejó temporalmente sin palabras. ¿Cómo era esto posible? Lía tenía miedo de que Drake no la amara lo suficiente como para casarse con ella, y Drake creía que era Lía quien no lo aceptaría a él. La situación le pareció tan ridícula que quería ponerse a gritar.

—Hermano —comenzó a decirle lentamente, masajeándose las sienes con su mano libre—. Te puedo asegurar que nunca, pero nunca, he visto a una mujer más enamorada que Lía. Esa chica es capaz de saltar al fuego por ti, y sé que tú también saltarías por ella, así que hazme el favor de conseguir un anillo y proponerte como es debido, ¿sí?

Agatha le sonrió forzosamente con los ojos cerrados. Drake sopesó sus palabras, mirando a Lía nerviosamente, no del todo convencido con las palabras de Agatha.

—¿Estás segura... de que ella me aceptará?

—¡Que sí! ¡Sí! —afirmó casi gritándole desesperada—. Por el amor de Dios, Drake, ninguna mujer estaría en una relación por tanto tiempo sin la perspectiva del matrimonio. En serio, podrás ser el más serio y maduro del grupo pero, cuando se trata de relaciones, eres muy lento.

Drake la miró con una mezcla de alivio y molestia a la vez.

—Mira quién habla. Tú no eres precisamente la más indicada para hablar sobre relaciones. Ni siquiera puedes admitir que estás perdidamente enamorada de ese exespejo.

—Bueno, a diferencia de ti, yo tengo la excusa de ser la más joven aquí y de que Cariel y yo no llevamos demasiado tiempo de estar conociéndonos. Además, se supone que mis hermanos mayores deberían darme el ejemplo a seguir, ¿o no?

—Eso no es...

—¡Lía! Hola. Te ves hermosa hoy. ¿No lo crees, Drake? —apreció Agatha, interrumpiéndolo al llegar al lado de la barra donde estaban los demás. La aludida miró a ambos sin entender qué pasaba. Drake tenía la cara enrojecida, por lo que evitó su mirada, tratando de recomponerse—. Deberías invitarla a bailar, ¿no crees? —Pero Agatha no se la estaba poniendo fácil—. Después de todo, en una fiesta es normal que las parejas, sobre todo si llevan tanto tiempo juntas, no demoren mucho en...

—¡Suficiente! —gritó Drake a Agatha para callarla. Ignorándola, caminó un par de pasos por delante de ella hasta ponerse a la altura de Lía y, con una mirada avergonzada y medio suplicando que lo salvara, le extendió la mano—. Lía, ¿bailarías conmigo?

Ella miró la mano y luego su rostro, aún confundida sobre lo que estaba pasando entre los dos pero, en lugar de decir algo, solo se rio por lo bajo y tomó su mano sin preguntar nada. Drake no tardó en alejarse con ella hasta el otro extremo de la pista, lo más lejos posible de la barra, con Timothee a la saga, exigiéndole que después era su turno de bailar con Lía. Agatha los vio marchar con los brazos cruzados, negando lentamente con la cabeza. «La gente enamorada puede ser muy idiota a veces», pensó mientras los observaba bailar, muy unidos el uno con el otro.

—Parece que tuvieron una conversación interesante —comentó una voz a su costado.

Agatha se sobresaltó, girando inmediatamente hacia ella. Cariel la estaba mirando con una media sonrisa en sus labios. Su cabello suelto caía como seda por su espalda, haciendo contraste con su camisa negra remangada hasta los codos. Se veía radiante, como si hubiera acabado de salir de la ducha. Inmediatamente su corazón, que hasta hace unos segundos estaba en reposo, retomó su carrera a toda velocidad. Agatha tragó saliva y desvió su mirada para tratar de calmarlo y parecer tranquila.

—Solo... fue una conversación trivial entre hermanos. Nada importante.

—Eso veo.

Por un momento no se escuchó más que la música del escenario entre ellos. Agatha se mordió el labio y lo miró de reojo, tratando de pensar en algún tema de conversación, pero no se le venía nada a la mente. Un extraño nerviosismo se apoderó de ella, paralizando completamente su capacidad de emitir sonido o moverse.

—Te ves muy hermosa hoy —le susurró cerca de su oído.

Su suave aliento sobre su cuello le erizó la piel y encendió sus mejillas. Instintivamente giró su rostro hacia a él, lo que provocó que sus miradas se encontraran. Por unos instantes, ambos se olvidaron de todo lo que los rodeaba, perdiéndose en las pupilas dilatadas del otro. Él le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa. En ese instante, tuvo la certeza de lo que Drake le había dicho hacía unos minutos: él la amaba de la misma forma en que ella lo amaba a él. No necesitaba que nadie más se lo dijera: esa cándida sonrisa suya se lo había confirmado. Al interiorizar este hecho, su nerviosismo finalmente se atenuó, y su sonrisa creció unos centímetros. Al sentirse más segura de sí misma, entrelazó su mano con la suya apoyándose en la barra. Cariel aceptó el gesto, añadiendo un poco de fuerza al agarre, como para asegurarse de que no se soltara.

—Bueno, es que hoy venía alguien a quien quería impresionar —le dijo en un tono coqueto.

—¿Y este «alguien» ya está aquí? —le preguntó con una sonrisa divertida.

—No lo sé. Aún no lo he visto.

—¿Y no crees que se pueda molestar de verte aquí conmigo?

—Tal vez... pero eso sería su culpa por llegar tarde, ¿no lo crees? —respondió tomando un mechón de sus cabellos mientras lo entrelazaba entre sus dedos.

Cariel desvió la mirada hacia estos, quedando en trance unos instantes por la provocadora escena. Luego volvió a mirarla mientras ella seguía concentrada en su mechón. La visión

provocó que el pulso se le acelerara, y una sensación eléctrica le recorrió todo el cuerpo. La luz de las velas proyectaba sombras irregulares que ondulaban danzantes sobre su piel bronceada, dándole un aspecto sensual y a la vez elegante. Sus labios pintados de un rojo tenue estaban entreabiertos; tuvo que contenerse para no besarla en ese mismo instante.

—Sea quien fuere la persona a quien pretendes impresionar esta noche —empezó a decir en un susurro—, estoy muy celoso de ella.

—¿Y eso por qué? —le preguntó volviendo a mirarlo lentamente.

—Porque... definitivamente, no hay nadie que pueda superarte.

El corazón de Agatha dejó de latir, y una sensación sobrecogedora y cálida la envolvió. La mano con la que estaba jugando con su cabello ahora estaba sobre su hombro y la otra se había posado en su mejilla. Lo acarició unos segundos con su dedo índice sin dejar de mirar sus labios y acercó lentamente los suyos. Cuando estaba a solo centímetros de él, un fuerte impacto, seguido de un grito, sobresaltó a ambos, lo que provocó que se alejaran completamente en el acto.

—¡Dame un jarro de cerveza y que sea grande, que esta noche no quiero volver caminando a casa! —gritó Félix con una sonrisa a Helge, que estaba detrás de la barra del bar.

Ella lo miró de forma reprobatoria, pero se la sirvió de todos modos, negando con la cabeza.

—Más te vale no vomitar en mi piso, marinerito. Si no, vas a terminar durmiendo con los peces.

—¡Vale! ¡Vale! Seré prudente, te lo juro por mi honor de marinero —respondió llevándose la mano derecha al pecho con el puño cerrado para dar más énfasis a sus palabras.

Helge ignoró el gesto, y le dio la espalda, volviendo a sus labores. Félix le hizo una mueca y se llevó la jarra a la boca, girándose hacia el costado donde estaban Cariel y Agatha, mirando ambos en direcciones opuestas y con expresiones de frustración.

—¡Eh, Agatha! ¡Hola! —le dijo sonriendo en su dirección.

—Hola, Félix —lo saludó sin mucha gana.

Félix la miró de arriba abajo admirándola y le lanzó un silbido de asombro.

—Woow. Hoy luces espectacular. Ese vestido te queda sensacional.

—Gracias. Lía lo confecciono. El mérito es de ella.

—Sí, pero la que lo usa eres tú. Y déjame decirte que tú brillas mucho más que el vestido. —Agatha le sonrió por el cumplido, algo avergonzada. Al ver su reacción, Félix se enderezó hinchando el pecho y sonriendo de oreja a oreja. Tomando su gesto como una invitación (y motivado por el alcohol), dejó la jarra que tenía en la mano y se acercó decidido a ella, tendiéndole la mano. Ella lo miró sin comprender, hasta que él le volvió a hablar—. Espero que me puedas conceder esta pieza.

Agatha estuvo a punto de responder cuando Cariel apartó la mano de Félix, poniéndose protectoramente delante de ella.

—Perdona, amigo —le dijo seriamente con las cejas fruncidas—. Pero yo estaba a punto de pedírselo.

Félix dio un paso atrás irritado, mirando fijamente al hombre que acababa de robarle su

oportunidad.

—Te conozco. Eres ese recién llegado que Drake presentó hoy. ¿Cómo era? ¿Carlos... Caín?

—Cariel. Mi nombre es Cariel.

—Sí, eso. Cariel. Mira, amigo, no se dé dónde te escapaste o dónde recibiste educación, pero es muy descortés interrumpir a un hombre cuando está a punto de pedirle a una dama bailar con él.

—No lo es si la dama en cuestión ya ha prometido bailar la pieza con otro.

—¿No acabas de decir que estabas a punto de pedírselo? Si aún no se lo pediste, es imposible que ella te haya prometido bailar la pieza contigo, ¿no lo crees?

Cariel lo miró frustrado, apretando los puños sin saber cómo responderle.

—Eso... eso es...

—¡Yo también quiero bailar con Agatha! —interrumpió Timothee metiéndose entre los dos hombres—. Ya bailé con Lía; ahora tengo que bailar con Agatha —respondió con una sonrisa mirando a la aludida.

Los dos hombres se miraron entre ellos, intercalando miradas de desconcierto.

—Bueno... viendo cómo están las cosas... —empezó a decir Cariel, mirando en su dirección —, creo que es la dama la que debe elegir a su pareja.

—Sí. Es lo más justo —respondió Félix, de acuerdo con su adversario.

—¡Elígeme a mí primero! —pidió el niño saltando entre ellos.

Como si lo hubieran coreografiado de antemano, tres pares de ojos miraron con idénticas expresiones expectantes a Agatha, quien acababa de darse cuenta del dilema en el cual la habían metido. Pues era evidente que esto no era solo por un baile, sino que su decisión determinaría cuál de los tres era más importante para ella, además de que esta elección afectaría seriamente su orgullo masculino. Pero ¿a quién elegiría? ¿Sería al hombre al que casi besaba esa noche? ¿A su anterior pareja, con la cual tenía memorias compartidas? O... ¿sería al chico que conocía desde que era un recién nacido?

30.

Agatha paseó su mirada por cada una de las manos que le extendieron, algo pasmada y cohibida. Definitivamente, no esperaba este desenlace. La decisión sobre a quién de los tres le concedería el primer baile de la noche pesaba sobre sus hombros, pero ¿a quién debería escoger? La pregunta rondó por su mente solo por unos segundos; la respuesta correcta se le hizo demasiado obvia. Ya decidida, mostró una media sonrisa e intercambió una mirada astuta con cada uno de los hombres que tenía delante. Entonces, tomando la mano de uno de ellos, miró directamente a Cariel mientras decía:

—Vamos, Timothee. Yo también quiero bailar contigo.

—¡Sí! —gritó el niño saltando hacia a la pista, mientras arrastraba a Agatha tras sí.

Los dos se alejaron rápidamente de la barra, y dejaron a los otros dos confundidos, tratando de procesar lo que acababa de pasar. Agatha era muy consciente de las miradas que le lanzaban a sus espaldas. Era obvio que a ninguno de los dos le había caído bien su decisión, pero ella no pudo evitar reírse para sus adentros. Ese era su castigo por haberla puesto en esa situación. Timothee la llevó rápidamente al otro lado de la pista, como si quisiera impedir que cualquiera de los otros le robara su baile con ella. La canción que estaban tocando era una cuadrilla sencilla, así que no fue muy difícil para Timothee seguir los pasos de los bailarines. Aun así, el niño no tenía mucha experiencia y parecía divertirse más haciendo girar a Agatha por toda la pista que bailando. Ella siguió todos sus pasos divertida pero, después de la segunda vuelta, tuvo que pedirle que parara un poco con los giros, pues los pies le estaban doliendo demasiado. El niño aminoró el baile, no muy contento con esa decisión.

—¿Es porque no soy bueno bailando? —preguntó el pequeño mirando hacia abajo.

—Claro que no, Tim. Eres el mejor bailarín de toda la taberna. Es solo que estos zapatos me hacen doler los pies.

—Si hacen que te duelan los pies, ¿por qué los usas?

Ante su pregunta inocente, Agatha no supo qué decirle. Ni ella misma estaba muy convencida del motivo por el que decidió usarlos o, más bien, aún no quería admitir el porqué. Si lo hacía, sentía que moriría de vergüenza, así que evitó responder, cambiando el tema.

—¿Quién crees que baila mejor? ¿Lía o yo?

—Lía —respondió sin titubear, lo que la molestó un poco.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué ella es mejor que yo?

—Porque ella me enseñó.

Ante eso, Agatha solamente se rio; no había forma de rebatir ese argumento. Ambos siguieron bailando unos minutos en silencio, sin que ella pudiera evitar lanzar una que otra mirada curiosa hacia la barra de Helge.

—Tía Agatha, ¿puedo preguntarte algo?

—Dime —dijo distraída.

—¿Con quién te vas a casar? ¿Con el señor Félix o con el tío Cariel?

Agatha paró en seco ante la inesperada pregunta del niño.

—Con ninguno por ahora —logró decir—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que los dos te quieren y, cuando las personas se quieren, se casan. Pero no puedes casarte con los dos, ¿o sí?

Las mejillas de Agatha volvieron a sonrojarse sin saber cómo responderle. Timothee aún no tenía la edad suficiente como para entender de esos temas, así que lo más seguro era que Dahs o Drake le hubieran dicho algo.

«Esos dos me van a escuchar luego», pensó para sí misma, jurando vengarse de ambos. Timothee seguía mirándola con curiosidad esperando a que le contestara su pregunta. Agatha le mostró una sonrisa suave y decidió responderle con otra pregunta.

—Y tú, ¿con quién de los dos dices que debería casarme?

El niño lo pensó por un rato. Parecía que estaba analizando muy bien las dos opciones antes de responder, lo que provocó que Agatha se sintiera curiosa por la respuesta.

—Es difícil —empezó a decir—. El señor Félix es amable, tiene un buen trabajo y viaja por todo el mundo, lo que es genial, pero te dejaría mucho tiempo sola. Y el tío Cariel es muy divertido e inteligente. Te quiere, pero ustedes dos pelean mucho.

Agatha se sorprendió por la aguda respuesta del niño; parecía entender la situación mejor que lo que ella suponía. Bien podría ser un casamentero en el futuro.

—Entonces, debería casarme contigo, ¿no crees? Eres mi mejor opción —dijo riéndose, mientras le estampaba un beso en la mejilla.

—¡Noooo! —gritó el niño, limpiándose rápidamente el beso con el dorso de la mano—. Yo soy muy pequeño para casarme, y tú eres muy grande.

—Ah. Entonces, deberíamos buscar a una niña como tú, ¿no? ¿Qué tal la hija de Mitla? ¿Cómo se llamaba? ¿Lila... Margarita?

—Rosy —contestó el niño avergonzado.

Al ver su tierna reacción, quiso seguir molestándolo un rato más.

—Ah, sí. Rosy. Te encanta jugar con ella, ¿no? ¿Quieres casarte con Rosy cuando seas grande?

—¡Nooo! —volvió a decir—. Yo no me casaré nunca. Quiero ser un pirata y enterrar tesoros.

—¿Y si Rosy quiere ser pirata contigo?

—A ella no le gustan los piratas. Solo quiere sentarse y tomar té todo el día. Es muy débil para subir a un barco; no aguanta nada.

—Eso dices ahora, pero mañana quién sabe. La vida siempre nos da sorpresas, Timothee.

El niño la miró sin comprender mucho lo que estaba diciendo. La conversación sobre el matrimonio no es algo que le interese mucho a un niño de ocho años, así que, después de haber bailado unos minutos más con Agatha, quiso volver a jugar con sus amigos.

—Quiero ir a jugar, ¿puedo?

Agatha le sonrió y dejó que se fuera: ella también necesitaba descansar un poco. Levantando un poco el dobladillo de su vestido, se encaminó hacia la barra, donde estaban Cariel y Félix.

Parecían estar hablando de algo cuando Helge se metió en medio de la conversación. Ella observó la interacción a lo lejos, esperando el mejor momento para intervenir. Después de unos minutos, Cariel se tapó la cara y se alejó de ellos, sentándose en una silla en el extremo de la barra. Agatha se preguntó qué pudieron haberle dicho para que reaccionara así. Pero no pudo evitar sentirse agradecida por ello; después de todo, ahora podía hablar con él sin interrupciones. Se aproximó sigilosamente, tratando de pasar desapercibida entre toda la gente. Al llegar a su lado, el aroma de su colonia de almendras mezclada con el olor a cerveza del lugar la dejó en trance por unos segundos, dándole valor para susurrarle al oído.

—¿Me estabas esperando? —le preguntó sonriendo.

Cariel se giró sorprendido, y se encontró a unos pocos centímetros del rostro de ella. Debido a la sorpresa, no supo qué contestarle, pero inmediatamente le devolvió la sonrisa, una sonrisa tan radiante y apasionada que le quitó el aliento. Por una fracción de segundo, Agatha recordó la pregunta que Timothee le había hecho: «¿Con quién te vas a casar?». En ese momento, estaba tan desprevenida que no pudo contestarle con sinceridad, pero ahora, estando tan cerca de él y viendo cómo la miraba y le sonreía, estaba muy segura de su respuesta. «Si tengo que casarme con alguien, espero que seas tú», se dijo mientras lo invitaba a bailar.



—Vamos, Timothee. Yo también quiero bailar contigo.

—¡Sí! —grito el niño saltando hacia a la pista, mientras arrastraba a Agatha tras sí.

Los dos se alejaron rápidamente de la barra, y dejaron a los otros dos confundidos, tratando de procesar lo que acabada de pasar. En ese momento, Cariel y Félix intercambiaron miradas sin decir nada por unos segundos. Los dos se sentían descolocados y tontos, sin saber qué debían hacer a continuación. Agatha se las había arreglado para dejarlos en una especie de pie de igualdad, haciendo que ninguno de ellos pudiera reclamar o decirle nada al otro con respecto a ella. Ella había logrado salir de la situación airosa, sin comprometerse con ninguno. De alguna forma, eso hizo que Cariel la admirara, a la vez que se sentía molesto por el hecho de no haber sido elegido por ella. Esa mezcla de sentimientos contradictorios lo hacían preguntarse si ese tipo de situaciones serían cotidianas estando a su lado. No era que le molestaran especialmente, pero sí podían llegar a fastidiarlo bastante. Definitivamente, esa mujer iba a volverlo loco en el futuro, o más bien ya lo estaba logrando.

Perdido en sus pensamientos y emociones, se quedó viendo cómo los dos bailaban dando vueltas por toda la pista. Timothee parecía creer que bailar se trataba de hacer giros y vueltas por todo el lugar y, al ser él el que guiaba, Agatha no tenía más remedio que seguirle el paso. Su baile era torpe y descoordinado, pero se notaba, por las sonrisas y risas de ambos, que eso no les importaba en lo más mínimo. La escena era tan tierna que Cariel no pudo evitar sonreír.

—Es una mujer muy especial, ¿no crees?

Félix se sentó en la silla próxima a él, y le tendió una de las jarras de cerveza que Helge le había servido. Cariel la aceptó sin decir nada, tomando un leve sorbo mientras ambos miraban a la pareja de baile.

—Dicen por ahí que el que avisa no traiciona —comento Félix, haciendo girar el líquido de su jarra y, tras un largo trago, prosiguió—. Agatha y yo tenemos historia, ¿sabes? La conozco desde que éramos niños. Prácticamente, podría decir que crecimos juntos.

Él le mostró una sonrisa arrogante, lo que hizo que Cariel se sintiera incómodo y molesto con su presencia.

—¿A dónde quieres llegar con eso?

—A ningún lugar en particular. Solo quería que lo supieras. —Cariel lo miró entrecerrando los ojos. La conversación unilateral de Félix estaba empezando a hastiarlo, y él no parecía tener ganas de callarse o retroceder en ella; más allá de eso, parecía divertido con sus reacciones, regodeándose en el hecho de conocer a la chica desde hacía mucho más tiempo que él—. Ella me interesa. Pienso recuperarla —declaró sin más, sonriéndole—. Estoy seguro de que me escogerá a mí al final.

Cariel enderezó su espalda por la impresión. La declaración que había lanzado fue como si le hubieran tirado un balde de agua helada en la cabeza; aun así, estaba decidido a no dejarse impresionar ni atormentar por sus comentarios mezquinos. Cruzándose de brazos, le mostró una sonrisa lobuna y burlona, tratando de contener la creciente molestia que estaba sintiendo en ese momento.

—Parece muy seguro de sí mismo, señor Félix. Pero déjeme preguntarle: ¿cómo puede estar tan seguro de que ella lo elegirá a usted?

—Simple. Porque Agatha es inteligente. Sabe qué le conviene y qué no y, en estos momentos, yo soy su mejor opción.

Ese último comentario le llamó la atención, así que, aliviando un poco su mal humor, decidió indagar en lo que su interlocutor a medio estado de ebriedad le estaba diciendo.

—¿Y usted por qué sería su mejor opción?

—Porque sé que puedo ofrecerle una vida mejor que usted —empezó a explicar—. Tengo un buen ingreso, trabajo, una familia decente; básicamente, todo lo que una mujer desea en un hombre. Además del hecho de que nuestra condición social es parecida. Sé que puedo hacerla feliz, mientras que usted es un recién llegado al que nadie conoce. —Giró su cabeza hacia un lado para mirarlo directamente y le preguntó muy serio—. ¿Usted qué puede darle a ella?

Ante esa explicación, Cariel guardó silencio. Félix tenía razón en lo que decía. En otro tiempo, podría haberle ofrecido joyas, vestidos, mansiones y una posición muy alta en la sociedad noble, pero ahora no tenía nada de eso. Solo era un hombre común sin título ni riqueza que había recobrado su humanidad. Si no hubiera sido por los Aciagos, ni siquiera tendría un techo donde vivir. Realmente no tenía nada que pudiera darle salvo, tal vez, sus conocimientos sobre la magia y su compañía. Al lado de lo que Félix podía darle, no tenía nada. Y, aunque le dolía tener que admitirlo, entre ellos dos era claro que Félix era una mejor opción para ella.

—Nunca dejas de decir estupideces, ¿eh, marinerito? —intervino Helge de repente, entrometiéndose en la conversación—. Eres un verdadero idiota si crees que Agatha te elegirá solo por lo que puedas darle.

Félix la miró con enojo cruzándose de brazos, mientras que Cariel se puso a escuchar muy

atento su conversación.

—¿Te parece poco, Helge? Puedo darle una vida respetable, donde no tenga que volver a robar para sobrevivir. La salvaría.

—¿Y qué te hace pensar que ella necesita ser salvada o que quiere vivir una vida respetable, como tú dices? ¿Acaso se lo has preguntado?

Félix se quedó callado ante sus palabras. La verdad era que nunca le había preguntado a Agatha qué clase de vida deseaba llevar, o si quería cambiar su posición social y dejar de robar. Solo había supuesto que eso era lo que ella quería. Después de todo, conseguir un marido con buena posición e ingresos y formar una familia era lo que todas las mujeres deseaban, y él tenía todo lo necesario para darle eso. ¿Acaso eso no era suficiente para estar con ella?

—No entiendo qué me quieres decir. Tengo todo lo necesario para hacerla feliz. ¿Por qué no me elegiría a mí?

—El hecho de que no lo entiendas es la razón por la que no estás con ella ahora —dijo sin rodeos, pasándole una jarra a otro de los clientes—. Ella no elegirá a un hombre por lo que tiene o por lo que pueda darle; no es esa clase de persona. Las riquezas, la posición o los títulos le importan un rábano. Apostaría todo el licor que tengo a que el forastero a tu lado será el hombre a quien ella elija.

La declaración de Helge provocó que Félix se molestara aún más, mientras que Cariel no pudo evitar sonreír, llevándose la mano al rostro para tratar de ocultarlo. La seguridad con la que Helge acababa de apostar por él hizo que las preocupaciones en su cabeza disminuyeran, lo que lo hizo sentir más tranquilo. Por su parte, Félix estaba sintiendo todo lo contrario. Mirando con el ceño fruncido a ambos, preguntó:

—¿Qué tiene él para qué estés tan segura de que ella lo escogerá?

—No es lo que tiene, sino lo que despierta en ella. El amor y la pasión son dos razones de gran peso para las mujeres, Félix.

—El amor y la pasión son sentimientos pasajeros. Una persona no puede vivir solo con eso.

—Sí, pero, sin estos, la vida no tiene ningún sentido. Y sé que Agatha, aunque no lo parezca, es una mujer apasionada. Y lamento decírtelo, pero tú no eres quien despierta esas pasiones. Y, si no me crees, puedes comprobarlo por ti mismo. —Félix abrió la boca para replicar ante su comentario, pero Helge giró su rostro en otra dirección. Él siguió su movimiento instintivamente, y finalmente pudo comprender de lo que Helge estaba hablando. En algún momento de su conversación, Cariel se había cambiado de lugar, sentándose unos asientos más lejos de ellos. Agatha estaba ahora a su lado susurrándole al oído. Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro, y ambos sonreían de una forma muy íntima. Era como ver a dos amantes tratando de pasar desapercibidos ante la gente. Unos segundos después, ella enganchó su brazo con el de él y lo llevó a la pista de baile. Ambos se veían muy felices juntos. Félix sintió cómo su corazón se estrujaba en su pecho; ella nunca lo había mirado a él de esa forma, jamás le había susurrado al oído o lo había invitado a bailar. La mujer que había sido su primer amor estaba ahora en los brazos de otro hombre, y no había nada que él pudiera hacer. En ese momento, se dio cuenta de lo estúpido que había sido al suponer que ella lo elegiría. En realidad, él nunca había sido

siquiera una opción para ella, y darse cuenta de ello le dolió—. Como dije, una mujer apasionada. Creo que gané la apuesta.

Félix miró a la pareja con una mezcla de sentimientos encontrados; tristeza, decepción, ira, envidia y, finalmente, resignación.

—¿Puedes traerme algo más fuerte? —pidió poniéndose de espaldas para no ver más la escena—. La cerveza no es suficiente.

Helge suspiró negando con la cabeza, pero no tardó ni dos minutos en traerle una botella de su mejor whisky.

—La casa invita por esta noche —declaró mostrándole una sonrisa compasiva por primera vez en toda la noche.



Timothee

Un joven fauno rebotante de
energía y encanto.
Sueña con crecer y
embarcarse en la vida pirata.
Es un indiscutido imán de
travesuras:
Su actividad predilecta es
molestar a la enana Helge,
quien regentea la única
taberna en la Fleck, contando
siempre con la complicidad
de Dahs.



31.

Las parejas a su alrededor los miraban con curiosidad; después de todo, Cariel era un forastero para ellos. Nadie sabía con certeza quién era. ¿Tal vez era un noble caído, o tal vez venía de otra tierra? Quizás era un espía encubierto o... ¿sería un asesino? Nadie lo sabía, y ninguno de los Aciagos aclaró el tema. Solo lo presentaron como un amigo lejano que, de ahora en adelante, formaría parte de su grupo. Pero su apariencia era muy llamativa como para conformarse con tal explicación. Además, era evidente que él y Agatha estaban en una relación, por cómo se estaban mirando y bailando en ese preciso momento. Por su parte, Agatha hizo caso omiso a sus miradas; si querían esparcir rumores sobre ellos, les iba a dar una buena razón para hacerlo.

En ese momento, la banda improvisada comenzó a tocar una balada lenta. Agatha supuso que Dahs tenía que ver con el intempestivo cambio de ritmo. Después de todo, su hermano, en el fondo, era un romántico, sobre todo cuando se trataba de música.

Dulce y cruel es esta historia,

la historia de una bella mujer

que, por ser de carne y hueso,

*su corazón le entregó a él.
Él, un maldito petulante,
que con sus sentimientos jugó
y que al final de la historia,
su corazón apuñaló.*

La voz melódica de Dahs, combinada con el suave rasgueo de las guitarras y el retumbar del bombo, creaban un ambiente hipnótico y embriagador alrededor de todos los presentes. La balada que estaban tocando era muy popular esos días. Narraba la historia trágica de una mujer a quien le habían roto el corazón. Sin embargo, dicha mujer poseía un talento mágico muy peligroso, con el cual había embrujado a todos los hombres de su ciudad.

*La bella mujer, rota y sin vida,
de rojo un día se vistió.
Cantando una dulce melodía,
a todos los hombres del pueblo embrujó.
Niña de rosa, mujer de rojo,
perdona mi vida, yo te lo imploro.
Hombres del mundo, escuchen bien:
dejen su vida muy atrás,
abandonen todo sustento,
hijos y mujer dejen atrás.*

Y en un arrebato de ira, decidió matarlos a todos.

*Bailen y suban por el risco
hasta el acantilado llegar
y, cuando lleguen al final del camino,
a las olas del mar se tendrán que aventar.
Niña de rosa, mujer de rojo,*

perdona mi vida, yo te lo imploro.

La canción terminaba con una enseñanza algo extraña, que trataba de infundir en los niños jóvenes la importancia de ser fieles y honrados en su actuar, para lograr salvarse del terrible destino de la mujer de rojo. Era una historia algo espeluznante para ser interpretada como una balada romántica, pero quien la había escrito había romantizado tanto la melodía que nadie podía negar que era una canción preciosa.

Agatha demostró gran destreza al seguir el ritmo, al igual que Cariel. Los dos estaban disfrutando mucho el momento, apoyándose en cada paso y giro que daban. Sin embargo, los pies de Agatha no estaban de acuerdo con seguir con tal romántica farándula. Cuando la canción llegó a su último verso, su pie derecho se dobló hacia afuera y, por la altura del tacón, perdió el equilibrio completamente.

Si eres caballero noble y fiel,

tu final distinto será

pues, si tienes mucha suerte,

a una sirena enamorarás.

Afortunadamente, Cariel logró atraparla por la cintura antes de que se fracturara el pie con la caída. Ambos se perdieron por unos segundos, mirándose el uno al otro. El corazón de ambos empezó a latir con fuerza, y Agatha sintió cómo todo su cuerpo se tensaba desde el punto en su cintura donde la mano de él la sostenía con una sensación eléctrica y cautivadora. Por un leve momento, el mundo entero pareció detenerse.

—Y ahora, mi gente, vamos a tocar una más movida. ¿Están de acuerdo?

El público entero empezó a gritar pidiendo que empezaran nuevamente con la música, la cual cambió a un ritmo mucho más rápido que el anterior. La atmósfera íntima de ambos se rompió, y fue Cariel el primero de los dos en volver a la realidad.

—¿Quieres descansar?

—Seguro —aceptó ella, poniéndose de pie y enderezando su espalda.

Se sentaron en la primera mesa que encontraron. Agatha ya no aguantaba más seguir con esos tacones, así que, ignorando todo el poco decoro que la caracterizaba, se levantó el vestido hasta las rodillas y se los quitó. Cariel, por su parte, apartó la mirada, avergonzado al ver lo que trataba de hacer. Solo cuando se bajó el vestido nuevamente, volvió a mirarla. Tenía ambos tacones en el regazo y sus pies descalzos sobresalían de debajo de su vestido.

—Creo que ya no podré bailar más esta noche —dijo apenada—. Ya no soporto más usar estos zapatos.

Cariel tomó uno de estos y empezó a examinarlos. Eran tacones de punta fina, de quince centímetros, sin mucho agarre. Eran muy bonitos, pero se veía a la legua que usarlos era realmente difícil, sobre todo por el empeine tan alto.

—¿Por qué te los pusiste? Tú nunca usas estas cosas. Podrías haberte torcido el pie. —Al darse cuenta de la situación, dejó el zapato sobre la mesa y se agachó para examinar sus pies. Temía que hubiera sufrido un esguince. Lentamente empezó a masajear ambos, sin importarle nada más. Agatha se avergonzó por sus acciones, pero no dijo nada. Después de todo, ella misma estaba por hacerlo, pero Cariel se le adelantó. Por unos segundos ninguno dijo nada. Cariel estaba muy concentrado en aflojar sus músculos con la mejor precisión y tacto posibles, y Agatha lo estaba disfrutando demasiado como para decirle que dejara de hacerlo—. Afortunadamente, ninguno de los dos está lastimado. Creo que podrás seguir bailando, si quieres. Eso sí: no vuelvas a ponértelos. —No necesitaba que se lo dijera; estaba planeando tirarlos en la chimenea de su habitación esa misma noche—. No me respondiste, por cierto. ¿Por qué te pusiste estos zapatos tan incómodos?

Agatha suspiró apartando la mirada. Cariel era la tercera persona que le preguntaba lo mismo, y la última a quien ella quería contestarle. Pero, viendo cómo se habían desarrollado los acontecimientos, ya le daba igual que lo supiera o no.

—Porque pensé que te gustaría que los usara —empezó a explicar sin mirarlo—. Eras un noble antes. Pensé que, si trataba de parecerme más a ellos, te gustaría más. Después de todo, siempre me decías que tenía que verme más como una dama, que debería usar más vestidos y esas cosas.

Su confesión lo hizo sentir muy culpable, a la vez que le rompió el corazón. Por tratar de complacerlo, casi se rompía el pie esa noche. Se sintió como el hombre más estúpido del mundo, odiándose a sí mismo por pensar en querer que ella cambiara para adaptarse a él. Si había alguien que tenía que cambiar su forma de ser o de vestir, era él, no Agatha. Ella podría no ser perfecta como la mujer con la que él imaginaba casarse cuando todavía era el duque Meyer. Pero era perfecta a su propia manera y, más importante aún, era la mujer de quien se había enamorado y a quien quería proteger.

—Agatha, ¿te puedo pedir un favor?

Ella lo miró, algo avergonzada todavía, pero asintió.

—Por favor, olvida todo lo que te dije sobre la ropa que debías usar o cómo debías actuar. No necesitas cambiar nada de ti para que te mire o para que te quiera. Yo te quiero tal como eres, así que, si alguna vez quieres cambiar, hazlo porque tú quieres, y no porque nadie te lo diga.

Sus palabras conmovieron su inestable corazón. Agatha lo miró con una sonrisa sincera al borde de las lágrimas, pero logró contenerse mordiéndose levemente el labio inferior. Realmente, necesitaba escuchar esas palabras de su boca. Todo el nerviosismo e incertidumbre que había sentido por su aspecto desde que se había dado cuenta de su enamoramiento por Cariel se disipó. Él había cambiado su forma de pensar y, más aún, la amaba a ella tal como era. Sin poder esperar más, se lanzó hacia sus brazos y lo besó, lo cual lo sorprendió. Fue un beso improvisado y torpe al inicio, que luego se convirtió en uno apasionado y dulce. Un primer beso que provocó que ambos se sintieran electrificados y llenos de energía. Después de unos segundos, ambos se apartaron sin poder dejar de mirarse. El aliento compartido entre ambos les hacía cosquillas en las mejillas, pero ninguno hizo amago de querer alejarse.

—En serio odio esos zapatos —confesó Agatha riendo—. No sé cómo las mujeres nobles

pueden usarlos todos los días.

—Yo tampoco. Y hablo con conocimiento de causa.

Eso último le hizo soltar una carcajada.

—¿Acaso alguna vez usaste zapatos de tacón alto como para decir eso? —preguntó sin poder creerlo.

—La verdad es que sí. Aunque no lo creas, los primeros en usar zapatos de tacón alto fueron los hombres nobles. Cuando mi padre vivía, eran el último grito de la moda. Todos los usábamos. —Cariel cambió su sonrisa por una mirada muy seria y, mirándola fijamente a los ojos, admitió—: Odié cada segundo que tuve que usarlos. Son el peor invento que pudieron hacer los zapateros. Afortunadamente, pasaron de moda cuando me convertí en adulto. Lo que no entiendo es por qué las mujeres decidieron continuar con esa moda poco tiempo después. Es una tremenda tortura para los pies de uno.

Agatha se rio al imaginarlo usando esos zapatos y, por un momento, deseó que se los pusiera solo para burlarse de él. Pero se contuvo de hacer cualquier comentario referido al tema. En esos momentos, lo que menos quería era que él se enojara. Lo único que deseaba era seguir disfrutando la velada.

—¿Qué te parece si me llevas a arriba para que pueda ponerme unos zapatos normales? Me gustaría seguir bailando contigo esta noche.

—¿Por qué necesitarías perder el tiempo con eso? Puedes bailar así como estas.

—¿Quieres que baile descalza?

—¿Acaso te importa hacerlo?

—A mí no, pero las personas aquí van a pensar que estoy loca.

—¿Te importa que piensen que estás loca?

—Bueno... no mucho. Pero sería extraño ser la única que lo haga.

—Si ese es el único problema, es fácil de solucionar.

Cariel se paró de pronto, y la ayudó a sentarse. Luego se agachó y empezó a quitarse los zapatos, arrojándolos debajo de la mesa sin el mayor cuidado.

—Cariel, ¿qué estás haciendo? —preguntó Agatha sorprendida de sus acciones sin entender lo que acababa de hacer.

Él se inclinó ante ella y le extendió su mano en una reverencia, invitándola a bailar.

—Ahora no serás la única en bailar descalza —declaró sonriendo.

Agatha mordió su labio inferior para tratar de evitar reírse de él, pero no tardó en levantarse y tomar su mano, siguiéndolo a la pista de baile.

—Eres el hombre más incomprensible y excepcional que conozco, ¿sabes?

—Lo mismo puedo decir yo de ti, señorita Agatha —dijo, devolviéndole el halago.

La música ahora era rápida y muy animada; todo el mundo estaba muy alegre, siguiendo los pasos. Las parejas en la pista no tardaron mucho en ver a la pareja que bailaba descalza en medio de la pista. Pero, lejos de indignarse o alarmarse por ello, poco a poco empezaron a imitarlos. Agatha no era la única que estaba usando zapatos incómodos esa noche, así que, cuando las

demás mujeres vieron su oportunidad, empezaron a sacárselos dejándolos a un lado de la pista. Sus parejas, por su parte, las siguieron en señal de apoyo. Cuando hubo al menos siete parejas descalzas bailando y riendo, Dahs detuvo la música un minuto para hacer un anuncio.

—Parece que acaban de inventar un nuevo baile justo ahora —anunció riendo—. A todos aquellos que están sentados, los invito a sacarse los zapatos y a unirse a la diversión. La noche es joven, gente, y no quiero ver a nadie dormir ahora. ¡Qué empiece el Estampie⁵!

Todas las parejas empezaron a alinearse y bailar en grupos, girando y cambiando de parejas cada tanto. La música empezó con tonadas más lentas, aumentando la velocidad cada vez que los grupos daban vueltas por la pista. Agatha bailó intercaladamente con Drake, Lía, Cariel, Timothee, y muchos otros más hombres y mujeres. La velada estaba en su punto máximo en ese momento. Cuando el baile los unió de nuevo, tanto ella como Cariel estaban riéndose sin aliento. Ambos estaban sudorosos y con los pies increíblemente sucios, al igual que todos los demás pero, aun así, no podían estar más felices. Él le acarició la mejilla sin dejar de reír, y ella acercó su rostro al de él, tomando su otra mano. Ambos estaban con los ojos cerrados a solo centímetros de volver a besarse cuando un grito agudo sobresaltó a todo el mundo, e hizo que la música parara.

—¡Tienen a mi hija! ¡Se llevaron a Rosy! —gritó Mitla a todo el mundo, sollozando sin control.

La fiesta había acabado.

32.

Era una noche sin luna. La brisa fresca de la medianoche se colaba por las ventanas abiertas de su habitación. Agatha estaba en camisón, peinándose frente a su espejo descubierto. Cuando terminó, tomó la sábana para volver a cubrirlo, pero se detuvo. Miró su reflejo atentamente, prestando atención a cada detalle que veía, tratando de recordar la imagen de Grimhilde. Era cierto que ambas se parecían físicamente, pero la realidad era que eran muy diferentes. Los ojos verdes de Grimhilde eran sombríos, como si no tuvieran vida. Su piel era tan blanca que la hacía parecer casi un fantasma, y su postura era recta como si de un soldado se tratase. Todo en ella era bello, pero estricto y sin alma. En cambio, los ojos de Agatha, pese a ser del mismo verde, eran brillantes; su piel estaba bronceada por el sol y su postura era mucho más relajada. Al darse cuenta de ello, sonrió, y su reflejo le devolvió la sonrisa. La sombra de Grimhilde ya no volvería a atormentarla cada vez que se mirara en un espejo.

Dejando la sábana a un lado, se dispuso a cerrar sus ventanas, pero un golpe en la puerta interrumpió su cometido.

—Adelante.

Cariel entró a la habitación con un plato de comida en la mano.

—No quería molestar, pero supuse que no alcanzaste a comer nada en la fiesta —dijo con una sonrisa triste—. Estos los preparó Lía. Son muy buenos.

Agatha le sonrió, apuntando a la mesa junto a su cama para que los dejara ahí. Él lo hizo, y ella se sentó en la cama para empezar a comer. Los tentempiés de Lía estaban realmente exquisitos, a pesar de estar algo fríos. Cariel se rio al verla comer y se sentó a su lado. Ninguno de los dos dijo nada hasta que ella terminó de comer.

—¿Cómo estás? —preguntó después de que dejó el plato vacío en la mesa.

—Bien. Estoy bien —aseguró, medio suspirando por el cansancio y la tristeza—. Es solo... esto es muy difícil.

—Sí. Es complicado.

Después de la noticia del encierro de Rosy, el lugar se volvió un caos. Que los soldados encarcelaran a medio mundo por las deudas ya se les había hecho bastante normal, pero que encarcelaran a una niña era algo que nadie iba a tolerar. El motivo del encierro había sido una aparente acusación de robo, la cual, según Mitla, era totalmente falsa. Según ella, la niña estaba en el mercado jugando con sus hermanos cuando una criada tropezó, y tiró al suelo la canasta de panes que llevaba. Rosy, al verla, trató de ayudarla juntando algunos de los panes, pero un guardia que pasaba por allí malinterpretó su acción, creyendo que la niña estaba tratando de robarle a la criada. El soldado, lejos de creer en su explicación y al ver que se trataba de una niña de la Fleck, llamó a sus compañeros y se la llevaron a la prisión. Mitla estuvo buscándola toda la tarde y noche en el mercado sin poder encontrarla, hasta que un vagabundo que había presenciado la escena pudo darle datos de ella. Después de haberlo escuchado, salió disparada

hacia la cárcel pero, al llegar, ninguno de los guardias dejó que viera a Rosy. Sin saber qué más hacer, terminó corriendo en plena noche hasta la taberna de Helge en busca de ayuda.

Todos los presentes maldijeron e insultaron a los guardias y al rey al escuchar la historia y, envalentonados por el alcohol en sus venas, varios hombres anunciaron que irían en ese mismo instante a liberar a todos los encarcelados. Incluso un par de ellos salieron a buscar antorchas y armas. Fue muy difícil para Drake convencerlos de que no hicieran ninguna locura esa noche. Si se iban así, lo único que conseguirían sería adelantar su muerte. Por fortuna, la promesa de liberar a todos la noche siguiente con el plan bien elaborado que habían estado planeando los líderes de la Fleck logró calmarlos. Incluso, los pocos que aún no se habían unido al plan decidieron participar. Sin embargo, era obvio que, después de semejante noticia, a nadie le hubieran quedado ganas de seguir con la fiesta, y todos se fueron a descansar poco después.

—No puedo creer que hayan llegado tan lejos... encarcelar a una niña inocente... La gente puede llegar a ser muy cruel —dijo Cariel con la mirada perdida en la habitación.

—Tranquilo —lo consoló Agatha, acariciándole el brazo—. Mañana por la noche liberaremos a todos. Los preparativos están listos, y nuestra gente está determinada a luchar. Salvaremos a todos.

—¿Y qué pasará luego? ¿Simplemente, van a liberarlos para que los vuelvan a atrapar después?

—Claro que no. Nos encargaremos de ocultarlos en el bosque hasta que todo el asunto de la enfermedad y de los impuestos termine. Una vez que la tormenta pase, todos podremos vivir en paz de nuevo.

—¿Y si no pasa? ¿Y si todo empeora? No puedes saber con certeza que todo este asunto terminará. Nadie sabe por qué, pero es como si el rey quisiera deshacerse de toda la Fleck.

Ante sus palabras, Agatha guardó silencio. Ella tenía la certeza de que todo lo que estaba pasando era, en realidad, obra de la reina de Lorh y, por lo que el general le había dicho hace algunos días, estaba segura de que tenía algo que ver con su propuesta sobre convertirla a ella en princesa. Agatha pensó varias veces en contarle lo que sabía a su hermano Drake y ver qué opinaba al respecto pero, si lo hacía, tendría que contarle también sobre todo su pasado y no estaba segura de querer hacer eso. Además, no creía que Blanca fuera capaz de llegar muy lejos, solamente con el objetivo de convencerla a ella de que aceptara su trato. Involucrar y perjudicar a tantas personas solamente por eso sería una completa locura, y un acto muy ruin y egoísta de su parte. Si bien a ella no le caía para nada bien la reina, no creía que fuera capaz de cometer semejante disparate. Tenía que haber otra razón, aparte del trato, que la motivara a hacer todo esto.

—Pase lo que pase, lo superaremos. Todos aquí han experimentado malas situaciones y, aun así, lograron salir adelante. Si pudimos hacerlo entonces, podemos hacer lo que sea —aseguro tomándole las manos—. Confía en mí.

—Eres la persona en quien más confío, Agatha, pero me preocupa que puedas llegar a lastimarte allá. Eres demasiado cabezota y, cuando las cosas se ponen feas, tiendes a ponerte en riesgos innecesarios. No sé cómo pudiste llegar a vivir tantos años con esa impulsividad tuya.

Agatha le hizo una mueca, y lo empujó sobre la cama. Él trato de levantarse enseguida, pero

ella lo agarró de las muñecas, abalanzándose sobre él. Al verse atrapado en una posición tan íntima, se sonrojó.

—Pues he vivido bastante, a pesar de ella. Y tengo la leve sospecha de que a ti te gusta que sea así de impulsiva. ¿O me equivoco? —le preguntó mostrándole una sonrisa coqueta.

Un impulso eléctrico se esparció por todo su cuerpo ante esa sonrisa. Agatha estaba tratando de llevarlo al límite, y él no tenía intención de ponérselo tan fácil; entonces, le devolvió la sonrisa y, con un impulso rápido, la tomó de las manos y le dio la vuelta. Ahora las posiciones se habían invertido.

—En serio vas a volverme loco, ¿sabes?

—Eso es en parte tu culpa. Verte enloquecer lentamente es un hobby muy divertido del que no pienso privarme.

—Eres una verdadera bruja —dijo en un susurro, acercando sus labios a los suyos.

—Tú lo has dicho. Soy una bruja, y esta noche planeo embrujarte.

El beso que se habían dado en el baile no tenía comparación con el que se estaban dando ahora. Era un beso hambriento y desenfrenado, como si se tratara del último contacto humano que ambos tendrían en sus vidas. La tensión se intensificó, y la brisa fría de la noche perdió su efecto ante el aumento de calor que ambos estaban experimentando. Agatha se impacientó y le estiró la camisa, rompiéndole tres botones en el proceso. Ya más desesperada, metió su mano dentro de ella tocando su abdomen. Su cuerpo parecía un volcán en plena ebullición, y cada vez se calentaba más. Trató de llegar más lejos, pero entonces él se apartó, tomándola de los hombros para evitar que ella lo tocara. Su mirada estaba fija en el suelo, y solo jadeaba, sin decir nada. Eso la molestó y la preocupó a partes iguales.

—Cariel, ¿estás bien? ¿Te pasa algo?

—No puedo —dijo en un tono apenas audible.

—¿Qué dijiste?

—No puedo, Agatha. Lo siento. —Sin mirarla, se levantó de golpe.

—¿Hice algo mal? —preguntó sin entender—. Cariel, ¿por qué tú...?

—No hiciste nada. Es mi culpa... Yo solo...

Cariel la miró con las manos en puños y con la mirada acuosa. Parecía como si quisiera decirle algo, pero no se atrevía a hacerlo; la miraba fijamente, mordiéndose el labio. Después de unos segundos, soltó un suspiro ahogado. Agatha, preocupada, trató de tocarlo, pero él se giró, y abrió la puerta.

—Te dejo para que descanses —le dijo al cerrarla.

Agatha se quedó en la habitación completamente en silencio, sin saber qué sentir ni qué pensar.



—¡Lo ensucias, lo limpias! —le gritó Helge al ver cómo dejaba un plato sucio en el fregadero y se iba.

Agatha soltó un bufido de hastío en señal de protesta. Estuvo tentada de irse sin hacerle caso

pero, al ver su cara de enfado y sus brazos cruzados, cambió de idea. No le convenía hacerla enojar; solo sería peor para ella después. Entonces, resignada, tomó un trapo húmedo del fregadero y empezó a limpiar los trastos. A fin de cuentas, ella había sido la única que no había ayudado con los preparativos de la fiesta. Lo mínimo que podía hacer para compensarlos era lavar los trastos sucios.

Mientras ella hacía eso, Helge se ocupaba de limpiar el piso y acomodar las sillas dispersas por todos lados. Para la mayoría, hubiera sido muy tarde como para estar haciendo labores domésticas, pero Helge, quien se quedaba durmiendo toda la mañana, prefería limpiar de noche cuando nadie estuviera despierto para molestarla. Después de un rato (donde los únicos sonidos eran los provenientes del barrer de la escoba y del chocar de los platos), Agatha se animó a hacerle la pregunta que la atormentaba desde que Cariel se había ido de su habitación hacía una hora.

—Helge, tú... Por casualidad, tienes mucha experiencia con los hombres, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta el hecho de que tengo dos hijos adultos, cualquiera podría decir que tengo algo de experiencia en esa área, ¿no crees? —respondió burlonamente.

Agatha apretó los puños con impotencia al darse cuenta de lo estúpida que había sonado su pregunta.

—A lo que me refiero es que... Si alguna vez tú... ya sabes... que, cuando llega ese momento... te rechacen sin decirte por qué.

—¿Cariel te rechazó cuando estaban por tener sexo?

Agatha apartó la mirada avergonzada ante su franqueza.

—Tampoco es necesario que seas tan directa, Helge —le recriminó tapándose la cara.

—Y tú ya estás muy grande como para actuar como una cría que no sabe nada del mundo. Si quieres hablar conmigo sobre eso, es mejor que seas clara. Odio cuando la gente empieza a balbucear sin decir nada en concreto.

Agatha golpeó la mesada con un puño y se giró para mirarla directamente.

—El punto es —empezó a decir decidida— que no entiendo qué pasó, ¿sí? Digo... todo estaba bien. Yo estaba feliz y ansiosa y... puede ser que haya sido algo brusca al dejarme llevar por el ambiente, pero él me siguió el juego, así que supuse que todo iba bien con él. Pero, de la nada, me aleja sin ninguna explicación y se va. Así sin más.

—Veo. Te dejó alborotada y con las ganas.

—¿Puedes dejar de burlarte de mí? Es en serio; no sé por qué hizo eso y, por más que lo pienso, no encuentro explicación. Sé con certeza que los hombres no suelen rechazar ese tipo de... situaciones.

Helge frunció el ceño pensando un rato en sus palabras.

—Pues sí, es bastante inusual. Sobre todo, si fue la mujer la que se lanzó primero.

—¡Helge!

—¿Qué quieres que te diga?, ¿que te mienta y te diga que eso es normal? Porque, lamento informártelo, pero no es así, Agatha. Si te rechazó de esa manera, debe de haber tenido una razón muy fuerte para hacerlo.

—¿Y cuál puede ser esa razón? Porque estoy segura de que no es porque no le guste.

—Bueno... en cuanto a mi experiencia y por lo que he escuchado, normalmente suele haber dos razones puntuales por la que los hombres rechazarían a la mujer que les gusta.

—¿Cuáles son? —preguntó enseguida.

—La primera, usualmente, se debe a un tema religioso. Tal vez Cariel es de los que prefieren esperar hasta después del matrimonio para hacerlo.

Agatha recordó los sueños que había tenido sobre Cariel antes de que lo encerraran en el espejo. Especialmente el último de ellos y cómo estaba al momento de ser encerrado o... al salir del espejo. Sin dudas, no se trataba de un hombre casto y religioso.

—No creo que sea eso —afirmó decidida—. Estoy segura de que no es el caso.

—Si no es eso, entonces, es culpa —aseveró resuelta.

—¿Culpa?

—Sí, culpa. Seguro, oculta algo.

Esa opción era mucho más viable en su caso, pero ello preocupó mucho más a Agatha. ¿Qué podía ser tan grave para que la hubiera apartado y no le hubiera podido decir nada?

—¿Qué será lo que oculta? —se preguntó en voz baja.

—Es probable que tenga una prometida esperándolo en alguna parte, o algo así —arriesgó Helge sin darle mayor importancia, continuando con su barrida: la conversación ya la había aburrido.

Agatha se puso pálida ante esa posibilidad, pero su cabeza le recordó los sueños y el hecho de que Cariel acababa de salir de un encierro en solitario por más de veinte años. Era imposible que tuviera una prometida o alguna otra mujer, además de ella.

—Tampoco creo que sea eso —objetó.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

—Cariel no es así. —O, al menos, estaba segura de que ya no lo era.

—Sí, claro. Si quieres creer en una ilusión estúpida, allá tú. Yo también quise creer que mi esposo me era fiel y que la única razón por la que rechazaba dormir conmigo era porque estaba cansado debido a su trabajo. Pero no: resulta que estaba viéndose con una compañera de trabajo más joven, a quien dejó embarazada. Cuando lo descubrí, no tuvo reparos en abandonarme a mí y a mis dos hijos, e irse con ella. —Helge dejó de barrer y miró directamente a Agatha con ojos tristes—. Te lo digo por experiencia, niña. No confíes plenamente en un hombre que no es sincero contigo. Puedes terminar muy lastimada en el proceso.



La habitación oscura se iluminó con la leve llama de la vela que traía. Los primeros rayos del sol no tardarían en aparecer, anunciando la llegada de la mañana. Dentro de poco todos despertarían: necesitaba lograr su cometido rápidamente. Agatha empezó a rebuscar con sepulcral silencio entre las cosas que allí había. Después de unos minutos, junto a una de las cajas de madera que contenían diversas telas, encontró lo que buscaba; trozos irregulares de

vidrio, todos guardados en una pequeña caja de madera, para evitar que alguien se lastimara al tocarlos. Agatha tomó uno de los fragmentos más grandes y volvió a su habitación. Para lo que tenía planeado hacer, solo necesitaría uno.

Al llegar, cerró la puerta suavemente y colocó el cristal en su mesa de noche. Acto seguido, agarró el libro de hechizos y buscó la página que había leído unas horas antes.

Después de su conversación con Helge, Agatha no pudo conciliar el sueño. Aunque lo intentó, no paraba de dar vueltas y vueltas en la cama sin poder cerrar los ojos. Su conciencia no la dejaba tranquila, pensando en las miles de posibilidades que había para explicar el comportamiento de Cariel. Se preguntaba una y otra vez si, en realidad, tenía una mujer en el pasado a quien ella no había visto en sus sueños, o si, como le había pasado a Helge, tendría algún hijo o hija perdidos por ahí. O tal vez no se trataba de nada de eso y, simplemente, no quería estar con ella. La falta de certeza en cada una de las posibilidades la estaba volviendo loca, al punto de que llegó a pararse frente a la puerta de su dormitorio para exigirle en ese mismo instante que le dijera qué era lo que estaba ocultando, pero en el último momento se acobardó. No quería despertar a todo el mundo por sus problemas personales, y menos aun que todos se enteraran de lo que había pasado entre ellos. Sería una situación terriblemente embarazosa para ambos, así que volvió a tumbarse en la cama rendida, pero sin poder conciliar el sueño aún. En algún momento, sacó su libro de magia y empezó a ojearlo; tal vez, si leía un poco, podría quedarse dormida. Fue después de la cuarta hora de lectura cuando encontró algo que podría darle una respuesta a todas sus preguntas. En la sección de hechicería, había un hechizo sencillo que servía para recordar eventos puntuales en el pasado de alguien. Según la descripción, el brujo que lo hacía tenía que hacer una pregunta puntal después de haberlo recitado y, sobre la base de esa pregunta, tendría una visión del pasado de la persona elegida que le daría la respuesta. Ni siquiera era necesario que esa otra persona estuviera presente; lo único que necesitaba era un objeto que tuviera la esencia de esta.

Sin pensarlo dos veces, Agatha salió de su cuarto y se fue al depósito en busca de los fragmentos del espejo donde Cariel había estado encerrado por más de una década. El espejo en sí ya no existía. Después del contrahechizo para sacarlo, se había roto totalmente. El marco de plata se vendió en el mercado negro, y Lía había juntado las piezas rotas y las había guardado en el depósito para que nadie se lastimara. La única razón por la que no las había tirado era porque las piezas podrían llegar a ser utilizadas para hacer artesanías. Fue una suerte que su amiga fuera una artista empedernida.

Agatha colocó el libro abierto en la página indicada sobre la mesa y, tomando la piedra de conversión en una mano y el fragmento del espejo en la otra, se dispuso a hacer el hechizo. Dudó durante varios minutos antes de hacerlo. Una parte de su conciencia le decía que debía esperar a que fuera Cariel quien le explicara lo que estaba pasando en realidad, pero su impaciencia y su falta de sueño tuvieron más peso en su resolución final. Entonces, cerrando los ojos, y teniendo muy clara la pregunta que quería que le respondieran, recitó el hechizo:

—**Verfindo** «¿Qué me estás ocultando?».

Su visión negra se transformó de inmediato en las altas paredes de una habitación lujosa en un castillo. Ella veía toda la situación con los ojos de Cariel, además de poder sentir y entender sus

pensamientos. Era como si ella misma se hubiera transformado en él pero, a diferencia de lo que se esperaba, no estaba en su forma humana, sino que el recuerdo era uno de cuando estaba encerrado dentro del espejo. Una puerta de metal se abrió de pronto y, tras ella, entró la última persona a quien ella y él querrían ver.

«Espejito, Espejito, contéstame con sinceridad: ¿quién es la mujer más hermosa entre todas las mujeres de este lugar?».

Once años atrás...

Era un día de primavera. Grimhilde había sacado el espejo al balcón que daba a la plaza central para que él comprobara si había alguna mujer hermosa que pudiera competir con su belleza. Era algo que hacía muy seguido y, habitualmente, los resultados eran siempre los mismos: ella siempre era la mujer más hermosa entre todas las mujeres del reino. Pero, ese día en particular, mientras observaba a todos los pueblerinos hacer sus actividades rutinarias, algo llamó su atención; se trataba de una niña. Tenía un vestido rosa y el cabello negro ondulado. Estaba corriendo por toda la plaza, dando vueltas de aquí para allá, saltando y gritando. Él tenía curiosidad sobre lo que estaba diciendo, pero estaba demasiado lejos para escucharla. En un momento dado, ella se trepó a lo alto de la fuente de agua de la plaza y, finalmente, pudo verle el rostro; tenía un largo mechón que le cubría un ojo pero, aun así, era evidente su belleza. Su ojo descubierto era de un verde bosque muy brillante; su rostro acorazonado era bastante perfilado para una niña de su edad, y esa sonrisa que mostraba... era la más hermosa sonrisa que jamás hubiera visto. «Woow...», se le escapó mientras la observaba.

La niña se bajó de la fuente cuando una mujer, con rostro muy enfadado, se acercó a regañarla; detrás de ella, un hombre las miraba a ambas muy sonriente. Los tres se tomaron de las manos, y él los observó mientras ingresaban por una de las entradas de servidumbre del palacio.

Fue una escena breve; ni siquiera duró más de diez minutos, pero por alguna razón el espejo no pudo dejar de pensar en ella durante varios días. No sabía bien por qué, pero la niña se le hacía muy familiar de alguna manera, como si ya la hubiera visto antes, lo cual era imposible: él se jactaba de tener una excelente memoria en cuanto a rostros se trataba. Llevaba viendo y analizando la belleza de las mujeres durante años. Estaba muy seguro de jamás haber visto a una niña tan bonita como ella. Aunque la palabra «bonita» no era precisamente la adecuada para ella. No parecía ser una niña noble ni muy educada, sino que, más bien, por lo poco que había podido ver, dedujo que se trataba de alguien problemática. Tampoco parecía muy agraciada, o particularmente talentosa pero, aun así, tenía un aura inusual que hacía que fuera difícil olvidarla. Tomando en cuenta eso, supuso que se convertiría en una mujer de gran belleza en el futuro, tal vez incluso más bella que la actual reina, o que su hijastra, la dulce princesa Blancanieves, conclusión a la que llegó después de varios días de reflexionar sobre ese hecho.

Las horas pasaron, y se hizo de noche. Unos sirvientes se llevaron el espejo, y lo escondieron en el sótano secreto de la reina. Él odiaba ese lugar, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Temía que, si se quejaba, Grimhilde no lo dejaría salir ni siquiera al balcón de la alcoba, así que se guardó sus quejas para sí mismo. Después de unas horas, la reina bajó a su encuentro, como hacía casi cada noche. Nunca lo saludaba o preguntaba cómo estaba: solo iba a que él le respondiera una pregunta en concreto: «Espejito, espejito, contéstame con sinceridad, ¿quién es la mujer más hermosa entre todas las mujeres de este lugar?».

Siempre era lo mismo con ella. Nunca lo utilizaba para secretos de gobierno, espionaje o alguna otra cosa útil. Su uso se reducía a tener que ver mujeres todo el día y confirmarle a la reina cada noche que ella era la mujer más hermosa entre todas. Llevaba cumpliendo la misma mísera tarea durante años, sin que la respuesta fuera diferente. Siempre terminaba confirmándole que ella era la mujer más hermosa de todo el reino. Pero hacía ya un mes que esa respuesta había cambiado por primera vez.

Después de haber estado observando a todas las mujeres del palacio, logró ver cómo la princesa Blancanieves ayudaba a una criada a levantarse del suelo, defendiéndola de otra que aparentemente estaba intimidándola. La gracia y porte con que resolvió la situación dejaban ver las cualidades propias de una gran reina, además de que, a diferencia de Grimhilde, resolvió la situación de manera pacífica y ordenada, sin la necesidad de llamar a los guardias para que intimidaran o castigaran a alguien. Todo eso dejaba ver un aire benévolo e inocente, que se asemejaba a su apariencia angelical y noble, a pesar de que, en ese momento, por una razón que desconocía, estaba usando un vestido bastante viejo y descolorido. Después de ver eso, el espejo no tuvo dudas de que al fin había encontrado a una mujer mucho más hermosa y digna que la reina Grimhilde.

Esa misma noche, le contó lo sucedido a ella. El espejo no tenía ni la menor idea sobre el motivo por el cual la reina siempre le hacía la misma pregunta, pero él, como objeto de su propiedad, tenía la obligación de ser siempre sincero con ella. Después de haberle contado sobre la princesa, la reina inmediatamente se fue sin decir nada. Y lo dejó en las penumbras, hasta el día en que al fin lo dejó salir al balcón de nuevo.

Por algún motivo, tenía un mal presentimiento sobre el comportamiento que la reina había tenido en ese entonces. Además, a pesar de que había tratado de buscarla por todo el palacio cuando por fin lo dejaron salir, no logró encontrar a la princesa Blancanieves por ningún lado. Por coincidencia, ese mismo día había visto a una niña que, según sus estándares, dentro de unos años, también lograría superar la belleza de la actual reina, aunque de una forma diferente a la que lo había hecho Blancanieves.

Grimhilde lo miró molesta e impaciente; ya habían pasado varios minutos desde que había hecho su pregunta, y aún no había contestado. Él sabía que tenía que decirle sobre la niña que había visto hace unos días en la fuente, pero se sentía extrañamente reacio a contarle sobre ella.

—No contestas, ¿por qué? —Ni él mismo sabía bien por qué. Pero no quería contestar su pregunta esa noche. Sentía que, si lo hacía, algo malo pasaría—. ¿Qué te pasa? —volvió a preguntar molesta.

—Este lugar... es oscuro y solitario —contestó apesadumbrado.

—¿Y qué con eso?

—Me gustaría que ya no me dejaras aquí. —Era la primera vez que le expresaba sus sentimientos.

La reina lo miró arriba abajo con gesto insolente. Él creyó que lo iba a golpear pero, extrañamente, le sonrió. Era una sonrisa hueca y sin vida.

—¿Quieres que te saque de aquí ahora?

—... si es posible, sí. Eso me gustaría.

—Bien. Te llevaré a mi habitación ahora pero, apenas lleguemos, tienes que decirme qué es lo que estás ocultándome. Si no lo haces, te encerraré aquí, por meses y ni siquiera vendré a verte, ¿entendido?

El espejo asintió lentamente, y la reina acarició su marco, complacida. Ese gesto, lejos de tranquilizarlo, lo hizo sentir aterrado. Una vez arriba, la reina volvió a hacerle la misma pregunta:

—Espejito, espejito, contéstame con sinceridad: ¿quién es la mujer más hermosa entre todas las mujeres de este lugar? Respóndeme rápido, si no quieres que te vuelva a encerrar.

El espejo suspiró cansado. La realidad era que no quería responder, pero tampoco podía mentirle. Cuando su anterior dueño lo había dado como regalo a la reina, le había colocado un hechizo de sinceridad, para que, así, él nunca pudiera mentirle, por lo que tenía que contarle la conclusión a que había llegado con respecto a esa niña de vestido rosa y blanco. Con voz hueca y monótona le respondió:

—Sin duda, la reina de Lorh es la mujer más hermosa entre todas las mujeres del reino, pero...

—¿Pero...? —preguntó con los brazos cruzados.

—Hace unos días, vi a una niña de gran belleza en la fuente del pueblo. Aún no llega a ser una doncella, pero tiene una belleza inusual que encandila. Estoy convencido de que en algunos años superará a la misma reina, tal vez también incluso a su hijastra, la princesa Blancanieves.

—¿Quién es esa niña y dónde puedo encontrarla?

—No sé su nombre, ni de quién es hija. Pero la vi entrar con una mujer de la servidumbre por la entrada oeste del castillo y con un guardia. Tal vez tenga unos diez años; sus ojos son verde esmeralda como los de su majestad y su cabello negro rivaliza con el crepúsculo de la noche. Además, por algún motivo, le cubría la mitad derecha del rostro.

—Bien. Con eso es suficiente —concluyó abriendo por sí misma la puerta—. Te prohíbo que salgas de esta habitación esta noche, si no quieres despertar mi ira.

Luego de haber dicho eso, se fue. El espejo, por algún motivo, sintió un inmenso temor por lo que la reina iba a hacer y, desobedeciéndola, decidió transportar su esencia a todos los espejos del palacio que pudo alcanzar para ver qué estaba planeando. Finalmente, después de algunas horas, logró encontrar a Grimhilde en la sala del trono. Allí, en una de las paredes paralelas a este, había un gran espejo por donde podía ver a la reina sentada junto a un gran número de guardias. Frente a ella, estaban la mujer y el hombre que había visto esa tarde en la plaza, al lado de la pequeña niña de cabello negro, que solo tenía puesto un pequeño camisón blanco.

—¿Cómo te llamas?

—A-Agatha, su majestad —respondió la niña, temblorosa.

—Agatha. Qué nombre tan común —opinó, restándole importancia.

La reina se aproximó a ella y le descubrió el rostro. Un destello de reconocimiento pasó por sus ojos y, con una sonrisa macabra, la soltó bruscamente, dándole la espalda.

—Mátenla. Ya terminé con ella —ordenó.

—¡NO! —gritó la mujer a su lado, tratando de protegerla. El espejo no pudo hacer nada más

que mirar cómo los guardias, con sus espadas, asesinaban a la pobre mujer y perseguían a gritos al soldado que escapaba con la pequeña niña en brazos. Nunca se había sentido tan culpable e impotente como en ese momento. Sus tres muertes pesarían en su conciencia durante toda su vida.

Tiempo actual

La visón terminó en ese punto; Agatha perdió el equilibrio, y cayó de espaldas. Estaba débil por el uso de la magia que no le era propia y asustada por lo que había visto. Los acuciantes hechos se sucedieron en su mente una y otra vez como si se tratara de un derrumbe, hundiendo su corazón y alma en desesperación y agonía. Sus ojos empezaron a lagrimear levemente para convertirse luego en un sollozo audible y desgarrado. Revivir tan horribles recuerdos la destrozaba por dentro.

—¡Agatha! ¿Estás bien? ¿Qué pasó? ¿Qué tienes? —Cariel la ayudó a levantarse, muy asustado.

Al parecer, había escuchado su llanto a través de la puerta y, sin pensarlo, había entrado para ver qué había pasado. La tomó de los hombros y la obligó a mirarlo. Sus ojos estaban rojos, y sus mejillas, muy mojadas por las lágrimas. Los de él estaban pálidos y muy abiertos, tratando de entender qué estaba pasando.

—¿Qué pasó?

Ella lo miró sin decir nada. Sus sentimientos con respecto a él eran tan mezclados en ese momento... amor, decepción, ira, calma, tristeza, miedo, felicidad, enojo... Estaba tan abrumada que no sabía qué hacer o que sentir. Un destello del recuerdo que acababa de ver pasó por su mente, y siendo la ira la emoción dominante en ese momento, lo empujó.

—¡Fuiste tú! ¡Tú fuiste el responsable! —le gritó, alejándose de él.

Cariel la miró sin poder creer lo que acababa de hacer. Su mirada de odio palpable hizo que su mente se tambalara. Tratando de entender qué había pasado, pasó su mirada por la habitación; la piedra de conversión estaba tirada junto a un trozo de vidrio que reconoció enseguida. Al ver el libro sobre la mesa, dedujo fácilmente qué había pasado. Ya lo sabía.

—Agatha, por favor escúchame —le pidió, acercándose lentamente a ella.

—¡No te me acerques! ¡No te atrevas a tocarme! —le ordenó, alejándose aún más de él.

Estaba empezando a perder el control de sus emociones. Sus palmas empezaron a picarle pero, en lugar de calmarlas, dejó que la magia fluyera sin control a través de estas. La habitación empezó a llenarse de una neblina negra.

—Agatha, por favor, cálmate. Yo te lo iba a decir, te lo juro.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?! ¡¿Eh?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Cuándo ibas a decirme que fuiste el responsable de sus muertes!?

—Iba a hacerlo cuando las cosas se calmaran. No quería cargarte con otro problema sabiendo todo lo que está pasando a nuestro alrededor.

—¡¿Así que ahora debo darte las gracias por tu consideración al no decirme la verdad?!?

—No es eso Agatha, yo solamente...

—¡Cállate de una vez! ¡No quiero volver a escucharte nunca más! Eres... eres un patán y un mentiroso.

—Yo nunca te he mentado. Nunca te mentí —le susurró acercándose a ella, casi a modo de ruego.

—Nunca me mentiste —afirmó ella—, pero tampoco me dijiste la verdad. —Sus ojos empezaron a lagrimear nuevamente—. ¿Sabes cuántos años llevo preguntándome por qué pasó lo que pasó ese día? ¿Por qué, de la nada, esa mujer me llamó? ¿Por qué me dijo lo que me dijo? —Ella lo miró muy triste y con el corazón hecho pedazos, mientras el humo desaparecía—. ¿Por qué me mandó matar? —preguntó en un susurro apenas audible.

—Agatha... yo... en serio... lo siento. No tenía idea de nada.

—No tenías ni idea, ¿eh? —le retrucó burlándose—. Si no le hubieras dicho nada, si hubieras cerrado tu estúpida boca en ese entonces, yo hubiera podido tener una familia. Y Agi y Leo no hubieran muerto al tratar de protegerme. Arruinaste mi vida. Todo esto... ¡es tu culpa! —le gritó.

Cariel se encogió de hombros sin poder decir nada. Las palabras de Agatha lo hirieron en lo más profundo. Ella tenía razón: todo había sido su culpa y no había forma de cambiar las cosas. Ni siquiera tenía derecho a pedirle perdón. Pero, aun así, no podía quedarse callado; si lo hacía, sentía que la perdería para siempre.

Tan... tan... tan...

—Agatha, por favor, por favor, escúchame, yo solo...

Tan... tan... tan...

—Cállate.

—Agatha, no voy a callarme. Es necesario que hablemos. Sé que me odias ahora, pero...

—¡Cállate de una vez y escucha!

Tan... tan... tan... tan... tan... tan...

Ambos escucharon el retumbar de las campanas del pueblo atentamente. Eran tres campanas pausadas y constantes. Al darse cuenta de la secuencia, el rostro de Agatha palideció. Cariel, que no entendía qué estaba pasando, la tomó de los hombros preocupado.

—Agatha, ¿qué pasa? —le preguntó preocupado.

Su cuerpo se puso tenso; su mirada estaba en blanco como si hubiera visto un fantasma.

—No es posible... —susurró—. Tiene que ser mentira.

—¿Agatha?

Tan... tan... tan...

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Drake, Dahs y Lía entraron en estampida en la habitación con rostros iguales de blancos. Agatha finalmente reaccionó al verlos.

—¡Tenemos que ir a la plaza! —gritó Dahs asustado.

—¡Ahora! —secundó Drake.

Tan... tan... tan...

Agatha se liberó del agarre de Cariel y con movimientos rápidos cargó su cuchillo y la piedra de conversión en su morral.

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?

—Las campanas —respondió Dabs apurándolos.

—¿Qué pasa con estas?

Tan... tan... tan...

—Ejecución —anunció Drake muy serio—. Tres campanadas significan que habrá ejecución conjunta.

—¿Ejecución conjunta? —repitió Caryl sin creer lo que estaba oyendo.

—Van a ejecutar a los prisioneros —sentenció Agatha mirándolo con una mirada pétrea y decidida—. Tenemos que salvarlos.

35.

Era temprano en la mañana. El sol en lo alto extendía sus rayos por todo el lugar, dejando ver con mucha claridad la plaza central. Allí, a la vista de todo el pueblo de Lorh, el general Hasser, con un grupo de sus soldados más leales y fuertes, estaban por hacer el anuncio tan temido por todos. Cuando las campanas dejaron de sonar, su voz gruesa resonó por todo el lugar.

—Pueblo de Lorh: henos hoy aquí reunidos por el mandato imperial del rey Florián II De Zavala, quien ha ordenado la ejecución inmediata de estos diez pecadores.

En uno de los extremos de la plaza, apareció una caravana de guardias con las espadas desenvainadas, quienes traían a diez hombres y mujeres, atados de pies y manos en fila india, todos con aspecto cadavérico y quebrado. El espectáculo macabro provocó que varios espectadores gritaran asustados, y un par de doncellas de corazón débil se desmayaron entre la muchedumbre. Uno a uno, fueron entrando y obligados a ponerse de rodillas frente a la gente. La escena podía ser descrita como un espectáculo atroz, pero se volvió aún más brutal e inhumana cuando obligaron al último de los condenados a ponerse de rodillas. Se trataba de una pequeña fauna de no más de siete años.

—¡Rosy! —gritó desesperada, entre el público, una mujer, a quien los guardias que formaban una barricada entre la gente y la escena detuvieron—. ¡Mátenme a mí en su lugar! ¡Dejen ir a mi hija! ¡Por favor, suéltela! ¡Rosy! ¡Rosy!

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó la niña llorando al verla.

—¡Dejen a mi hija! ¡Malditos desgraciados! ¡Suéltela!

La mujer empezó a golpear y patear a los dos guardias que la estaban reteniendo. Uno de ellos la levantó del suelo y se la llevó en su espalda. Ella pataleaba con todas sus fuerzas, gritando y sollozando, rogando que dejaran ir a su hija. La niña, al ver la escena, trató de levantarse del suelo y de correr tras su madre, pero el guardia que tenía a su lado la apretó del hombro y la obligó a permanecer en el suelo. Sin tener ni una pizca de compasión o piedad por ellos, el general continuó con su anuncio sin que le temblara la voz.

—¡Estos diez hombres y mujeres han cometido actos en contra de la corona y de todos los ciudadanos! ¡Todos ellos no son más que delincuentes y ladrones! ¡Una verdadera plaga para todos nosotros! ¡Es por eso que hoy, a fin de eliminar a todo aquello que atente contra el buen orden y buenas costumbres del pueblo de Lorh, nuestro amado y admirable rey ha decidido ejecutar sin juicio previo a estos diez malvados pecadores que tienen en frente!

En ese momento, un sacerdote se plantó en frente de todos los «pecadores» y empezó a bendecirlos y rogar por la salvación de sus almas. Era la última bendición que recibirían en esta vida. En ese momento, Agatha, quien estaba oculta entre la gente, tuvo el impulso de saltar sobre la barricada y asesinar a todo aquel que se interpusiera en su camino, pero se obligó a sí misma a calmarse, hundiendo ambos talones en la tierra.

Mientras el grupo corría desenfrenado hasta llegar a la plaza, Drake había elaborado rápidamente un plan de distracción y rescate.

—La plaza es un lugar abierto, así que la única opción que tenemos es escondernos entre la gente —empezó a decir acelerado—. Dahs y yo iremos a las caballerizas, que están a dos cuadras de la plaza. Como toda la atención estará puesta en la ejecución, será fácil infiltrarnos. Vamos a provocar una estampida de caballos y los direccionalaremos hacia la plaza. Cuando todo se vuelva un caos, Agatha usará su magia para llenar la plaza entera de humo. Seguidamente, Cariel y Lía irán con los prisioneros. Cortarán las cuerdas y los guiarán a un lugar seguro. ¿Preguntas?

—Yo tengo una —habló Cariel sin aliento—. ¿Dónde está Timothee? No lo he visto desde anoche.

—Debe estar en la taberna —le contestó Dahs—. No es momento de preocuparse por él ahora. Tenemos que salvar a los demás.

Dahs aceleró el paso sin decir nada más, y con eso el tema quedó zanjado. Al estar a pocos metros de distancia, el grupo se dividió tal como acordaron; los mellizos se fueron hacia las caballerizas del pueblo, y los otros tres se cubrieron con capuchas, y se camuflaron entre la gente. Cada uno tomó un flanco diferente; Cariel se fue a la derecha; Lía, a la izquierda; y Agatha llegó al frente de la barricada por el medio. Llegaron en el momento en que Mitla era arrastrada por el guardia lejos de la gente. Al ver su desesperación y la forma en que era maltratada, sintió deseos de sacar su cuchillo y rebanar la garganta del guardia, pero sabía que salvar a Rosy y a los demás era más importante. Al ver los ojos de la niña sollozando ante las plegarias del párroco, la ira creció en su interior, e hizo que sus palmas palparan con fuerza, pero las contuvo. Todavía no era el momento; solo tenía que esperar unos minutos más, y la niña estaría a salvo. Pero, sin que nadie pudiera predecir lo que pasaría, el guardia que tenía retenida a la niña del hombro cayó hacia atrás por el impacto de una piedra en su frente. De la nada, un niño con astas saltó la barricada y, aprovechando el desconcierto de todos, cortó las sogas que retenían a Rosy y la jaló del brazo, instándola a correr. Agatha gritó del susto al identificar al niño: «¡Timothee!».

Pero no sirvió de nada. El general Alonso finalmente reaccionó, y ordenó a sus hombres que mataran a ambos niños. Entonces, el verdadero caos comenzó. «¡Estampida! ¡Estampida!», gritaban desesperados todos los presentes. Los gritos, el pánico y la desesperación se apoderaron de todos. Más de doce caballos corrían desbocados de aquí para allá entre la gente. Muchas personas cayeron al suelo, y fueron aplastadas por la muchedumbre, que no dejaba de gritar y correr desenfrenada. Agatha buscó con la mirada a los dos niños, pero no los encontraba por ningún lado.

—¡Agatha ¿Qué haces?! ¡Tienes que seguir el plan! —le gritó Cariel estando a unos metros de distancia—. ¡Apúrate! —Ante su alarmado tono, su cabeza se enfrió e inmediatamente comenzó a cubrir todo el ambiente con espeso humo negro. Este se esparció rápidamente por todo el lugar, con mucha más fuerza de lo normal gracias a la piedra de conversión.

—¡Busca a Timothee y a Rosy! —le ordenó.

—¡Trataré de encontrarlos! —respondió corriendo en otra dirección.

Agatha empezó a correr, evitando adentrarse en el denso humo y teniendo especial cuidado de no chocarse con la gente. Tenía que subir a un lugar alto para poder examinar la situación. Logró llegar a un poste; guardó la piedra en su morral y empezó a subir. Una vez en lo alto, pudo corroborar cómo iba la situación. La mayoría de los guardias estaban tratando de controlar los caballos sueltos; había cuerpos tirados en medio de la plaza, esparciendo sangre por todo el lugar. Agatha pudo ver que la mayoría de ellos eran plebeyos, pero también había algunos con armadura; estaban siendo pisoteados por la gente y por los caballos. Por un segundo logró ver a Lía: estaba saliendo por un callejón exterior acompañando a dos de los prisioneros. También pudo distinguir los cuerpos de tres de ellos; sus cuellos habían sido cortados. Era evidente que sus custodios habían dado el golpe de gracia antes de que la situación se descontrolara. Después vio cómo Cariel entraba en el callejón empujando a tres más de ellos, y luego volvía a adentrarse en el humo. Era evidente que estaba tratando de encontrar a los niños. Agatha observó la escena por unos segundos más, intentando localizarlos, pero sin éxito. El humo empezaba a disiparse, por lo que los soldados estaban empezando a tomar el control de la situación. Tenía que encontrarlos y salir de allí ahora. Sin esperar más, saltó al suelo y empezó a correr nuevamente entre las sombras. «¡Timothee! ¡Rosy!», gritaba.

Los gritos a su alrededor la estaban aturdiendo, pero ella siguió sin inmutarse, mirando en todas direcciones para poder encontrarlos. Un caballo desbocado apareció de improviso en su camino pero, afortunadamente, lo evitó saltando hacia atrás en un acto reflejo. Luego de que el caballo salió de su campo de visión, finalmente pudo verlos. Los niños estaban sentados en el suelo junto a unos cuerpos. Uno de ellos tenía una cornamenta. Se trataba de Mitla. Rosy estaba llorando desconsoladamente y Timothee trataba de clamarla. De la nada, apareció Cariel gritando sus nombres.

—¡Timothee! ¡Rosy! ¡Tenemos que irnos!

—¡Salva a mi mamá! ¡No me voy sin ella! —gritó la niña.

Entonces, él empezó a correr hacia ellos. Agatha también corrió en su dirección, pero un hombre armado le trancó el paso apuntándole con una espada. El hombre movió su espada en dirección a su cuello, pero ella se agachó y, con un movimiento rápido, clavó su cuchillo en su pie derecho. El hombre, gritando de dolor, arrojó su espada al suelo, y Agatha lo empujó a un lado. Una vez librada, corrió hacia donde estaban los demás.

—¡Cariel! ¡Timothee! ¡Esperen! —. Los dos se volvieron al escucharla. Cariel estaba cargando a Mitla en sus hombros, con Rosy pegada a su lado, mientras Timothee estaba a solo unos metros de ambos. Al verla, el niño sonrió y empezó a correr en su dirección. Agatha también corrió a su encuentro pero, entonces, un soldado de gran musculatura y armadura de obsidiana salió de entre las sombras; tomó al niño de su camisa y lo levantó por los aires. En una fracción de segundo, y sin darle tiempo para reaccionar, el soldado pasó su espada por el pecho del niño, y le abrió una gran herida desde el estómago hasta su hombro. —¡¡TIMOTHEE!!! —, gritó Agatha desesperada sin poder creer lo que había pasado. El soldado arrojó el cuerpo al suelo y desapareció entre el humo que quedaba, con su espada empapada en sangre.

Una vez que salió de su aturdimiento, Agatha corrió hasta llegar a su lado, acunando al niño en su regazo para poder examinarlo. La herida era muy profunda, y la sangre salía a borbotones. El

niño la miró con los ojos acuosos y con la respiración entrecortada. Estaba perdiendo sus últimas fuerzas, y ella lo sabía. La desesperación que la invadió al verlo provocó que empezara a llorar y, sin pensarlo ni un segundo, sacó la piedra de conversión de su morral con manos temblorosas. Por un breve instante, su instinto le dijo que no tenía que hacerlo pero, haciéndole caso omiso, empezó a tratarlo con magia curativa. A lo lejos pudo escuchar cómo Cariel le gritaba que parara, pero ella no se detuvo. En ese instante, una sensación fría y desconocida recorrió sus manos y brazos. Un destello azul salió de la punta de sus dedos y, por un momento, le pareció que la herida de Timothee se estaba cerrando. Pero solo fue por ese momento porque, un segundo después, sintió un dolor muy intenso y frío en su pecho. Sus venas se volvieron negras, y sus brazos empezaron a ponerse morados. Era una sensación horrible y muy dolorosa; podía sentir cómo el hielo la quemaba. Unos segundos después, sintió que algo se rompía. Manchas negras empezaron a entorpecer su visión, mientras perdía la fuerza en sus extremidades y su conciencia se desvanecía. «Cuánta sangre...», pensó al mirar sus manos mientras se desplomaba.

Las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así...

(Miguel Delibes)

III

36.

El olor a regaliz quemada se metía por su nariz, causándole mareos. La mujer con el cabello largo y oscuro estaba eufórica por poder cobrarle una suma exorbitante en monedas de plata y oro por su compra.

—¿Estás segura de que con esto podré romper el hechizo? —le preguntó Agatha.

—Muy segura, linda. Y, si no lo consigues, prometo devolverte todo el dinero. Políticas de la casa —dijo la mujer con una sonrisa coqueta—. Eso sí: es mejor que no intentes hacer magia que no sea de sombras. No quisiera perder a una clienta tan buena como tú.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso tu amado espejo no te explicó nada sobre las piedras de conversión?

—Supongo que todavía no llegamos a ese tema en las lecciones. He estado ocupada, ¿sabes? —respondió a la defensiva.

—Bueno, por esta vez seré buena y te lo explicare rápidamente sin cobrarte —le aclaró sonriendo.

La mujer rebuscó dentro de un baúl naranja y morado que tenía detrás. Después de haber encontrado lo que buscaba, lo cerró y puso ambos objetos sobre el mostrador; uno era un cuenco de cerámica y el otro, un cuchillo de metal.

—Como ya sabrás, la magia de este mundo se divide en dos ramas: por un lado, está la magia de luz y, por el otro, la de sombras. El tipo de magia que te toca es determinado por la genética, como lo es el color de los ojos o de la piel; simplemente, no puedes elegir qué tipo te tocará.

—Sí, sí, ya sé eso. Gracias.

Agatha la miró como si estuviera diciéndole que el cielo es celeste. La vendedora suspiró molesta por la interrupción pero, aun así, continuó con su explicación.

—Lo que no sabes es que, cuando nace una criatura con afinidad mágica, su alma se liga internamente con el tipo de magia que le toca. Y esa fijación provoca que el alma rechace la magia del otro tipo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Mira estos dos objetos —apuntó a cada uno—. Sus materiales son muy distintos y las manos que los manipulan para crearlos también tienen habilidades distintas. Imagina que los brujos de las sombras son como herreros que trabajan el metal, y los brujos de la luz son alfareros. Ambos fabrican todo tipo de herramientas, pero los materiales, las técnicas y habilidades para hacerlos son muy distintas. Un herrero necesita precisión, fuerza y determinación para hacer un cuchillo como este, mientras que un alfarero necesita delicadeza, concentración y paciencia para hacer un cuenco. Habilidades distintas, oficios distintos y naturaleza distinta. Eso es lo que son.

—¿Y qué tiene que ver eso con la piedra?

—Simple. Imagina a un herrero tratando de fabricar un cuenco o a un alfarero fabricando un cuchillo. ¿Cómo crees que queden sus trabajos al final?

—Pues... supongo que no muy bien.

—Exacto. Lo más probable es que el cuenco se rompa y el cuchillo no sirva. Lo mismo ocurre cuando un brujo de sombras intenta hacer magia de luz, o viceversa. Como ya te lo había dicho, hacer magia de conversión con un subtipo de magia distinta a la que tienes cuando naces es peligroso y difícil. Pero, si el brujo se concentra y está en un ambiente adecuado, puede llegar a hacerlo sin muchas complicaciones, como es el caso de la magia velada y de la magia hechicera. Al pertenecer las dos al tipo de magia de sombras, no es tan peligroso practicar una conversión. Pero, si intentas hacer un tipo de magia de la rama diferente al de tu nacimiento, las consecuencias pueden llegar a ser mortales. Por ese motivo, es mejor que nunca intentes utilizar la piedra para hacer magia de luz.

—¿Es tan mortal como dices?

—Mucho. Los pocos brujos que lo intentaron no vivieron para contarlo.

—Bien, entonces, supongo que cualquier intento de magia dativa, curativa o ilusoria queda estrictamente prohibido para mí —dedujo, restándole importancia al asunto.

—Hablo en serio, Agatha —insistió la extraña mujer muy seria—. Si valoras tu vida, es mejor que nunca intentes usar magia de luz.



Una oleada de dolor se extendía por todo su cuerpo. Tenía la garganta rasposa; era como si se hubiera tragado medio desierto. Su consciencia estaba confusa al encontrarse todavía entre la realidad y el mundo de los sueños pero, aun así, la sed que tenía la obligó a despertarse. Al tratar de recostar su espalda contra el respaldo de la cama ayudándose con los brazos, sintió en ambos un dolor punzante, que la hizo gemir y estremecerse.

—No te muevas —ordenó Drake—. No utilices los brazos. Aún no estás del todo curada.

Con cuidado, la ayudó a recostarse como quería, colocando una almohada en su espalda y luego le acercó un vaso de agua a la boca. Agatha trató de tomarlo, pero él no se lo permitió y la obligó a beber mientras él sostenía el vaso. Después de haber bebido todo su contenido, se sintió un poco mejor. Ella lo examinó sin decir nada durante unos minutos; su hermano se veía demacrado y muy desanimado. Parecía como si no hubiera comido ni dormido en días debido a su rostro ahuecado y a sus enormes ojeras. Esto último la sorprendió, pues era imposible que esas ojeras se formaran en una sola noche de mal sueño. Con precaución y sintiendo miedo por la respuesta, preguntó:

—¿Cuánto tiempo he dormido?

Su voz salió carrasposa y muy arrastrada, pero él entendió la pregunta. Mirando al suelo y con las manos juntas, respondió lentamente.

—Cuatro días. Llevas cuatro días enteros sin despertar.

Agatha asintió lentamente, cerrando los ojos. «Cuatro días —pensó—, la ejecución fue hace cuatro días».

Los sucesos de ese día se sucedieron en su mente sin que ella pudiera frenarlos; los condenados arrodillados en suelo, el párroco en medio de ellos, Mitla gritando, los soldados, la estampida, el

humo, los cuerpos pisoteados por la muchedumbre, Cariel en medio de todo ese desastre y Timothee corriendo hacia ella con una sonrisa antes de que aquel soldado saliera de las sombras. Ante ese último pensamiento, un sudor frío le recorrió la espalda y, con voz preocupada y temblorosa, preguntó:

—¿Dónde está Timothee? —Agatha miró a Drake esperando la respuesta, pero este siguió mirando el suelo sin decir nada. Esto la aterró y le hizo sentir un nudo en el estómago. Sin darse cuenta, un par de lágrimas recorrieron sus mejillas—. Drake —dijo asustada—. ¿Dónde está Timothee? —El cuerpo de Drake se estremeció y se llevó las manos al rostro para ocultar su propio llanto. Ante esto, Agatha perdió el aire y empezó a llorar más fuerte, negando con la cabeza—. No, no, no, no, no... no es cierto. Drake, dime dónde está él. ¡Por favor, dime que el niño está bien! ¡Por favor te lo ruego! Por favor...

—Agatha —Drake la tomó de los hombros y la obligó a mirarla con los ojos acuosos y enrojecidos—. Él no lo logró —dijo despacio—. Lo siento. —La abrazó con cuidado—. Lo siento.

Agatha se echó a llorar descontroladamente en sus brazos sin poder hacer nada. No podía creerlo. Timothee... el pequeño niño que habían encontrado en el bosque a solo días de haber nacido. El niño que amaba jugar con barcos. El que soñaba con ser pirata al crecer. Ese niño tan valiente y cariñoso... estaba muerto.



No sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que dejó de llorar. Tal vez solo fueron algunos minutos o habrán sido un par de horas. Aun así, Drake se quedó con ella, abrazándola todo ese tiempo, hasta que ya no le quedaba agua en el cuerpo como para seguir llorando. Fue difícil, muy difícil aceptar lo que le había dicho, pero no había nada más que pudiera hacer ahora. El pequeño Timothee ya no estaba. Ella no lo había logrado. No había podido salvarlo, y por ello sintió una impotencia y un odio muy grande contra sí misma. Sin ánimo, miró sus manos y brazos, cubiertos con vendajes blancos.

Después de que logró calmarse un poco, Drake le explicó lo que había pasado en esos cuatro días. Luego de que se había desmayado, Cariel había corrido hacia ella para tratar de ayudar. Pero él solo no podía cargar con dos mujeres inconscientes y mal heridas. Afortunadamente, Dahs y Drake los vieron entre la gente y fueron de inmediato a socorrerlos. Si bien la magia de Agatha había logrado cerrar la herida de Timothee, había fallecido unos segundos antes a causa de esta. Aun así, lograron salir de allí todos juntos. En cuanto a los condenados, lograron salvar a seis de ellos, y esconderlos con éxito en los bosques con la ayuda de Los Guardianes. Sin embargo, las víctimas habían sido considerables; según los informes, siete plebeyos y cinco guardas murieron a causa de la estampida. Y el rey ordenó sacrificar todos los caballos que habían sido los causantes de esta. En total, ese día habían muerto diecisiete personas. Los días siguientes fueron más tranquilos.

Drake le dijo a Agatha que estaba feliz de verla, pues todos estaban muy temerosos de perderla a ella también. Apparently, había experimentado una sobrecarga de energía mágica que era

incompatible con su cuerpo. Cariel les explicó sobre el tema una vez que su vida estuvo fuera de peligro; la situación había sido más peligrosa de lo que ella había previsto. Según les explicó, el utilizar tanta magia extraña sin ningún tipo de preparación y en tan grandes cantidades de una vez causaron que su cuerpo la rechazara al instante. Era como si se hubiera inyectado grandes cantidades de veneno y su cuerpo tratara de expulsarlo al mismo tiempo. Esto hizo que su corazón fallara y que las venas que habían sido contaminadas con el veneno estallaran; en este caso, las venas de sus brazos y de sus manos habían reventado a un nivel tan grave que habían traspasado su piel y dejado heridas abiertas de dentro hacia fuera. Afortunadamente, Cariel sabía cómo tratar ese tipo de heridas. Logró conseguir a tiempo unos remedios mágicos para estabilizar su corazón y curar sus heridas, y logró que no perdiera la movilidad de los brazos y de las manos en el proceso. Aun así, no logró curarlas del todo, y lo más probable era que tendría cicatrices y marcas negras toda su vida. Sin embargo, en ese momento, eso no le importaba en absoluto. Su mente estaba muy nublada y cansada por todo lo ocurrido. Tantas cosas habían pasado que no lograba siquiera pensar con claridad.

En esos cuatro días, Drake le explicó que todos habían estado tratando de retomar sus vidas sin mucho éxito. Después de la estampida, todos los planes de asalto a la prisión fueron cancelados durante un tiempo. Muchos familiares de las víctimas estaban muy afectados por las muertes y necesitaban tiempo para procesar el duelo. Y entre ellos estaban Los Aciagos; aparentemente Lía, Drake y Cariel se habían estado turnando para vigilarla y cambiar sus vendas cada tanto y, cuando no hacían eso, cada uno trataba de distraerse con algo para no pensar. Lía se había empeñado en realizar miles de tareas domésticas en la taberna; Drake iba de acá para allá reuniéndose con la gente de La Fleck para evaluar la situación día a día y colaborar en lo que podía, y Cariel lo seguía, tratando de ayudar en lo que podía. Inclusive le comentó que, esa misma noche, todos los representantes de la Fleck tendrían una junta a medianoche en busca de un plan definitivo para resolver la problemática de los encarcelados, así como también el aumento de robos por falta de comida y el odio de los habitantes de Lorh por ellos.

Según lo que le contó su hermano, todos estaban deprimidos, pero lograrían reponerse pronto. Sin embargo, el más afectado era Dahs quien, según le había contado, se la pasaba bebiendo y caminando de la taberna al cementerio sin decir o hacer nada más.

Agatha suspiró, apoyando su cabeza en el dosel de su cama. Estaba tan cansada y triste que no quería ni moverse, además de que sus brazos le dolían mucho. Los había estado estirando durante un rato, y se dio cuenta de que estaban teniendo problemas de coordinación en su brazo derecho pero, por suerte, todos sus dedos respondían bien, aunque estaban algo acalambrados. Sin embargo, no se animó a quitarse las vendas; no estaba segura de querer ver lo que había debajo de ellas.

Luego de un rato, con pereza levantó la vista y miró por la ventana abierta de su habitación: el sol estaba a punto de desaparecer por el horizonte y en el cielo ya se podía vislumbrar un par de estrellas. Agatha pensó que lo mejor sería irse a dormir un rato y olvidarse de todo, cuando algo en su espejo llamó su atención, o mejor dicho, algo que estaba a los pies de su espejo. Allí, en una esquina, sobresalía la silueta de una fruta roja, que Agatha reconoció enseguida: una manzana.

Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, se levantó de la cama, moviendo el espejo para lograr tomarla. Era una manzana perfecta, de buen tamaño y con un color precioso. En el centro estaba insertado un pequeño cuchillo con un diseño intrincado y sofisticado en el mango. Lo sacó de un tirón para examinarlo. Tenía un grabado en su hoja:

Te estoy esperando, Agatha.

BN

Los ojos de Agatha se llenaron de ira al verlo, y la fatiga que estaba sintiendo desapareció al instante. Sin notarlo, terminó mordiéndose tan fuerte el labio que este se dañó, y un hilo de sangre manchó su boca. Su cuerpo tembló de rabia y su visión se nubló: podía ver solamente las dos iniciales al final de la hoja.

—Blanca —pronunció despacio, escupiendo sangre.



Drake de Tudcum

Es un semitroll de piel azulada, mellizo de Dahs y líder del grupo "Los Aciagos".

Destaca por su destreza para liderar, inspirar y mantener el orden, siendo el miembro más sensato y serio del grupo.

No obstante, su corazón batalla a un ritmo más lento en asuntos románticos, provocando que Lia (su amada novia) experimente la impaciencia mientras espera ansiosamente que le proponga matrimonio.



37.

E—eres una idiota! —gritó el rey propinándole una bofetada a su esposa, la cual cayó al suelo sorprendida por su acción mientras se cubría su mejilla entumecida—. ¿Cómo fuiste capaz de un acto tan aborrecible? ¡Y para colmo utilizando mi nombre en lugar del tuyo!

Florián la miró con el rostro enrojecido por la ira, esperando una explicación. Acababa de regresar al palacio después de haber estado una semana en un territorio cercano, evaluando la calidad de las cosechas para ese año. Era una labor tediosa y extenuante, pero necesaria, que debía realizar todos los años por estas épocas. Lo único que quería era regresar a su hogar y disfrutar un par de días de ocio antes de volver a atender sus deberes. Pero esa misma tarde, en lugar de ser recibido con un cálido abrazo por parte de su esposa después de haber estado tanto tiempo ausente, fue recibido por sus consejeros y asistentes reales, quienes ni siquiera lo dejaron bajar del caballo para acribillarlo con noticias alarmantes. La reina había robado su sello, y autorizado la ejecución de diez personas hacía solo un par de días.

Como si eso no fuera suficiente, las cosas terminaron mucho peor al ocurrir una estampida en plena ejecución, que había causado la muerte de varios plebeyos y de nobles escoltas. La situación estaba hecha un caos en palacio a causa de los familiares de las víctimas, las cuales estaban exigiendo una disculpa pública por su parte, así como también grandes compensaciones económicas por la muerte de sus seres queridos.

Cuando terminó de atenderlos a todos y de enviarlos a sus casas, ya era de noche. La falta de descanso por su largo viaje, sumado a la falta de consumo de alimentos todo el día y a los problemas que había ocasionado su esposa en su ausencia, lo habían llevado a dirigirse a sus aposentos para exigir explicaciones. Pero, tan pronto llegó, el verla tan tranquila peinándose frente al tocador e ignorándolo cuando este entró lo llevó a perder la cabeza.

Blanca lo miró alarmada y sorprendida a partes iguales. Su relación llevaba bastante tiempo siendo fría y distante, pero nunca le había puesto un dedo encima hasta ese momento. Nunca lo había creído capaz de llegar tan lejos, pero su acción, lejos de asustarla, la hizo hervir de ira.

—Un acto aborrecible dices, ¿más aborrecible que vender a tu propia hija?! —le gritó levantándose del suelo—. ¿Quién te crees para venir a juzgarme a mí? ¡Tú provocaste todo esto en primer lugar!

—¿Que yo provoqué?! ¡No vengas a tergiversar las historias! ¡Fuiste tú quien ordenó matar a diez personas! ¡Involucrándome a mí! ¿Y todo por qué? ¡Porque quieres seguir llevando esa máscara de reina bondadosa y humilde cuando no eres más que una víbora ponzoñosa!

Esto último la hirió en lo más profundo. Ella no era cruel ni malvada, ni mucho menos una víbora ponzoñosa. Siempre trataba, desde que era muy niña, de ser una persona humilde y buena. Siempre trataba de ayudar a los más débiles y ser justa en sus decisiones. No le gustaban las banalidades, ni el llamar demasiado la atención o gastar mucho dinero en fiestas o lujos como la mayoría de los aristócratas. Todos la consideraban una mujer amable y complaciente, hasta casi rayar en lo sagrado. Un ejemplo a seguir, tanto como reina y como mujer. Ella jamás quiso que todo esto pasara; nunca quiso matar a nadie, ni aumentar los impuestos o esparcir rumores, ni obligar a su hermana a ser princesa. Lo único que quería era que Sarita se quedara a su lado, que pudiera crecer feliz, enamorarse y casarse a su debido tiempo con el hombre que ella escogiese, como lo había hecho ella. Era lo único que quería y no entendía por qué su esposo no podía verlo. ¿Por qué no podía cambiar su decisión y encontrar otra forma de controlar a los rebeldes que amenazaban su gobierno? ¿Por qué la única salida que había encontrado era entregar a su hija?

—¿Acaso crees que yo quise hacer todo esto en primer lugar?! —le gritó—. ¡Eres tú el que me obligó a hacerlo! ¿Por qué debería sufrir yo por tus estúpidos errores? ¿Por qué debería yo soportar el perder a mi hija cuando eres tú el inútil que no fue capaz de gobernar correctamente?

—¿Inútil? —le cuestionó sin poder creérselo, casi riéndose por lo ridículo que le parecía lo que le estaba diciendo—. ¿Soy yo el inútil aquí, Blanca? —Se acercó a ella lentamente—. ¿Acaso no te das cuenta de cuál fue el verdadero problema en primer lugar? ¿Quién es el verdadero responsable de todo lo que está pasando?

—¿Qué quieres decir? —preguntó retrocediendo un par de pasos.

—Tú, al igual que yo, sabes que desde hace varios años han estado amenazando nuestra posición. Y sabes perfectamente que es porque no existe un heredero al trono.

Ella lo miró con hostilidad y con lágrimas contenidas, apretando los dientes. El tema de su infertilidad era un asunto muy delicado para ella. Su primer embarazo fue muy complicado y doloroso durante todo el proceso, sobre todo las últimas semanas cuando dio a luz. Fue un

verdadero milagro que tanto ella como el bebé hubieran sobrevivido pero, lamentablemente, Blanca quedó estéril después de ese día. Esto le dolió mucho, pues ella quería tener al menos cuatro hijos. Le tomó varios años aceptar que no podría cumplir ese sueño y que Sarita sería la única hija que tendría. El hecho de que la reina ya no podría tener más hijos era un secreto del que Florián se aseguró de que permaneciera oculto. Solamente Blanca, él y el médico (que terminó sobornando y enviando a otro reino) lo sabían. Después de todo, si esto salía a la luz, su posición de reina se vería amenazada; una reina que no era capaz de dar a luz a un heredero legítimo no era más que una carga y un estorbo para el reino. Todo esto lo había manejado él para que Blanca no sufriera de ninguna forma durante todos estos años; acalló rumores, sobornó personas, e incluso tuvo que ejecutar a un par de agitadores de alta cuna en secreto. Todo para que ella pudiera estar tranquila y gobernar a su lado sin ninguna complicación. Sin embargo, al pasar los años y al no haber ni un indicio de un nuevo embarazo, los nobles empezaron a dudar sobre su capacidad para traer un heredero al mundo y empezaron a presentarle mujeres para asegurar la línea de sucesión. Pero él se negó cada vez, lo que provocó que se empezaran a ponerse en su contra. Si tan solo Blanca le hubiera dado un varón en lugar de una niña, todo habría sido mucho más sencillo.

—Así que es eso. Vendiste a mi hija porque yo no te podía dar un hijo —dijo entre lágrimas.

Florián, al verla, trató de abrazarla. Aún estaba enojado con ella, pero no podía evitar querer consolar a la mujer que amaba. Después de todo, ya fuera una mujer malvada o no, para él, ella seguía siendo el amor de su vida. Pero Blanca, lejos de querer su consuelo, se alejó de él cruzándose de brazos.

—Blanca... —empezó a decirle, suspirando y arrepentido por lo que le había dicho—. Por favor, entiende. Estoy haciendo esto por ti. Por nosotros. Me he esforzado para protegerte. Para asegurarme de que tú no tuvieras que preocuparte por nada y pudieras ser la mejor de las reinas. No tomé a ninguna otra mujer por mucho que me insistieran porque no quería que te vieras amenazada. Para mí, tú eres lo más importante. No tuve otra elección.

—Claro que la tenías —repuso mirándolo directamente—. Tú mismo lo dijiste. Podrías haber tomado a otra mujer si tanto necesitabas tener un heredero.

—No lo dices en serio... —dijo, alarmado y sorprendido por sus palabras.

—Hablo muy en serio. No me habría importado. Por mí, podrías haber traído dos, tres, veinte mujeres si hubieras querido. Yo misma me hubiera encargado de construirte un harén, si tanto necesitabas tener un hijo. Lo hubiera aceptado todo. ¡Todo! Con tal de que dejaras que Sarita se quedara a mi lado.

—¿Qué estás diciendo?! —le gritó—. ¡Tú! ¿Aceptarías que yo estuviera con alguien más? ¿Aceptarías que otras personas amenazaran tu posición?, ¿que tuviera hijos con otras mujeres?

—Sí. ¡Lo aceptaría! ¡Lo aceptaría una y mil veces! —afirmó apretando los puños.

Florián la miró pasmado, mientras su rostro empezaba a humedecerse por las lágrimas, de las que ni se dio cuenta de que estaba saliendo de sus ojos. Él jamás hubiera aceptado que ella estuviera con alguien que no fuera él. Nunca hubiera tolerado que la persona a la que más amaba mirara a alguien más. Hubiera preferido morir antes de que eso sucediera. Por eso no entendía

cómo ella podía decir que no le importaba que tuviera una amante, ni mucho menos que no tenía ningún problema en aceptarlo.

—¿Acaso tú —comenzó a decir muy bajo sin poder contener las lágrimas— ya no me amas? ¿Cómo puedes decirme esto? ¿No te importa lo que yo sienta por ti? ¿No te importa que yo... lo haya dado todo... todo por ti?

Ella lo miró de forma pétrea, y sin ningún rastro de sentimientos. Antes, al verlo en ese estado, su corazón habría dado un vuelco; ella lloraría y le diría que nada de lo que había dicho era cierto. Hubiera suplicado que la perdonara y le habría dicho una y mil veces lo mucho que lo amaba. Pero ahora no podía. Y la razón era muy simple: ya no lo amaba.

—No me importa —empezó a decir con la mayor de las franquezas—. Ya no. Yo no podría amar a un hombre que no puede ver el daño que me hace al apartarme de mi única hija. No podría seguir enamorada de un hombre que, al verme sufrir durante meses; que, al verme tirada en el suelo suplicando y llorando para que rompieran ese maldito acuerdo de matrimonio, no hiciera nada para impedirlo. Es más: yo jamás podría amar a un hombre que es capaz de vender a su propia hija para salvarse a sí mismo.

El alma de Florián cayó a sus pies. Sintió cómo su corazón se estrujaba en su pecho hasta dejarlo sin aire en los pulmones. Él era un hombre fuerte... siempre lo fue. Pero Blanca lo había destrozado de una forma que nadie pudo hacerlo antes. La persona que más atesoraba, que más amaba, a quien más él quería proteger en este mundo acababa de darle a probar un veneno capaz de llevarlo al encuentro con la muerte esa misma noche. Nunca unas simples palabras lo habían derrumbado tanto como entonces. Salió de la habitación sin decir ni una sola palabra, y dejó a Blanca sola en el silencio de la noche.

Esta suspiró, tratando de calmar sus fuertes emociones. Nunca es fácil enfrentarse a un hombre fuerte cuando llora, pero tenía que hacerlo, tenía que hacerle entender lo que sentía de alguna forma. Él tenía que aceptar que ya no era posible que siguieran juntos después de todo lo que había pasado, pues ella no podría perdonarlo jamás. Con pasos lentos se dirigió a su armario para tomar un chal y, poniéndoselo en los hombros, salió al balcón. El aire frío de la noche movió sus negros cabellos, apartándolos de su rostro para admirar las estrellas.

Se preguntó si, ahora que Florián sabía que ella ya no lo amaba, rompería el compromiso de Sarita, pero rápidamente negó con la cabeza. Solo faltaban dos semanas para que la boda se celebrara, y el rey de Chrysia ya había enviado un mensajero para informar de su partida junto con su hijo. Estarían allí en unos días. Por más que su esposo tomara una concubina ahora, ya no había forma de cancelar el compromiso, por lo que su única opción era presentarles a Agatha como princesa, y este era el tema que más la preocupaba. Era necesario que ella misma se prestara a interpretar el papel de princesa; de otra forma, el rey de Chrysia no la aceptaría como nuera. Y solo por eso aceptó el consejo del general Alonso; según él, tenía que darle a Agatha una razón muy fuerte para que ella aceptara seguir su voluntad y, ya que lo más importante para ella eran las personas que vivían en la Fleck, si estas se vieran amenazadas de muerte, seguramente, la obedecería. No esperó que la situación se le hubiera salido tanto de las manos, pero ya no podía hacer nada. Esas personas habían muerto bajo una orden suya.

En silencio cerró los ojos y rezó al Altísimo por sus pobres almas. En ese momento, cuando

estaba por terminar su oración, una fuerza invisible la levantó del suelo, y la empujó contra la pared. Una pequeña línea de sangre empezó a salir de su cuello, mientras una manzana se deslizaba y chocaba contra sus pies, al mismo tiempo que la mujer que la tenía sujeta del cuello con un cuchillo se materializaba ante sus ojos. Esto la sorprendió, pero no tanto, puesto que ya estaba informada sobre sus poderes.

—Veo que recibiste mi mensaje —dijo, tratando de no sonar demasiado asustada ante ella—. Como te estabas tardando tanto, pensé que debería enviártelo nuevamente.

—Junto con otros diez muertos, supongo —dijo, arrastrando sus palabras y mirándola fijamente con una clara intención asesina. Sus ojos verdes parecían inyectados en sangre—. Dame solo una razón por la cual no debería rebanarte el cuello ahora.

Blanca palideció ante sus palabras, sintiéndose acorralada como una presa a punto de ser cazada por un depredador. Claramente, la mujer que tenía delante estaba dispuesta a todo esa noche, pero ella no podía dejarse intimidar, no si quería salvar a Sara, así que se obligó a mirarla a los ojos poniendo una expresión seria.

—Si me matas ahora, estarás firmando la sentencia de muerte para todos los que aún están encerrados. El general tiene órdenes de asesinar a todos inmediatamente si algo llegara a pasarme. —Esto era mentira, pero ella no tenía forma de saberlo.

Ante sus palabras, la mano de Agatha aflojó un poco el agarre del cuchillo contra su cuello, pero no lo bajó. No estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. Las dos se quedaron mirándose a los ojos con un odio palpable durante algunos segundos. Al final, fue Agatha la primera en romper el silencio, haciéndole la pregunta que la estaba carcomiendo por dentro.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué tenías que matarlos? Ninguno de ellos te hizo nada. ¡No se merecían morir! —pronunció la última frase casi gritando.

—¡Yo no quise hacerlo! —respondió tajante— ¡Tú me obligaste a hacerlo!

—Estás loca. Yo nunca te obligué a nada.

—¿Ah no? No te hagas la inocente ahora, Agatha. Sabías perfectamente qué era lo que quería desde el comienzo. Sabías que estaba dispuesta a llegar hasta el límite con tal de salvar a mi hija. Y, aun así, nunca viniste. Solo te escondiste como una rata hasta que ya no me diste más opciones. Si quieres buscar culpables, mírate en un espejo, porque todo esto se hubiera evitado si tú me hubieras obedecido en primer lugar. —Agatha palideció, retrocediendo un paso. Quería rebatir todas sus palabras, pero no podía, y la razón por la que no podía es porque decía la verdad. Ella sabía que todos los problemas que estaban teniendo en la Fleck se relacionaban con ella. Tenía esa certeza desde que el general Alonso la había enfrentado en el pueblo. Pero nunca creyó que Blanca llegaría a tales extremos. Esa comprensión la golpeó como una ola, y la obligó a bajar la cabeza y cerrar fuertemente los ojos para evitar llorar frente a su adversaria. Esta acción no se le pasó por alto a Blanca, la cual sonrió levemente al darse cuenta de que era ella la que tenía el control de la situación—. Podemos acabar con esto ahora mismo, Agatha. Acepta tu lugar junto a mí. Conviértete en princesa, y toda la Fleck será libre —le prometió en un tono bajo, casi seductor, cerca de su oído. Pero, al sentir nuevamente la presión del cuchillo sobre su cuello, se calló. Agatha tardó unos segundos en levantar la cabeza y mirarla.

—¿Eso es todo lo que quieres? —preguntó seriamente—. Si acepto interpretar tu estúpido papel, ¿los dejarás ir a todos y abolirás los impuestos?

—Cada uno de estos. No es muy difícil de hacer.

—¿Qué hay de los despidos y de los rumores de la enfermedad?

—Les daré nuevos trabajos. Inclusive, los aceptaré en palacio, de ser necesario. Y haré un anuncio oficial sobre la falsedad de la epidemia. De esa forma, las cosas podrán volver a la normalidad para todos.

Agatha la miró con desconfianza. Su estómago se revolvió al pensar en tener que ponerse vestidos, joyas y tener estúpidas conversaciones con las personas estiradas y doble cara de la nobleza, que siempre la habían menospreciado. Personas que ella consideraba menos que insectos, como la persona que tenía enfrente. Por unos minutos, consideró que la mejor opción sería, simplemente, suicidarse saltando del balcón, pero el miedo a que Blanca tomara represalias contra la Fleck le impidió hacerlo. Al final, solo tenía dos opciones: o aceptaba y salvaba a los amigos y familia que le quedaba, o la rechazaba, y todos terminarían en la horca. Agatha apartó el cuchillo del cuello de la reina a regañadientes y se alejó unos pasos de ella. Esta se frotó su herida con un suspiro.

—Un día —le dijo Agatha dándole la espalda y con voz baja—. Vendré mañana a esta misma hora. Necesito despedirme. —La última oración fue apenas un susurro.

—Bien. Es un trato —respondió Blanca seriamente sin darle importancia—. Pero entonces no moveré ningún dedo hasta que llegues. Y, si te demoras más de una hora, lo tomaré como un no a nuestro acuerdo.

Agatha sonrió secamente mirándola de reojo.

—Es gracioso, ¿sabes? Viéndote ahora, pareciera que fueras tú, y no yo, la verdadera hija de Grimhilde.

Ante ese comentario, Blanca la miró con enojo, apretando los puños.

—Tal vez —dijo con una sonrisa hueca—. Pero con la diferencia de que yo sí amo a mi hija.

Esta vez fue Agatha la que la miró con enojo.

—No necesitas decirlo. Ya me diste suficientes pruebas del amor que tienes por tu hija.

La sonrisa de Blanca desapareció, y dejó ver solamente una expresión cansada y envejecida. Con un suspiro, miró al cielo mientras le respondía:

—El día que tengas hijos, me entenderás. Uno nunca sabe de lo que es capaz hasta que se ve obligado a actuar por ellos.

—Aun así, existen límites —respondió tajante.

—No... no los hay. No cuando se trata de proteger a las personas a las que amas.

La última oración de Blanca quedó en el aire. Cuando esta se volteó, el balcón estaba totalmente vacío.

38.

La brisa fría obligó a la mujer de cabellos canosos a apretar más la capa que traía sobre su cuerpo. Su frágil figuraba caminaba lentamente, sosteniendo el candil que iluminaba sus pasos. Cuando llegó debajo de un gran árbol, dejó la linterna sobre un asiento de piedra y se sentó a su lado, admirando la noche estrellada. Después de unos minutos de haber estado en silencio, la mujer habló a la nada:

—Hace tiempo que no veía las estrellas. Son realmente muy hermosas, ¿verdad?

La única respuesta que recibió fue el silbido del viento, que mecía lentamente la tela rojiza enganchada en una de las ramas del árbol. La mujer la miró y luego apartó la vista con un suspiro.

—Escuché lo del pequeño —dijo despacio—. Realmente... lo siento. Era... un chico extraordinario.

Un crujido, seguido de un sollozo apagado, le contestó esta vez, seguido de un par de hojas que cayeron al suelo debido al movimiento.

—Fue mi culpa —empezó a decir una voz quebrada proveniente del árbol—. Si la hubiera escuchado antes... Si hubiera obedecido, Timothee no estaría... —Las lágrimas no la dejaron seguir hablando.

La mujer asintió comprensiva, abrigándose más en su capa para soportar el frío. Después de todo, a su edad, ya no tenía tantas defensas como antes, lo que provocaba que fuera muy friolenta.

—«Si hubiera». Odio esas palabras —dijo suspirando—. Yo también las utilicé mucho, ¿sabes? Durante años me dije a mí misma: «Si hubiera ido yo en su lugar...». «Si les hubiera dicho que escapan...», «Si tan solo hubiera sido más inteligente, más valiente o más astuta...». Tal vez los hubiera salvado. —Otro suspiro—. Tantos años me culpé a mí misma por no haberlos ayudado... Tantos años... culpándome por sus muertes.

—Sabes que no es así. Tú no tuviste la culpa de nada, Abigail. Solo fuiste una víctima en todo aquello.

—Sí... una víctima. Al igual que tú ahora, ¿no? Después de todo, tampoco tienes la culpa de nada y, aun así, te estás culpando por todo lo que no puedes controlar.

Las dos permanecieron en total silencio unos minutos, hasta que, finalmente, la mujer en el árbol bajó tan sigilosamente como un gato y se sentó a su lado. La mujer mayor miró su perfil con una triste sonrisa.

—Tengo miedo —dijo Agatha mirando a la nada—. Miedo de lo que les pueda pasar. Miedo de lo que la reina pueda llegar a hacerles. Tengo tanto miedo de perder a mi familia de nuevo, Abigail... —Sus mejillas volvieron a mojarse con sus lágrimas—. Y ya no sé qué más hacer, salvo hacer lo que ella quiere. —Finalmente, la miró a los ojos—. Es lo mejor, ¿no? Después de todo, Agi siempre quiso que yo fuera una princesa. —La miró con una sonrisa triste.

La mujer la abrazó, acariciándole la espalda para consolarla. Agatha ya no aguantó más y dejó salir todas las lágrimas que aún le quedaban por llorar; lágrimas de ira, lágrimas de tristeza, lágrimas por su pasado, por su presente y por el futuro incierto que tenía delante.

—Yo conocía muy bien a Agi —dijo la mujer mirándola a los ojos y acomodándole un mechón de cabello detrás de su oreja—. Y sé que lo único que ella quería para ti era que fueras feliz, mi niña. Solo eso. —Le sonrió cariñosamente—. Y las dos sabemos que ser una princesa y casarte con alguien que no conoces nunca te hará feliz. Tú mereces ser feliz, Agatha.

—No puedo. No puedo ser feliz si mi felicidad significa la muerte de todas las personas a las que amo. Al menos, si tomo el lugar de la princesa Sara, ellos podrán vivir con normalidad otra vez.

La mujer negó con la cabeza mirando el suelo.

—Normalidad, Agatha... ¿Qué normalidad puede haber en ser tratados como basura y ni siquiera tener para comer? —La miró fijamente—. ¿Qué crees que pasará luego? ¿En serio crees que las cosas mejorarán para ellos si los dejas?, ¿que los tratarán con respeto o les darán un trabajo digno? Eso no pasará, Agatha. Las cosas, para la Fleck, nunca serán buenas.

—¿Qué puedo hacer, entonces?, ¿decirles a todos que traigan palos y antorchas y se enfrenten a un ejército entero? La mayoría son mujeres y niños que nunca han tocado una espada en su vida. Además, nos superan en número de cien a uno. Si empezamos una guerra civil, moriremos todos —afirmó exasperada.

Abigail rodó los ojos y volvió a mirarla con cansancio.

—¿Y a ti quien te dijo que las únicas opciones que tenías era obedecer a la reina o empezar una guerra? Creí que eras una persona más creativa.

Agatha le hizo una mueca pero, aun así, le preguntó expectante:

—¿Y tú qué harías en mi posición? ¿Cómo salvarías a doscientas personas de un trato tan injusto e inhumano?

—Bueno... yo me iría muy lejos.

—¿Irte? ¿Ir a dónde?

—A donde sea —respondió sonriendo—. El mundo es muy grande. Estoy segura de que encontraría un bonito lugar donde todas las personas a las que quiero pudieran comenzar sus vidas de nuevo. Uno donde todos puedan ser felices sin sacrificar a nadie.

Agatha lo pensó por un momento. La idea era muy tentadora, pero también se le hacía demasiado irreal. No sería sencillo convencer a tanta gente de empezar de nuevo sin siquiera tener idea de a dónde ir.

—No creo que pueda hacerlo, Abigail. No creo que me escuchen.

—¿Por qué no lo harían?

—Porque solamente soy una ladrona problemática e impulsiva. No tengo nada para darles. Además, si llegara a intentarlo, tendría que contarles toda la verdad. Dudo mucho de que puedan tomar en serio a una princesa rechazada.

Abigail negó con la cabeza, tomándola nuevamente por los hombros.

—Te subestimas demasiado, Agatha. Y no te das cuenta del gran potencial que tienes. Tú eres

mucho más que una princesa: eres una líder, no por un título o por tu nacimiento, sino porque los entiendes, los escuchas, los inspiras. Ellos te escucharán; si decides pelear, pelearán; si decides irte, ellos te seguirán. La decisión es tuya. Solamente tienes que intentarlo.

Las palabras de Abigail llenaron su corazón de esperanza. Ella le estaba dando una oportunidad, una solución complicada, pero no imposible, para ayudar a todos, para que todos pudieran ser felices y libres finalmente. No estaba muy segura de cómo lo iba a hacer, pero encontraría la forma de sacar a toda la Fleck de Lorh antes de que la reina pudiera detenerlos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mujer más inteligente que conozco? —preguntó sonriéndole.

—No necesitas decírmelo. Ya lo sabía. Después de todo, los años no vienen solos. —Le devolvió la sonrisa, mientras sacaba un pergamino oculto en un bolsillo de su capa—. Quería darte esto mucho antes, pero fue muy difícil conseguirlo. —Se lo pasó con cuidado—. No sé si te sirva ahora, pero considéralo un regalo de despedida.

Agatha abrió el pergamino sin poder evitar mirar con asombro al darse cuenta de lo que era.

—Abi... esto es...

—Imaginé que lo necesitarías. A una vieja como yo no le sirve de mucho.

Agatha la abrazó fuertemente, y ella le devolvió el abrazo. Se quedaron así unos minutos sin decir nada.

—Voy a extrañarte mucho, pequeña Katze —expresó lagrimeando—. Prométeme ser muy feliz, ¿de acuerdo?

—Lo seré. Nunca voy a olvidarte, Abigail. Tú prométeme que vivirás muchos años.

—No sé cuánto más aguantaran mis huesos. Pero haré un esfuerzo.

Las dos rieron sin dejar de abrazarse. Agatha le dio dos besos en las mejillas, mirándola por última vez antes de desaparecer nuevamente entre las ramas del árbol. Una vez que dejó de llorar, Abigail se levantó de su asiento para volver a su habitación, pero una voz profunda y gruesa la detuvo.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo entrando en su campo de visión—. Estaba seguro de que esa ladrona tenía un espía aquí dentro, que le pasaba información. Pero nunca creí que fueras tú, hermana.

—No debería sorprenderte tanto. Después de todo, Agatha y yo nos conocemos desde que era una bebé. Es natural que quiera ayudarla, ¿no crees?

—Lo que yo creo es que debería llevarte al calabozo del que nunca debiste salir. ¿O acaso ya olvidaste que fue gracias a mí que pudiste salvar tu vida después de haber hecho ese escándalo por tus amigos muertos frente a la difunta reina?

Abigail lo miró con odio. Estaba considerando si era prudente o no aventarle el candil a la cabeza.

—El que hayas salvado mi vida no te da ningún derecho a controlarme. Y, si tu deber como general es encarcelarme por ayudar a una amiga, entonces hazlo. Ya hice todo lo que tenía que hacer, de todos modos.

El general la miró de arriba a abajo con frustración, pero al final terminó restándole

importancia al asunto. Para él, no valía la pena perder el tiempo con ella. Después de todo, era una mujer débil que apenas podía caminar unos metros sin cansarse. Si la encarcelaba, seguramente, amanecería muerta y, a pesar de que no le tenía mucho cariño, no quería ver morir a su única hermana.

—Da igual lo que le hayas dicho o hecho. Esa chica no podrá hacer nada para escapar de su destino. Después de todo, mañana por la noche tendrá una corona sobre su cabeza o una cuerda alrededor del cuello.

Abigail le mostró una sonrisa hueca y le dio la espalda para irse. Hubiera querido decirle un par de cosas más, pero su hermano nunca escuchaba nada de lo que le decía, y ella ya no estaba dispuesta a seguir perdiendo el tiempo en esa noche fría. A fin de cuentas, estaba segura de que esa arrogancia y mal genio que nunca se había esforzado en cambiar lo tenían condenado desde el principio. «Ella no será quien termine con la sog a al cuello», pensó, dejándolo solo.



Qué bellas son las flores aquí.

Todas ellas son para ti...

Oh, mi querido y noble gentil,

venimos hoy aquí a despedir...

Una voz de barítono muy apagada cantaba en un funesto tono frente a una pequeña lápida de piedra. Su voz hipnótica, junto con el rasguído de la cítara, llenaban el sepulcral silencio de la noche en el cementerio. El fornido hombre permanecía sentado, ajeno a todo lo que lo rodeaba, con la mirada apagada y fija en el pequeño barco de juguete que estaba sobre la tumba, perdido entre la melodía de su canción.

Llevas contigo todo el calor,

caricias y risas llenas de amor.

Te vas primero, dejándome atrás,

pero no te tienes que preocupar,

pues yo muy pronto contigo estaré,

y a tu lado por siempre viviré...

La última estrofa sonó quebrada, y rompió la armoniosa melodía, pero al hombre no le importó. Solamente se quedó allí mirando al mismo punto con los ojos enrojecidos y secos, en parte por el llanto, en parte por el alcohol que había estado bebiendo. Al sentir un pequeño movimiento a su costado, giró su rostro: una mujer encapuchada lo tomó del hombro, y se bajó la

capucha cuando él la miró lánguidamente. Ella lo miró con idéntica expresión, mostrando una débil sonrisa.

—Agatha —dijo débilmente al reconocerla.

—Hola, grandote —le respondió lagrimeando—. Estaba preocupada por ti.

Dahs la abrazó fuertemente mientras empezaba a llorar de nuevo en su hombro. Ella lo consoló acariciándole el cabello.

—Pensé que te perdería —dijo apenas— cuando te vi allá desmayada y cubierta de sangre. Pensé que te irías, al igual que él.

Agatha respiró lentamente, conteniendo las lágrimas que amenazaban salir de sus ojos. Ya había llorado bastante ese día. Ahora necesitaba recomponerse y ser fuerte para lo que tenía que hacer esa noche, al igual que él.

—No van a deshacerse de mí tan fácilmente. Todavía hay muchos problemas que tengo planeado causar.

Ese comentario lo hizo reír débilmente. Fue la primera vez que sonreía desde que las campanas habían sonado aquella fatídica mañana.

—Mientras sigas aquí, causa todos los problemas que quieras. Solo prométeme involucrarme en ellos —dijo sonriéndole—. Sigo siendo tu hermano mayor, después de todo. Es mi deber protegerte.

Agatha rio, esbozando una mueca seria.

—Creo que no te pagan lo suficiente.

—No. Definitivamente, tendría que pedir un aumento —bromeó, volviendo a abrazarla.

Los dos se quedaron allí un rato en silencio, contemplando la pequeña lápida a sus pies. Unos minutos después, Agatha sacó un pequeño clavel rosa de su morral y lo colocó sobre ella suavemente, acariciando la lápida con ternura. Cerró los ojos y se permitió vagar por sus recuerdos; recordó la primera vez que había visto al pequeño bebé en una canasta frente al bosque, cómo ella y Lía lo habían cuidado hasta que pudo dar sus primeros pasos, y cómo se había enojado cuando su primera palabra había sido el nombre de «Lía», y no el suyo. Recordó sus risas y las historias que inventaba. Sus travesuras secundadas por Dahs y los regaños de Helge y Drake a los dos. Por último, lo recordó sonriendo mientras ambos daban vueltas y vueltas por la taberna al ritmo de la música. Y, con ese último recuerdo en mente, una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla izquierda.

—Tenemos que irnos —dijo suspirando.

—Sí —respondió Dahs tomando su cítara del suelo.

Él la abrazó por los hombros, y ambos se fueron caminando sin mirar atrás.

39.

Y —¡a no podemos esperar más! ¡Tenemos que actuar ahora! —gritó un hombre molesto, mientras golpeaba la mesa con su puño.

—¿Y enfrentarnos a soldados armados? ¿Estás demente?

—¡Al menos no me quedo sentado esperando que me encarcelen!

—No podemos enfrentarlos. Tenemos que liberar a los presos y escondernos en los bosques.

—¿Y esperar a que los animales salvajes nos coman? ¡Excelente plan!

—¡Al menos yo sí intento ayudar!

—¡¡Cállense todos!! —gritó Drake silenciando todos los gritos y discusiones que estaban teniendo lugar en la taberna—. ¡Así no llegaremos a ningún lado!

Tomó aire mientras volvía a sentarse. Lía le pasó un vaso de agua mirándolo con una sonrisa comprensiva. Este se lo agradeció mirándola suavemente, antes de beber un trago para luego seguir con la reunión; la taberna de Helge estaba a reventar por la gran cantidad de gente. Era la primera vez que todos los miembros de la Fleck estaban presentes para escuchar lo que los líderes tenían para decir y expresar sus propias opiniones. Niños, ancianos, inclusive los que habían escapado de la cárcel y se habían escondido en el bosque estaban presentes.

—Necesitamos un plan —empezó a hablar Félix, plantándose en medio de todos—. No un único plan para salvar a los que todavía están presos. Uno definitivo, para poner fin a toda esta situación de raíz.

—¿Y qué sugieres, marinerito? —intervino Jack golpeando su jarra de cerveza contra la mesa—. ¿Quieres obligar a todos los habitantes a darnos trabajo cuando somos blanco de una «epidemia»? Ni siquiera quieren hacer tratos comerciales con nosotros. Dentro de poco, vamos a morir de hambre.

—Podemos organizar una protesta. Ir a las puertas de palacio y exigir al rey hacer una investigación en las aguas del río. Cuando se den cuenta de que la enfermedad no existe, nos dejarán tranquilos.

—Sí, tranquilos. ¿Y por cuánto tiempo será eso? —preguntó Helge—. Ya nos trataban como basura antes de lo de la epidemia. ¿En serio crees que una investigación va a impedir que nos sigan escupiendo en la cara?

—Hay que intentarlo.

—Primero tenemos que sacar a los presos. Mi hermana está allá. Si no la sacamos pronto, morirá. No sabemos cuánto tiempo pasará antes de que el rey ordene otra ejecución.

La gente empezó a agitarse nuevamente. Todos tenían puntos de vista diferentes sobre lo que deberían hacer para empezar; algunos querían intentar un asalto a la prisión para salvar a sus familiares; otros estaban más preocupados por la falta de comida; y unos pocos solo querían pelear con la guardia y provocar disturbios. Drake estaba exhausto con todo esto. Hacía varios días que no dormía, y ya llevaban varias horas discutiendo sin sentido. Justo cuando estaba a

punto de llamar al orden nuevamente, la puerta de la taberna se abrió con un estruendo. Un espeso humo negro se extendió por el suelo, y dejó a todos en silencio. Unos segundos después, Agatha entró con la espalda recta, caminando lentamente hasta el centro. Todos la miraban anonadados sin poder emitir ni un sonido. Su aura era amenazante; su mirada glacial les robó el aliento. Estaba vestida con sus pantalones de siempre y con una camisa blanca remangada, que dejaba al descubierto sus brazos cubiertos de vendas. Hacía días que nadie sabía nada de ella, por lo que la miraban con una mezcla de curiosidad y miedo.

—Espero no haber llegado muy tarde —habló seriamente a todos los presentes, cruzándose de brazos.

Drake suspiró al verla. Estaba feliz de verla recuperada, tanto a ella como a su hermano, que entró unos minutos después al salón sin que nadie se diera cuenta. Por su parte, Cariel, que estaba sentado a solo unos pasos de él, no podía apartar la mirada de ella. Sonrió involuntariamente al ver que se encontraba bien. La última vez que la había visto, seguía estando inconsciente, por lo que se alivió al verla parada allí tan fuerte y decidida frente a todos. Sus ojos se cruzaron por una milésima de segundo antes de que ella volviera a observar a todos los presentes.

—Parece que no encontraron ninguna solución aún.

—Tenemos varias —le respondió Jack cruzándose de brazos—. Pero no podemos ponernos de acuerdo.

—Veo. Y supongo que ninguna es muy efectiva.

Jack la miró molesto.

—¿Y tú, muchachita? ¿Tienes una brillante solución para sacarnos de este aprieto?

—La tengo —aseveró mostrándole una sonrisa—. De hecho, tengo dos posibles escenarios para terminar con todo esto de una vez por todas.

Jack la miró con duda. Por su parte, el resto de los presentes la miró con abierta curiosidad y expectativa. Agatha, en cambio, cerró los ojos y suspiró, instándose a sí misma a ser valiente. Si quería convencerlos, tenía que contarles toda la historia. Tenía miedo de que eso cambiara la forma en la que la veían, pero tenían que saber toda la verdad para decidir. O la repudiaban y la entregaban, o la seguían en un nuevo comienzo.

—... Hace veintiún años, la difunta reina Grimhilde dio a luz a una niña.

—¿Qué mierda estás diciendo? —la interrumpió Jack, hastiado, pero unas miradas enojadas lo hicieron cerrar la boca.

—Cuando esa niña —continuó Agatha sin inmutarse— tenía solo unos días de nacida, le quemó la cara por temor a que esta superara su belleza. —Varios presentes soltaron un suspiro ante esa revelación. Drake, Lía y Dahs la miraron asombrados al darse cuenta quién era la niña del relato. Por su parte, Cariel la miró con el corazón en un puño y con una mirada afligida; esto no debía ser nada fácil para ella—. A sus once años —continuó con los ojos cerrados—, la reina la mandó matar. Pero, gracias al sacrificio de las personas que la amaban, ella logró escapar, y se ocultó en la Fleck hasta el día de hoy. —Todos los presentes la miraron con pena y comprensión, mientras guardaban silencio para que continuara con su relato—. Ahora la actual reina de Lorh

está enfrentando un arreglo matrimonial entre su hija y un príncipe de otro reino, arreglo que ella desea evitar a cualquier costo. Por eso, al recordar que tenía una media hermana, le ofreció reconocerla como princesa para que tomara el lugar de su hija en el arreglo... Y, a fin de que ella la obedeciera, decidió perjudicar a todas las personas que le importaban a esta, esparciendo rumores, poniéndole precio a su cabeza, imponiendo impuestos, encarcelando y matando gente en el proceso. —Miró directamente a Cariel cuando dijo—: Esa media hermana soy yo. —Todos la miraron estupefactos por lo que acababa de decir, y comenzó todo tipo de murmuraciones entre los presentes; algunos la miraban con lastima y otros con odio. Palabras como «Es una princesa», «No me lo creo», «Pobrecita», «Todo fue por su culpa» empezaron a apoderarse de todo el salón. Drake y Dahs, al ver que las cosas empezaban a salirse de control, trataron de aproximarse a Agatha para tratar de protegerla, pero ella solo levantó la voz, lo que hizo que todos volvieran a callarse para escucharla—. La reina me ha ofrecido un trato. Si me entrego mañana por la noche y acepto sus condiciones, ella liberará a los encarcelados, terminará con los rumores y les dará trabajos a todos los habitantes de la Fleck —dijo despacio—. Si me niego, amenazó con matarnos a todos.

Ante esto, la sala explotó en exclamaciones. Se lanzaron maldiciones contra la reina y contra Agatha. La mayoría la apuntó con el dedo, culpándola de todo lo que estaba pasando. Inclusive un par terminó tirándole cerveza a la cara. Cariel, al ver esto, se puso enfrente de ella para protegerla y, así, terminó él también con restos de comida y de bebida en la cara. Drake, Dahs y Lía empezaron a empujar a la gente para impedir que se acercaran a Agatha.

Cuando todo parecía perdido para los Aciagos, un fuerte grito acalló a todos en la sala. Todos se giraron para mirar a Jack, el cual estaba parado con los brazos cruzados sobre la barra de la taberna, mirándolos a todos con enojo.

—¡Son unos cobardes inútiles! ¡Todos ustedes! ¡Ni siquiera dejan a la niña terminar de hablar y ya la están culpando por todos los males del mundo! ¿Les parece justo eso?

—¡Pero es ella la responsable de todo esto! —gritó un hombre al fondo.

—¿Acaso ella mandó a encarcelar a nuestra gente? ¿Fue ella la que ordenó la ejecución o la que intencionalmente esparció rumores? —preguntó a todos en la sala—. ¡No! Lo único que hizo fue ayudarlos. Cuando se morían de hambre, cuando necesitaban medicamentos o cuando alguien los amenazaba, siempre fueron esa niña y su grupo los primeros en ayudarlos. ¿¿No les da vergüenza tratarlos así ahora?! —Un silencio sepulcral se apoderó de todos. Jack tenía razón en todo: si había personas que siempre estaban presentes y que siempre los ayudaban, esas eran los Aciagos. Y el hecho de que fuera nada más y nada menos que Jack, el conocido mentiroso y embustero, el único que reconocía esto los hizo sentir avergonzados. Al ver cómo todos bajaban la mirada, Jack miró significativamente a Agatha mientras decía—: Has dicho que tienes dos soluciones, ¿no? La primera, entregarte y dejar a todos estos idiotas sufriendo las mismas miserias de siempre. —Habló mirando a todos secamente—. Espero que la segunda opción sea más atractiva.

Agatha lo miró agradecida; luego habló nuevamente, con fuerzas renovadas.

—Pueden entregarme y vivir siendo tratados como basura por la nobleza y por la plebe, como siempre lo han hecho, o pueden ayudarme a idear un plan que nos saque a todos de este maldito

lugar.

—¿Ese es tu brillante plan? ¿Quieres huir?

—¿Y para qué quieres quedarte aquí, en primer lugar? En una tierra donde nos tratan como perros, donde nos esclavizan por una mísera hogaza de pan —le respondió secamente—. No podemos ganar aquí; no tenemos nada. Ni siquiera nos tratan como humanos.

—¿Y a dónde iríamos? No existe un lugar donde nos acepten.

—Buscaremos un lugar y lo construiremos nosotros. Un lugar donde todos podamos empezar de nuevo. Un lugar donde podamos ser libres de todos los prejuicios —afirmó, poniendo énfasis en sus palabras—. Somos minoría. Si peleamos, nos van a masacrar y, si no hacemos nada, nos echarán de todos modos en algún momento, así que hagamos eso. Vámonos, busquemos nuestro propio hogar, uno donde podamos vivir en paz. —Todas sopesaron sus palabras un momento. La idea de Agatha sonaba muy tentadora para todos ellos; ninguno era ajeno a las circunstancias. Por más que quisieran negarlo, todos ellos sabían que nunca los tratarían más que como basura si se quedaban allí. Pero la idea de comenzar de nuevo sin ninguna certeza ponía nervioso a más de uno—. Me someteré a la decisión de todos ustedes —dijo levantando la voz—. Entréguenme y vivan como siempre lo han hecho o... ayúdenme a construir un nuevo comienzo para todos.

Silencio nuevamente. Todos analizaron en silencio las dos opciones, pero ninguno se atrevió a hablar. Finalmente, fue Cariel el primero en romper el silencio.

—Yo estoy con Agatha —votó decidido—. Si ella cree que puede sacarnos a todos de aquí y encontrar un mejor lugar para todos, yo voy con ella.

La sonrisa confiada y tranquila que le mostró la hizo estremecer. Esa confianza ciega en ella ablandó su corazón. Si no hubiera sido por la cantidad de ojos que la estaban mirando, lo habría besado en ese instante.

—No hace falta decir de qué lado estamos —aseguró Drake, devolviéndola a la realidad—. Los Aciagos siempre se apoyan en todo. —Tres pares de ojos la miraron decididos, lo que hizo que su corazón se estremeciera aún más.

—Yo tengo una deuda de vida con ustedes —destacó Mitla levantando la voz por primera vez en toda la reunión—. Si los Aciagos creen que irnos de aquí es lo mejor, Los Garantes los seguirán.

Todo su grupo asintió ante su declaración.

—Yo igual —dijo Jack cruzándose de brazos—. Siempre y cuando haya cerveza en el camino.

—Eso no será problema —le respondió Helge—: Los Taberneros también irán contigo.

—Entonces, mis esbirros y yo iremos seguro —dijo con una sonrisa.

La decisión estaba casi tomada; solo faltaba que Félix y su grupo accedieran.

—¿Qué hay de ti, marinerito? —preguntó Jack a Félix—. ¿Estás listo para irte de aventura?

Este miró a Agatha algo conflictuado. Después de todo, era uno de los pocos que aún conservaban su trabajo. Si aceptaba, perdería todo lo que ya tenía. Después de unos segundos de deliberación, le sonrió y preguntó:

—¿Cuál es el plan?

Agatha le devolvió la sonrisa, sacando un pergamino de su morral y extendiéndolo sobre la

mesa.

—Bien. Esto es lo que haremos...



—Ahh... —exclamó Agatha, quitándose las vendas. Era la primera vez que veía sus manos y brazos desde el accidente. Las heridas estaban casi completamente sanas pero, aun así, seguían viéndose bastante feas. Tenía varias cicatrices irregulares, y algunas eran completamente negras. Sabía de sobra que tendría que aprender a vivir con estas de ahora en más, pero tardaría en acostumbrarse. Un leve toque en la puerta la sobresaltó e inmediatamente se cubrió los brazos con una manta—. Adelante.

Cariel entró a la habitación despacio con un plato hondo cargado de sopa.

—Supuse que no alcanzaste a comer nada —adivinó con una sonrisa.

El estómago de Agatha gruñó al percibir el olor a comida caliente. Hasta ahora no se había dado cuenta de ello, pero no había comido desde que se había levantado. Al ver que él sí lo había hecho, no pudo evitar sonreír ante su considerado gesto.

—Si no hubiera sido por ti, me hubiera muerto de hambre hace bastante tiempo —le dijo con sinceridad.

—Puedes estar segura de que no dejaré que eso pase —le dijo, sentándose en la cama.

Agatha se sentó a su lado pero, al tratar de tomar la cuchara, recordó las marcas de sus brazos y se detuvo nerviosa. Cariel notó su vacilación, así como también la manta que la cubría, y con cuidado trató de apartarla. Agatha, al ver lo que intentaba hacer, apretó más la manta, pero él la tranquilizó con una sonrisa. Ante esto, ella se resignó y dejó que él la apartara. Seguramente, ya las había visto, después de todo.

—Son horribles... —se lamentó apartando la mirada de estas.

—¿Por qué crees eso? —preguntó él tomándole ambas manos con ternura.

—Porque tengo ojos —respondió haciendo una mueca—. Tener las manos llenas de cicatrices no responde a ningún canon de belleza actual, ¿no crees?

—No lo creo —negó sonriendo mientras tomaba ambas manos para besarlas. Ese gesto la hizo estremecer—. Lo que yo veo son las manos de una mujer maravillosa que hizo todo lo que pudo para salvar a quien amaba.

Ante sus palabras, sus ojos empezaron a humedecerse.

—No fue suficiente —dijo despacio, apartando la mirada.

—Fue suficiente —le confirmó él.

Agatha se zafó de su agarre y empezó a comer en silencio la sopa, prometiéndose a sí misma dejar de llorar: si seguía así, se convertiría en una fuente de agua. Después de unos minutos, su estómago se sintió satisfecho por primera vez en todo el día. Al ver que ya se sentía mejor, Cariel, finalmente, se animó a hablar de la razón por la que había ido a su encuentro en primer lugar.

—Vine a pedir que me perdones, Agatha —le dijo despacio, sin poder mirarla.

Hubo un silencio entre los dos unos segundos. Después de haber pensado un poco cómo responderle, Agatha le sonrió, tratando de parecer coqueta, pero sin mucho éxito.

—¿Por qué debería perdonarte? ¿Por decir que crees que soy la mujer más hermosa que existe? —preguntó riendo.

Cariel la miró con una sonrisa triste y algo avergonzado.

—Yo... En serio, lamento lo que pasó. —Y lo sentía de verdad—. Yo jamás debí...

—Nada de eso fue tu culpa —lo interrumpió Agatha tomándolo por los hombros—. Y, si hay alguien que se tiene que disculpar, soy yo. No fue justo que te hubieras cargado con esa culpa cuando tú no tuviste nada que ver.

—Pero sí tuve que ver en ello, Agatha. Y, aunque tú me perdones, yo no puedo perdonarme por lo que pasó —dijo conteniendo un sollozo—. Si no hubiera sido por mí, tal vez hubieras tenido una vida feliz, con un padre y una madre que te amaran y te cuidaran. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo... te quité eso. Deberías odiarme. Es lo único que merezco.

Agatha lo abrazó fuertemente, conteniendo sus propias lágrimas.

—Lo que pasó fue una tragedia. Pero la única culpable de ello ya no se encuentra aquí —aclaró mirándolo con una sonrisa—. Nosotros sí. Y estoy realmente cansada de todo esto; cansada de odiar, cansada de la culpa, cansada del «Si hubiera...». —Hizo una pausa antes de continuar, recordando las palabras de Abigail—. El «Si hubiera...» no existe, Cariel. Solo existe el ahora. Y lo único que deseo ahora... es estar contigo. —Ya no pudo contener las lágrimas cuando pronunció las siguientes palabras—: Yo te amo, Cariel. Te amo muchísimo —le confesó sonriendo—. Y lo único que quiero es estar contigo.

Cariel acarició su rostro, limpiándole las lágrimas.

—No deberías —le dijo llorando también—. Eres demasiado buena para mí. Te mereces a alguien miles de veces mejor.

—Para mí, no hay nadie mejor que tú —expresó acercándose aún más, mientras sus alientos se mezclaban.

El beso que se dieron sabía a sal. Fue un beso lento y triste, condimentado con lágrimas. Pero también fue un beso que los llenó de paz y esperanza... que los revitalizó a ambos. Se quedaron allí, juntos, sin dejar de abrazarse durante toda esa noche que estaba a punto de convertirse en día.

40.

El sol se puso en el horizonte, mientras el silencio reinaba en el barrio de la Fleck. No existía ni un solo movimiento allí, como si se tratara de un pueblo fantasma. Sin embargo, nadie en Lorh se percató de ello, pues ninguno tenía interés en lo que pudiera pasarle al pequeño barrio marginal.

Era una señal bastante clara de que algo iba a pasar, pero nadie lo notó. Obviamente, su descuido era lo que tanto necesitaba la Fleck para llevar a cabo su cometido, y ellos, muy amablemente, se lo concedieron...

Primer movimiento

—¡Alto ahí! ¿Quién los envía?

—General Hasser —dijo una voz gruesa detrás del casco, mostrándole la insignia con la manzana dorada en su pecho—. Vengo con un nuevo cargamento —apuntó a una carreta cubierta.

—¿Qué es lo que transporta? —preguntó el soldado, tomando la lista del inventario que el general le había pasado.

—Nada especial. Solo algunos artículos confiscados. Como no tienen dinero, tenemos que encontrar otras formas de cobrarles —comentó de forma cómplice al soldado.

Este le sonrió, dejándole pasar con la carreta. Descendió por una rampa hasta llegar a un rellano, que se dividía en varias direcciones. Al comprobar que no había nadie allí, el hombre se quitó el casco con una sonrisa.

—Fue más sencillo de lo que hubiera imaginado —reconoció Jack alisándose el cabello.

—No te lo tomes a la ligera. Aún falta mucho para poder decir que fue sencillo —le respondió Drake mientras ayudaba a su hermano a salir de la carreta.

Los tres se quedaron viendo los diversos caminos que tenían delante, mientras Drake sacaba el pergamino que Agatha les había dado y lo desdobló para comprobar el camino.

—Ese —dijo apuntando el túnel a la derecha— es el camino que conecta a la alcoba real, que ahora se encuentra abandonada. Ese otro —apuntó a uno en el medio— lleva al acantilado que está cerca del puerto. Y ese —apuntó al camino más angosto a la izquierda— nos llevará directamente a la cámara donde los reyes guardan el tesoro real —explicó sonriendo a sus camaradas.

—No puedo creer que no tengan más seguridad aquí abajo. Dejan su tesoro demasiado desprotegido.

—Este lugar es un laberinto —le respondió Dahs—; solo los tres caminos que mencionó Drake llevan a algún lugar. Todos los demás son trampas cazabobos. Algunos llenos de trampas mortales o animales ponzoñosos. Si no tienes un mapa o no conoces el camino, es imposible que puedas salir vivo. Tomando en cuenta eso, es normal que el general no considere necesario

apostar demasiados guardias por aquí.

—Además, si hubiera mucho movimiento, la ubicación de la cámara sería descubierta. Después de todo, donde hay más seguridad, es donde normalmente esconden los objetos más valiosos.

—Inteligente —reconoció Jack—. Es una buena forma de mantenernos alejados. —Una sonrisa macabra se formó en sus labios—. Es una lástima que seamos más listos que ellos.

Los tres empezaron a caminar en silencio por el túnel de la izquierda. Caminaron durante varios minutos hasta llegar a una gran puerta de hierro. Allí, Jack se encargó de abrir el cerrojo, utilizando un alambre que tenía atado a la cintura. En un par de segundos, los tres estaban dentro de la cámara.

—Fiuu... —silbó Jack, mirando a sus alrededores—. Esta sí que es una cámara del tesoro.

Todos quedaron boquiabiertos al admirar la gran exhibición que se extendía delante de ellos: montañas de monedas de oro, plata y bronce sobre finas alfombras de seda. Armaduras de todas las formas y tamaños. Anillos, collares, peinetas adornadas y miles de otros objetos con pedrería se acumulaban a su alrededor. Daks y Jack quedaron maravillados tratando de calcular todo lo que podrían conseguir si vendían todos esos objetos.

—Muévanse —les ordenó Drake, sacándolos de su brillante y millonario sueño, mientras sacaba los barriles de pólvora de la carreta que trajeron—. Hay que volar este lugar.

Segundo movimiento

Agatha se apretó la capucha mientras observaba cómo los guardias caminaban de un lado a otro frente a la desvencijada prisión. Estaba ansiosa por ponerse en marcha, pero todavía no era el momento. La prisión estaba ocupada por el triple de soldados en esta oportunidad. Claramente, el general debió de haber previsto que tratarían de asaltarlos esa noche, lo cual les venía bien, ya que había menos soldados resguardando el castillo. En solo unos minutos, lamentaría enormemente su descuido. Agatha se mordió el labio impaciente, lo que provocó que un hilo de sangre se extendiera por este. Al ver esto, Cariel inmediatamente colocó su pulgar sobre estos para que dejara de morderse. Ella lo miró sorprendida sin decir nada y, algo avergonzada, apartó el rostro. «Tranquila —le susurró cerca de su oído—. Todo saldrá bien».

Agatha asintió, sintiendo cómo se le erizaban los brazos. Respiró y exhaló un par de veces, tratando de calmarse sin mucho éxito. Su corazón galopaba a mil por hora esperando la señal que, se suponía, ya debería haber sonado. Cuando empezó a creer que esta nunca llegaría, una explosión enorme se escuchó cerca del castillo, lo que hizo que toda la guardia mirara en esa dirección confundidos. Justo en ese momento, la alarma del castillo sonó, para alertarlos de la presencia de saqueadores. Los soldados no esperaron ninguna orden, y fueron corriendo hacia el castillo; dejaron solamente a diez de ellos para resguardar a los presos. Agatha sonrió aliviada e inmediatamente se volvió invisible; cuando estuvo a solo unos metros de la entrada, utilizó la piedra de conversión para llenar todo el edificio y sus alrededores con una espesa bruma oscura.

En ese momento, veinte personas cubiertas con capuchas entraron en la escena, de una forma tan sincronizada que cualquiera hubiera pensado que lo tenían ensayado. En cuestión de segundos, atacaron a los confundidos guardias, que no tenían ni idea de lo que estaba pasando, y se enfrascaron todos en una encarnizada batalla. El sonido de la alarma de la prisión empezó a

sonar solo unos minutos después.

«Mierda. Se suponía que tendríamos más tiempo», pensó Agatha mientras corría hacia el cuarto donde estaban las llaves de las celdas, seguida por Cariel y por otras cuatro personas.

—¡Rápido! —gritó mientras repartía las llaves entre ellos—. ¡Nos quedamos sin tiempo! —Los hombres tomaron rápidamente las llaves y corrieron a las celdas, para probar cada una de estas. Cariel fue el último en tomarlas, demorándose unos segundos más para mirarla a los ojos. Ambos se miraron significativamente antes de separarse en medio de todo ese desastre. Al llegar a una de las celdas, los presos, con caras ahuecadas por el hambre, la miraron con una mezcla de miedo y alivio en sus rostros. Agatha probó varias llaves en la ranura sin poder abrirla—. ¡Mierda! —maldijo en voz alta corriendo a otra celda para volver a probar.

Esta vez se abrió al tercer intento. La mujer que estaba allí le sonrió al reconocerla, y le quitó las llaves que tenía en su mano con un movimiento rápido.

—Sé cuáles son las llaves —le dijo—. ¡Ayuda a los que están en la sala subterránea! —Sin esperar respuesta, le dio la espalda, y colocó una de las llaves en una celda a su derecha. Esta se abrió al primer intento.

Agatha, al ver esto, decidió hacerle caso y, sin esperar más, corrió por el pasillo hasta llegar a una escalera al fondo del edificio. Al sentir el olor nauseabundo que provenía de allí abajo, supo que se trataba de la sala que había mencionado la mujer. Apretó los dientes y bajó saltando los escalones de dos en dos. Al llegar, empujó con el pie la única puerta de madera que había allí. Esta se abrió sin oponer demasiada resistencia. La vista la dejó impresionada unos segundos; el olor a orina mezclada con sangre se coló en sus fosas nasales, y le provocó arcadas, que se esforzó por contener. Solo había tres personas allí, totalmente desnudas y muy heridas. Había otras tres colgadas de una pared, pero estas estaban completamente muertas. Los clavos que salían de sus diversas extremidades cortadas y sus ojos blancos que miraban al vacío se lo confirmaron. Quería salir corriendo aterrada, pero se obligó a sí misma a caminar rápidamente hasta uno de los hombres que seguía con vida, desatando sus amarres. Su visión se nubló debido al mal olor, lo que le hizo imposible desatar las cuerdas que amarraban sus pies. Justo cuando estaba por rendirse, Cariel apareció detrás de ella, cortó las sogas con un cuchillo y cargó al hombre herido en sus hombros.

—¡Desata a los otros! —le ordenó, dejándole el cuchillo mientras se iba corriendo con el hombre sobre sus hombros por las escaleras. Sin pensarlo, corrió con el cuchillo en la mano hasta la mujer que estaba maniatada en una esquina a una extraña estructura de madera y metal, de la que no quería saber para qué servía. Las manos de Agatha empezaron a temblarle cuando terminó de cortar las sogas del último hombre que estaba allí. Afortunadamente, ellos dos todavía podían mantenerse en pie, a diferencia del primero.

—¡Hay que irnos! —les dijo empujándolos hacia las escaleras.

El sonido de las alarmas la estaban aturdiendo cada vez más. Y el olor a podrido se resistía a salir de sus pulmones. Se sintió débil y mareada al salir a la superficie nuevamente, obligándose a respirar algo de aire. El hombre y la mujer que habían sido liberados salieron corriendo apenas vieron la puerta de la prisión abierta. Ya casi todas las celdas estaban vacías, y la bruma estaba a

punto de desaparecer. Tenía que salir o corría el riesgo de ser atrapada. Justo cuando reunió las fuerzas suficientes para escapar por la puerta, vio a un niño arrinconado en una de las celdas; su puerta aún estaba cerrada. Rápidamente, y con su corazón por salirse del pecho, empezó a rebuscar entre las llaves que estaba tiradas por el suelo. Cuando tuvo un número considerable en las manos, comenzó a probarlas en la cerradura con las manos temblorosas. Recién en el décimo intento, la llave giró; justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, una gran fuerza la tumbó al suelo. Un hombre con la cara roja y llena de sudor la miró con ojos infernales y venas saltadas, mientras la inmovilizaba apretándole el cuello.

—¡Tú! ¡Maldita zorra! ¡Voy a matarte! —le gritó, salpicándole la cara con saliva.

El general apretó más fuerte su cuello, lo que hizo que Agatha empezara a perder la consciencia. Desesperada por respirar, comenzó a patear y a golpearlo con las manos, pero él era demasiado pesado. Cuando su vista empezó a nublarse y la fuerza de sus manos y de sus piernas estaba casi agotada, una enorme piedra golpeó la cabeza del hombre, que cayó pesadamente a un lado, inconsciente. Agatha se levantó de golpe, sorprendida y algo mareada y, antes de que cayera al suelo debido a sus piernas temblorosas, una mujer la sostuvo por los hombros. Forzándose a respirar rápidamente para recuperar el aliento, miró a la mujer con una sonrisa débil.

—Lía —dijo con voz jadeante—. No deberías estar aquí.

Su amiga le devolvió la sonrisa y, sin decirle nada, la obligó a correr a su lado. Ya habría tiempo para hablar sobre su imprudencia y para agradecerle por salvarle la vida. Ahora no tenían más tiempo que perder.

Tercer movimiento

A —¡haaa! —gritó un guardia balanceando su espada hacia el cuello de Dahs. Este apretó los dientes mientras rodaba hacia atrás.

La espada rozó sus zapatos pero, antes de que el soldado levantara la espada nuevamente en su dirección, una enorme masa golpeó su cabeza, y lo envió a mejor vida.

—¡Más cuidado, verdecito! —le gritó Jack, golpeando a otro soldado en el pecho con su masa. El pobre voló por el aire hasta quedar empalado en una pared llena de clavos.

Después de haber ocasionado una explosión en la cámara del tesoro, todas las alarmas del castillo sonaron al mismo tiempo. La idea era que, luego de haber enterrado toda la cámara del tesoro real bajo tierra, salieran escapando por el túnel que los llevaría a la cámara abandonada de la reina, bajarían por la ventana con una cuerda y caerían sobre una carreta que los estaría esperando para llevarlos al puerto, mientras todos los guardias irían a ver qué estaba sucediendo. Lo que no previeron fue que los guardias también conocían la entrada secreta a la alcoba y que la utilizarían para llegar más rápido a la escena. Para colmo, ese túnel estaba repleto de trampas prehistóricas, como clavos oxidados en las paredes y pozos llenos de lanzas puntiagudas. No era difícil verlas, pero evitarlas era otra cuestión.

—¡Mierda! ¡Mi brazo! —gritó Drake al recibir una flecha en su brazo derecho—. ¡Si no salimos ahora, estamos muertos!

Los tres empezaron a correr hasta llegar al rellano de la cueva. Allí, cinco guardias los estaban esperando con sus espadas desenvainadas, y se sumaron a los otros tres que estaban a punto de alcanzarlos por el túnel. (Seguramente, habría muchos más en cuestión de minutos). Los tres se miraron entre ellos una milésima de segundo sin tener la menor idea de qué hacer. Ante la certeza de su inminente muerte, Jack miró con ojos desenfocados y feroces a los soldados que tenía delante. Si iba a morir ese día, estaba dispuesto a llevarse consigo a todos los que pudiera. Con un grito de guerra, levantó su mazo lo más alto que pudo y empezó a golpear a diestra y siniestra a todos los que se le cruzaban por delante. En menos de un minuto, abolló la cabeza de uno tan fuerte que esta reventó, esparciendo toda su sangre y sus sesos por el suelo y por las paredes, mientras que, con un segundo golpe, partió la cadera de otro soldado, que no tuvo tiempo suficiente para saltar a un costado.

Al ver cómo los guardias estaban distraídos con semejante despliegue de poder animal, Dahs empujó a su hermano hacia el túnel que conducía al acantilado: ese era su plan B.

—¡Vete! —le gritó—. ¡Te daré tiempo!

—¡No me iré sin ti! —respondió Drake aplicando presión en la herida de su brazo. Estaba bastante claro que ya no podía seguir peleando.

—¡No seas necio! —Lo empujó aún más por el túnel—. ¡Yo estaré bien! —Puso su mano en el bolsillo de su pantalón, de donde sacó un pequeño anillo con una piedra rosa en el centro y lo

guardó en el morral de su hermano—. Tú tienes que vivir. —Lo miró seriamente apretándole los hombros—. Se lo debes a ella.

Drake lo miró significativamente con el corazón en un puño. No hacía falta que dijera nada más para entender a qué se refería su hermano.

—¡Vete!

Este último grito lo hizo reaccionar. Inmediatamente se dio la vuelta y corrió sin aliento por el túnel hacia el acantilado, lamentando inmediatamente haberle hecho caso a su hermano. Por su parte, Dahs alzó nuevamente su espada; imitando a Jack, golpeó desenfrenadamente a diestra y siniestra a todos los guardias que se le cruzaban en el camino.

Cuarto movimiento: Barco

Agatha trastabilló contra las piedras que formaban el camino al puerto de Lorh. Afortunadamente, Lía la tenía bien sujeta a su costado, evitando que cayera. El sol estaba a punto de asomarse en el cielo, y necesitaban zarpar antes de que esto sucediera. Las dos amigas corrían por las calles desiertas, escuchando el incesante sonido de las alarmas a sus espaldas. Hasta ahora, el plan iba bien: Jack, Dahs y Drake lograron enterrar el tesoro de Lorh con su explosión, y ellas habían conseguido sacar a los encarcelados con relativo éxito. Ahora, mientras todos los soldados y habitantes de Lorh estarían corriendo del castillo a la prisión sin entender qué estaba pasando, ellos aprovecharían el desconcierto general para tomar *La condesa*, y escapar del reino por mar. Esa última parte era tarea de Félix y de Helge: tomar el barco, que estaba cargado de provisiones debido a que estaba a solo dos días de salir en una misión comercial, con la mayor cautela y silencio posibles.

Al encontrarse a unos trescientos metros de este y ver que el puerto permanecía en un completo silencio, Agatha sonrió. Seguramente, todos los presos y habitantes de la Fleck, incluidos Jack, Drake y Dahs, ya deberían estar dentro del barco, escondidos en los camarotes, esperándolas a ellas para ponerse en marcha. Con este pensamiento en mente, se esforzó por correr más rápido. Al llegar a la cubierta del barco, supo que algo andaba muy mal. Todo estaba en silencio, como se suponía que debía estarlo. El problema era que estaba demasiado silencioso y que no había nadie para recibirlos. Agatha y Lía se miraron entre ellas tratando de encontrar respuestas a lo que estaba sucediendo.

—Al fin llegas —dijo una mujer entrando en su campo de visión—. Me preocupaba que te hubieran matado. Si eso hubiera pasado, habría sido difícil cobrar la recompensa.

La mujer entró acompañada de dos hombres, que ella reconoció como miembros de Los Taberneros. Tenían apresados a Félix y a Cariel, apoyando cuchillos contra sus cuellos.

—Helge —dijo Agatha sin poder creer lo que estaba viendo—, ¿qué estás haciendo?

—¿Que qué hago? —preguntó cruzándose de brazos—. Proteger a mi familia. Eso hago.

—¿Traicionándonos? ¡¿Esa es tu forma de protegerlos?!—

—Baja la voz, querida. No creo que quieras que suene la alarma aquí también —le advirtió mostrando una sonrisa—. A menos que quieras que maten a todos los que están escondidos dentro del barco.

Agatha apretó los puños hirviendo en ira. No podía creer que Helge y todo su grupo los

estuvieran traicionando ahora. Justo ahora que estaban a punto de ser libres. Apretando los dientes y controlando su voz para no gritarle mil maldiciones, logró decir:

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

La enana la miró de arriba abajo soltando un suspiro mientras negaba con la cabeza.

—Te creía más inteligente. Pero veo que me equivoqué. Después de todo, una mujer enamorada siempre se vuelve estúpida.

Agatha la miró con odio, soltando un suspiro grave para evitar morderse los labios. Si lo hubiera hecho, seguramente, se los hubiera partido en dos.

—¿Desde cuándo? —preguntó, conteniéndose para no gritarle—. ¿Desde cuándo nos has estado traicionando?

—Desde el principio, Agatha.

—¡¿Qué?! —soltó sin poder creerlo.

Helge la miró con ojos cansados, paseándose frente a Cariel y a Félix, con un cuchillo en las manos.

—Pues, si consideras traición hacer tratos con los soldados de la corona, supongo que los he estado traicionando desde mucho antes de que se instalaran en mi taberna. ¿O cómo crees que he podido seguir teniendo mi negocio con semejantes impuestos?, ¿o que nunca hubieran venido guardias a requisarme?

Ante sus palabras, el alma de Agatha cayó a sus pies. Era cierto. Todos los días desde que se habían anunciado los impuestos, había guardias entrando o viniendo a las distintas casas de la Fleck, pero ningún guardia nunca se había acercado a la taberna. Era cierto que desde entonces había estado muy ocupada con sus clases de magia y con la planeación e implementación de nuevos robos. Pero, aun así, ¿cómo no había podido darse cuenta de ese hecho? ¿Cómo nadie se había dado cuenta?

—Así que siempre estuviste de su lado... —dedujo dándose cuenta de todo.

—No —le respondió resuelta—. No estoy de parte de nadie, Agatha. Solamente hice lo mejor para mí y para mis hijos.

—¿Y lo mejor es hacer que maten a toda la gente de la Fleck para tu beneficio? —preguntó casi escupiéndole a la cara—. Eres un asco, Helge.

Ella la miró con mala cara, respondiéndole amenazadoramente.

—Ten cuidado con lo que dices, niña. No es bueno sacar conclusiones apresuradas.

Ambas se miraron con los ojos inyectados en sangre durante unos segundos. La tensión que se respiraba en el ambiente era muy pesada, y nadie se atrevió siquiera a parpadear. Al final fue Helge quien cortó la tensión, lanzando un suspiro cansado.

—Yo nunca quise que las cosas resultasen así —se justificó—. Solamente quería vivir tranquila en mi taberna hasta el día de mi muerte pero, gracias a ti, las cosas se complicaron. —La miró enojada—. Al principio, lo de los impuestos fue molesto pero, aun así, podía apañármelas sobornando a un par de personas. No era que fuera muy difícil. Pero luego... los rumores de una enfermedad. Ya nadie quería acercarse a mi taberna por temor a esta, y las ventas casi se extinguieron. Para colmo, despidieron a mis hijos de las minas —contó apesadumbrada e

hizo una pausa antes de continuar—. Estábamos a punto de quedarnos sin un centavo cuando escuchamos lo de la recompensa. —La miró de forma significativa—. Admito que estuve muy tentada de entregarte cuando me enteré, pero me contuve. Me parecía extraño que la recompensa fuera tan grande y que solamente fuera por tu cabeza, y no por la de tus hermanos. Después de todo, ustedes siempre trabajaban juntos. —La miró sonriendo—. Supuse que había una razón oculta, y decidí esperar un poco más. Al final, con el dinero que obtuve después de haberles revelado que eras una bruja, pude seguir adelante por algún tiempo sin problemas.

—Así que fuiste tú la que le vendió esa información al general Hasser...

—¿Al general? Nunca haría tratos con un tipo tan traicionero como ese —dijo negando con la cabeza—. Debió de haber sido alguno de sus subordinados.

—Yo no veo ninguna diferencia entre ustedes dos —le respondió tajante.

—Como sea —la miró enfadada—, supuse que tendrías algo que ver con algún noble rico, pero nunca imaginé que fueras hermana de la reina. Es una lástima que no lo haya descubierto antes de que se lo dijeras a toda la Fleck ayer. Si no, esto hubiera sido mucho más sencillo y sin involucrar a tanta gente.

—Así que es eso. Planeas entregarme a cambio de la recompensa.

—Me alegro de que tu enamoramiento no te impida darte cuenta de lo que es obvio.

Agatha miró a Cariel frunciendo los labios. Ya estaba lo suficientemente descansada como para correr hasta él y liberarlo de su captor, haciéndose invisible. No era una hazaña muy difícil para ella. El problema era que, si lo hacía, era muy probable que el otro matara a Félix en el acto, y su muerte era algo que no se podía permitir.

—Ya te diste cuenta —dijo Helge paseándose nuevamente entre los dos hombres mientras apuntaba su cuchillo hacia Félix—. Si salvas al niño rubio, pierdes al único hombre que sabe cómo funciona el barco y puede salvar a toda la gente que quieres proteger. —Movié su mano, apuntando ahora el cuchillo a la garganta de Cariel—. Y, si salvas al marinero, pierdes al amor de tu vida. Una decisión muy difícil, ¿no?

Agatha bufó al darse cuenta de lo fácil que era para Helge leer sus pensamientos. Era cierto: no podía salvar a los dos, y no estaba dispuesta a perder a ninguno. Solo le quedaba una salida, y Helge lo sabía.

—Me entregaré —le dijo arrojando su propio cuchillo al piso mientras la miraba con la espalda muy recta—. Es lo que quieres, ¿no? Tú me entregas y ganas el dinero. Pero, a cambio, dejas ir a todos. —La miró fijamente, cruzándose de brazos—. ¿Es un trato?

—¡Agatha, no! —gritó Cariel tratando de zafarse del agarre de su captor sin éxito—. ¡No lo hagas!

Lía también trató de impedir que se entregara, tomándola del brazo y negando con la cabeza, preocupada. Pero ella se zafó y caminó hacia Helge sin dudarlo. Esta sonrió al ver que las cosas estaban marchando mejor de lo que esperaba.

—¿Tenemos un trato? —le preguntó Agatha, extendió su mano para cerrar el trato.

—Tenemos un trato, mi niña.

Helge extendió su mano para estrecharla con la de Agatha cuando un golpe seco las

interrumpió, y las obligó a girar la cabeza en dirección a los hombres.

—Los Aciagos no hacen tratos con traidores, Helge —afirmó Drake arrojando los cuerpos de los captores frente a ellas.

42.

Los siguientes minutos pasaron tan rápido que fue difícil para Agatha entender todo lo que estaba pasando. Justo cuando estaba a punto de sacrificarse con el fin de salvar a todos los demás, su hermano liberó tanto a Félix como a Cariel, y mató a los dos hombres que los tenían apresados. Al darse cuenta de esto, Agatha desarmó a Helge muy fácilmente, mientras Félix iba a apresar a sus dos hijos, que tenían la tarea de vigilar a los rehenes. Por su parte, Drake y Cariel se encargaron de lidiar con los restantes miembros de Los Taberneros. En solo unos minutos, los seis traidores estaban maniatados y amordazados en la cubierta del barco sin poder moverse.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Félix.

—Por el momento, los llevaremos con nosotros —le respondió Drake mientras le sonreía a Lía, quien estaba vendándole el hombro derecho—. No podemos arriesgarnos a que escapen y hagan sonar alguna alarma hasta que estemos seguros. Luego decidiremos si los dejamos en alguna isla o los tiramos al mar.

Ante sus palabras, los seis traidores trataron de decir algo pero, al estar amordazados, apenas se les escapaba algún sonido gutural. Drake los miró con molestia, y volvió la cabeza hacia Agatha, quien estaba abrazando a Cariel a solo unos metros cerca de la proa.

—¿En serio estás bien? —insistió preocupada—. ¿No te hirieron en algún lugar?

Cariel la abrazó acariciándole la cabeza para que se calmara.

—Estoy completamente bien —le aseguró suavemente—. No lastimaron a nadie. Solo fue un pequeño susto. —Sonrió.

—¿Solo un susto?! —gritó exasperada—. Tenías un cuchillo en el cuello. Un mal movimiento y estarías muerto. ¿Y tú dices que fue solo un susto?

Agatha lo miró molesta, tratando de empujarlo hacia atrás, pero Cariel solo se rio por lo bajo y la abrazó más fuerte. Al principio trató de resistirse, pero estaba tan aliviada y feliz de que estuviera bien que, simplemente, lo dejó estar. Ya podrían seguir peleando luego.

—Cof... cof... —Tosió Félix, interrumpiendo a la pareja—. No quisiera molestar, pero tenemos que irnos ahora. Está a punto de amanecer, y ya perdimos mucho tiempo. En cualquier momento, llegarán más guardias. Tenemos que zarpar antes de que nos atrapen.

—Aún no podemos —los interrumpió Drake, acercándose a ellos—. Jack y Dahs aún no han llegado.

—¿Cómo que aún no han llegado?! —preguntó Agatha, al darse cuenta de que no había visto a Dahs desde que había llegado—. ¿No estaban los tres juntos?

—Tuvimos problemas con la ruta de escape —informó pesadamente—. El pasaje a la habitación abandonada era conocido por los guardias. Nos vimos envueltos en una emboscada y tuvimos que tomar la ruta al acantilado —apuntó directamente al camino que bajaba por un acantilado al puerto, rodeando el castillo, el cual se encontraba sobre dicho acantilado—. Dahs

me obligó a dejarlos mientras él y Jack distraían a los guardias —relató, lamentando cada palabra.

Agatha lo miró con los ojos muy abiertos sin poder creerlo. Estuvo a punto de gritarle por haber abandonado a Dahs cuando Cariel gritó apuntando al castillo.

—¡Allá vienen!

Todos voltearon a donde estaba apuntando. Efectivamente, eran ellos. Jack y Dahs estaban corriendo cuesta abajo por el camino del acantilado mientras los primeros rayos del sol los alumbraban. En cuestión de minutos llegarían y todos podrían irse. Agatha sonrió, pero esa sonrisa no duró mucho al ver que estaban siendo perseguidos por un ejército de guardias a caballo, quienes iban apuntándolos con lanzas filosas mientras bajaban por el camino.

—¡No lo lograrán! —predijo asustada—. Los caballos los alcanzarán antes de que lleguen al puerto.

Si bien estaban bastante lejos de ellos, solo era cuestión de minutos para que terminaran siendo empalados y aplastados por las lanzas y por los caballos. Drake miró la escena con ojos duros y funestos; se dio cuenta de que su hermano moriría si él no hacía algo. Mirando hacia un costado del navío, vio un par de caballos enganchados a un poste. Una idea loca surcó su mente, y se instaló en esta con determinación.

—Lía —le habló arrodillándose ante ella sorprendiéndola—. Sé que no es lo que esperabas, pero tengo que decírtelo ahora. —Sacó el pequeño anillo con la piedra rosa de su morral, y dijo las palabras que hacía tanto tiempo ella quería escuchar y que él no había tenido el valor de decir—. Te amo, Lía. Y quiero casarme contigo. Tuve que habértelo dicho mucho antes —se disculpó con los ojos acuosos y con una débil sonrisa.

Lía lo miró asombrada, mientras una mezcla de emociones cruzaba su rostro: alegría, tristeza y miedo. Dos lagrimas rodaron por sus mejillas mientras asentía rápidamente ante su propuesta. Drake le sonrió, poniéndole el anillo rápidamente mientras la besaba. Fue un beso rápido y sincero, mezclado con las lágrimas de ambos. Todo duró menos de dos minutos; tras un último abrazo, Drake saltó del barco corriendo hacia los caballos, y dejó a Lía sobre la cubierta con el corazón en la mano, sin poder detenerlo.

—



—(*Te amo*) —dijo mirando su espalda mientras se alejaba.

Agatha, quien había mirado toda la escena anonadada, solo volvió a la realidad cuando Cariel gritó, a punto de saltar del barco:

—¡Yo voy con él!

—¡No! —Agatha gritó tomándolo del brazo para evitar que saltara, al darse cuenta de lo que su hermano y Cariel iban a hacer—. ¡No puedes ir! ¡No vayas!

Cariel la miró decididamente mientras la tomaba de los hombros.

—Quédate aquí. Volveré pronto. Te lo prometo. —Le plantó en los labios un suave beso, que la hizo estremecer—. Te amo —le susurró mostrándole una sonrisa mientras saltaba.

Las lágrimas se derramaron por su rostro al ver cómo Cariel y su hermano cabalgaban hacia el

acantilado a toda prisa, mientras ella solo podía quedarse mirando sin hacer nada.

«Otra vez no», pensó llorando al ver que se estaba repitiendo su historia.

Acantilado

—¡Mas rápido! ¡Tenemos que alcanzarlos! —gritó Drake, azotando a su caballo.

Tanto él como Cariel estaban galopando lo más rápido que sus caballos podían ir cuesta arriba en un acantilado. Era una carrera contra el tiempo, y estaban perdiendo desde el inicio. Los caballeros del reino tenían la ventaja de ir en bajada.

—¡No lo conseguiremos! —gritó Cariel, apretando los dientes.

—¡Sí lo haremos! —declaró Drake, azotando más fuerte su caballo.

Este relinchó fuertemente ante el golpe, pero aceleró aún más su carrera. Cariel copió el gesto, y su caballo también aceleró ante su sorpresa. Los dos estaban, prácticamente, volando en ese momento. Ya podían ver las figuras de Dahs y de Jack delante de ellos. Estaban a solo unos metros de distancia.

—¡Ahí están! —le gritó Drake levantando su brazo.

Fue Jack el que le devolvió el gesto, apretando los dientes. Tanto él como Dahs estaban vivos, pero muy heridos. Jack tenía la ropa completamente manchada con sangre, tanto la suya como la de sus enemigos. Tenía un gran tajo en su ojo derecho; obviamente, le habían lanzado un cuchillo. Y se sostenía el abdomen mientras corría. Por su parte, Dahs se veía muy golpeado; también estaba cubierto de sangre y tenía varios cortes en su cara. Pero lo más aterrador era...

—¡Le cortaron un brazo! —gritó Cariel al ver el muñón apretado con una tela completamente roja.

—¡Malditos! —exclamó Drake apretando los dientes con ira—. Tú, lleva a Dahs; yo voy por Jack.

—Entendido.

En unos segundos, los dos llegaron a su encuentro; tuvieron que apretar fuertemente las riendas para frenar a los caballos. Estos se levantaron en dos patas soltando un estridente relincho.

—¡Suban ahora! —ordenó Drake cuando las pezuñas de los caballos volvieron a tocar el suelo.

Cariel tuvo que bajar del caballo para ayudar a Dahs a subir, ya que no tenía el brazo izquierdo para hacerlo por su cuenta.

—Así que mi príncipe azul ha venido a salvarme —ironizó mientras se acomodaba en la silla, recuperando el aliento—. Si nos besamos después de esto, ¿no crees que Agatha se pondría celosa?

—¡Cierra la boca si no quieres que me arrepienta de haber venido a salvarte el trasero!

—Sigues teniendo un carácter de mierda —dijo riéndose mientras Cariel se subía y daba vuelta el caballo—. Con razón Agatha se enamoró de ti. ¡Son el uno para el otro!

Su risa se vio interrumpida por el dolor punzante que sintió en sus costillas por el codazo que le había dado Cariel.

—Lo siento —se disculpó, falsamente arrepentido.

Por su parte, Drake tomó a Jack y lo subió de un tirón, ubicándolo detrás de él.

—Pensé que se habían olvidado de nosotros —comentó riendo, sin aliento.

—Es difícil olvidar a un viejo embustero como tú, amigo —le respondió sin dejar de apretar las riendas, cambiando de dirección.

—Lo tomaré como un cumplido.

En menos de dos segundos, ya estaban cabalgando cuesta abajo como alma que lleva el diablo, mientras más de veinte soldados los perseguían tirándoles flechas y lanzas al ver que ahora sí podían llegar a salirse con la suya. Los cuatro siguieron bajando por el acantilado sin detenerse, sintiendo cómo el suelo vibraba cada vez más fuerte por los pasos de sus perseguidores. Si bien sus caballos eran rápidos, estos tuvieron que correr todo ese trecho cuesta arriba, mientras que los otros solo lo hicieron cuesta abajo, por lo que estaban mucho más cansados y exhaustos. Faltándoles todavía unos kilómetros para llegar al puerto, los soldados estaban pisándoles los talones a unos cuantos metros de distancia.

—¡Nos van a alcanzar! —gritó Cariel al verlos casi respirar sobre sus cuellos.

Iban a matarlos a todos y no tenían escapatoria. Entonces, Drake, mirando las espaldas de su hermano y de su cuñado delante de ellos, tomó una decisión.

—Jack —le habló solo para que él lo escuchara—, ¿has tenido una buena vida? —Le pasó un objeto de hierro negro y pesado.

Este lo tomó sonriendo, al darse cuenta de qué se trataba.

—Sí —respondió despacio—. Muy buena.

Ante su respuesta, Drake giró bruscamente su caballo, e hizo que este empezara a correr hacia los soldados que venían a matarlos.

—¿Y tú, mi amigo? —preguntó Jack al tiempo que encendía la mecha del objeto—, ¿has tenido una buena vida?

Drake giró su cabeza hacia el puerto, mirando a lo lejos una diminuta figura de cabello castaño y vestido azul. Un recuerdo vívido se formó en su mente al imaginarla acostada en su cama mientras le sonreía suavemente con sus hermosos ojos castaños. Al recordar sus labios sobre los suyos, una lágrima se escapó por su ojo derecho mientras decía:

—Sí... He tenido la mejor de las vidas.

La explosión que siguió golpeó directamente sobre el suelo a sus pies, tragando todo rastro de los caballos y soldados que los perseguían, así como también a ellos.

43.

Agatha tenía la mirada fija en la cornisa del acantilado; pudo ver el momento exacto en que la bomba había detonado, ocasionando una gran avalancha de piedras, que se tragó a todos los soldados y también a su hermano. Solo pudo quedarse allí, sin siquiera atreverse a respirar en ese momento. Si hubiera sido por ella, se hubiera quedado en ese trance durante toda una vida. Congelada en ese segundo, sin moverse por la eternidad. No quería que el tiempo siguiera corriendo, ya que, si lo hacía, su corazón tendría que aceptar lo que su mente ya sabía. Su hermano había muerto. Drake ya no estaba con ellos. Fue el llanto de Lía lo que la obligó a regresar a la realidad. La pobre cayó al suelo de rodillas, sin poder creer lo que había pasado. Las dos se abrazaron fuertemente en el suelo. Mientras Lía sollozaba sin control, Agatha le acariciaba la espalda tratando de calmarla, conteniendo sus propias lágrimas. «Está bien. Está Bien —le decía muy despacio cerca de su oído, sin saber qué más decir—. Estaremos bien. Estaremos bien. Ya lo verás».

Se quedaron allí unos minutos que parecieron ser eternos. Ambas con el corazón en la mano sin poder hacer nada más que consolarse mutuamente. Entonces, una fuerte alarma sacó a Agatha de su trance, recordándole que esto todavía no había terminado. En ese instante, un caballo saltó ante sus ojos y aterrizó sobre la cubierta, y dejó a sus dos jinetes finalmente a salvo. Dahs bajó primero. Con el cuerpo cansado y con ojos funestos, miró a Lía. Esta lo miró con los ojos hinchados, esperando que él le dijera que lo que acababa de ver era mentira.

—Lo siento —le dijo despacio—, en verdad, lo siento. No pude salvarlo. Lo siento.

Pero lo que salió de sus labios fue la confirmación de la peor de sus pesadillas. Lía, negando con la cabeza, cayó al suelo con desesperación.

—Lo siento. De verdad, lo siento.

Dahs rompió a llorar también, tomando en sus brazos a la pobre mujer, tratando de consolarla y también a él. Ella sabía que no era su culpa, aunque eso no hacía que doliera menos. Lo habían perdido para siempre. Agatha los miró a ambos con impotencia, deseando abrazarlos también, y llorar con ellos su pérdida. Pero su mente la obligó a pensar fríamente. Conteniendo toda la tristeza que sentía, se dio la vuelta y caminó firmemente hasta llegar a la proa del barco. Allí observó el puerto, que estaba empezando a llenarse de plebeyos debido al ruido de la alarma. Aparentemente, tanto la explosión cercana como el movimiento tan temprano en el puerto había hecho que los aldeanos hubieran hecho sonar la alarma, y puesto sobre aviso a la guardia que, seguramente, había cerca de allí. Y, efectivamente, a solo unos metros, Agatha pudo ver que el general Hasser estaba yendo por un camino lateral directamente hacia ellos, seguido de una docena de guardias a pie. En solo unos minutos estarían sobre ellos. Al darse cuenta de ello, miró a su alrededor, buscando a alguien que pudiera ayudarla; la cubierta ahora estaba llena de los miembros del grupo de Félix, los Guardianes. Ellos estaban todos preparados para poner en marcha el barco cuando Drake les diera la señal. Pero, debido a los hechos, ahora todos la

estaban mirando a ella, sin atreverse a decir nada. Ella se dio cuenta, en ese instante, del significado detrás de esas miradas; le tocaba a ella ocupar el lugar de su hermano.

—¡Vámonos! —ordenó a toda la tripulación sin que le temblara la voz—. Salgamos de este maldito infierno.

Tan pronto como dio la orden, todos los Guardianes tomaron sus puestos, e hicieron que el barco se alejara rápidamente del muelle, frente a las miradas atónitas y confundidas de la gente, que no tenía idea de lo que estaba sucediendo, mientras el general Hasser gritaba con ira corriendo a su encuentro:

—¡IDIOTAS! ¡SE ESTÁN ROBANDO EL BARCO! ¡DETÉNGANLOS!

En ese momento, los ojos de Agatha se enfocaron en uno de los guardias que venía a su encuentro. Este destacaba por su gran musculatura, pero lo que más llamó su atención fue su armadura, completamente negra.

—¡Tú! —soltó apretando los dientes al reconocer al caballero de obsidiana.

El recuerdo de Timothee atravesado por su espada se incrustó en su mente, e hizo que su cuerpo hirviera de ira. Con un movimiento rápido, tomó la piedra de conversión de su morral, pasándola de una mano a la otra, sin dejar de mirar fijamente los ojos de ese soldado que se aproximaba cada vez más.

«Puedo hacerlo —pensó mostrando una sonrisa torcida—; puedo lanzarle un hechizo y matarlo ahora. Puedo vengarlos». Al pensar en Timothee y en Drake, sus manos y sus brazos empezaron a palpar fuertemente, como si miles de agujas la estuvieran apuñalando.

Sabía que intentar un hechizo en las condiciones en que se encontraba podía llevarla a la muerte (después de todo apenas podía controlar su propia magia ahora). Sin embargo, dar su vida a cambio de la muerte de ese hombre no le parecía un mal trato en ese momento.

—¿Agatha? —preguntó Cariel al llegar a su lado, mientras la tomaba de la mano que sostenía la piedra. —Ante su tono preocupado y su fuerte agarre, Agatha giró la cabeza para verlo. Sus ojos se encontraron con una mirada azul enturbiada de tristeza y fatiga. Su tez pálida mostraba un tono ceniciento, y de sus labios agrietados solo salió un susurro—. Es suficiente —le dijo—. Ya fue suficiente.

Ante esas palabras, su cuerpo se relajó, emitiendo un largo suspiro mientras bajaba la cabeza para evitar que él viera las lágrimas que rodaban por su rostro. «Suficiente —pensó ella, repitiendo sus palabras—. Ya fue suficiente». Evitando mirarlo, Agatha giró sobre sus talones, tomando con fuerza la piedra en su mano derecha. Al llegar a la punta de la proa, cerró los ojos y concentró todas sus emociones, dejándolas fluir hacia afuera. En un instante, no solamente el muelle, sino una gran cantidad de casas allí cerca se llenaron de niebla. Una niebla negra tan espesa y oscura como sacada de una pesadilla. Se envolvía a tu alrededor como si fuera a tragarte de un bocado. Esto provocó gritos por parte de los aldeanos por todo el muelle, y los hizo retroceder asustados. Lo mismo les pasó a todos los soldados, quienes, a pesar de ser muy valientes, al verse envueltos en esa extraña neblina, decidieron alejarse inmediatamente. El único que no retrocedió fue el general, quien llegó hasta la punta del muelle, observando fijamente a Agatha mientras esta desaparecía entre las tinieblas, lejos de su alcance.



—¡Imbécil! —le gritó Blancanieves al general arrodillado mientras le arrojaba un joyero a la cara—. ¡¿Cómo pudiste dejarla escapar?!

El joyero golpeó fuertemente su frente, y le abrió una herida, de la cual empezó a manar un hilo carmesí. El general no le dio importancia y miró a la reina con desesperación, tratando de explicarse.

—Su alteza, por favor, entienda. Hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance. Pero la niebla era demasiado espesa y no nos permitió seguirlos. Cuando finalmente se disipó, el barco ya no estaba. No tenemos idea de por dónde se fueron.

Blanca lo miró con furia, arrojándole un espejo de mano que tenía a su alcance. Este se estrelló a pocos centímetros de sus pies, y se rompió en miles de pedazos, que volaron en todas direcciones.

—¡No quiero escuchar excusas! ¡Lárgate de aquí!

El general se puso de pie rápidamente y salió de la habitación sin decir nada más, mientras la reina gritaba aún más fuerte, tirando al piso todos los objetos de valor que tenía a su alrededor. ¿Cuándo las cosas habían empezado a ir mal? Estaba segura de haber logrado tener a Agatha de su lado pero, a la hora en que ella debería llegar al palacio para asumir su nuevo papel como princesa, se escuchó una enorme explosión debajo del castillo. Ella y su esposo corrieron inmediatamente a ver qué sucedía: un grupo de asaltantes había volado la cámara del tesoro real, y habían conseguido escapar. En ese mismo momento, llegó otro guardia y les informó que en la prisión había ocurrido un motín y que todos los presos habían escapado, mientras que todos los soldados estaban corriendo de aquí para allá sin saber qué hacer al no tener órdenes claras. Al ver esto, Florián se puso inmediatamente al frente de todo, y le ordenó a ella que permaneciera en su habitación hasta que todo estuviera en orden. Al final, había pasado lo que ella más temía: Agatha había conseguido escapar de su alcance y se había llevado consigo a toda la Fleck esa noche. Su única oportunidad para salvar a Sarita se había ido. Desesperada, se arrojó a su cama sin dejar de llorar.

«Voy a perderla —pensó apretando una almohada—. Voy a perder a mi hija para siempre».

En ese momento, un sonido cercano atrajo su atención. Una sirvienta de hermoso cabello negro azabache estaba en el piso, limpiando el desastre que había ocasionado. Blanca la observó unos segundos, hipnotizada por su brillante cabello mientras una idea se formaba en su cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mirándola fijamente.

La sirvienta la miró sorprendida, y dejó lo que estaba haciendo.

—Ca-Camila, su majestad.

—Camila —repitió ella levantándose de la cama y aproximándose a la chimenea—. Por casualidad —dijo lentamente mientras tomaba una barra de hierro y la colocaba en el fuego—, ¿nunca soñaste con ser una princesa?

Fin

Epílogo

Cuatro meses después...

Los rayos del sol de mediodía se reflejaban en las cristalinas aguas del mar, mientras toda la Fleck se apresuraba a salir a cubierta ante el grito de Dahs.
—¡Tierra a la vista! —exclamaba con emoción desde el palo mayor del barco.

Agatha fue una de las primeras en llegar a la proa, sonriendo ante la hermosa vista; una isla de arena dorada y fina se extendía ante ella. Unos pocos metros más adentro, se erguía una selva llena de árboles, arbustos y flores de diversos colores, sobre una tierra de color rojo que indicaba la presencia de hierro. Sin duda, se trataba de tierra muy fértil. Todos los presentes sonrieron y gritaron de alegría. Después de un largo viaje, finalmente habían llegado al que sería su nuevo hogar.

—Es perfecto —le dijo Cariel al oído mientras la abrazaba por la espalda—. Aquí podremos iniciar de nuevo.

Agatha lo apretó más contra su cuerpo sin dejar de sonreír, sintiéndose protegida y en paz.

—...Si —le respondió despacio mientras miraba el vientre abultado de su amiga Lía, quien se encontraba a su lado. Ya empezaba a notarse su estado—. Aquí todos seremos muy felices.

Agradecimientos

Bueno, ya llegamos hasta aquí, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta los dos años que me llevó escribir esta historia. Siento como si el tiempo se hubiera estirado hasta la eternidad y, al mismo tiempo, como si hubiera comenzado a redactarla ayer. Y como han pasado tantas cosas en este tiempo, me parece correcto dar el respectivo crédito a aquellas personitas que me ayudaron a completar esta historia:

En primer lugar, tengo que agradecer a mi prima Mika Linder por sus excelentes dibujos que adornan las páginas y la portada del libro. Verlos me ayudó mucho a querer seguir escribiendo sus historias. A mis amigas Cesia y Valen, y a Palo (amigo de mi hermano) por ser mis lectores beta y darme sus opiniones sobre la historia, que sepan que fueron muy importantes para llegar a la versión definitiva del libro. También a todo el equipo de Tinta Libre y a mi dedicada correctora María, quienes hicieron posible la existencia de este libro. Y finalmente, a mi hermanito Jeuel, al que le doy el 0,002 % de crédito por darme el nombre de un reino y por molestarme arduamente para que terminara de escribir este libro (iba a darle el 0,001 %, pero debido al préstamo de unos auriculares me vi obligada a subirlo).

Y en un apartado especial, te agradezco a ti querido lector por darle una oportunidad a esta historia, espero que te haya gustado y te hayas quedado con ganas de más, y justamente por eso, espero que sigas atento a esta saga que recién comienza; dentro de poco (si la pereza y la vida adulta no me consumen) habrá una nueva “princesa” que quiera contarnos su historia, aunque esta... bueno, no será tan “bonita” como la de Agatha. Sin más que agregar, les deseo el mejor de los éxitos y espero que me acompañen nuevamente muy pronto.

Atentamente, una simple lectora apasionada.

L.E.L.

Índice

[1 Pág. 7](#)

[2 Pág. 9](#)

[3 Pág. 17](#)

[4 Pág. 21](#)

[5 Pág. 27](#)

[6 Pág. 33](#)

[I](#)

[7 Pág. 41](#)

[8 Pág. 51](#)

[9 Pág. 59](#)

[II](#)

[10 Pág. 69](#)

[11 Pág. 77](#)

[12 Pág. 83](#)

[13 Pág. 91](#)

[14 Pág. 99](#)

[15 Pág. 109](#)

[16 Pág. 119](#)

[17 Pág. 129](#)

[18 Pág. 139](#)

[19 Pág. 149](#)

[20 Pág. 165](#)

[21 Pág. 179](#)

[22 Pág. 187](#)

[23 Pág. 195](#)

[24 Pág. 203](#)

[25 Pág. 209](#)

[26 Pág. 219](#)

[27 Pág. 227](#)

[28 Pág. 237](#)

[29 Pág. 249](#)

[30 Pág. 261](#)

[31 Pág. 273](#)

[32 Pág. 283](#)

[33 Pág. 295](#)

[34 Pág. 301](#)

[35 Pág. 305](#)

[III](#)

[36 Pág. 313](#)

[37 Pág. 323](#)

[38 Pág. 333](#)

[39 Pág. 343](#)

[40 Pág. 355](#)

[41 Pág. 363](#)

[42 Pág. 371](#)

[43 Pág. 379](#)

[Epílogo Pág. 385](#)

¹ | | Aciago: de mal agüero, que trae desgracia.

² | | Carraca: navío de vela redonda de alto bordo, especializado en el transporte de grandes cargas en travesías largas.

³ | | Tahalí: Tira de cuero o lino que cruza desde el hombro derecho por el lado izquierdo hasta la cintura, donde se juntan los dos cabos y se pone la espada.

⁴ | | Estirar la pata: morir, irse a otro mundo.

⁵ | | Estampie: forma musical de danza medieval.

Dale
la oportunidad
a un novel

Conocé más sobre esta obra en
www.tintalibre.com.ar
o escaneando el código.



Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2024
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899



Table of Contents

1
2
3
4
5
6
I
7
8
9
II
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
III
36
37
38
39

40

41

42

43

Fin

Epílogo

Índice